

A man in a black tuxedo and a woman in a black dress are embracing in a gallery. The man is looking to the left, and the woman is looking towards the camera. The background features several framed abstract paintings with vibrant colors and patterns. The title 'Cómplices' is written in large, stylized letters across the top, and the name 'Phoebe' is written in a cursive font at the bottom.

ESTEFANÍA JIMÉNEZ

Cómplices

Phoebe

ESTEFANÍA JIMÉNEZ

Cómplices



Phoebe

Primera edición: febrero de 2019

Copyright © 2019 Estefanía Jiménez Alcántara

© de esta edición: 2019, Ediciones Pàmies, S. L.

C/ Mesena, 18
28033 Madrid
phoebe@phoebe.es

ISBN: 978-84-17683-27-6

BIC: FRD

Ilustración y diseño de la portada: CalderónSTUDIO

Fotografía: G-stockstudio/Shutterstock

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

ÍNDICE

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

AGRADECIMIENTOS

CONTENIDO EXTRA

*A mi padre. A él le encantaban este tipo de historias,
y lo imaginé muchas veces riendo mientras la escribía.*

PARÍS, NOVIEMBRE DE 1900

La noche estaba cayendo más temprano que de costumbre a causa de la tormenta que se avecinaba. Brice se subió el cuello de su raído abrigo para paliar un poco el frío y sacó un cigarrillo del bolsillo. Lo encendió y el humo danzó durante unos segundos delante de su nariz, hasta que una ráfaga de aire helado se lo llevó. No era un barrio demasiado bueno para pasear de noche, pero a él solían dejarlo en paz gracias a su fama de bruto y a su círculo de amistades.

Había sido un día duro, pero el trabajo siempre lo hacía sentir bien. Había muchos que no lo tenían en esos años, así que podía darse con un canto en los dientes; además, en la fábrica en la que estaba empleado los trataban de manera decente, al contrario que en muchas otras.

¡Qué frío hacía! Se moría por llegar a su casa y tomar una cena caliente junto a su esposa, así que aceleró el paso. Mientras caminaba, las famosas luces de la ciudad comenzaron a cobrar vida. Incluso el faro tricolor y las lámparas de gas de la abominación metálica de Eiffel se iluminaron, revelando a todos los visitantes de la Exposición Universal de ese año la grandeza de París.

Brice sacudió la cabeza: a su parecer, esa torre era un derroche innecesario de francos. La gente se había mostrado entusiasmada cuando la inauguraron, pero comenzó a perder el interés al terminar la exposición del año anterior. Tal vez su popularidad hubiera crecido de nuevo con la nueva edición de la exposición, pero con toda probabilidad volverían a olvidarse de ella cuando la clausuraran dentro de unos días. Francamente, Brice no le auguraba mucho futuro a la torre; con suerte acabaría siendo utilizada para algún asunto del ejército o desmontada para ser reciclada.

Tan ensimismado iba con sus pensamientos que no vio venir al muchacho hasta que lo tuvo encima. El golpe lo dejó por un momento sin aliento. Cuando se recuperó de la sorpresa, miró hacia el suelo para ver a un joven muy nervioso recogiendo los lápices y papeles que se habían salido de su carpeta y se habían desperdigado por el arcén.

—¡Cuánto lo siento, iba tan distraído que no lo he visto!

—No, no, ha sido culpa mía. Iba corriendo a lo loco —murmuró el muchacho, con un marcado acento español, mientras miraba hacia atrás con gesto asustado.

Se agachó para ayudarlo. El chico trataba de ordenar a toda prisa sus pertenencias, y cuando Brice cogió un cuaderno, que había aterrizado junto a un

charco, comprobó que se había mojado. En él había muchos dibujos y bocetos, pero no alcanzó a apreciarlos bien, ya que el chico se lo arrebató y lo guardó.

—¡Qué desastre, no sabe cómo lo siento! —repitió.

—¡Olvídelo! —susurró el otro, poniéndose en pie a la vez que miraba tras él una vez más.

En ese instante Brice comprendió por qué corría y por qué estaba tan nervioso. Tres gamberros aparecieron en el final del callejón y comenzaron a reír cuando lo vieron. Se acercaron con chulería, marcando músculos. El joven tragó aire; parecía cansado después de una larga carrera, y a Brice no le cupo duda de que si lo dejaba solo acabaría tirado en un callejón, desnudo, sin un franco y machacado a golpes.

—¡Caray, no sabes la alegría que me ha dado encontrarte de nuevo, chico! —exclamó con énfasis, después de darle una palmada en la espalda. El muchacho lo miró con sus saltones ojos oscuros llenos de esperanza—. Tienes que venir conmigo a casa. Mi Babette se alegrará mucho de verte.

Los matones se detuvieron a unos metros de ellos al reconocer a Brice del barrio. Sí, al contrario de lo que Babette decía a menudo, relacionarse con antiguos soldados y luchadores clandestinos no era una mala idea; esa era la prueba de ello. Uno de los asaltantes le dio un codazo al que parecía el cabecilla, que aún lo meditó un momento antes de alejarse unos metros.

Brice hizo como que no los había visto, cogió a su recién reencontrado «amigo» del brazo y lo llevó casi en volandas a través de un nuevo callejón y de ahí a una calle más iluminada y transitada. Caminó con él de prisa, con la certeza de que esos gamberros no lo dejarían marchar así como así, y, cuando llegaron frente al portal de su casa, comprobó que no se había equivocado: esperaban medio ocultos a varios metros de distancia.

—¡Maldita sea! —escupió—. Mira, chico, creo que tendrás que subir de verdad; esos tipos no te van a dejar en paz. Lo sabes, ¿no? —El joven suspiró con alivio mientras entraba con él en su pequeño piso—. Por cierto, me llamo Brice.

—Yo soy Pablo —se presentó, estrechándole la mano con la primera sonrisa que le veía—. Gracias por el rescate.

—Un placer, pero ¿qué diablos hacías en un barrio como este a estas horas?

—Soy artista, he venido a la Exposición Universal. Se expone allí una de mis obras —le contestó con orgullo—. Me gusta salir por las noches y recorrer las calles en busca de las musas; quería imbuirme del espíritu del París menos favorecido.

—Pues un poco más y de lo que te imbuyes es de una tunda de golpes, chico —rio Brice.

Babette se mostró encantada de ayudar al joven Pablo, y lo agasajó con una cena sencilla pero deliciosa. El matrimonio le ofreció su modesto sofá para pasar la noche: no estaban dispuestos a dejarlo salir de nuevo hasta que no fuera de día y la ciudad hubiera despertado.

—Creo que nunca tendré palabras suficientes para agradecerles lo que han hecho por mí —les dijo el chico a la mañana siguiente, durante el desayuno—. Les prometo que pintaré un cuadro en su honor.

—¡Caray, Brice! —exclamó Babette, coqueta—. Yo, convertida en musa de un artista.

El hombre se rio, afable.

—No permaneceré mucho tiempo en París, pero si necesitan algo, no duden en buscarme —ofreció Pablo mientras escribía una dirección en una esquina de su cuaderno de bocetos; la rasgó y se la entregó a Brice—. Estoy instalado en el estudio de Isidre Nonell, ¿lo conocen? —El matrimonio se miró y sacudió la cabeza—. No importa, allí podrán encontrarme para lo que precisen. Y si alguna vez van por Barcelona, me encantaría que me visitaran. —Apuntó una nueva dirección y se la entregó también—. Serán ustedes más que bienvenidos en mi casa.

—Vaya, gracias —dijo Brice conmovido, aun sabiendo que era bastante improbable que con su economía pudieran viajar ni en ese momento ni en el futuro.

—Me gustaría hacerles un regalo.

—¡Ay, muchacho, no es necesario! —exclamó Babette.

—¡Claro que sí, les pintaré el cuadro que les he prometido y se lo enviaré antes de marcharme, señora!

—Caray, chico, pues muchas gracias.

Tanto Brice como Babette creyeron que el joven Pablo se olvidaría de ellos en cuanto llegara a su estudio de pintura. Así eran los jóvenes artistas, todos ellos bohemios y alocados, viviendo la vida al máximo. Este no parecía ser distinto, aunque el destello ambicioso e inteligente de sus ojos les dijo que no se quedaría en el camino como tantos otros: su amigo Pablo llegaría lejos.

Cuál no sería su sorpresa cuando, algunas semanas después, un golfillo de los que aceptaban unas monedas a cambio de recados llamó a su puerta y les entregó un bulto alargado. Cuando Brice lo desenvolvió y lo extendió sobre la mesa,

ambos se quedaron sorprendidos. ¡Era el cuadro prometido! En él se veía a un hombre y una mujer en una calle llena de gente y actividad, todo representado con vivos colores, al estilo de los carteles de moda que adornaban algunos locales y se publicaban en las revistas y periódicos. El hombre se erguía con porte sereno y fuerte y la mujer sonreía con un gesto afable. Debían admitir que había cierto parecido con sus caras; sin embargo, si no hubieran notado algo familiar en las ropas de la pareja, no se habrían reconocido en el cuadro..., cartel... ¡Lo que fuera!

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Babette al cabo de un rato, mientras torcía la cabeza para contemplar su regalo.

—Sí, joder... —bufó Brice.

Se miraron y comenzaron a reír a carcajadas. El joven Pablo sería entusiasta y alegre, pero ese cuadro era la cosa más fea que habían visto en sus vidas.

—¿Será el espíritu del nuevo milenio el que provoca que los jóvenes artistas representen el mundo de esta manera tan...? —preguntó Brice sin encontrar las palabras exactas, entrecerrando los ojos para observar el dibujo desde otra perspectiva.

—O el opio —rio la mujer—. O tal vez es que tú y yo somos demasiado simples para entender el arte de principios de siglo, mi amor.

—Quizá... En cualquier caso, estoy convencido de que este regalo nos traerá suerte —murmuró el hombre, a la vez que echaba un vistazo a la firma negra que destacaba sobre la tela—. Espero que también tú la tengas, *monsieur* Pablo R. Picasso.

1

El aeropuerto no estaba muy transitado ese día, por fortuna. Octubre era un buen mes para viajar porque no había mucha gente; era tarde para unas vacaciones estivales, y temprano para las navideñas. Aun así, a Sofía le habría gustado haber llegado antes.

Hizo una mueca al echar un vistazo a su reloj y comprobar que eran las nueve y cuarto de la mañana. Faltaba más de una hora para despegar, pero los nervios se la comían. No podía dejar de recriminarse su estupidez. ¡Debería haber pernoctado en Lyon! El trabajo que tenía para esa noche era muy importante, demasiado. Sabía que había hecho bien su tarea, que había movilizado y puesto en marcha los mejores medios de seguridad para que no hubiera ningún percance; aun así, no se quedaría tranquila hasta que no pudiera comprobar con sus propios ojos que todo estaba en orden. Cada vez que pensaba en ello le hervía la sangre...

Había comprado el billete *on line* para partir la tarde anterior, pero cuando lo comprobaron en el aeropuerto, ¡sorpresa!, este no era válido. La excusa que le dieron: la web encargada de gestionar su vuelo era fraudulenta. Sencillamente perfecto. ¡La habían estafado! A ella, a una jefa de seguridad de BigPro, una de las empresas más prestigiosas del sector de seguridad privada del país, ¡vergonzoso!

Por más que suplicó y se puso pesada, no encontraron ningún hueco para ella en ninguno de los vuelos a Lyon de ese día, así que no tuvo más remedio que hacerse con un billete para la mañana siguiente. Un nuevo gasto que habría de afrontar su bolsillo, por supuesto. Ni muerta le confesaba esa cagada a su jefe, el señor Lara.

Y allí estaba, con un día de retraso en sus planes y muriéndose de los nervios. No estaba acostumbrada a estos contratiempos. Sofía era muy ordenada, muy metódica en todo lo que hacía, por eso le habían encargado a ella ocuparse del traslado del diamante Ross, desde la colección privada a la que pertenecía hasta la Feria Internacional de Joyería de Lyon. Sin lugar a dudas, el trabajo más importante de su carrera. ¡Debería haber estado allí desde la tarde anterior para supervisar todo!

El Ross era una de las piezas más codiciadas por los coleccionistas y, por consiguiente, también por los ladrones. Era previsible que tuvieran problemas con el traslado. ¡Maldición!

No podía evitar los pensamientos agrios esa mañana, y no era para menos. Ese trabajo podía significar el empujón que necesitaba en BigPro o el pisotón en la cabeza para hundirla hasta el cuello. El estómago volvió a culebrearle al pensar en todo lo que podía salir mal.

Por fortuna, el vuelo que había comprado —esta vez en ventanilla y obligando a la pobre chica a revisar los datos diez veces— saldría pronto, y el Ross no tenía que llegar a la feria hasta las ocho de la tarde. Con un suspiro de frustración y un poco más calmada al ver que no había mucha gente en la cola de facturación, extrajo el teléfono de su bolsillo y marcó el número del hombre que había puesto al cargo.

—Bélanger —respondió él.

—¿Todo bien? —se limitó a preguntar Sofía.

—Sin contratiempos, señora Márquez. ¿Tardará mucho?

—Voy a facturar en este momento: mi vuelo sale a las diez y media. Estaré en casa de *monsieur* Vipond a tiempo de revisar todo el operativo antes de comenzar.

—Perfecto.

—En cualquier caso, Bélanger, si hubiera algún imprevisto, no hagan nada hasta que yo llegue, ¿de acuerdo?

—Por mí no hay problema, señora, pero esperan el diamante para las ocho: todo está preparado, y...

—Estaré allí de sobra, descuide.

—Bien, la esperaremos.

—Nos vemos en unas horas.

Guardó el teléfono y se pellizó el puente de la nariz. Por suerte, no tuvo ningún inconveniente a la hora de facturar su arma, ya que tenía todos sus papeles en regla y la tasa abonada. Después de asegurarse de que su vuelo no iba con retraso, se permitió al fin sentarse y disfrutar de un desayuno muy bien recibido.

—¡Dupón! ¿Qué demonios estás haciendo aquí? —bramó Bélanger al ver a uno de sus hombres cómodamente repantigado en la cocina de *monsieur* Vipond.

—Tomando un café, señor —respondió el joven mientras se ponía en pie y se cuadraba.

—Tomando un... ¿Me estás tomando el pelo? —exclamó el hombretón, que miraba al muchacho con los ojos como platos. De repente su cara comenzó a ponerse roja de ira y de ahí a un tono morado. Dupón palideció cuando su

superior vociferó—: ¿Es que te has vuelto loco, estúpido? ¡Tu puesto está junto al furgón! ¿Quién coño te ha dicho que lo abandones?

—Se... se suponía que ya no era necesario..., señor...

—¿Qué? ¿De qué hablas, asno? ¿Acaso te he dicho algo al respecto?

—Creí que usted había ordenado que... El agente Lemoine está allí y dijo que...

—¿Quién? —jadeó Bélanger casi sin aire.

—Agente Louis Lemoine —respondió una voz grave detrás de él.

Bélanger se giró para encontrar a un hombre alto junto a la puerta, con bigote, gafas de pasta que enmarcaban unos ojos azules y vestido con un caro traje de chaqueta gris oscuro. Lo miró con la boca abierta mientras el desconocido caminaba hacia él con elegancia. Bélanger se tensó cuando el tal Lemoine se llevó la mano al interior de su chaqueta, y solo respiró cuando la sacó con una placa, que extendió hacia él para que la pudiera leer. Le costó unos segundos reaccionar ante lo que vio.

—¿Interpol?

—Así es —confirmó el tipo elegante mientras volvía a guardar su identificación—. Se nos ha informado de que el diamante Ross será trasladado esta tarde a la Feria Internacional de Joyería de Lyon, ¿estoy en lo cierto?

—Sí, en efecto —afirmó Bélanger, con la barbilla alzada en señal de orgullo—. Anton Bélanger; en este momento estoy al mando.

—Un placer, señor Bélanger —lo saludó, y estrechó su mano con firmeza—. He oído hablar mucho de usted y de su reputación. *Monsieur Vipond* me ha dicho que había una mujer a cargo del operativo... Francamente, no entiendo por qué, estando usted... —murmuró mientras arrugaba un poco la nariz con desagrado.

Bélanger sonrió complacido. No es que Márquez le cayera mal: había trabajado con ella en alguna ocasión y sabía que la chica era buena, pero él era un profesional y ella, una novata con poco más de un año de experiencia.

—*Monsieur Vipond* así lo solicitó —respondió.

—En fin... ¿Podría hablar con ella? —continuó Lemoine—. Me gustaría poder charlar con ustedes dos de un asunto delicado.

—Oh, pues... Verá, agente, la señora Márquez no ha llegado aún, aunque está en camino. La esperamos en un par de horas si todo...

—¡Ese tiempo podría ser decisivo! —siseó con alarma.

—¿Cómo dice?

—¿Por qué no está aquí la señora Márquez? —inquirió con brusquedad.

—Al parecer le surgió un imprevisto que retrasó su viaje, pero he hablado con ella hace un rato y me ha asegurado que estará aquí a tiempo para el traslado.

—Ya, el problema es que debemos trasladar el diamante cuanto antes.

—¿Cómo? —se sorprendió el otro—. No, ni hablar, tengo órdenes de obedecer únicamente a la señora Márquez, y ella me ha dicho que no hagamos nada hasta que...

—¡Escúcheme, Bélanger! —gruñó el agente de Interpol, antes de lanzar miradas nerviosas alrededor. Entonces señaló al pobre Dupón, que observaba la escena tratando de volverse invisible—. Usted, salga de aquí. He de hablar con su superior en privado.

El joven no dudó un instante en obedecer y salió corriendo de la cocina.

—¿Qué diablos ocurre, agente? ¿A qué viene todo esto? —preguntó Bélanger cuando se quedaron solos

—Hemos recibido una información bastante preocupante esta mañana, y se nos ha movilizado para que les echemos una mano, compañero.

Su trato de camaradería lo tranquilizó bastante. Había trabajado antes con la Interpol, y la verdad es que todos solían ser unos engreídos insoportables. Louis Lemoine parecía un tipo sencillo, y se notaba que lo respetaba.

—¿De qué se trata? Lo tenemos todo bastante controlado, y no...

—¡Oh, no me cabe la menor duda! Tiene usted fama de ser muy competente, lo sé. —Le sonrió con afecto.

—Gracias. Procuero hacer las cosas bien, es cierto —respondió el hombretón, satisfecho.

—Aun así, lo que tememos precisará de nuestra ayuda, compañero. Se nos ha informado de que un grupo armado está detrás del diamante Ross, y pretende aprovechar este traslado para robarlo.

—¿Grupo armado?

—Terroristas —susurró Lemoine acercándose un poco.

—¿Terroristas? —se alarmó Bélanger.

—¡Silencio! Es fundamental que no se corra la voz. Si esta información saliera de aquí podría ser catastrófico. ¿Se imagina el caos que se organizaría si la población llegara a saber algo? Necesitamos trabajar sin tener que preocuparnos por civiles aterrorizados.

—¡Oh, cierto, lo siento! Pero... ¿terroristas? ¿Por qué?

—Para financiarse, desde luego. El Ross es un premio gordo, ¿no le parece?

—Dios, ya lo creo... —silbó el jefe de seguridad—. ¿Y cómo se han enterado?

—Eso no puedo decírselo, compañero, entiéndalo. —Louis se tensó y volvió a mirar con nerviosismo hacia la puerta—. Pero me siento en la necesidad de advertirle de que la organización anda investigando a uno de sus hombres.

—¿Uno de mis hombres? —jadeó—. Pero eso no es posible, yo mismo los seleccioné uno a uno. ¡Son los mejores!

—No dudo de su astucia, señor, pero, como le digo, la recompensa por el Ross es muy tentadora, lo bastante como para convertirse en traidor. No le puedo dar más datos, pero sabemos que este grupo terrorista está recibiendo información desde dentro y que alguien intentará sabotear el traslado desde sus filas. Y, señor Bélanger, déjeme decirle que estos tipos son peligrosos: no se limitarán a robar como vulgares delincuentes. Usted y sus hombres corren peligro.

—¿Quién es el traidor? ¡Tiene que decírmelo! —pidió con urgencia.

—No, lo siento, no puedo. Solo... esté alerta.

—¿Y qué haremos ahora? —gruñó, no demasiado convencido con esa respuesta.

—Mis hombres están inspeccionando el furgón blindado en este momento para comprobar sus medidas de...

—¡Es Dupón! —exclamó de repente el guardia—. Por eso lo alejé del furgón, ¿verdad?

—¡Ah, señor Bélanger, por favor, no insista! —suspiró Louis—. Solo le advertiré de que no confíe plenamente en nadie.

—¡Maldito Dupón, siempre me pareció un vago!

—¡Yo no he dicho que...! —Louis lo miró y optó por dejarlo estar—. Bien, escúcheme: he hablado con *monsieur* Vipond en su oficina esta mañana y ya está informado. Trabajaremos juntos en esto, ¿de acuerdo? Cogemos la caja de seguridad con el diamante, la meteremos en este momento en el furgón y partiremos enseguida.

—Pero la señora Márquez me dijo que...

—¿Es que no ha escuchado nada de lo que le he dicho?! —bramó Lemoine, dando un golpe sobre la encimera—. ¿Acaso está aquí la señora Márquez? ¡Se ha tomado esta misión como si fuera rutina y estamos hablando de algo muy serio! Ha demostrado que es una irresponsable. Creí que sería más fácil con usted. Lo había tomado por un hombre sensato.

El aludido se cuadró y su rostro se ensombreció.

—Y lo soy, no le quepa duda, por eso le exijo que me conceda unos minutos para que pueda confirmar su historia.

—¡Por fin nos entendemos! —resopló Louis—. Mi superior se llama Travert; pregunte por él. Tenga, puede usar mi propio teléfono.

—No, gracias, prefiero usar el mío —respondió el otro con sospecha, lo que provocó una sonrisa satisfecha en el agente.

—Desde luego, no mentían sobre usted; es un hombre astuto y en el que poder confiar. Será un placer trabajar con usted, compañero.

Bélanger no quería que le gustara el tipo, pero... ¡qué diablos, era agradable! Salió de la cocina en busca de algo de intimidad y marcó el número que tenía en la memoria del móvil. Vipond le confirmó lo que Lemoine le acababa de decir, pero un buen estafador también podía haberlo engañado a él, así que llamó a la propia Interpol. Lo cogió una joven, y en unos segundos le pasó con el tal Travert, el cual confirmó su historia y lo urgió a darse prisa y obedecer en todo a su agente. ¿Obedecer? ¡Gilipollas! ¡Ni que fuera su dueño! La siguiente llamada fue para Márquez. La mujer se mostró preocupada por la historia, pero le dijo que colaborara con la Interpol.

—Está bien —dijo cuando regresó a la cocina—. ¿Qué quiere que hagamos?

Louis tuvo listo todo el operativo en poco más de media hora. Había llevado a tres de sus propios hombres. Él iría junto a Bélanger y uno de sus chicos en la parte de atrás del furgón, custodiando la caja de seguridad. Un agente de Interpol iría en el asiento del copiloto. Los otros dos viajarían en un coche tras el furgón y otro coche con hombres de Bélanger iría delante.

El hombre tuvo que reconocer que, una vez que se cerró la puerta trasera del furgón, se sintió agradecido a Lemoine por las medidas extra. Su equipo podía lidiar con casi todo, pero terroristas... Louis miraba en todas direcciones en constante estado de alerta, y eso no hacía sino acrecentar sus nervios. No se había mostrado muy conforme con que uno de sus hombres viajara con ellos en la parte trasera, pero Bélanger no estaba dispuesto a ceder en eso. No obstante, entendía la postura del agente de Interpol: sabía que había un traidor entre los suyos, y no se fiaba. Por eso mismo había situado en ese puesto a su propio sobrino, que era de su entera confianza.

El furgón se puso en marcha a una orden de Lemoine a través de la rejilla que comunicaba con el conductor, antes de cerrarla también. El hombre parecía a punto de saltar por cualquier sonido. No dejaba de mirar a través de la ventana situada en el lateral del vehículo con su arma en la mano. Bélanger se encontró mordiéndose las uñas con nerviosismo. ¿Qué podía ser tan grave para mantener a

un hombre como aquel en ese estado? Su sobrino parecía opinar lo mismo, pues tenía la frente perlada de sudor y se movía más de la cuenta. Rezó en silencio por llegar a la feria sin ningún contratiempo. Por desgracia, sus oraciones no fueron escuchadas.

El primero en percatarse de que algo no iba bien fue Lemoine, por supuesto. Se apartó de la ventanilla con un grito ahogado que hizo que Bélanger diera un bote en su asiento.

—¡Al suelo! —tuvo tiempo de gritar Lemoine antes de que un fuerte golpe sacudiera el furgón. Primero en el lateral derecho, un segundo después en el izquierdo.

—¿Qué diablos ocurre?! —gritó Bélanger, antes de lanzarse al suelo.

—¡Nos han interceptado, mierda! —escupió el de Interpol mientras amartillaba su arma. Golpeó la ventana que comunicaba con la cabina y se abrió una pequeña rendija—. Intenta seguir circulando, hay que salir de aquí.

Un nuevo golpe hizo que se estremecieran el vehículo y sus ocupantes.

—Eso será bastante complicado, señor —se escuchó desde la cabina—. Nuestro conductor parece haberse golpeado en la cabeza y ha perdido el conocimiento.

Bélanger farfulló un juramento al lanzar una mirada y ver al hombre de Lemoine haciendo malabares para manejar el volante desde el asiento del copiloto.

—¡Maldición, sabía que teníamos que haber puesto un señuelo! —espetó—. ¡Bélanger, debemos sacar el diamante de aquí!

—¿Cómo que sacarlo? Este furgón es impenetrable, Lemoine: el diamante estará aquí más seguro que...

En ese momento el vehículo chirrió y se desvió de la carretera. ¡Era desquiciante no poder ver nada de lo que ocurría fuera! Durante unos segundos eternos, el coche circuló derrapando caóticamente hasta que finalmente acabó chocando con algo y se detuvo.

—¡Dios mío! —gritó el hombretón—. ¿Qué coño está pasando?

—Que nos han cogido, compañero, eso es lo que está pasando —respondió Louis con voz sombría, mientras se encaramaba a la ventanilla—. ¡Nos superan en número y han abierto fuego contra nosotros!

Entonces escucharon los disparos y Bélanger y su sobrino se taparon la cabeza con las manos, instintivamente. Louis abrió la ventanilla y comenzó a disparar también.

—¡No! —bramó, antes de descargar otra tanda de balas.

—¿Qué?

—Han alcanzado el coche delantero y lo han sacado de la carretera.

—¿Están vivos? —jadeó el guardia con angustia.

—Dios lo quiera —suspiró Lemoine, que se pasó una mano por el pelo con aire frustrado. Volvió a mirar hacia la cabina del conductor y lanzó una maldición—. Le han dado a mi compañero, no tenemos conductor. ¡Hay que hacer algo, Bélanger, no podemos quedarnos aquí viendo cómo roban el diamante y acaban con nosotros!

—Desde luego, pero ¿qué? Si salimos nos acribillarán.

—No si yo os cubro.

—¿Qué está diciendo?

Louis se acercó a la caja de seguridad y la puso en manos de Bélanger.

—Vosotros dos saldréis por la parte de atrás y yo os cubriré. —Tocó el pinganillo que llevaba en la oreja y comenzó a dar órdenes a los hombres que aún resistían en el coche que había circulado detrás de ellos—. Porcher, proteged a Bélanger y el diamante, van hacia vuestro vehículo. ¡Cubridlos!

—Pero ¿qué será de ustedes? —Habló el sobrino por primera vez, con los ojos muy abiertos por el miedo.

—Ustedes cogerán el coche y se llevarán el diamante a toda leche hasta ponerlo a salvo. Nosotros los retendremos.

—¡Pero os matarán! —exclamó Bélanger.

—Lo intentarán —gruñó el de Interpol, que cargó su arma y regresó a la ventanilla—. Cuando yo os diga... Preparados... ¡Ahora, salid!

Entonces comenzó a disparar, a la vez que profería un grito largo y furioso. Bélanger no perdió el tiempo: cogió la caja y le dio un empujón a su sobrino para que saliera delante. Abrieron la puerta y saltaron. El chico apuntó aquí y allá, pero todo era humo y caos y no conseguía ver nada. En décimas de segundos ambos comenzaron a llorar por la irritación en los ojos, hasta que acabaron cegados por completo. Escuchaban disparos, gritos, pero era imposible saber siquiera de dónde procedían. Bélanger sintió que el corazón le daba un vuelco cuando lo cogieron con fuerza del brazo. Alguien le gritó:

—¡Por aquí, el coche está por aquí!

Dando gracias al cielo, se dejó arrastrar sin dejar de apretar la caja de seguridad contra su pecho con una mano. Por fin vio el coche. El hombre que lo guiaba le abrió la puerta y casi lo empujó dentro. Comprobó con alivio que el otro agente

hacía lo mismo con su sobrino, antes de descargar una tanda de disparos contra un objetivo que para él, con sus ojos irritados, era solo un borrón.

—¡Adelante, adelante, salgan cagando leches de aquí! —los urgieron.

—¡Pero ¿qué será de ustedes, de Louis?! —gritó con angustia.

—Pongan el Ross a salvo, no permitan que nuestras muertes hayan sido en vano. ¡Rápido! ¡Agh!

El hombre de Lemoine se tensó y se llevó la mano a un costado al recibir un disparo. No necesitaron más para ponerse en marcha. Su sobrino arrancó el coche con un fuerte chirrido de ruedas y olor a goma quemada. Condujo más por instinto que por otra cosa, porque seguía medio cegado. Poco a poco, a medida que avanzaban a todo gas, su visión se fue aclarando, el humo desapareciendo y el ruido haciéndose más difuso. Escucharon sirenas, pero lo ignoraron todo y siguieron circulando a toda prisa hacia Eurexpo, donde al fin podrían dejar el diamante Ross en buenas manos. Bélanger trató de llamar por teléfono, pero su móvil debía de haberse perdido en la refriega. Curiosamente, el de su sobrino también. Solo les quedaba conducir, seguir adelante y salvar el Ross.

2

El viaje se le hizo interminable. Había intentado contactar con Bélanger en varias ocasiones y su teléfono no estaba operativo. Eso olía mal, ¿pero que no hubiera podido contactar con nadie más? ¿Ni siquiera con Vipond? Eso, directamente, apestaba. Había albergado la vaga esperanza de que se tratara de su aparato, que la cobertura fuera deficiente o algo, pero cuando regresaba de la Intervención de Armas y Explosivos del aeropuerto de Lyon-Saint Exupéry, recibió una llamada de un número desconocido.

—Márquez —respondió.

—Cinco hombres, dos furgonetas, unos cuantos fuegos artificiales y gases lacrimógenos —respondió una grave voz masculina al otro lado.

Sofía arrugó la frente sin comprender.

—¿Disculpe? Creo que se ha equivocado.

—No, qué va —se rio el desconocido—. Yo no suelo equivocarme nunca.

—¿Se puede saber de qué me habla? No tengo el día como para...

—Respondo a la pregunta que se hará usted en breve, Márquez.

—¿Qué...?

—Nos veremos pronto.

Escuchó un «bip» y la línea se cortó. Sofía se quedó mirando su móvil con el ceño fruncido. Fantástico, como si no estuviera teniendo suficiente por un día... Con un gruñido malhumorado guardó el aparato en el bolsillo de su chaqueta y enfiló hacia la salida. De repente, alguien chocó con ella y le hizo perder el equilibrio, de manera que cayó sobre sus rodillas y se le escapó un grito de sorpresa.

—*Je suis désolé, mademoiselle!* —exclamó un niño en un francés terrible—. *Je... Je me suis perdu...*

—¿Te has perdido, pequeño? —le dijo ella en español, pero el chiquillo sacudió la cabeza. Lo intentó en inglés y el niño sonrió—: *Can I help you? I can...*

—*Dad!* —gritó el pequeño de repente, y echó a correr hacia un hombre alto vestido con traje oscuro, que lo cogió de los hombros y empezó a reprimirlo.

—*You are welcome!* —escupió Sofía con acritud mientras se levantaba. Lanzó un juramento al ver sus medias destrozadas por la caída—. Sencillamente perfecto.

—Disculpe, señora, ¿me permite echar un vistazo a su bolsa?

Sofía alzó la mirada sin dar crédito a lo que estaba escuchando. Un enorme

policía uniformado la miraba con gesto hosco y sus fornidos brazos cruzados.

—Ehm... Sí, claro. —El hombre le hizo un gesto para que lo acompañara hasta un banco, y ella le entregó la bolsa de viaje—. Me llamo Sofía Márquez Lerma —se presentó, mientras tanteaba en los bolsillos de su chaqueta en busca de su pasaporte y su identificación—. Trabajo para una empresa de seguridad de...

—¡Lleva un arma! —exclamó el agente al encontrar la funda de su automática.

—Sí, claro, como le iba diciendo, soy...

—¿Tiene la documentación de esto?

—¡Por supuesto que sí! —masculló ella, impaciente—. ¿Cómo se supone que iba a haber colado un arma en un avión de no ser así?

—¿Acaba de aterrizar?

—Sí, eso estoy diciéndole.

—Necesito ver su pasaporte, la tarjeta de embarque y la tarjeta europea de armas de fuego, por favor —exigió el policía.

Sofía chascó la lengua con impaciencia y comenzó a vaciar sus bolsillos. Una pequeña multitud había empezado a formarse en torno a ellos. Lógico, ese tipejo no era *mister* Discreción, desde luego. Tardó un momento en procesar lo que sus manos palpaban, y, cuando lo hizo, su sangre se congeló. ¡No estaban! Sus jodidos papeles no estaban en ningún bolsillo. Tampoco su móvil.

—¡Mierda! —escupió, buscando con la mirada al niño—. ¡Me los ha robado!

—¿Cómo dice? —preguntó el agente con fingida suavidad.

—¡Un niño ha chocado conmigo hace un momento y me ha robado!

—¿Robado? —El hombre compuso una mueca de escepticismo y cogió la cartera que Sofía acababa de dejar en el banco—. Pues lleva usted bastante dinero, señora... —Ojeó su DNI antes de continuar—: Márquez. ¡Vaya, al menos en eso no ha mentido!

—¡No he mentado en nada! —siseó ella—. Puede telefonar a quien necesite para comprobarlo. ¡Le digo que he sido víctima de un robo! Si deja de atosigarme y busca a ese ladronzuelo, seguro que...

—¿Está usted tratando de decirme cómo hacer mi trabajo, señora Márquez? —inquirió el agente con un ronroneo peligroso.

Sofía se mordió la lengua y se obligó a tranquilizarse.

—No, desde luego que no, solo digo que esto es un malentendido y...

—Tal vez, pero entienda que tendrá que acompañarme hasta que lo aclaremos.

—¿A dónde?

—A la sala de interrogatorios.

—¿Qué? ¡Pero no puedo, he de ocuparme de un asunto que...!

—Se lo estoy pidiendo amablemente, señora Márquez, no complique las cosas, ¿quiere?

Con un bufido resignado, Sofía asintió e hizo un gesto de rendición con las manos. El policía recogió sus cosas del banco y se colgó la bolsa de viaje al hombro, antes de conducirla hasta unos departamentos formales y fríos como un hospital. A Sofía le sorprendió encontrarlos vacíos: siempre se había imaginado que a ese lugar iban a parar todos los que cometían infracciones en los aeropuertos o los contrabandistas. Tal vez ese sitio solo lo reservaran para los terroristas asesinos que portaban armas de fuego sin papeles, pensó con amargura.

—Espere aquí, señora Márquez —le dijo el agente mientras la hacía pasar a una de las habitaciones más claustrofóbicas y calurosas en las que había estado en su vida.

—¿Se demorarán mucho? —preguntó casi suplicante—. Es importante que...

—Tardaremos lo que tengamos que tardar —espetó él con sequedad—. Mi superior vendrá en cuanto pueda y se encargará de su interrogatorio.

—¿Superior? ¿Por qué...? —Cerró la boca al ver la mirada asesina del hombre—. De acuerdo. ¿Podría al menos hacer una llamada?

—Desde luego, enseguida. No está usted detenida, señora Márquez, solo queremos ayudarla a aclarar este malentendido, porque sin papeles y con un arma...

—Sí, supongo que lleva razón, pero ¿buscarán al niño? Iba con un hombre vestido de oscuro, tendría unos once años y...

—Ajá... Ajá... Once años, traje oscuro... Descuide. —Sofía alzó las cejas con la sospecha de que el tipo se estaba riendo de ella—. Siéntese, pronto la atenderemos.

Y, por la sonrisita con la que lo dijo, a Sofía no le cupo duda de que permanecería horas allí. Con un gemido, se sentó en una incómoda silla de plástico y se dispuso a esperar, con la inquietante sensación de que todo aquello era bastante irregular.

A los cinco minutos ya sentía la camisa pegada al cuerpo por el sudor. ¿De verdad era necesario poner la calefacción tan alta? Se quitó la chaqueta y la dejó en su regazo, pero al cabo de otros cinco minutos tuvo que desabrocharse los primeros botones de la blusa para que le diera algo de aire. Debía de tratarse de

algún tipo de táctica psicológica o algo por el estilo: luz brillante, paredes de azulejos blancos, ningún mueble excepto unas sillas incómodas y duras y una mesa, olor a... ¿A qué demonios olía allí? Por otro lado, estaban realizando algún tipo de obra en la habitación contigua, pues alguien martilleaba sin descanso en la pared. Pero lo peor era el calor. Hacía muchísimo calor... Y Sofía no llevaba nada bien el calor. Sí, definitivamente eso debía de ser alguna especie de truco para acabar con la paciencia de los retenidos.

—Señor, esto es una pesadilla...

No fueron horas, pero sí unos cuarenta minutos eternos, y de los más horribles que había vivido en su vida. El calor y ese olor a algo químico le habían revuelto el estómago. Ya no le quedaban botones que desabrochase, a menos que pretendiera enseñar el sujetador al personal de seguridad del aeropuerto. No habían tenido ni la pequeña consideración de darle un vaso de agua, y su cabeza ya marcaba inconscientemente el ritmo del puñetero martillo como si fuera la canción del verano. Y luego estaba el temor... No podía apartar de su mente la terrible sospecha de que algo había ocurrido con el diamante Ross. ¡Mierda! Si no tuviera tanto calor, tal vez conseguiría pensar con más claridad. Todo aquello era tan raro...

Cuando volvió a abrirse la puerta, dio un bote en su asiento y se encaró con el recién llegado. Se trataba de un tipo alto, con el pelo castaño repeinado hacia atrás, vestido con uno de esos trajes que, aunque pretenden ser elegantes, gritan «policía» a la primera mirada. Sofía hubo de reconocer, muy a su pesar, que era bastante guapo. Ojos oscuros, piel bronceada, labios carnosos... Lástima que llevara grabada en la cara esa expresión de chulería. Le cayó mal con un solo vistazo.

—¡Vaya, por fin se dignan a atenderme! —le espetó.

—¿Señora Márquez? —se limitó a decir el tipo.

—¡Sí, soy la señora Márquez, y llevo aquí esperando casi una hora!

—Capitán Allard —se presentó, enseñando una placa—. Tranquilícese, por favor.

¡Ooohh! Ese gilipollas sin duda no estaba muy acostumbrado a hablar con personas nerviosas si acababa de soltar aquellas palabras como si tal cosa.

—¿Que me tranquilice?! —gritó Sofía—. ¡Me roban y encima me tratan a mí como si fuera una terrorista! ¿Cómo diablos voy a tranquilizarme? Necesito irme cuanto antes, necesito mi tarjeta de armas. ¡Trabajo para BigPro y he venido a Lyon a hacer un trabajo importante! ¡Tengo que irme cuanto antes o al menos

llamar por teléfono! ¡No me pueden negar una llamada! Todo esto es irregular, ¡ilegal! Voy a poner una reclamación que...

—¿Puede dejar de cacarear un momento, señora Márquez? Me he levantado con una jaqueca de espanto y sus gritos histéricos me están haciendo empeorar.

Sofía lo miró con los ojos como platos y tan indignada que era incapaz de hablar. El bastardo cerró la puerta tras él y se adentró en la habitación como si acabara de decirle «buenos días». ¿Gritos histéricos? ¡Solo estaba alterada, y con toda la razón del mundo! Pero ¿histérica? ¡Hijo de perra!

—Todo esto en verdad es bastante irregular —suspiró el tipo con una calma que resultaba ofensiva—. En primer lugar, porque me han comunicado que ni siquiera la han registrado.

—¿Regis...? ¡En sus sueños! —gruñó con furia.

Él la miró con una ceja alzada y chascó la lengua.

—Portaba usted un arma, sin papeles, ¿recuerda?

—¡Ya le he dicho que me han robado!

—Y sin embargo llevaba usted un buen fajo de euros en su cartera. Venga, señora Márquez, reconozca que la cosa huele mal.

—¡Apesta! —escupió ella—. Pero no por mí.

—Sea como sea —continuó el tipo al tiempo que se pellizcaba el puente de la nariz—, hay que cachearla. ¡Le aseguro que estamos buscando a ese niño que dice usted que le robó! El problema es que... ¿Un niño de once años acompañado de un hombre vestido de oscuro en un aeropuerto como este? —Volvió a chascar la lengua y sacudió la cabeza—. Algo vaga la descripción, ¿no le parece?

Sofía arrugó la frente y trató de recordar los detalles. ¡Tenía buena memoria, joder!

—El chico parecía no hablar bien ni francés ni español, pero cuando escuché su inglés descubrí un acento catalán, o sea, que era mentira. Yo le echaría unos once años más o menos, aunque iba vestido con ropa demasiado infantil, tal vez para aparentar menos edad. Era rubio, aunque... quizás más de lo normal... —Entrecerró los ojos y se centró en el hombre, el supuesto padre—. El hombre era alto, de su estatura más o menos. —Le lanzó una mirada y asintió—. Sí, definitivamente era tan alto como usted. ¿Uno ochenta? Era moreno, también como usted, y vestía un traje... gris, algo sucio de polvo en la manga. Llevaba gafas oscuras, así que no pude verle los ojos, ¡pero tenía bigote!

El agente la miró con la boca un poco abierta en un gesto de sorpresa. Sofía

sonrió satisfecha. Sí, siempre había sido buena recordando los detalles más ínfimos.

—¡Caray, buena memoria! —reconoció Allard—. Les daré esos nuevos datos a mis hombres. ¿Por qué no se lo dijo a mi compañero antes?

—¡Porque ese gili...! —Sofía inspiró hondo y empezó de nuevo—: Porque no me dejó explicarme. En el momento que vio mi arma me colgó el cartel de terrorista.

—Nadie la ha acusado de tal cosa, señora Márquez.

Entonces sonrió, y a Sofía le pareció que se estaba aguantando las carcajadas. En cualquier caso, tuvo que reconocer que la sonrisa le favorecía al muy bastardo.

—¿Puedo hacer una llamada, por favor? Necesito darle instrucciones a mi equipo.

—¿Equipo?

Sofía le contó a grandes rasgos su historia, tratando por todos los medios de que los nervios y el cabreo no la traicionaran.

—Bien, podrá hacer esa llamada, pero, lo siento, como ya le he dicho antes, tenemos que registrarla; podría usted llevar oculto...

—¿Qué? —Se señaló el cuerpo, su ajustada camisa blanca a medio desabrochar, su falda de tubo y sus medias destrozadas—. ¿Un lanzallamas en el trasero?

El capitán Allard ladeó la cabeza y le lanzó una mirada de arriba abajo, lenta, demasiado lenta y acariciadora, que se detuvo más de la cuenta en la curva de sus caderas y sus pechos. Sofía tragó saliva, nerviosa, y se cruzó de brazos para taparse de alguna manera. Iba vestida completamente formal y, según ella creía, poco llamativa; pero ese hombre había sido capaz de hacerla sentir desnuda con tan solo una mirada. Aunque... ¡madre de Dios, qué mirada! Si no se hubiera sentido tan ultrajada y ofendida, casi le habría halagado. Casi, porque el que un tío estuviera bueno hasta reventar no le daba derecho a creerse el terror de las nenas ni a mirar a las mujeres como un buitre baboso. En ese momento, mientras el capitán Allard se acercaba despacio hacia ella sin apartar esos ojazos oscuros de su rostro, contuvo el aliento; lo contuvo porque estaba muy enfadada, no porque el condenado oliera bien ni porque tuviera ese punto tan sexy cuando sonreía. Era sexy... ¡hasta que abrió la boca!

—Podría esconder incluso un tanque, señora Márquez —soltó, y se quedó tan pancho.

Sofía permaneció unos segundos tratando de procesar lo que le acababa de

decir, pero sus neuronas solo volvieron a funcionar cuando él se dio la vuelta hacia la puerta.

—¿Acaba de llamarme culona?! —gritó con voz aguda.

Allard se volvió sobre su hombro para mirarla de arriba abajo una vez más y Sofía sintió cómo se ponía colorada... Debido a su mala leche, por supuesto, que iba en aumento hacia límites insospechados.

—Por favor, no invente cosas, señora Márquez.

—¿Un tanque?! —volvió a bramar ella con las manos en la cintura, a punto de comenzar a resollar como un búfalo. ¿Es que aquel jodido martillo no iba a parar ni un puto segundo?—. ¡Acaba de decir que podría esconderme un tanque en el culo!

Y entonces Allard no pudo contenerse más y dejó escapar una carcajada que acabó con la poca paciencia que le quedaba a Sofía, que se abalanzó hacia él con las manos convertidas en garras y gruñendo como una fiera. No llegó demasiado lejos, por supuesto; el agente le sujetó un brazo y la giró en una décima de segundo hasta hacerla chocar de espaldas contra su pecho, tan fuerte que le castañetearon los dientes.

—No juegue con fuego, señora Márquez —siseó Allard en su oído mientras le retorció el brazo dolorosamente—. No me tienen por un hombre tolerante.

—¡Suélteme! —ordenó Sofía con los dientes apretados.

—Cuando se calme.

—Como vuelva a decirme que me calme le voy... —Jadeó de dolor cuando él le retorció un poco más el brazo.

Se obligó a tranquilizarse un poco; reconocía que había perdido por completo los papeles. ¿Qué diablos le estaba pasando? Ella era una mujer sensata. ¡Era esa maldita habitación, el calor, el ruido! Cuando al fin consiguió sosegar su respiración, fue consciente de la situación, y se sintió terriblemente avergonzada. ¿Avergonzada? Bueno, tal vez también un poquito turbada, y es que no pudo evitar percatarse de la fuerza del brazo con la que Allard la sujetaba por la cintura o de la dureza de su pecho contra su espalda, y, sí, maldito fuera, olía muy bien, y no era colonia, sino algo personal, algo masculino y atractivo. Por un momento creyó sentir que la respiración del hombre cambiaba un poco el ritmo, y eso provocó que la suya se agitara de nuevo. Él le soltó el brazo que mantenía a la espalda, y, cuando volvió a hablar, su aliento le acarició el cuello, lo que le puso la carne de gallina.

—Así, ¿lo ve? Mucho más guapa tranquilita...

Y ese fue el tiempo que duró la tregua. La rabia volvió a hervir en las venas de Sofía, aumentada por la vergüenza de haberse sentido por un momento... ¿atraída por Allard? ¡Como fuera! Con un gruñido, y completamente fuera de sí, lo aferró del brazo con el que la sujetaba por la cintura y se dio la vuelta; lo cogió con la guardia baja. Allard intentó agarrarla de nuevo, pero ella se movió demasiado deprisa, se apoyó en el brazo del hombre y le hizo una llave de película. En décimas de segundo, el agente se encontró tumbado de espaldas en el suelo, con los ojos muy abiertos por la sorpresa y con una señora Márquez nada tranquila resollando por encima de él.

—Estoy. Muy. ¡Tranquila! —bramó.

Allard entrecerró los ojos y la fulminó con la mirada, y solo entonces Sofía salió de su estado de locura transitoria y entendió hasta qué nivel acababa de meter la pata.

—¡Señor! —jadeó mientras se tapaba la boca con la mano, horrorizada—. ¿Cómo he podido perder los papeles así? ¡Es esta habitación! Esos golpes, el calor... Yo...

Se acercó al agente con la mano extendida para ayudarlo a levantarse, pero él la ignoró, se puso en pie y se sacudió el traje.

—Bien, pues espero que se vaya acostumbrando a esta habitación, porque va a pasar aquí un largo rato —murmuró Allard, contundente—. Póngase cómoda. Enseguida vendrá una compañera para registrarla y leerle sus derechos. Está usted detenida por agredir a un agente de la Ley, señora Márquez.

Sofía se quedó congelada en el sitio, viendo, sin dar crédito todavía a lo que acababa de ocurrir, cómo el capitán Allard se marchaba de la maldita habitación de los horrores. No supo cuánto tiempo permaneció así, conmocionada y maldiciéndose en cada uno de los cinco idiomas que conocía.

—Dios mío... Esto no puede estar pasando —gimió una y otra vez.

Finalmente no tuvo más remedio que volver a sentarse y tratar de asumir su destino. No se atrevía a exigir una llamada de teléfono después de lo que acababa de pasar, pero tarde o temprano tendrían que concedérsela. Sin embargo, ¿a quién llamaría? ¿A Bélanger para preguntarle cómo iba todo? ¿Tal vez a su jefe, el señor Lara? El cual no dudaría ni un segundo en ponerla en la calle, claro. Quizás sencillamente debería llamar a su tío y pedirle que la sacara de ese lío...

—¡Ni hablar, antes me pudro en la cárcel! —masculló.

No le iba a dar esa satisfacción a Ricardo Márquez: prefería que le arrancaran las uñas. El chirrido de la puerta al abrirse la rescató de sus pensamientos

sombríos. Alzó la cabeza y se encontró con una mujer joven y uniformada. ¿Qué pasaba en ese aeropuerto? ¿Se incluía el ser guapo en los requisitos para pertenecer a la seguridad? La mujer era una belleza, de acuerdo, pero eso no la consoló cuando se vio obligada a desnudarse delante de ella y esta comenzó a registrarla. Por fortuna no fue un registro demasiado... intensivo; Sofía no habría logrado reponerse a la humillación de haber sido así. Le preguntó a la agente por el niño y su padre, culpables de sus desgracias, pero la joven esquivó sus preguntas. Cuando acabó de registrarla, tuvo el detalle de recoger su ropa del suelo y ponerla sobre la mesa.

—Ya puede usted vestirse —le dijo—. El capitán Allard vendrá enseguida.

—Perfecto, me muero por verlo —bufó con sarcasmo.

La mujer salió de la habitación, y Sofía se quedó de nuevo a solas; comenzó a vestirse al borde de las lágrimas. Se había visto sometida a muchas situaciones terribles; era lo que tenía haber sido criada por Ricardo Márquez. No obstante, hacía tiempo que se sentía segura en su nueva vida, en su piso, con su trabajo. Era una mujer fuerte, controlada y que sabía bien lo que quería; casi había olvidado lo que era sentirse humillada. Sorbió por la nariz y se irguió. Saldría de esta sola, como siempre. Terminó de abotonarse la blusa y, cuando fue a coger su chaqueta, lo vio.

—¿Qué diablos es esto? —masculló al tiempo que cogía el sobre de papel burbuja que había debajo.

Frunció profundamente el ceño y miró con nerviosismo hacia la puerta. Si por un momento había creído que lo habían dejado por error, cuando vio su nombre escrito supo con certeza que se trataba de un mensaje para ella. Tragó saliva y sintió de nuevo en su corazón aquello que la había mantenido alerta al principio de aquella aventura, antes de que las cosas se torcieran y acabara convirtiéndose en la hermana gemela de Chucky, el muñeco diabólico, y le hubiera hecho una llave de yudo a un capitán de policía de Lyon. Aquello era muy irregular... Muy raro... ¡Asquerosamente sospechoso! Con un gruñido, rasgó el sobre y vació su contenido sobre la mesa.

Lo primero que cayó fue su teléfono móvil, pero solo le dedicó una vaga mirada, ya que sus ojos se habían quedado trabados en la fotografía que había revoloteado a su lado. Una mano. La fotografía de una mano masculina. Una mano masculina con un anillo de oro viejo; un anillo que había visto en el meñique de Allard. ¡Era la jodida mano de Allard! ¡Y estaba sujetando el diamante Ross!

—Hijo de... —susurró sin aire.

Cogió la fotografía de la mesa y la miró durante un rato, mientras la sangre se le congelaba en las venas. Se fijó en un papel doblado que había caído del sobre junto a todo lo demás. Lo cogió y lo abrió con manos temblorosas:

«Rectifico mi respuesta anterior: no fueron cinco hombres, sino cuatro y una mujer, además de un servidor, claro. Dos furgones, fuegos artificiales y algunos gases lacrimógenos. También pedí la pequeña colaboración de un niño con las manos ágiles (por cierto, tiene once años, es usted muy aguda), unas salas en obras y sin vigilancia en el aeropuerto de Lyon-Saint Exupéry, una calefacción al máximo y un producto químico de mal olor (muy eficaces para hacer perder los nervios al más templado de los hombres) y, por supuesto, mucho don de gentes e ingenio.

Esa es la respuesta exacta a la pregunta que martillea su bonita cabeza en este momento: ¿Cómo demonios he conseguido robar el diamante Ross delante de las narices de su equipo?

Una piedra realmente bonita, sí, señor; pero debo confesarle que la mejor parte del trabajo ha sido la de distraerla a usted; me moría por conocerla.

Lo del tanque en el culo... Discúlpeme, era una mentira para hacerla enfadar. Está usted preciosa cuando se enfada. En realidad su culo es perfecto; lástima que no me tocara a mí la parte de cachearla... Pero todo se andará. Le dije que nos veríamos pronto, y así ha sido, ¿verdad? Suelo cumplir mis propios deseos.

Puede encontrar sus pertenencias y su arma a la salida. Gracias por la diversión.

Con afecto.

Aire.

P. D.: Me quedo con el pequeño triunfo de que mi aire ha logrado avivar su fuego».

Sofía necesitó releer el mensaje dos veces más antes de que su cerebro se pusiera en funcionamiento con normalidad. Aire... Uno de los mayores estafadores conocidos en la actualidad... ¡Aire! ¡Allard era Aire! Y había estado jugando con ella desde el principio: el billete falso de avión, el niño, el agente que había encontrado su arma... Gritó de pura rabia y frustración cuando su memoria comenzó a encontrar las similitudes con la misteriosa voz al teléfono... Entre el supuesto padre del niño y el apuesto capitán de la policía.

—¡Hijo de puta! —bramó con todas sus fuerzas.

3

—¡Un brindis por Aire y por un gran golpe!

—¡El gran golpe! ¡Joder, colegas, el diamante Ross, ni más ni menos!

—Y ha sido pan comido, además.

Los chicos se rieron a carcajadas mientras chocaban sus copas, pero el homenajeado permaneció pensativo y en silencio, de cara a la ventana, mirando sin ver la noche de Madrid. Su reflejo en el cristal le devolvía su sonrisa tristonada, pero eso tampoco lo veía. Su visión estaba perdida mucho más allá, lejos en el tiempo y en el espacio, veinticinco años atrás, en un pequeño pueblo de Guipúzcoa; en su abuela llorando en el patio, en su padre diciéndole que todo iría bien mientras lo esposaban...

—¿Julen?

Aire, el hombre que no podía ser sorprendido, se sobresaltó al encontrar el reflejo de la mujer a su lado. Ni siquiera la había escuchado acercarse. Ella sonrió y comenzó a masajearle los hombros.

—¿Estás bien?

—Desde luego —le sonrió él, aunque se apartó con sutileza.

—No lo pareces —le recriminó.

—Estoy bien, Esther, pero confieso que no te he escuchado acercarte, y eso me ha mosqueado —explicó, y la chica soltó una carcajada.

—Por eso me reclutaste, ¿no? Por ser capaz de sorprender al mismísimo Aire.

—Y por más cosas.

—Y por eso respondí yo. Creo que eres el único hombre que se fijó en mis habilidades antes que en mis tetas —le dijo con una risilla.

—Bueeeeno —bromeó él; la joven le dio un empujón.

—Ve con los chicos, Julen; necesitan que les digas que lo han hecho bien.

—Por supuesto, todos lo habéis hecho genial.

Se acercó a la mesa que había en el centro de la habitación y se sirvió una copa de champán.

—Brindo por vosotros, habéis estado soberbios. Nunca antes habíais trabajado juntos, y, sin embargo, os habéis adaptado a la perfección. No podía haber elegido mejores compañeros —dijo mientras alzaba su copa.

Los tres hombres hicieron lo mismo con las suyas entre vítores, pero Esther seguía observándolo con preocupación. Algo se cocía en la cabeza de Aire; reía

con sus compañeros y bromeaba, pero, sin embargo, su expresión era tensa.

—Bueno, ¿cómo lo vamos a colar? —preguntó Víctor, cosa que la sacó de sus pensamientos.

—¡Es el Ross, tío! ¡Cualquier coleccionista privado nos lamerá los pies! —respondió Enrique con una risita—. Dame una hora y lo habré metido en todos los catálogos de subastas.

—¡No! —exclamó Julen con rotundidad—. No lo venderemos.

Esther lo miró sorprendida. Su voz había sonado contundente, demasiado tal vez. Todos reaccionaron con sorpresa.

—¿Cómo que no lo venderemos? —preguntó la mujer—. Dijiste que nos pagarías...

—Os dije que os daría una cifra por echarme una mano, ¡una gran cifra! —respondió mientras desplegaba su sonrisa de misterio—. Pero en ningún momento dije que esa cifra saldría de la venta del Ross.

—¿Y de dónde la vas a sacar, eh, Aire? —preguntó Víctor con sospecha—. Tío, necesito la pasta ahora, ¿sabes? La clase de mi hija va de excursión a Italia el mes que viene y la bruja de mi ex no piensa colaborar. No quiero que la niña se quede sin...

—Deberías cambiar a tu hija de colegio, Víctor —gruñó Julen—. Un día vas a acabar dándole a tu ex uno de tus riñones.

—Bueno, tío, ya sabes que es complicado —murmuró con pesar—. Lena es mi vida...

—Está bien, no voy a meterme en tus asuntos privados —masculló al tiempo que se daba la vuelta y se dirigía hacia el escritorio. Abrió un cajón y sacó cuatro sobres, que fue lanzando a cada uno de sus compañeros.

—¿Tenías toda esta pasta guardada ahí? —exclamó Sam con su gran vozarrón—. ¿En el cajón sin llave del escritorio de la *suite* de un hotel, como si fuera la factura de la luz?

—Sam, cuanto más escondidas estén las cosas, más atractivas parecen —murmuró como si tal cosa, mientras los chicos contaban su recompensa. Todos menos Esther, que seguía mirándolo con esos ojos inquisitivos e inteligentes, capaces de traspasar su mente. Ojos de estafadora, de la mejor estafadora—. ¿Ocurre algo, Esther? Os dije cuál era la recompensa antes de comenzar el trabajo, así que no...

—No, ninguna pega con eso, Julen; es solo que me preguntaba...

—No te hagas tantas preguntas: vivirás más tranquila —se burló, mientras se

servía otra copa de champán solo como excusa para apartarse de su escrutinio.

—¿De dónde has sacado tanto dinero? —preguntó, ignorándolo.

—El tío Luka y yo hemos sido malos últimamente —respondió con una pícaro sonrisa.

Esther resopló.

—¿Nos dirás qué vas a hacer con el diamante? ¿Tienes intención de quedártelo? Es tan bonito... —suspiró con los ojos iluminados, que delataban su pasión por las joyas.

La mirada de Julen volvió a oscurecerse un poco. Metió la mano en el bolsillo de su pantalón y sacó el diamante Ross de allí.

—¿Lo has guardado en tu bolsillo?! —gritó Víctor, sin poder evitar espurrlear su champán—. Estás muy mal, colega.

—Es uno de los diamantes más puros del mundo. Un poco de pelusa no le va a perjudicar.

—Ya, pero ¿me estás diciendo que lo has llevado encima todo el tiempo?

—¿Qué os acabo de decir con respecto a las cosas ocultas y la tentación? —Chascó la lengua. Los hombres se rieron a carcajadas.

—Julen —lo llamó la mujer con suavidad—. ¿Qué se cuece en tu cabeza ahora?

El aludido compuso una mueca con la boca: sí, Esther podía leer el pensamiento. Sus compañeros lo observaron expectantes, mientras él intentaba mantener al margen el torbellino emocional que hervía en su interior.

—Pretendo utilizar el Ross como reclamo —murmuró al cabo de un rato.

—¿Reclamo para quién? —preguntó Esther con sospecha.

—El diamante, su robo... Todo forma parte de un plan en el que llevo trabajando muchísimo tiempo y que puse en marcha el pasado año —les dijo, mientras los miraba uno a uno con intensidad—. No se trata de un golpe común, sino de una venganza. Esta vez es algo personal —reveló sombríamente—. El tío Luka y yo estamos juntos en esto desde el principio, pero el momento final se acerca, y necesitamos la ayuda de los mejores.

—¿De los mejores o de aquellos que te debían un favor?

—No, Esther, no es...

—Dime, Julen —lo interrumpió con calma—: ¿es posible que los cuatro te debemos la vida? ¿Has ido como el diablo, recolectando almas, para cuando llegara este momento?

—Esther...

—Yo le debo la vida —se adelantó Sam, que apoyó una mano en el hombro de Aire—. Me salvó el pellejo en Qatar hace dos años, así que desde ya te digo que puedes contar conmigo, compañero. Tus asuntos personales son mis asuntos personales. Además, tío, ¿quién te va a cuidar si no? —terminó con una risotada.

—Me sentiré más seguro contigo, sin duda, amigo, pero tal vez deberías esperar a escuchar el plan antes de...

—¡Bobadas! ¿Necesitas mi ayuda? ¡La tienes, Julen!

—Gracias —murmuró sin poder ocultar su emoción—. Veréis, esto no es una obligación; no os estoy pidiendo un pago ni nada por el estilo, como ha insinuado Esther —aclaró antes de lanzarle una sonrisa recriminatoria a la chica—. Si os escogí es porque estoy seguro de que no me traicionaréis; vale, quizás sí que me estoy aprovechando de que a todos, en un momento u otro, os he hecho un favorcillo... —reconoció—, pero lo único que busco es confianza, no sumisión. No sé si me explico.

—Te explicas, Julen, no te pongas tan plasta —intervino Esther con voz cansina—. Lo que quieres decir es que exiges nuestra discreción, pero que no nos obligarás a aceptar.

—¿Cómo me las arreglaría yo sin ti, preciosa?

—¡Déjate de zalamerías y ve al grano, Aire! —gruñó.

—Os diré quién será el objetivo y cuál es el plan, pero no prometo revelaros el porqué; es demasiado personal —murmuró. Volvió a mirar a sus amigos; nadie dio muestras de descontento, solo había lealtad en sus miradas. Julen tragó saliva; sabía que era egoísta mezclarlos en eso, pero los necesitaba—. Será algo gordo, pero no habrá beneficios, solo satisfacción personal, especialmente la mía. Y será peligroso. Muy peligroso.

—¿Sin beneficios? —exclamó Víctor con preocupación, probablemente echando cuentas de los ceros de la abusiva pensión que debía pagar a su ex—. Bueno, vale, está bien... Pero igual he de pedirte algo prestado mientras esté metido en este asunto... Sabes que te lo devolveré en cuanto me haga con algo, ¿verdad?

—Desde luego, Víctor —asintió—, pero no he dicho que no vayáis a cobrar; lo haréis. Os pagaré yo mismo, como ahora.

La sorpresa fue general. Todos lo miraron en silencio, con mil preguntas bailando en sus ojos.

—¿Y desde cuándo eres Rockefeller, amor? —preguntó la mujer, divertida—. No sé estos hombretones, pero mis honorarios no son baratos.

—Lo sé —respondió con una sonrisa—. Descuida, quedarás satisfecha, Esther. En fin, os contaré el plan. Si después de escucharlo decidís que no os interesa, no os lo tendré en cuenta, os doy mi palabra, y mi palabra es valiosa.

—Si hay retos informáticos, puedes contar conmigo, Aire —afirmó Enrique—. No me lo perdería por nada. Nadie me pone a prueba como lo haces tú, colega.

—Ya lo creo que los habrá, Rique. Te vas a hinchar.

—¡Genial! —exclamó el chico frotándose las manos.

—Yo también me apunto, Aire. Soy la mejor pieza en cualquier golpe. Además, me encanta una buena juerga.

—Será una juerga épica, Víctor —afirmó con un guiño, y se volvió hacia la chica.

Ella le aguantó la mirada durante un instante antes de inspirar hondo y suspirar.

—Me quedaré a escuchar, pero no prometo nada —refunfuñó mientras se cruzaba de brazos—. ¡No estoy segura de que lo que hiciste aquel día por mí fuera para tanto!

—Esther, te saqué del furgón de un grupo de traficantes vietnamitas cuando iban a ejecutarte por intentar robar su botín de granates.

—Me tendieron una trampa —masculló ella, molesta—. ¡Pero habría salido de esa!

—Estoy convencido de ello, pero, ya sabes, me va lo de coleccionar almas —le concedió con un guiño travieso. Esther sacudió la cabeza y sonrió.

—Tú ganas, Aire, ¡pero nada de medias verdades! No me gustan las sorpresas.

—Me parece justo.

—¿De veras? Pues quiero que comiences explicándonos qué tiene que ver la chica con todo esto —exigió con la barbilla elevada, desafiante.

Julen alzó las cejas con apreciación; después de Luka y de él mismo, Esther era la persona más inteligente y perspicaz que conocía.

—¿Qué chica? —preguntó Rique con inocencia.

—Sofía Márquez, sobrina del empresario Ricardo Márquez, la mujercita linda del aeropuerto —respondió su compañera sin apartar los ojos de los de Aire.

—¿Ella? —inquirió Víctor—. Creí que solo querías entretenerla para darnos vía libre. Eso dijiste, al menos.

—No era necesario entretenerla —insistió Esther—. Podíamos haber salido del país con el Ross tranquilamente; ella se habría cruzado en nuestro camino sin

enterarse de nada.

—¿Por qué se la jugamos entonces? —se interesó Sam.

Julen guardó silencio un instante, recordando su enfrentamiento con Sofía; tanto tiempo estudiándola, vigilándola... ¡Ah! No había podido evitar acabar fantaseando con ese encuentro, pero sin duda había sido infinitamente mejor que en su imaginación. Una sonrisa acudió a sus labios antes de que pudiera contenerla.

—Es divertida —respondió con un encogimiento de hombros.

—Sí, y encantadora —atacó la mujer con retintín.

—La estaba tanteando.

—No, yo la tanteé, ¿recuerdas? Y no me hacía falta tenerla en cueros delante para darme cuenta de que esa chica es peligrosa.

—¡No es peligrosa! —protestó Julen—. Es inteligente y ambiciosa.

—Peligrosa —dijeron los otros al unísono. Julen bufó.

—De acuerdo, tal vez podría ser peligrosa. Por eso me he asegurado de tener algo para apelar a su ambición —murmuró; alzó el Ross y le dio vueltas en la mano.

—¿Hemos robado el Ross para sobornar a esa muchacha? —preguntó Sam, sorprendido.

—Cuento con algo mejor para convencerla, pero el diamante podría resultar útil —admitió.

—La quieres con nosotros a toda costa —comprendió Esther.

—Ajá.

—Y la quieres porque... —tanteó.

—La necesitamos.

—Y no tiene nada que ver con sus buenas curvas y su boca sexy, ¿verdad? —se burló Víctor.

Julen se limitó a sonreír, aunque no pudo evitar que por su mente se cruzara el inquietante recuerdo del cuerpo esbelto de Sofía Márquez apretado contra el suyo, o ese trasero respingón presionando en el punto justo.

—Julen, ¿sabes qué otra cosa es también peligrosa? —le dijo Esther en el oído. Él arrugó la frente y sacudió la cabeza—. ¡Esa sonrisa que pones al hablar de ella!

Aire dio un respingo y se apartó. ¡Joder, a veces podía ser escalofriante!

—¿De qué hablas? Estoy perfilando mi plan, eso es todo —farfulló.

—¡Ay, señor! —suspiró ella—. Dime que estás bien seguro de lo que haces. Ya

es bastante malo que te muevas por venganza, Julen. Tú mismo lo dices siempre: mezclar los sentimientos con los negocios...

—Nunca acaba bien, lo sé —respondió con rotundidad.

Esther llevaba razón; sin embargo, no deseaba mantener el odio y los deseos de venganza al margen de aquello. Esos sentimientos eran la llama que había avivado su vida durante veinticinco años, y los necesitaba ahora más que nunca.

Sofía se paró frente a la puerta y contó hasta diez antes de pulsar el botón del portero automático. Por un momento pensó en darse la vuelta y marcharse antes de que fuera tarde, pero sabía que ya había sido más que registrada en las numerosas cámaras de seguridad que había repartidas a lo largo del muro. Además, ¿qué otra cosa podía hacer? Después del incidente de hacía dos semanas con el diamante Ross, su jefe no le había vuelto a confiar ningún trabajo importante. Un solo patinazo, y al infierno su impecable expediente. Así que cuando Ricardo Márquez llamó solicitando los servicios de su sobrina, la habían mandado sin preguntarle su opinión al respecto.

¡Qué asco! Ni en sus peores pesadillas se había visto trabajando de nuevo para su tío. Y ella pensando que *monsieur* Vipond le estaba dando la oportunidad de su vida al confiarle su diamante... ¡La había jodido pero bien!

Tanto trabajo y esfuerzo echados a perder por un error... ¡Ella era buena, maldita sea, muy buena! En poco más de un año había logrado ganarse la confianza de todos sus compañeros y la del señor Lara. Se sentía halagada cuando la requerían desde alguna gran empresa para dirigir la seguridad de un traslado o de alguna exposición de importancia. ¡Pero el exceso de confianza era un peligro!

En cualquier caso, si lo meditaba con cuidado..., ¿había tenido alguna oportunidad con respecto al Ross? Tampoco podía echar la culpa del fracaso del operativo al equipo que habían contratado en Lyon. No, la culpa solo era de ese hijo de perra astuto. ¿Qué podía haber hecho ella? ¡Si no le había dado tiempo ni a salir del aeropuerto! ¡Maldito desgraciado! Cada vez que recordaba su encuentro con Aire se ponía enferma. ¡Se había comportado como una niñaata histérica! Ese gusano había conseguido en menos de una hora que olvidara todo su entrenamiento y que su profesionalidad se fuera al garete.

Llevaba dos semanas enteras rumiando mil amenazas y promesas de tortura infinita para Allard, Aire o como leches se llamara. No podía cerrar los ojos sin ver su petulante sonrisa, sus ojos oscuros burlándose de ella... ¡La había llamado

culona! Cada vez que lo pensaba le daban ganas de romper cosas, sobre todo el cuello de ese malnacido. Y no se había conformado con arruinar el trabajo de su vida, burlarse de ella y humillarla, noooo, ¡el muy cerdo además se había divertido a su costa! Toqueteándola, acercándose, mirándola como si quisiera comérsela... ¡Cabronazo! Odiaba a los tíos que se sabían poderosos gracias a su físico y se aprovechaban del efecto que producían en la gente.

—Asqueroso, engreído, baboso, cerdo... Como te pille, te voy a arrancar esos bonitos labios de un bocado. La próxima vez te vas a reír de tu pu...

—¿Qué se le ofrece? —La voz a través del portero la trajo de regreso a la realidad.

Miró hacia la pequeña pantallita, a la cara de bola de uno de los mastodontes que se ocupaban de la seguridad del chalet de su tío, y se limitó a hacerle un gesto con la cabeza. ¿Por qué seguían preguntando? Como si no la conocieran de sobra. Ella misma había ayudado a organizar todo el sistema de seguridad cuando trabajaba para Ricardo; un periodo digno de ser olvidado. Nunca se habían llevado bien. Ella no soportaba el despotismo y las órdenes abusivas, y Ricardo Márquez era un hombre bastante déspota, abusivo y un montón de cosas más, a cual más fea.

Cruzó la puerta y caminó por el suelo de gravilla, cruzando los suntuosos jardines, con la mente envuelta en pensamientos sombríos. Su tío había solicitado sus servicios para algo de lo que ni siquiera había dado detalles. Antes del Ross, el señor Lara habría respetado que ella rechazara ese trabajo, pero, teniendo en cuenta las circunstancias actuales, podía darse con un canto en los dientes por que no la hubieran echado de BigPro, cosa que no descartaba todavía.

—Hola, he venido a ver a mi tío —le dijo a Pacheco, otro de los gorilas, que estaba apostado en la puerta de la casa.

Este gruñó como respuesta, se giró y abrió para permitirle pasar al lujoso recibidor. Sofía caminó directa hasta el despacho sin pararse a mirar las obras de arte que decoraban el chalet. Estas parecían desprotegidas, allí colocadas como si tal cosa, aunque bien sabía ella que esa casa contaba con más seguridad que el Banco de España. Seguridad más que necesaria, dada la fortuna que su tío tenía invertida en arte y joyas y que guardaba allí mismo. Por lo que conocía, ella no había llegado a ver ni la tercera parte de la famosa colección privada de Ricardo Márquez. Las piezas más valiosas las escondía en la cámara acorazada, y la mayoría de ellas jamás salían de allí.

Ya había dejado de preguntarse cómo conseguía su tío esas piezas. Muchas de

ellas habían pertenecido a las mismas familias desde siglos atrás y de repente acababan en su poder. No le cabía la menor duda de que su tío jugaba sucio; lo hacía en cada faceta de su vida, así que ¿por qué no iba a hacerlo en lo que se refería a su pasión? El arte y el coleccionismo eran más importantes para él que las personas, cualquier persona. Ricardo Márquez había crecido con la convicción de que podía obtener todo aquello que quería y que nada ni nadie podía impedirsele.

Por desgracia, hasta donde Sofía sabía, las cosas eran así, tal cual. Donde Ricardo ponía el ojo... Por eso mismo hacía tiempo que había decidido volverse ciega, sorda y muda con todo lo referente a ese hombre. ¿De qué le habían servido las pataletas, peleas y reivindicaciones cuando era más joven e inexperta? Su tío siempre se salía con la suya.

Por fortuna, Sofía no había tenido que soportarlo mucho durante su vida, pues él se encargó bien pronto de librarse de ella, mandándola de internado a internado. Al principio tanto abandono le había dolido, pero cada vez que regresaba a casa discutían, así que terminó por agradecer las distancias.

Ricardo pareció olvidarse de que tenía una sobrina a su cargo hasta que llegó la hora de entrar en la universidad. La obligó a matricularse en Derecho, en Barcelona. Sofía lo odiaba, pero su tío la presionaba tanto... ¿Por qué? Estaba claro: deseaba que se uniera a su equipo de pequeñas marionetas sin alma, para que lo ayudara a seguir siendo un monstruo tras una máscara de empresario y así ir aumentando en poder, dinero y maldad de manera impune.

Todo el mundo sabía que Ricardo Márquez era uno de los empresarios más prósperos y ricos del negocio textil en Europa. Dueño absoluto del gigante Marqtext desde que su hermano Alejandro, padre de Sofía, murió de manera... más que trágica. Lo que también intuía todo el mundo, aunque no se comentara, era que Ricardo Márquez era un lobo con piel de lobo que comía personas, ¡y hasta lobos!

Con lo que el gran hombre no contaba era con que su sumisa sobrina se la jugara mientras él creía que estudiaba Derecho. Siguió matriculada, eso sí, pero a la vez comenzó a prepararse para convertirse en jefa de seguridad. Adquirió el título de dirección de seguridad que exigía el Ministerio del Interior e hizo las pruebas con éxito. Todo un subidón para su autoestima, desde luego.

El día que se lo comunicó a su tío fue una pequeña victoria para ella. La cara que se le puso fue uno de sus mayores logros hasta el momento. Estuvo a punto de caerse de culo, y eso que estaba sentado en un sillón. Pero, claro, se trataba de

Ricardo Márquez, y Ricardo Márquez siempre sacaba provecho a todo.

Lo cierto es que su pequeño triunfo duró muy poco. Al final, Sofía acabó trabajando para él, aunque al menos hacía algo que le gustaba. Fueron dos años eternos ocupándose de la seguridad del hombre más despreciable del mundo, pero le sirvieron para forjarse una reputación y ganar experiencia y, sobre todo, conseguir ahorros para independizarse de una buena vez. El problema fue cuando la contrataron en BigPro y tuvo que decirle que se largaba... Problema para Ricardo, para ella fue un nuevo triunfo.

Y ahora ese gran triunfo se había nublado, porque, al fin y al cabo, BigPro trabajaba para aquel que contratara sus servicios, y Ricardo Márquez había contratado los de Sofía Márquez. Maravilloso.

—Pasa, sobrina, te estaba esperando —la saludó cuando entró en el despacho, sin levantar la vista de los papeles que tenía sobre el escritorio.

—Buenos días, tío. ¿Cómo estás? —le dijo ella con una formalidad excesiva.

—Pues... bastante jodido, Sofía —gruñó, mientras revolvía los papeles con furia.

—¿Pasa algo malo? —preguntó, al percatarse de su aspecto desaliñado y nervioso.

—Pasa que... —Suspiró y la miró al fin. Tenía los ojos enrojecidos y ojeras debajo de ellos—. Pasa que hace tres semanas compré una pieza para mi colección, un Caravaggio por el que pagué una gran fortuna.

—Genial, enhorabuena —lo felicitó sin entusiasmo.

—Sería enhorabuena si el cuadro estuviera en mi poder.

—¿No lo está? —se extrañó.

—¡No! —bramó él, dando un fuerte golpe sobre la mesa—. ¡Alguien interceptó la transferencia del dinero!

—¿Me estás diciendo que... el dinero no llegó al vendedor? —Sofía abrió la boca con sorpresa. ¿Quién había sido capaz de jugársela a Ricardo Márquez? Había que ser muy, pero que muy inteligente, ¡y valiente, sin duda! Cuando su tío lo cogiera, y no dudaba de que lo haría, ese ladrón sería hombre muerto—. ¿Cómo fue, tío? Siempre haces esas gestiones desde tu ordenador principal, y me consta que es imposible que...

—Ocurrió cuando estaba de viaje de negocios en Berlín —murmuró Ricardo, con la mirada baja. Parecía avergonzado. ¡Todo un acontecimiento!—. Lo gestioné en un hotel...

—¿Qué? ¡Pero, tío, te he dicho un millón de veces que no es seguro que hagas

las operaciones en el portátil! ¡Este ordenador posee más seguridad que la Casa Blanca justo por eso! ¿Qué leche te pasó por la cabeza?

Sofía ya lo estaba viendo, era un truco muy utilizado por los estafadores: te robaban el teléfono unos minutos y después te lo devolvían sin que te dieras cuenta siquiera de que lo habías perdido. Para cuando lo conectabas a tu ordenador, los *hackers* se hacían con toda tu información en segundos. Era muy fácil caer en esa trampa, al menos para cualquiera que no fuera Ricardo Márquez, que se las sabía todas.

—Ese asqueroso tenía el cuadro allí mismo, Sofía. Me lo restregó por las narices, me tentó —susurró con ojos codiciosos—. Era bueno. Era muy bueno... ¡Me jodió!

—¡Ya lo creo que lo hizo! Probablemente el cuadro era falso, y tú picaste —bufó la chica.

—¿Me tomas por estúpido? ¡Sé reconocer un Caravaggio, niña! Era auténtico; ese cuadro pertenecía a la colección privada de la viuda Müller.

—¡Ah, o sea, que era robado! —le recriminó.

—¡Bah, no seas tan mojigata! Si alguien que posee una obra de arte como esa no es capaz de mantenerla a salvo, no merece conservarla.

—Pues lo mismo podría decirse de tu dinero, ¿no? —le pinchó; su tío la fulminó con la mirada.

—Ese cabrón tenía varios compradores para el cuadro y yo lo quería.

—Claro, y no pudiste esperarte a llegar a casa...

Sofía suspiró y sacudió la cabeza. En fin, ¿por qué se enfadaba? La verdad era que se lo merecía. Que alguna vez fuera el tiburón el que era mordido no estaba mal. Quizás con suerte le sirviera de lección, aunque lo dudaba bastante. La cuestión era que le hervía la sangre que Ricardo Márquez sintiera tan poco aprecio por cifras millonarias cuando tanta gente se había ido a la ruina por su culpa.

—Sabes que no habría caído en la trampa si tú hubieras estado a mi lado.

Y ahí estaba la cháchara esperada. ¿Para eso la había llamado, para intentar convencerla otra vez de que trabajara para él?

—Fernández es muy bueno, tío. No me necesitas para nada. Lo único que debes hacer es escuchar lo que él te dice y obedecer.

—¡Fernández es un lameculos! —Un nuevo golpe en la mesa—. Tú me sueltas las cosas tal como las piensas, sin respeto.

—Y por eso mismo no me soportas, ¿lo recuerdas?

—No, eres tú la que no me soporta a mí —le recriminó, mientras la señalaba con un dedo acusador.

—Es cierto, tío, no te soporto —reconoció ella. Ricardo entrecerró los ojos peligrosamente.

—Eso va a dar igual, sobrina, porque, por lo que tengo entendido, no te van muy bien las cosas últimamente, ¿me equivoco? —Sofía torció la boca en una mueca, pero no dijo nada—. Me importa un bledo lo que quieras o soportes, niña: está claro que después de lo que me ha pasado necesito al mejor, y dicen que esa eres tú.

—No voy a trabajar en tu casa, tío, ya lo hago en...

—BigPro, lo sé —la cortó con una sonrisa triunfal—. Sé que de momento trabajas allí, pero ni siquiera tú sabes por cuánto tiempo después de cómo la cagaste en Lyon. Seguro que pronto vendrás pidiéndome ayuda.

—Eso lo veremos...

—¡No empecemos una discusión ahora, Sofía! No estoy de humor para tus impertinencias. ¡Eres una desagradecida! Con todo lo que he hecho por ti...

—¿Ya vas a empezar otra vez con eso? —exclamó ella, alzando la voz.

—¡No! No... —la cortó, mientras levantaba las manos en un gesto conciliador—. Ya te he dicho que no quiero escucharte berrear otra vez.

—¿Berrear? —jadeó indignada.

—No se trata de un capricho, Sofía —continuó como si tal cosa—. Necesito los servicios de BigPro. ¡De los mejores hombres de BigPro! Necesito tus servicios.

—No creo que consigas rastrear el dinero, tío. Esos tipos saben lo que se hacen. ¡A saber por dónde anda ya!

—¡Ese dinero lo doy por perdido! —aulló Ricardo, que tiró los papeles al suelo de un manotazo—. No se trata de eso. Escucha, estoy organizando una nueva exposición en Artquez de algunas de mis piezas más queridas.

Sofía se quedó esperando a que continuara, pero él se limitó a mirarla. Tal vez se había perdido algo de lo que le había dicho, lo que no sería de extrañar, porque cada vez que escuchaba el absurdo nombre de la sala de exposiciones propiedad de su tío, le costaba horrores mantenerse serena y no soltar una carcajada. Artquez... ¿Se podía ser más cutre?

—¿Me has escuchado?

—Claro, conservo bien el oído —masculló—. Has contratado los servicios de BigPro para vigilar tu exposición, ¿no?

—Eso es, necesito protección extra.

—Genial, me quieres para ese trabajo, lo pilló. Pero ¿para qué querías verme? Podías haberle dado los detalles a Lara, ¿no? Después de todo, él es el que manda en la empresa, yo solo soy una empleada. ¿Para qué me haces venir?

—¿Tan malo es venir a ver a tu tío? —preguntó con fingido resentimiento.

—Es raro, ya que la última vez que estuve en esta casa me pediste a gritos que no volviera a asomar mi culo por aquí. Palabras textuales, ¿eh? Las recuerdo perfectamente.

—Sofía, Sofía —la llamó, meloso; se puso en pie y caminó hacia ella con una sonrisa dulzona. La joven se envaró y dio un paso inconsciente hacia atrás—. Estaba dolido, y tienes que reconocer que algo de razón llevaba.

—No, tío, no la llevabas. Yo había venido a almorzar contigo y tú volviste a decirme que era una decepción y una desagradecida por haber dejado de trabajar para ti. Que te arrepentías de haberme pagado los estudios y...

—¡Vale, vale, reconozco que tal vez me pasé un poco!

—No tengo todo el día, tío. ¿Vas a decirme por qué me has hecho venir?

La miró con seriedad y se dio la vuelta de nuevo hacia su escritorio sin decir ni una palabra más. Sofía lo prefería así: antipático y desagradable, tal y como había sido toda la vida. Odiaba la hipocresía.

Ricardo abrió un cajón y sacó un sobre.

—De acuerdo, sin rodeos —dijo con voz grave—. Puede que no esté contento contigo, pero me consta que eres buena en tu trabajo. Por otro lado, me sentiría más tranquilo confiándole los detalles de todo esto a alguien de la familia.

Alzó el sobre y se quedó mirándolo, como si estuviera valorando si era o no buena idea compartir la información con ella. Al cabo de un rato, soltó una maldición y lanzó el sobre al otro lado de la mesa. Sofía lo contempló con el ceño fruncido.

—Sé cómo funciona vuestro protocolo. Si tengo alguna sospecha de que van a intentar robarme, debo dar toda la información que poseo al jefe de seguridad. Si eres tú, la información queda en casa. La familia debe guardar sus secretos.

—¿Qué secretos? —susurró ella con sospecha. Aquello cada vez le gustaba menos.

—Abre el sobre.

Lo hizo, aunque con desconfianza. El sobre contenía una nota doblada que abrió con una terrible sospecha en mente. La letra le resultó familiar. ¡Tan jodidamente familiar!

—¡Mierda! —escupió.

—¿Comprendes ahora por qué necesito protección extra? Ese hijo de puta es bueno; el mejor, según he escuchado.

Sofía paseó los ojos, muy abiertos, por las líneas escritas. Tuvo que releer la nota una vez más para no perder detalle, para ver si se trataba de una broma, pero, si lo era, el que la había escrito era un buen falsificador.

—Y... ¿por qué quieres que esto sea un secreto? ¡Deberías avisar a la policía!

—¿Pero tú la has leído? —exclamó el hombre.

—Desde luego —suspiró Sofía con resignación—. No quieres abrir la caja de Pandora. Temes que esta acusación desemboque en una investigación que no te interesaría.

—¡La gente tiene un concepto muy raro de lo que es robar!

—Creo que solo tú tienes un concepto raro de eso, tío —suspiró. Leyó la nota una vez más—. Y ¿sabes al menos lo que has hecho para cabrear de esta manera al ladrón más peligroso del momento?

—¿Me preguntas a mí?! —gritó, rojo de rabia—. ¡¿Ese tío me roba, me estafa y me amenaza, y soy yo el malo del cuento?!

—¿Desde cuándo guardas este mensaje? —preguntó ella, tratando de mostrarse tranquila.

—Lo encontré en la almohada de mi *suite* de Berlín la noche de la puta estafa del cuadro.

—O sea, que... —Sofía inspiró hondo y se pasó la mano por la frente con cansancio—. Aire te ha convertido en su objetivo por algún motivo que tú dices no conocer.

—¡No lo digo, es que no lo sé!

—Tío...

Sofía bajó los ojos de nuevo al mensaje y lo leyó en voz alta:

«Ricardo Márquez, este es el principio de tu fin. No solo voy a desplumarte, sino que no descansaré hasta destruirte. Voy a conseguir que todo el mundo sepa la clase de monstruo que eres.

Aire».

—Esto no es un mensaje como el que me dejó a mí para regodearse, esto es una declaración de guerra, esto es una... ¡Esto huele a venganza, tío!

4

Artquez estaba lleno de gente, de demasiada gente... Ricardo había enviado invitaciones para la inauguración de la exposición a sus socios, amigos y otros coleccionistas, y al parecer no había faltado nadie; de hecho, no recordaba haber invitado a tantos... En otro momento se habría sentido satisfecho del éxito, pero ese día, dadas las circunstancias, no conseguía relajarse.

Había duplicado la seguridad de la sala, y eso la convertía en casi una fortaleza; sabía que los compañeros de su sobrina no dejarían pasar a nadie sin invitación, que había guardias en toda la galería y que tenían todo bajo control, pero era imposible olvidarse de la nota de Aire.

—No te confíes, tío. Si ves a alguien sospechoso, dímelo enseguida, no hagas idioteces, ¿de acuerdo? —le advirtió Sofía al pasar por su lado.

—¿Vas a pasarte toda la noche espiándome? —gruñó él.

—¡Desde luego que sí! ¿No me has contratado para eso?

Ricardo soltó un juramento y continuó con su rutina de saludar a los asistentes. Había muchas caras conocidas, pero también otros muchos a los que jamás había visto. Nuevos coleccionistas y amantes del arte que pretendían abrirse paso en ese mundo, supuso. Siempre era un placer captar posibles interesados en los negocios.

—¡Ah, disculpe, señor Márquez!

Ricardo se dio la vuelta y se encontró con una rubia despampanante embutida en un elegante y provocativo vestido rojo que marcaba unas curvas de infarto.

—¿Sí? —dijo él; tardó más de lo necesario en apartar los ojos de esos senos.

La joven, en lugar de sentirse ofendida, sacudió su lustrosa melena y sacó un poco más de pecho. Ricardo alzó una ceja y la miró con una sonrisa.

—Me llamo Elisabetta Da Bariano —se presentó con acento italiano, mientras extendía una mano que él se llevó a los labios—. Trabajo para Seguros Vierna. ¿Ha escuchado hablar de nosotros?

—Pues lo cierto es que no —respondió, sin dejar de pasear su mirada por el cuerpo de la mujer—. ¿Debería?

—¡Desde luego que sí, señor Márquez! —exclamó, al tiempo que cogía al hombre por el brazo y comenzaba a pasear pegada a él—. Somos una de las aseguradoras más conocidas de Europa, señor mío. No me puedo creer que nunca haya escuchado nuestro nombre. ¡Trabajamos hasta para el mismísimo

príncipe Wenzeslaus de Liechtenstein!

—¿Para quién?

—Olvídelo. ¿Ha oído hablar de Pepino Marinetti?

—¿Marinetti? —Ese sí que le sonaba: un pájaro de los buenos, por lo que había oído, relacionado con todo tipo de asuntos turbios. También era uno de los mayores coleccionistas de arte del momento, aunque nunca había tenido contacto con él—. Creo que no hace mucho que le robaron en su propia mansión —dijo burlonamente.

—Así es, señor Márquez. Y la providencia quiso que el señor Marinetti contratara nuestros servicios justo un mes antes de que fuera víctima de aquel terrible robo.

—¿Y?

—¿Y? —Elisabetta se volvió hacia él con los ojos como platos—. Señor Márquez, si Marinetti no hubiera firmado un seguro a todo riesgo con nosotros, habría perdido una gran fortuna.

—¡Ah, es eso! —Ricardo chascó la lengua—. No se ofenda, señorita Da Bariano, pero ya tengo un seguro, uno muy bueno y por el que pago un auténtico pastizal.

—Creo que no me ha entendido —le respondió ella; se alzó de puntillas para alcanzar su oído, le puso la mano en el pecho y susurró—: El señor Marinetti pudo asegurar con nosotros ciertas piezas que... ¿Cómo lo diría? Ciertas piezas por las que en otras aseguradoras le habrían exigido demasiadas explicaciones. ¿Me comprende ahora?

Ricardo la miró entrecerrando los ojos. La mujer seguía pegada a él y lo observaba con expresión juguetona.

—Uhm... No estoy muy seguro...

—Tome. —Elisabetta se apartó y sacó una tarjeta de su bolso—. Aquí tiene mi número. Piense en ello, señor Márquez. Los hombres inteligentes y ambiciosos como usted siempre guardan cosas valiosas de las que no les interesa que se sepa nada. La gente corriente puede llegar a ponerse muy pesada con lo que es legal o no. Nosotros ofrecemos los mejores seguros sin hacer preguntas. Podemos cubrir sus posesiones. ¡Todas ellas!

Ricardo la contempló con la boca un poco abierta. ¿Acaso esa mujer le estaba diciendo lo que creía que le estaba diciendo? Si fuera así, sería un descubrimiento, pero a él le sonaba más bien a tongo.

—Yo no tengo nada que ocultar.

—Ya, seguro que no. —Volvió a sacudir su melena—. Pero tal vez posea alguna cosita por ahí la cual se catalogó como..., no sé, objeto de valor sin más, para evitar dar demasiada información. Nosotros contamos con un seguro especial para ese tipo de objetos. Los valoramos como lo que realmente son, sin llegar a decir jamás lo que realmente son.

—¿Y qué se supone que son realmente?

—Obras de arte, joyas, piezas exclusivas que usted ha ido consiguiendo a lo largo de los años gracias a su buen juicio y astucia, pero que... Bueno, pues eso, que tal vez anden un poquito fuera de la ley. Espero que nos estemos entendiendo.

—Me parece que sí, señorita Da Bariano —masculló Ricardo, desconfiado—. Creo que me está usted insinuando que Seguros Vierna asegura piezas robadas sin pedir demasiadas explicaciones.

—Bueno, nosotros partimos de la premisa de que las personas tienen un concepto un poco estricto acerca de la palabra «robar».

—Yo no robo —se defendió.

—¡Desde luego que no! —lo tranquilizó la mujer con unas palmaditas en la mano, antes de acercársele de nuevo destilando sensualidad—. Pero, si alguna vez cree precisar nuestros servicios, ¿pensará en mí?

Ricardo no respondió; permaneció allí parado mientras Elisabetta le plantaba un beso en cada mejilla y se separaba de su cuerpo con lentitud.

—Investíguenos, señor Márquez, hágalo si eso lo deja más tranquilo. Creo que lo convencerá nuestra empresa cuando descubra su solidez y lo reservados que somos para ciertos... asuntos.

Ricardo tardó un rato en reaccionar, se quedó plantado en el mismo sitio, mientras veía cómo se alejaba la mujer con su sensual contoneo de caderas. Era imposible no mirarla. Echó un vistazo a su tarjeta y pensó que si aquello fuera cierto tal vez sería interesante. Sacó el teléfono de su chaqueta y llamó a su secretario y hombre de confianza.

—Pablo, necesito que investigues algo.

Cuando hubo dado todos los datos que poseía acerca de Vierna, Elisabetta y hasta del tal Marinetti, decidió darse una vuelta y continuar con sus saludos. Tal vez Pablo se hiciera con esa información antes de que la noche acabara, y así tendría una excusa para volver a ver a esa mujer que le había dejado un poco ardoroso. Se rio al recordar cómo se arrimaba la condenada y lo bien que olía. Chascó la lengua y miró al frente, hacia uno de los Picasso que se exponían.

Había un hombre parado frente a él, y lo estudiaba torciendo la cabeza a un lado y a otro. Tuvo ganas de soltar una carcajada. Llevaba la palabra «palurdo» escrita en la frente.

—Lo veo muy interesado en esta obra. ¿Le gusta Picasso?

El hombre dio un respingo como un conejo asustado. Ricardo se rio entre dientes. Parecía un pájaro escapado del nido, con un traje caro, que no sabía cómo llevar, y unas enormes gafas de culo de vaso.

—¡Oh, sí! Desde luego que me gusta —respondió el tipo con un pronunciado acento mexicano mientras se pasaba una mano por su pelo grasiento—. Aunque le confieso que..., bueno, que mi papá no se entere de esto, pero la verdad es que... es que no lo comprendo muy bien —terminó, al tiempo que bajaba la mirada, avergonzado.

Ricardo soltó una carcajada y le dio una palmadita en la espalda. Era patético. Uno ochenta de estatura, unos treinta años y mirando a todos lados como si temiera que su papá apareciera en cualquier momento y le diera unos azotes.

—¡Ah, Picasso es especial! Pero no se culpe por no comprender su obra, hombre. Estoy convencido de que la mitad de los presentes no saben distinguir entre un ojo y una teta —le susurró con complicidad. El mexicano suspiró aliviado y se rio, a la vez que se recolocaba las gafas con nerviosismo—. Soy Ricardo Márquez, es un placer.

—¡Oh, señor Márquez! —jadeó el joven con los ojos muy abiertos—. No lo reconocí, qué vergüenza. Soy... soy Andrés Rivero, es un placer —se presentó, extendiendo una mano blanda—. Señor, cuánto lo siento, debe usted de creer que soy un menso...

Y eso mismo pensaba, desde luego, pero no podía dejar de mirar el caro anillo que lucía en el meñique y ese aire inconfundible de ricachón inútil que trataba de impresionar a papá por todos los medios. Ricardo sabía por experiencia que este tipo de hombres eran fáciles de manipular, y tal vez este tuviera algo que él quería. Rivero... Sí... Le sonaba haber leído algo sobre él. Un nuevo rico que intentaba ponerse a la altura de hombres como él. Pobre idiota...

—No se preocupe, muchacho. Yo siempre he pensado que no hay que entender el significado de una obra para amarla. ¿No está de acuerdo, señor Rivero? Por cierto, no será usted hijo del famoso Marcial Rivero, ¿no?

—Ah..., sí, mi papá es Marcial Rivero. ¿Lo conoce?

—He escuchado su nombre, sí. Creo que posee algunas piezas interesantes, ¿no?

—Sí, bueno, a él siempre le gustó el arte.

—Pero ustedes no deben de llevar mucho tiempo en España, porque jamás hemos coincidido antes —tanteó con la frente arrugada.

—No, nos mudamos hace unos meses. Papá peleó por conseguir una invitación a su exposición, pero le surgió un viaje de última hora y me envió a mí a representarlo.

—Espero que no sea un suplicio para usted.

—En absoluto, es un placer —se apresuró a responder el joven—. A papá le fascina Picasso, y me pidió que le hiciera un informe de todas sus piezas.

—Puede coger un catálogo en la entrada —rio Ricardo.

—Ah, sí... Lo que pasa es que... Bueno, papá me dijo que había escuchado cosas que...

—¿Qué cosas? —preguntó Ricardo con sospecha.

—Él dijo que usted guarda piezas que nunca expone, piezas que se supone que están perdidas...

—¿Cómo las voy a guardar o exponer si están perdidas?

—Eh... Ya sabe. Papá también tiene algunas obras que se supone que no debería tener —le reveló Andrés en voz baja, con una sonrisa.

Ricardo sonrió también, pero no se dejó camelar. Ese era un tema que no pensaba tocar con ningún desconocido, y ya iban dos por esa noche.

—¿Ah, sí? ¿Y entonces cómo es que las tiene?

—Es fácil cuando la gente no comprende el arte, señor Márquez —murmuró Andrés. Hizo una mueca con la boca—. Sobre todo si están faltos de dinero.

—Cierto. —Ricardo no pudo evitar reírse a carcajadas—. La gente comete verdaderas estupideces cuando está falta de medios y sobrada de incultura.

—Por eso papá se empeña en que entienda de arte, ya que el dinero no me falta.

—Bueno, no creo que alguien como usted sea fácil de engañar; parece astuto.

El tipejo sonrió como un tonto ante el falso cumplido.

—Desde luego que no —afirmó con orgullo.

—Y... ¿su padre es dueño de algún Picasso? —preguntó Ricardo, amistoso, con un pellizco codicioso en el estómago.

—Alguno tiene, sí. El problema es que Picasso le obsesiona, y nunca es suficiente...

—¡Nunca! —estuvo de acuerdo Ricardo—. Y ahora es cuando va a volver a preguntarme si yo escondo algún Picasso, ¿no?

—No se moleste conmigo, señor Márquez —murmuró el joven con timidez—. Papá me pidió...

—Lo sé, muchacho, le entiendo. Y entiendo a su padre, créame: también yo soy capaz de cualquier cosa cuando me encapricho con algo.

—¿Cualquier cosa?

—¡Cualquier cosa! —afirmó con seriedad.

—¿Incluso robar y matar, señor Márquez? —inquirió Andrés Rivero con una voz grave y sin acento que dejó a Ricardo completamente descolocado.

Ricardo se envaró y clavó su mirada en los ojos oscuros que brillaban a través de aquellos cristales casi opacos.

—¿Qué diablos...?

Y justo en ese momento sobrevino el caos. Se escucharon gritos y golpes en la sala principal, seguidos por el alarido de una mujer, a la que corearon muchos más. La gente se afanaba en entrar en la sala del Picasso dando empujones. Poco tiempo después, las alarmas comenzaron a dispararse en todas partes.

—¿Qué coño está pasando?! —rugió Ricardo con el corazón en la garganta, mientras trataba de atisbar algo a través de la algarabía de personas que intentaba entrar en la sala, huyendo de la central. De repente recordó a Andrés Rivero y dio un bote para encararse con él. El hombrecillo patético había desaparecido entre el gentío—. ¡Mierda! —escupió, temiéndose lo peor—. ¡Sofía! ¡Fernández!

Un sudor frío le recorrió la espalda y los nervios se convirtieron en miedo. No le cabía duda de que estaba en peligro. Andrés Rivero no era quien decía ser. Tenía que ser cosa de ese tipo, Aire, seguro. ¡Lo había tanteado, y él creía que había sido al revés! Debía salir de allí cuanto antes, pero no paraba de entrar gente, y todo el mundo lo empujaba, le pisaba y le impedía el paso. Las alarmas eran atronadoras y desquiciantes.

—¡Sofía! —bramó con angustia—. ¡Quítese de mi camino, vieja asquerosa! —le gritó a una mujer, dándole un empujón.

De repente se escuchó un fuerte estruendo y Ricardo vio con horror cómo las rejas de seguridad se cerraban, aislaban las cuatro salas de la galería y dejaban a la gente encerrada. Las luces se apagaron y los rayos infrarrojos se iluminaron con un resplandor que le pareció siniestro.

—¡Sofía! ¡Fernández! —rugió, sin dejar de dar codazos hasta llegar a la verja—. ¡Sacadme de aquí! ¡Ese delincuente está aquí dentro, Sofía!

Sacudió las rejas, lo que provocó que una nueva alarma se activara y comenzara a rugir de una forma atronadora. Aquello tenía que ser una pesadilla: gritos,

alarmas, rayos... ¡Estaba siendo víctima de un robo en plena inauguración! O eso, o Aire había venido a matarlo directamente.

—¡Sofía! —volvió a llamar.

—¡Cállese de una puñetera vez! —rugió un hombre vestido con el uniforme de seguridad al otro lado de la verja—. Estamos tratando de arreglar este desbarajuste, y no está siendo fácil calmar a la gente. Se supone que usted debe dar ejemplo y no empeorarlo todo.

—¿Quién es usted? —preguntó Ricardo con voz aguda.

—Núñez, de seguridad.

—¿Qué cojones ha sucedido? —exigió saber, un poco más calmado.

—Unos invitados pasados de copas han decidido jugar a los boxeadores junto a su sección de joyería.

—¿Qué? —se horrorizó.

—Uno de ellos se ha estampado contra un expositor y ha armado la gorda.

—Pero ese cristal es irrompible...

—¿He dicho yo que se haya roto? —El tipo chascó la lengua—. No, hombre, pero la gente se ha puesto nerviosa, han tocado cosas que no debían y, en fin, un caos.

—¿Ha sido dañada alguna pieza? —preguntó Ricardo; el miedo por su vida fue sustituido por el temor a que alguno de sus tesoros hubiera sido lastimado.

—Bueno, la verdad es que una de las urnas se ha volcado, ¿sabe? Debería hablar con los que montaron el tinglado.

El corazón le dio un vuelco. En ese momento una de las alarmas en la sala principal dejó de sonar. Y el tipo sonrió.

—Poco a poco. Mis compañeros están comprobando todo y desactivando los sistemas. Pronto saldrán de aquí —anunció en voz alta para que todos los invitados que se hacinaban aterrorizados lo escucharan.

—¿Cómo es eso de que una urna se ha volcado? —siseó Ricardo para captar de nuevo su atención.

—Sí, bueno, ese cabronazo pegaba fuerte. Se liaron a mamporros y acabó tirándola.

—¡Dios santo! Pero eso es imposible, esos expositores...

—Y luego está lo del *Gogin* ese...

—¿Qué le ha pasado a mi Gauguin?! —chilló Ricardo, frenético.

—Lo siento, señor Márquez, debo seguir con mi trabajo. Le garantizo que pronto saldrán de aquí. Déjenos trabajar, ¿OK?

Y sin más explicaciones, se dio la vuelta y se alejó entre el gentío que lloraba y gritaba en la sala central.

—¿Qué coño le ha pasado a mi Gauguin?! —bramó una vez más, mientras sacudía los barrotes, pero no obtuvo respuesta.

Sofía se paseaba entre los invitados con todos sus sentidos alerta. Había demasiada gente. No podía entender a qué jugaba su tío. El mensaje que a este le había dejado Aire mostraba un cariz completamente diferente al que le había escrito a ella. El suyo denotaba diversión, incluso un toque de sensualidad. El que había dirigido a Ricardo Márquez rezumaba odio.

No había que desestimar ese tipo de avisos. No temía solo por el patrimonio de su tío, sino por su vida. Ese tipo era peligroso y le había declarado la guerra, quería destruirlo. Pero ¿por qué? ¿Qué tenía Aire contra Ricardo Márquez?

No paraba de hacerse la misma pregunta una y otra vez, y maldecía su suerte por haberse visto involucrada en ese asunto tan feo. Sabía que su tío era tal vez tan criminal como el propio Aire, así que se sentía en medio de un duelo de titanes. En cualquier caso, ¿qué podía hacer? Su deber era cumplir con su trabajo.

Lo buscó con la mirada entre el gentío. Se había propuesto no alejarse demasiado de él en toda la noche, pero el muy estúpido no se lo estaba poniendo fácil. ¿De verdad era necesario jugársela con esa maldita exposición? Sofía arrugó la frente cuando lo localizó. Estaba hablando con una mujer rubia. Resopló. Muy típico de Ricardo Márquez: su vida corría peligro y él se ponía a ligar con una rubia de bote. Una rubia de bote que se le pegaba más de la cuenta...

—¡Será imbécil! —gruñó, y se puso en marcha hacia él.

—¡Señorita! —la llamó alguien que la cogió del brazo para detenerla. Sofía resopló. Era un tipo enclenque con gafas oscuras y una coleta enredada—. ¿Es usted de seguridad?

—Sí, ¿qué quiere? —espetó de malas formas, mientras volvía su mirada de nuevo hacia Ricardo, que seguía charlando animadamente con la rubia.

—Ese hombre de allí... ¿Lo ve? Señorita... —Volvió a tironearle del brazo—. ¡Señorita!

—¿Qué?! —gritó. Parecía imposible zafarse de aquel tipo que la arrastraba en dirección contraria. Miró a su tío con frustración y vio que la rubia se había ido y que ahora estaba hablando con un hombre. ¡Perfecto! ¿Por qué no podía permanecer quietecito en un rincón seguro?

—¡Ese tío de allí! —El tipo cansino le señaló a un individuo muy corpulento

que se tambaleaba peligrosamente cerca de la urna donde se exponían los dos huevos Fabergé—. Está borracho y se ha puesto a insultar a todo el mundo. ¿No lo ve? La cosa pinta muy fea, señorita.

—¡Maldita sea! —masculló Sofía. Echó un vistazo alrededor para tratar de localizar a alguno de sus compañeros—. ¡Fernández! —llamó por el *walkie talkie*.

—¿Sí?

—¿Dónde estás?

—En la puerta principal, donde usted me dijo, señora Márquez —respondió con retintín.

—Bien, ¿quién hay de incógnito en la sala dos?

—Gutiérrez.

—¡Gutiérrez! —Lo llamó, pero no obtuvo respuesta—. Gutiérrez, respóndeme. ¡Guti...!

—¡Tú, tío mierda! —Sofía dio un respingo y se volvió hacia el borracho, que había comenzado a gritar y a señalar al tipejo que se aferraba a su brazo como un niño asustado—. ¿Has ido a buscar a tu mamá?

—¡Señorita, haga algo! —le pidió con voz temblorosa mientras buscaba la manera de esconderse tras ella.

—¡Oiga, venga conmigo, por favor! —le dijo Sofía al borracho con voz autoritaria.

—¡Una mierda! —escupió el aludido, que retrocedió, tambaleante, hasta chocar de espaldas contra el expositor. A su alrededor se había reunido un gran grupo de curiosos que lanzaron gritos ahogados al ver el cristal vibrar.

—¡Tenga cuidado con eso! Obedezca o me verá obligada a...

—¿A qué, chula bravucona? —Se le encaró—. ¿Te crees que por llevar ese uniforme mugroso voy a obedecer a una mula culona como tú? Vas lista...

Sofía lo miró un segundo, anonadada, hasta que algo hizo clic en su cabeza.

—¿Culona? —jadeó.

Giró la cabeza de un lado a otro con todos los sentidos al cien por cien, buscando a un hombre alto y apuesto entre los invitados. De repente, el tipo nervioso comenzó a chillar y una mujer lo coreó en algún lado con estridencia, tras lo que se generó todo un canon de voces y gritos asustados. El borracho agarró al otro de la pechera de la camisa y lo giró en el aire hasta estamparlo con fuerza contra la urna. Una vez, dos veces... Y, sorprendentemente, esta empezó a tambalearse. Sofía la contempló con horror, temiendo el desenlace inminente.

—¡Fernández, necesito ayuda!

—¡Cabrón, te voy a matar! —gritaba el borracho.

—Pero ¿yo que te he hecho? —El hombre trataba de huir, pero en cada intento solo lograba llevarse más empujones que, a su vez, bamboleaban más los Fabergé.

—¡Fernández! —¿Por qué diablos no se escuchaba nada a través del *walkie*? Sofía gruñó e intentó separar a los dos hombres—. ¡Basta, basta, se vienen los dos conmigo!

La mujer volvió a gritar, y esta vez la corearon muchas más voces. Los invitados buscaban la manera de salir de la sala y se empujaban unos a otros. Entonces saltó la primera alarma. Sofía se quedó de piedra al ver cómo uno de los guardas de seguridad tropezaba con el cordón del Gauguin y se estampaba contra él. ¿Quién diablos era ese inútil?

—¡No, no, no! ¡Fernández! ¡Maldita sea!

De repente se escuchó un estruendo a su espalda y más gritos. La urna de cristal blindado finalmente se había volcado y caído al suelo. ¿En serio?

A partir de ahí, todo se descontroló. Todas las alarmas y sistemas de seguridad se activaron a la vez. Las luces se apagaron; Artquez se quedó iluminado solo con la luz de emergencia y los rayos infrarrojos. Las puertas de barrotos que aislaban las salas cayeron con un ruido sordo, mientras todo eran gritos, pitidos, sirenas y llantos. La gente corría de aquí para allá tratando de huir sin saber de qué. Sofía se volvió para coger a los dos hombres que habían iniciado aquel estropicio, pero habían desaparecido.

—¡Aire, maldito seas! —masculló, buscando desesperada entre el barullo—. ¿Dónde estás?

—¿Me buscaba, señora Márquez? —susurró una voz grave en su oído.

Sofía se giró al tiempo que sacaba su arma, pero él fue infinitamente más rápido, ¡y fuerte, joder! Con un solo movimiento, consiguió quitarle la pistola y apuntarle con ella en el pecho. La cogió con firmeza de la cintura para mantenerla de cara a él y evitar que huyera y, a la vez, ocultar la pistola con su chaqueta.

Aire llevaba el pelo diferente que la última vez, una peluca, sin lugar a dudas, pero sus ojos oscuros y astutos eran los mismos que la perseguían en esos sueños obsesivos en los que lo destripaba con sus propias manos.

—Sea buena y venga conmigo, Sofía. ¿Puedo llamarla Sofía? —preguntó amigablemente—. Mejor nos tuteamos, ¿qué te parece? Sí, más amistoso. Me gustaría hablar contigo.

—Esto está plagado de seguridad. No lograrás salir de aquí aunque me cojas de rehén. —Ni siquiera ella se creía esa bravuconería. ¿Dónde narices se habían metido todos sus compañeros?

—¿Rehén? —Aire se rio con una risa profunda—. Solo quiero charlar contigo un momento. Después me iré sin más.

—¡Sí, seguro que es eso lo que quieres! ¿Por eso has organizado todo este lío?

—Bueno... —Chascó la lengua—. De acuerdo, no solo he venido a hablar, pero créeme que tengo un especial interés en ello ahora mismo.

—No voy a ir a ningún lado contigo —replicó ella, a la par que intentaba afianzar los pies en el suelo.

—¡Claro que sí! —volvió a reírse él, y comenzó a empujarla hacia el *ball*, amenazándola con su propia arma sin que nadie alrededor se percatara. Se detuvo delante de la puerta del guardarropa y se inclinó un poco sobre ella—. He de confesarte que no he parado de pensar en un nuevo reencuentro contigo desde el otro día, Sofía —susurró con voz insinuante mientras le daba un último empujón para que entrara en el ropero.

5

—Uhm, no sé por qué me imaginaba esto más grande... —murmuró Aire refiriéndose al reducido habitáculo lleno de abrigos, pañuelos y paraguas.

—Pues agradece que no esté haciendo demasiado frío aún: la gente suele llevar mil capas en invierno. —¿Acababa de escapársele un comentario jocoso? Sofía rezongó y desvió la mirada para no ver la sonrisa divertida de él.

—¿Por qué iba a agradecer eso, Sofía? Más ropa, menos espacio... Menos espacio..., más juntos tú y yo —ronroneó mientras se pegaba un poco más a ella, como si no estuvieran ya suficientemente encajonados.

Sofía se encogió todo lo que pudo, intentando en vano separar sus cuerpos. Sintió el cañón del arma en su costado, pero se dio cuenta de que la presión de las caderas de él contra las suyas le resultaba casi igual de inquietante. Se odió con todas sus fuerzas cuando él se inclinó de nuevo y ella aspiró su aroma inconscientemente. Le hubiera encantado darle un rodillazo en las pelotas solo por oler tan bien, pero se contuvo al recordar la pistola.

—Me gustaría hacer un trato contigo, Sofía —le susurró muy cerca del oído, lo que provocó que su aliento le arrancara un escalofrío—. Tengo una propuesta interesante que hacerte.

—No hay nada que me pueda interesar de ti —espetó ella.

—¿De verdad? —le preguntó con las cejas alzadas, burlón—. Y yo que me sentía tan seguro de mis encantos... —volvió a susurrar, demasiado cerca de su oreja, mientras le rozaba el cuello con la yema de los dedos.

—¡No me toques! —siseó, y le dio un manotazo.

—Lo siento, no sé qué les pasa a mis manos cuando estás cerca; parece que cobran vida.

—Como tu lengua —escupió ella de mal talante. Se arrepintió enseguida cuando se fijó en el destello travieso que brilló en sus ojos.

—Sí, a mi lengua también le gustaría estar experimentando otras cosas ahora mismo.

—¡Si no lo sueltas, revientas, ¿no?! —Sofía le dio un empujón que no logró apartarlo ni un milímetro. Comenzó a revolverse, pero él la aferró con fuerza por la cintura y se pegó más a ella, de manera que logró inmovilizarla contra la pared —. ¡Déjame salir de aquí o te juro que...!

—Por favor, Sofía, estate quieta, ¿quieres? —murmuró con los dientes

apretados.

—¡Esto es un secuestro! —gritó; Aire le tapó la boca con la mano.

—No, en absoluto, y tampoco tengo la menor intención de hacerte daño. Solo quiero que me escuches un instante y me largaré de aquí, te lo prometo —le explicó con solemnidad—. Prométeme tú que no vas a gritar.

Ella lo fulminó con la mirada sin asentir, pero, aun así, le destapó la boca y le dedicó otra de sus sonrisas de niño malo.

—No tienes ni idea de en qué te estás metiendo. Mi tío es...

—¡Tu tío es el desgraciado más grande que existe! —la cortó con dureza.

Sofía lo miró sorprendida. Hasta ahora se había mostrado relajado y divertido a pesar de la situación, y, aunque le molestara reconocerlo, lo cierto era que no se había sentido realmente en peligro en ninguno de sus encuentros; pero en ese momento, al observar cómo se oscurecía su expresión, cómo sus ojos lanzaban un destello furioso, la cosa se veía diferente. Tragó saliva y se tensó. Él debió de notarlo, porque ladeó la cabeza un poco e hizo una mueca de arrepentimiento.

—Lo siento —musitó mientras le acariciaba la mejilla.

—¿Qué tienes en contra de mi tío? —se atrevió Sofía a preguntar.

Ese destello de furia volvió a arder en sus ojos cuando respondió con reproche:

—Toda una vida, pero no te he traído hasta aquí para hablar de mí, sino de ti.

—¿Qué?

—Tengo información que podría interesarte.

—¿Información? —preguntó ella con la frente arrugada—. ¿Sobre qué?

—Sobre la muerte de tu padre —soltó mirándola a los ojos.

Sofía irguió la espalda y automáticamente sintió ese pellizco que siempre se formaba en su estómago cuando escuchaba hablar del tema tabú. Lo miró con desafío, y le enfureció ver compasión en su semblante.

—¡No se te ocurra utilizar ese truquito conmigo! —siseó, encarándose con él—. Mi padre lleva muerto y enterrado muchos años. Esa artimaña no va a ayudarte a salir de esta.

—¿Cómo he de decirte que no te he traído aquí para que me ayudes a salir? —bufó con exasperación—. Te estoy hablando en serio: poseo información sobre su muerte.

—¡Vete a la mierda!

—Sofía, déjame terminar, por favor —resopló con impaciencia—. Las cosas no ocurrieron como te las han contado.

—¿Qué demonios sabes tú de...?

—Te ofrezco la verdad y la venganza a cambio de tu ayuda —la cortó de nuevo.

—¿Mi ayuda? —Sofía sonrió sardónica—. Acabas de decir que no la necesitas.

—Para salir de aquí, desde luego que no —se rio él—. Pero sí la necesito para llevar a cabo algo que tengo en mente.

—Robar a mi tío —entendió.

—¡Destruir a Ricardo Márquez! —afirmó él con determinación.

—¡Es mi tío!

—Y tú lo odias, ¿crees que no me he informado?

—¡Tú no sabes nada de mi vida! —protestó.

—¿Qué nos apostamos? —La sonrisa coqueta había vuelto y, francamente, la prefería a la expresión de odio de antes—. ¡Ah, Sofía! Te he vigilado y estudiado durante tanto tiempo... —Su voz sonó baja, ronca, mientras sus ojos barrían su cara con apreciación—. Sé mucho sobre ti, y sobre todo sé que me encantas. Créeme si te digo que para mí sería un placer llevarme bien contigo.

Ese «placer» sonó como si saboreara miel caliente. Detuvo su escrutinio en su boca y Sofía tragó saliva. De repente volvió a tomar consciencia de su cuerpo demasiado pegado al suyo, del calor que desprendía y... ¡sí, joder, también de lo guapo y sexy que era el condenado!

—¿Ese truquito de Rodolfo Valentino te funciona a menudo? —le increpó ella con una chulería que le provocó una carcajada.

—Piénsalo bien, ¿quieres? —Le rozó la barbilla para alzarle la cara un poco—. Tengo mucho que ofrecerte: Verdad, venganza... Reputación.

—¿Cómo que «reputación»? ¡Fuiste tú el que acabó con la mía!

—Y puedo hacer que la recuperes —anunció—. ¿Imaginas cómo sería entregar el Ross a Vipond tú misma?

Sofía no pudo evitar que su boca se abriera. Aire dirigió sus ojos hacia ella y le acarició la barbilla con el pulgar hasta rozar su labio inferior.

—¿Me darías el diamante? —Él asintió solo una vez—. Dios mío, estás loco y yo, perdida... ¡Nunca voy a ayudarte a robar a mi tío, imbécil! Si dices que me has estado investigando, deberías conocerme lo suficiente para saber eso.

Él le sonrió con un deje triste y volvió a alzar la mirada hacia sus ojos.

—Y por ese mismo motivo tengo que insistir. Piénsatelo, ¿de acuerdo? —le pidió; se había inclinado lo suficiente para que el susurro le acariciara los labios—. Investiga un poco si ese es tu deseo. Estoy completamente seguro de que acabarás viniendo a mí.

—Ni en tus sueños...

—¡Ay, Sofía, en mis sueños ya eres la protagonista! —Y sin darle oportunidad a replicar, cruzó la escasa distancia que los separaba y la besó.

Un beso que más bien fue una caricia con los labios; unos labios gruesos y cálidos que deberían haberla horrorizado pero que, por el contrario, lograron que la piel de la nuca se le erizara y el estómago le bailara. De repente fue más consciente que nunca de lo estrecho que era ese guardarropa y de lo enorme e imponente que era él. Fue muy rápido, como siempre. Antes de que los reflejos y el razonamiento de Sofía se pusieran en funcionamiento, Aire ya había salido.

Aspirando aire sonoramente, saltó como un resorte fuera del armario, dispuesta a atraparlo. No le sorprendió descubrir que se había evaporado. La gente se agolpaba en el *ball* y la sala principal, gritándoles incoherencias a los guardias de seguridad. ¿Dónde diablos se había metido? Las puertas aún estaban cerradas, pero por más que buscaba no lo veía por ningún lado. ¡Maldito fuera mil millones de veces! No podía ponerse a gritar en medio de aquel caos o lo empeoraría todo. Aire era famoso por su capacidad para camuflarse y disfrazarse; por lo que ella sabía, podía ser una de las mujeres que ahora parloteaban histéricas en busca de una explicación. Sofía cerró los ojos un instante para intentar reponerse.

—¿Qué demonios acaba de pasar ahí dentro? —se preguntó en voz alta, con el aliento aún agitado, buscándolo con la mirada, rabiosa y avergonzada por su estupidez. ¡Oh, el bastardo era listo, sí, señor! Sabía bien cómo utilizar sus armas masculinas. ¡Pero ella era una mujer seria y profesional! ¿Qué le hacía ese hombre, que se volvía lenta y estúpida cuando estaba cerca?

«Que es más listo y ágil que tú —gruñó su pensamiento racional y sincero dentro de su cabeza—. Eso y que te pone a cien, chica, admítelo».

Sofía profirió un grito rabioso para acallar ese pensamiento. De repente, su cerebro pareció activarse de nuevo, y se dio cuenta de un detalle que hasta ese momento había quedado nublado por la presencia arrolladora de Aire: ese pulpo no había dejado de tocarla mientras estaban en el ropero, pero ¿cómo diablos había podido apuntarle con la pistola todo el tiempo? Había notado sus manazas sobre ella en varias ocasiones... ¡Sus dos manazas! Sin dejar de maldecir y resollando como un toro furioso, volvió a abrir la puerta del ropero de un tirón.

—Joder, joder, joder! —gritó una y otra vez al descubrir el paraguas apuntado contra la pared que se había estado clavando todo el tiempo y que había confundido con el cañón de su pistola—. ¡JODER!

—¿De verdad era necesario pasar tanto rato en ese armario? —gruñó Sam al verlo aparecer en el callejón.

—Tenía que hablar con la chica —respondió Julen, mientras se deshacía de la chaqueta y la nueva peluca que había utilizado para despistar a Sofía y se embutía la cabeza en un pasamontañas negro igual al que llevaba su compañero—. ¿Ha habido algún contratiempo?

—No. Esther se escabulló antes de que bloquearan la salida de emergencia y Víctor pudo colarnos a Rique y a mí con los uniformes de seguridad antes de que llegara la poli.

—¿Y con Márquez?

—Esther ha lanzado el anzuelo, pero dice que el tipo es difícil. A mí personalmente me ha parecido un capullo más, si te soy sincero.

—Ya. No lo subestimes, es un hijo de puta de mucho cuidado —murmuró—. Estuviste genial, por cierto.

—Nada como un borracho gigante para crear el caos.

—¿Qué tal le fue a Rique?

—El tío es un máquina, Aire. ¿Viste cómo jodió toda la seguridad en menos de una hora? ¡Si hasta se cargó los *walkies*! Estos niños de hoy en día me acojonan, en serio.

—Sí que acojonan, y Rique es el mejor —rio Julen.

—Y Víctor, Víctor es increíble. Se cuela en el equipo de seguridad como uno más, manipula la urna para que podamos hacer nuestro teatro y además se acerca al Gauguin como si se tratara de propaganda de un partido político y pretendiera pintarle un bigote.

—Pero no le pintó un bigote, ¿verdad? —preguntó Aire, realmente preocupado por la posibilidad.

Sam soltó una carcajada.

—No, tío, pero lo rajó justo por el centro.

—Eso va a dolerle a ese gordo avaricioso —dijo él tras soltar un silbido.

—Ya lo creo que dolerá. Esperemos que eso lo convenza de contratar nuestros servicios.

—Lo hará cuando el cuadro desaparezca, ya lo verás.

Tomaron posiciones en la esquina, los dos vestidos de negro, con pasamontañas que les cubrían los rostros y pistolas de fogeo en las manos. No necesitaron esperar demasiado.

—Allí vienen —susurró Julen, tensándose—. Es ese, el abrigo rojo.

—Joder, ¿no había otro más discreto?

—Había muchos, y no he tenido tiempo de buscar detalles, así que he elegido uno que no pudiera confundir.

—¿No has tenido tiempo o te has distraído con algo? —se burló Sam. Julen resopló—. Ey, Aire, no te vayas a enchochar con la chica, tío; las mujeres siempre lo complican todo.

—Que no te oiga Esther decir eso...

—Esther es la más complicada de todas —suspiró el hombretón.

—¡Silencio, ya están aquí!

Julen alzó una mano hacia los ojos de su compañero y comenzó a realizar una cuenta atrás con los dedos. Cuando el pulgar cayó, ambos saltaron al callejón y apuntaron con sus armas a tres personas que se quedaron petrificadas unos segundos antes de levantar las manos.

—Buenas noches, señoritas, caballero... —saludó Aire con educación—. Gracias por no gritar. No queremos hacerles daño, tan solo...

—¡Tenemos frío! —terminó Sam por él.

—Exacto, estamos helados de frío, y su abrigo parece tan calentito... —le dijo a una de las jóvenes, que lo miraba con los ojos como platos—. ¿Sería tan amable de dármelo?

—¿Qué? —jadeó la chica.

—Su abrigo, por favor. —Le hizo una señal con su arma de fogeo.

—¿Nos están atracando para robarnos un abrigo? —exclamó el hombre que estaba a su lado con voz aguda.

—Ajá, a no ser que quieran darnos algo más. Eso ya es voluntario —explicó Sam.

—¡Marina, quítate el abrigo! —ordenó el tipo sin bajar las manos.

—Pero...

Julen y Sam enderezaron sus armas convincentemente.

—¡Que te lo quites! —gritaron el hombre y la otra mujer a la vez.

La tal Marina no se hizo esperar; con manos temblorosas comenzó a desabrocharse los botones, y cuando se disponía a quitárselo, Aire se le acercó por la espalda, como todo un caballero, y la ayudó.

—Muchísimas gracias, bella dama. Lamento el susto que le he dado y el frío que pasará hasta llegar a casa. Espero que pueda perdonarme algún día —le dijo con voz seductora, con lo que logró una sonrisa bobalicona de la chica.

—Adiós, señores, que tengan buena noche —se despidió Sam.

—¿Buena noche? —masculló el hombre—. Primero lo de Artquez y ahora nos atracan delante de decenas de policías. ¡No voy a volver a salir de casa en diez años!

Los atracadores echaron a correr por el callejón con su «botín» y desaparecieron en el interior de una furgoneta que los aguardaba aparcada al otro lado.

—¡Maldita sea, Aire, esta parte del plan era basura pura! —le increpó Víctor, que aún llevaba el uniforme de seguridad, al arrancar.

—¿Qué dices? Ha salido de escándalo —respondió, mientras rebuscaba dentro del forro del abrigo rojo, que él mismo había rajado cuando estaba en el guardarropa con Sofía, sin que ella se percatara.

—Eliges un abrigo al azar y luego esperas tener suerte y encontrar al dueño ¡y que este no se dé cuenta de que hay un bulto dentro hasta que se lo quitas delante de una decena de polis! ¡Eso es dejar muchas cosas a la suerte, tío! ¿Por qué simplemente no podías haber sacado tú el huevo?

—¿Y arriesgarme a que Sofía me pescara y lo echara todo a perder? —protestó—. Justo porque la policía estaba allí, había que hacerlo a mi manera. El inspector Castillo es un tipo astuto.

—¡Exacto! —gruñó el otro—. ¿Por qué coño lo llamaste?

—¿Tú llamaste a la poli? —se escandalizó Sam.

—Tenía que asegurarme de que era Castillo el que acudía —murmuró Julen, concentrado en su tarea. Cuando sacó la mano del forro con su botín, lanzó un suspiro de satisfacción—. ¡Ah, pero qué bonito es!

—Sí que lo es. Una pieza de reyes —estuvo de acuerdo el hombretón.

—De zares, más bien. Este en concreto fue encargado por Nicolás II para su esposa, Alejandra Fiódorovna Románova.

—Chicos, he perdido la señal —anunció Rique, que hasta ese momento había estado demasiado concentrado con su portátil para prestar atención a la conversación.

—Habrán encontrado el micro —dijo Julen con calma—. ¿Qué hay de las cámaras de seguridad?

—Dejaron de grabar antes de que comenzara la fiesta —explicó el chico con orgullo.

—Pero ¿se grabó lo que te pedí?

—¡Claro, colega! ¿Por quién me tomas?

—Bueno, pues puede decirse que todo ha ido bien, ¿no? —dijo Víctor con un suspiro de alivio—. Se la hemos jugado bien a tu chica.

—¿Mi chica? —Julen esbozó una sonrisa y sacudió la cabeza—. Sofía es muy buena, pero se lo pusimos difícil. Como yo esperaba, había demasiada gente en la exposición.

—¡Claro, tío, porque mandamos invitaciones falsas a mansalva! —se rio Sam.

—Oye, lo de esos dos guardas a los que drogué... —murmuró Víctor con preocupación—. No les pasará nada, ¿verdad?

—Tranquilo, solo dormirán un par de horas, y a los demás nadie los podrá culpar por estar en sus puestos cuando las verjas de seguridad se cerraron. ¿Cómo iban a salir?

—¿Y tu chica? —lo picó Sam de nuevo.

Julen hizo una mueca y se reclinó en el asiento mientras admiraba el huevo.

—Ella sí que tendrá problemas, pero la compensaré con creces cuando todo esto termine.

Sofía cerró los ojos y se acarició las sienes para tratar de mitigar el dolor de cabeza, pero los gritos de su tío no la estaban ayudando precisamente.

—¡Es que no consigo concebir tanta estupidez, tanta ineptitud! ¡Habría obtenido más seguridad contratando a una manada de cerdos!

—A una piara... —lo corrigió, sin abrir los ojos y perdiéndose su mirada asesina.

—¿Qué coño ha pasado? ¿Ha habido algo que haya salido bien esta noche?

—Sigues vivo, ¿no? —resopló ella, mirando por fin a su tío—. Te dije que no era buena idea invitar a tanta gente a la inauguración.

—No invité a tanta gente —replicó. Ella se rio sin humor—. ¡Te digo que no invité a tantos!

—Vale, como sea. La cuestión es que sobrepasamos el aforo de la sala. Joder, si casi no podíamos movernos. Si a ese cabrón le hubiera dado por prender fuego...

¿Por qué había dicho eso? En realidad estaba segura de que nadie había corrido peligro durante el caos que sobrevino en Artquez. Solo había hablado con Aire unos minutos, pero no había visto a un asesino en él.

—¡Me han jodido mi Gauguin! —bramó Ricardo, lo que provocó un nuevo pinchazo en su cabeza—. Una raja... ¡Una raja en un lienzo de Gauguin! ¿Sabes todo lo que tuve que hacer para conseguirlo? Dime, ¿lo sabes?

—¡No! —replicó ella—. Y prefiero que no me lo digas, no quiero cuestionarme de nuevo si estoy trabajando para el bueno de la historia.

—¿Qué estás insinuando? —siseó.

Sofía bufó y caminó hasta la mesa donde reposaba el cuadro.

—¿Tiene arreglo? —preguntó sin verdadero interés.

—¡Desde luego que tiene arreglo, pero me costará un pastizal!

—¿Y desde cuándo ha sido eso un problema para ti? —Ricardo iba a protestar, pero ella ya se había vuelto hacia Fernández—. ¿Algún daño aparte de este?

—Pues... —El hombre lanzó una mirada de reojo a su jefe y se puso lívido.

—¡¿Qué?! —gritó él.

—Cuando revisamos la urna que se volcó..., la de los huevos...

—¡Los huevos! ¿Cómo coño pudo volcarse eso? ¡Estaba blindada, clavada al suelo! ¡¿Quién fue el desgraciado que se encargó de montarla?! —vociferó Ricardo.

—Contratamos a la misma empresa de siempre, señor. Son los mejores, no entiendo...

—¡«No entiendo, no entiendo»! ¡Yo sí que no lo entiendo!

—A ver, tío: si vas a seguir molestando, mejor te largas. Me gustaría hacer mi trabajo sin escuchar tus gritos —masculló la joven con cansancio—. Vete a tomar algo.

—No quiero tomar nada.

—¡Pues vete al infierno! —le gritó exasperada—. ¡Quiero terminar con todo esto cuanto antes y no paras de entrometerte!

Ricardo la fulminó con la mirada y ella le hizo un gesto con la mano para que saliera de la sala. A pesar de la ira que rezumaba, obedeció, aunque no dejó de maldecir mientras se alejaba.

—Márquez —susurró Fernández cuando se quedaron a solas—, no vas a creerte...

—Han robado un huevo Fabergé —terminó la mujer con voz de agotamiento.

—¿Cómo lo sabes? —exclamó el guardia.

Ella gimió al confirmar sus sospechas. ¿Que cómo lo sabía? Ahora que todo había pasado, casi podía ver la representación a cámara lenta: la pelea, los gritos, el caos... Y la urna estrellándose. ¡Por supuesto que habían robado un huevo!

—Acaban de levantar ese expositor, ¡y estaba abierto! —continuó Fernández—. En un principio nadie se dio cuenta de nada, dejamos salir a la gente porque los dos huevos estaban allí. ¿Cómo íbamos a saber que uno de ellos era falso?

—¿Tan buena era la falsificación?

—En realidad no —suspiró el hombre con pesar—; pero los cristales agrietados, el polvo... ¡Todo ayudó para engañarnos! Vimos dos huevos, aunque solo había uno. ¡Ese cabrón se lo ha llevado delante de nuestras narices!

—¡Rata astuta! —escupió Sofía con los ojos cerrados.

—¿No viste a nadie cogerlo? —le preguntó él con ansiedad—. Tú estabas cerca de la urna.

—La vi caer, pero también estaba ese guardia que se estampó contra el cuadro y luego...

Luego... Se le encendieron las mejillas al recordar cómo se había vuelto imbécil al aparecer Aire. Pensó si sería buena idea contarle a Fernández su encuentro con el ladrón, pero enseguida lo descartó. No, ya había hecho bastante el ridículo por una noche. Por fortuna para ella, según le habían informado, las cámaras de seguridad habían dejado de funcionar justo antes de que todo comenzara, así que nadie sabía que había estado hablando con Aire en el ropero.

—¿Cómo diablos lo lograron? —preguntó el guardia casi con admiración—. Ese tal inspector Castillo estuvo pendiente del desalojo de la galería.

—Sí, y lo hizo muy bien —resopló ella de nuevo—. Todos ordenados y en fila, claro que sí. ¿Qué motivos tenían para registrar a la élite del país si nosotros mismos les habíamos dicho que no faltaba nada?

—¡Es que realmente parecía que era así! —se defendió él.

—¿Quién se encargó de revisar la sección de joyería antes de desalojar la galería?

—Tu chico —respondió Fernández con retintín.

—¿Qué chico? —Sofía lo miró con el ceño fruncido y sacudió la cabeza—. Yo no...

—Me avisaste de que habías incorporado al equipo a un compañero de tu confianza. —El hombre se envaró—. ¡Acuérdate, joder, un tal Núñez!

—Mierda, Fernández... —gimió ella pellizcándose el puente de la nariz—. ¿Cuándo y cómo se supone que te dije eso?

—Cuando me situé en la calle. Me hablaste por el *walkie* y me dijiste que...

—No era yo —suspiró.

—¿Cómo que no eras tú? ¡Claro que eras tú, era nuestra frecuencia, era tu voz!

—¡Que no era yo, maldita sea! —bramó—. ¿En qué momento, cuando planificamos lo de esta noche, te hablé yo de ese tal Núñez?

—Pero me explicaste que lo habías llamado porque el jefe había invitado a más

gente y...

—¡No, no, no! Regla número uno, Fernández: ¡los cambios de planes se comunican en persona!

—Pero...

—Ni siquiera conozco a un Núñez, joder —concluyó, antes de desplomarse en una silla.

Se frotó los ojos y comenzó a hacer memoria. Tenía que tratarse del agente que rompió el Gauguin. Recordó cómo en ese minúsculo momento se había preguntado quién sería, pero después lo había borrado de su mente. ¡Maldito Aire, que cada vez que aparecía lo arrasaba todo como un huracán!

—Infiltró a uno de su equipo en el nuestro —caviló al cabo de un rato—. Apuesto a que también entre los hombres que prepararon la exposición: así fue como manipuló las urnas para que pudieran volcarse y después ser abiertas.

—¿Pero por qué robar en plena inauguración? Si ocurrió como dices, podía haber cambiado el huevo antes, sin riesgos.

—Tú mismo has dicho que no era una buena falsificación. Además, ¿crees que ese presumido renunciaría a un espectáculo como el que ha montado esta noche? —inquirió con una risa sardónica—. No, él quiere hacerle daño.

—¿A quién?

—El cuadro... —musitó ella sin hacerle caso—. El huevo... Todo fue parte del juego, solo para demostrarle a mi tío que puede robarle delante de sus narices y armar una gorda siempre que quiera.

—Pero ¿por qué? —murmuró Fernández.

«Para destruirlo», pensó Sofía. La pérdida de un huevo Fabergé no acabaría con Ricardo Márquez, pero esa noche se había iniciado algo, estaba segura. O tal vez ya había empezado mucho antes, con el diamante Ross, que después le había ofrecido a ella como pago por su ayuda... ¿Ayuda para qué? ¿Qué papel desempeñaba ella en todo aquello? Lanzó una mirada al cuadro con el terrible presentimiento de que, queriéndolo o no, ya había puesto su granito de arena para la venganza de Aire.

—Ey, Márquez.

Sofía dio un respingo y miró al joven que se había asomado a la puerta.

—Pacheco, ¿cómo te encuentras?

—Todavía tengo náuseas, pero estoy bien, descuida.

—Mierda, ese criminal podía haberos matado —gruñó Fernández.

—No —suspiró ella—. Él no tiene nada en contra de ninguno de nosotros.

Nunca hemos estado en peligro.

—¿Qué? —preguntaron los dos hombres a la vez.

—Nada, olvidadlo. ¿Qué querías?

—Han encontrado tu arma. Se la van a llevar para buscar huellas.

—Y no encontrarán nada —bufó con aire de derrota.

6

Sofía no entendía qué había hecho para que el karma se la estuviera jugando de esa manera. Era de esperar que su tío estuviera furioso y que ya no confiara en ella ni para comprar el pan, y aunque le importaba un rábano lo que él pensara, no podía olvidar que era un tipo importante e influyente. En consecuencia, el señor Lara la había citado en su despacho justo a la mañana siguiente del incidente en Artquez, bien tempranito, para hablar de su situación.

A su juicio, la situación no podía ser más clara e injusta: Aire quería destruir a Ricardo Márquez y Sofía estaba en medio, como un delicado castillito de arena en medio de un tsunami.

Ni que decir tiene que su jefe no veía las cosas desde su perspectiva. Él quería resultados positivos, éxitos para preservar el prestigio de su empresa. Así pues, después de las dos meteduras de pata, invitó a Sofía a tomarse unas merecidas vacaciones para descansar y recuperarse. ¿Recuperarse de qué? ¿La mala suerte tenía cura? Fuera como fuera, sabía de sobra que Lara no la había echado a la calle por no meterse en problemas con sindicatos y demás historias, pero era cuestión de tiempo.

En ese momento, sentada en la parte de atrás del furgón blindado que trasladaba el Gauguin hacia el taller del restaurador, Sofía no paraba de pensar en que su tío al final se iba a salir con la suya. Se había reído cuando él le había dicho que acabaría mendigándole trabajo, y allí estaba, trabajando una vez más para él. De buena gana lo hubiera mandado al infierno, pero en realidad aquello se había convertido en algo personal.

Le echó un vistazo al bulto que contenía el cuadro dañado y suspiró. Nadie destrozaba una obra de arte para hacer saltar las alarmas y generar el caos, ¿o sí? Tal vez sí, si querías asustar a tu objetivo principal... y lograr que sacaran el caramelo fuera de la galería. Después de todo, ¿qué suponía un furgón blindado para el hombre que había logrado robar el diamante Ross rodeado de seguridad y a plena luz del día? Algo le decía que iba a tener un nuevo encontronazo con ese desgraciado en breve.

El vehículo se detuvo, lo que la rescató de sus pensamientos. Sus compañeros actuaron con profesionalidad, siguiendo el protocolo, sin distraerse y siempre alerta; no obstante, ella no se quedaría tranquila hasta que no viera aquel dichoso cuadro dentro del chalet de su tío de nuevo, lejos de su responsabilidad.

El taller de restauración de Remigio Ventura resultó estar situado en una casa adosada de ladrillo rojo, en un barrio residencial en Fuenlabrada. Nada parecía indicar que allí se arreglaran obras de arte valoradas en millones de euros, pero Sofía imaginó que de eso se trataba, de no levantar sospechas para los ladrones o tal vez para la misma policía... ¡A saber los clientes con los que contaba el tal Remigio!

La puerta se abrió sin que nadie llamara y por ella salió un hombre con una bata de trabajo salpicada de pintura.

—¿Remigio Ventura? —preguntó Sofía.

—El mismo —respondió el aludido con una sonrisa—. Disculpe que no le dé la mano —añadió, al tiempo que le mostraba unas palmas llenas de manchas—. Adelante, traigan al enfermo.

—Perdone, pero necesito ver una identificación —pidió ella, sin mostrarse sorprendida por la manera en la que personificaba al cuadro.

—¡Oh, claro, qué despiste! —rio el restaurador, apartándose el largo flequillo de los ojos con un aire casual.

Sofía lo observó detenidamente mientras se abría la bata para rebuscar en los bolsillos de sus pantalones. Era un hombre muy atractivo, alto y de cuerpo musculado, aunque delgado, con un rostro anguloso y elegante, grandes ojos de un tono marrón verdoso y una boca sensual. El tipo de hombre de cincuenta y tantos que dejaba en ridículo a todos los tíos más jóvenes que conocía. A todos excepto a uno...

—Aquí la tiene —dijo Remigio.

Sofía echó un vistazo a su DNI y a su carnet profesional y asintió; hizo un gesto con la mano y sus compañeros se dispusieron a sacar el cuadro del furgón, mientras ella no paraba de otear en todas direcciones.

—La veo nerviosa... ¿Ha habido algún problema con el traslado? —inquirió Remigio con preocupación.

—No, no, solo que... —Suspiró y dejó la respuesta a medias.

Entraron en la casa y Ventura los guió por un ancho pasillo repleto de títulos con su foto, premios y reconocimientos enmarcados. Se veía a leguas que aquel hombre estaba casado con su trabajo y que su único amor era el arte, pero desde una perspectiva muy distinta y mucho más admirable que la del avaricioso de su tío. Al final del pasillo había una habitación de puertas dobles que Remigio abrió para hacerlos entrar en el taller. Un fuerte olor a pintura, aguarrás y madera inundó su olfato. Había varios caballetes situados aquí y allí, con algunos lienzos

tapados con sábanas, otros descubiertos, tal vez secándose. También había figuras y estatuas en algunos rincones, pero Sofía solo podía vigilar la caja de madera que contenía el Gauguin mientras la depositaban sobre la gran mesa que había en el centro.

—Veamos qué le ha pasado a este pequeño —susurró Remigio al acercarse a la caja. Los guardas la abrieron con sumo cuidado hasta descubrir el lienzo, y él siseó de dolor—. ¡Ah, Señor, pobrecito! ¿Cómo han podido hacer algo tan horrible?

—¿Podrá arreglarlo? —preguntó Sofía.

—¡Desde luego que sí! —exclamó Remigio mirándola con aire ofendido—. Pero necesitaré tiempo. He de revestir la tela, limpiarlo y crear los pigmentos yo mismo.

—¿Usted «mismo»?

—¿Piensa que se puede arreglar un Gauguin con Titanlux? —bufó sin dejar de examinar el cuadro—. Pero me pondré con él enseguida, descuide: su tío siempre paga bien que le dé prioridad a lo suyo.

—Sí, él es así de generoso... —masculló Sofía—. Bueno, pues, si es usted tan amable de firmarnos unos papeles para...

—Sí, sí, desde luego.

Una vez solucionado todo el papeleo, habló con Remigio y le explicó que tenía sospechas de que alguien quería robar el cuadro y que por lo tanto iba a apostar a dos hombres en su casa.

—No hay ningún problema con eso, pero como se atrevan a poner un solo pie en mi taller, los capo —dijo con un sencillo encogimiento de hombros.

—Ehm... No creo que sea necesario, se quedarán en la calle. —Después se acercó a los hombres que había escogido para el primer turno—. Quiero que me llaméis enseguida si veis u oís algo fuera de lo común, lo que sea, aunque se trate de una simple viejecita paseando a su perro cerca de esta casa, ¿estamos? Me pondré en contacto con vosotros con asiduidad y os mandaré el relevo a la hora prevista. ¡Y no hay cambios de planes, ninguno! ¿Ha quedado claro? Si tengo que comunicaros algo, vendré yo misma a decíroslo en persona.

—Sí, jefa —dijeron los dos hombres, después se marcharon a tomar sus posiciones, uno en la puerta principal y el otro en la parte de atrás.

—Le prometo que no se enterará ni de que están ahí, señor Ventura.

—Menuda novedad. Cuando estoy trabajando, no me entero ni de cuándo tengo que ir al baño, señora Márquez —reveló el hombre antes de soltar una

carcajada—. Claro, que si se tratara de usted, me encontraría con verdaderos problemas para concentrarme.

Sofía lo miró un instante, y tardó un rato en darse cuenta de que le había hecho un cumplido. Su reacción fue un ligero sonrojo y una sonrisa tonta. Enseguida carraspeó y se puso en plan profesional. Pero ¡qué demonios! ¿A quién no le gustaba recibir un piropo de un hombre como ese?

El trabajo de guarda de seguridad no podía considerarse de los más divertidos, desde luego, pero había que dar gracias al Cielo por ello, pues, por lógica, cuando algo se salía de la norma, la cosa pasaba de aburrida a peligrosa.

Por esa regla de tres, Díaz no tenía ningún motivo para quejarse por ese trabajo. Tal vez no viviera una experiencia para contar a sus nietos, pero definitivamente había cosas peores que estar la mañana haciendo guardia frente a una casa adosada en un barrio pijo de Fuenlabrada.

En la media hora que llevaba allí plantado solo había visto a un gato gordo que le había bufado al pasar por delante de él. Márquez había llamado dos veces desde que se había marchado, solo para recibir las mismas noticias aburridas. Esa mujer debería salir más, conocer a alguien, echar un polvo de vez en cuando...

Estaba pensando en si sería buena idea invitarla a salir alguna vez cuando la puerta de la casa se abrió a su espalda y le hizo dar un bote. Díaz se cuadró y puso su mejor cara de guarda competente. El tal Ventura apareció en el umbral, ataviado con un abrigo sobrio, de esos que las mujeres como Márquez solían encontrar elegantes. Pasó por su lado y le sonrió como saludo. Díaz lo miró con el ceño fruncido mientras se dirigía a un BMW negro que había aparcado en la acera de enfrente.

—Disculpe, señor Ventura —reaccionó al fin cuando el tipo sacó las llaves de su bolsillo y abrió el coche.

—¿Sí? —murmuró el restaurador volviéndose sobre su hombro.

—¿Adónde va? —preguntó.

—¡Oh, disculpe, joven! —respondió Ventura; dio unos pasos de nuevo hacia él mientras esbozaba una sonrisa—. Estoy tan acostumbrado a la soledad que a veces olvido dar explicaciones... Por otro lado, ¿estoy obligado a darlas?

—¡Oh, no! No es eso, pero... Bueno, usted entenderá que debo informar a mi superior de todo, y sería más fácil si...

—¡Ah, sí, sí, su superior! —exclamó. Se dio una palmada en la frente—. ¿Lo ve? Poco acostumbrado a dar explicaciones. Voy a comprar algunos materiales

que me hacen falta para meterle mano a esa maravilla herida que me han traído.

—¿Eh? —inquirió Díaz sin comprender.

—¡El cuadro, joven! —aclaró, impaciente—. Necesito ir a la ciudad a comprar unas cosas para poder trabajar en él.

—¿No tiene lo necesario en ese pedazo de taller?

—¿Pedazo de...? —Ventura soltó una risilla—. No, muchacho, no tengo todo lo que necesito aún, pero sé dónde conseguirlo. Si me deja marchar, claro está.

—Es que...

—A ver, joven, llame a su superior o a quien le plazca, pero déjeme hacer mi trabajo.

—Es que...

—Estaré de vuelta en menos de una hora, descuide —anunció el hombre, antes de darse la vuelta de nuevo para entrar en su lujoso coche—. El señor Márquez sabe bien que soy muy exigente cuando acepto un trabajo y que no tolero interrupciones. Además, después de todo, soy yo el que se va; el Gauguin sigue a salvo en casa, ¿no?

—Sí, sí, claro...

—¡Pues cuide de la casa!

Y sin decir más, puso el coche en marcha y se largó. Díaz se quedó mirando la calle con la boca abierta, sin saber muy bien cómo proceder. Era la primera vez que le encargaban un trabajo como ese; ¿era normal que el restaurador saliera de casa? Debía de serlo, ¿no? ¿Acaso la jefa pretendía que el pobre hombre permaneciera retenido hasta acabar con el cuadro? En cualquier caso, ella había exigido que la llamaran si había algo raro... No sabía si a eso se le podía llamar raro, pero, por si las moscas, cogió el teléfono y marcó el número.

Julen terminó de enroscar la tulipa de la lámpara del dormitorio antes de saltar de la cama. Desde abajo todo se veía correcto; había que ser muy agudo para darse cuenta de que una de las bombillas de esa lámpara era en verdad uno de los diamantes más puros del mundo.

Fue hasta la cocina, sacó una cerveza del frigorífico y se dirigió a la terraza, donde se dejó caer en el sillón y colocó las piernas sobre la mesita de madera. Hacía un día espléndido, con sol y sin nada de frío. Cualquiera diría que estaban en noviembre. El ruido de las calles, diez pisos más abajo, lo ayudaba a relajarse. Era como un recordatorio constante de que el mundo era mucho más que él mismo o lo que había en su interior. Le gustaba sentarse fuera a escuchar la vida,

lo necesitaba en ocasiones para no dejarse llevar por el pasado. El mundo fluía hacia adelante, el pasado quedaba atrás y de él solo restaban los recuerdos. Recuerdos que, sin embargo, no debían ser olvidados. Olvidar significaba abandonar a su familia. Olvidar significaba fallarles. Olvidar era como volver a enterrarlos.

Julen inspiró hondo y le dio un largo trago a su cerveza. Recordar los mantenía con vida y avivaba los deseos de venganza. ¡No quería parar de recordar! Cerró los ojos y casi pudo percibir el olor a patatas cocidas en la cocina, las manos rasposas de su abuela acariciándole la mejilla, las tiras de mimbre con las que tejía sus cestas, esparcidas por la mesa del patio... Y los golpes en la puerta. En cada recuerdo de su infancia siempre acababan superponiéndose a cualquier cosa. La Ertzaintza derribando la puerta antes de que tuviera tiempo siquiera de levantarse de su silla, su padre secándose las manos en un delantal mientras corría hacia la entrada con la alarma dibujada en su semblante, el agente apuntándole con su arma y obligándolo a tirarse al suelo, los gritos de su abuela, el caos de pies, voces, amenazas; el grupo de curiosos en torno a ellos mirándolos con horror, la palabra «terrorista» zumbando como una abeja a su alrededor... Y él, de repente, convertido en aire... Invisible, helado, ignorado por todos mientras su mundo se derrumbaba sin saber por qué. Recorriendo la escena con sus inocentes ojos de niño, sin saber qué hacer o qué decir.

—¡Mírame, Brice! —le pedía su padre mientras lo arrastraban esposado hacia la calle—. Todo es un error, muchacho, no he hecho nada malo. Pronto se darán cuenta y regresaré a casa, ¿comprendes? No tengas miedo, y cuida de la abuela. ¡Brice, yo no he hecho nada malo! ¿Me crees?

Y el pequeño Brice sabía que su padre necesitaba su asentimiento más que cualquier otra cosa en ese momento, pero él nunca estuvo seguro de si lo vio asentir antes de que se lo llevaran, pues el aire es invisible...

El repiqueteo del teléfono móvil sobre la mesa lo trajo de regreso al presente. Julen se incorporó y echó un vistazo al número antes de descolgar.

—¿Listo? —preguntó, escueto.

—Todo en orden. Es una preciosidad, por cierto —dijo el hombre al otro lado de la línea.

—No me va mucho Gauguin —rio.

—No me refería al cuadro, sino a la chica.

—¡Mierda! —gruñó—. ¿Le encargaron a Sofía el trabajo?

—Eso parece, sí.

Julen se recostó en el sillón y soltó un juramento; no porque previera ningún contratiempo, sino porque en verdad no había deseado mezclarla a ella en esa parte del plan. Ya la había perjudicado bastante en las últimas semanas.

—Esta vez sí que la van a echar a la calle —murmuró.

—Bueno, mejor que mejor: tal vez así nos lo ponga más fácil.

—No, yo no quiero perjudicarla más. Bastante mal lo va a pasar la pobre cuando vaya destapando capas en todo este asunto.

—Sobrino, ¿qué es eso que percibo en tu voz? —preguntó el hombre con un deje de reproche—. Suena a encandilamiento.

—No, suena a empatía, simplemente —se defendió él—. Esa muchacha ya ha padecido lo suyo, no quiero que sufra más.

—Pues eso lo deberías haber meditado antes de mezclarla en esto, ¿no crees?

Sí, sí que lo creía. Al principio Sofía le había parecido la opción perfecta para lo que tenía en mente, pero mientras más tiempo la vigilaba y estudiaba desde las sombras, más se sentía como un miserable por meterla en sus asuntos. Ella era inocente, y vivía aislada del mar de maldad que rodeaba a su tío. ¿Qué necesidad había de hundirla de golpe en la realidad? El problema radicaba en que la realidad, tarde o temprano, acabaría por chocar contra ella. ¿Y entonces qué? ¿Qué pasaría con Sofía cuando descubriera la verdad? Era una chica solitaria, demasiado independiente. ¿A quién acudiría en busca de ayuda? ¡No, qué diablos! Ese hijo de perra no le daría la oportunidad de pedir ayuda siquiera. Por más que le doliera hacerle daño ahora, la única manera de mantenerla a salvo era llevándola a su terreno y deshaciéndose de Ricardo Márquez.

«¿Y por qué te preocupas tanto por ella? —se preguntó con irritación—. O, más bien, ¿por qué piensas tanto en ella... a todas horas? ¡Maldición!».

Trató de frenar la oleada de recuerdos que le asaltaron al recordar otra vez a Sofía, la excitación al forcejear con ella en el aeropuerto de Lyon, sentirla pegada a él en ese pequeño guardarropa, su boca contra la suya...

—¡Vale, le he cogido cariño! ¡Tampoco creo que sea tan raro, joder! —replicó en voz más alta de la cuenta para acallar los inquietantes pensamientos.

—¿Cariño? —inquirió su tío al otro lado del teléfono—. Uhm... El cariño puede ser peligroso cuando nubla los sentidos. Ve con cuidado.

—También te tengo cariño a ti —respondió con sorna, lo que provocó que su tío soltara una carcajada.

—Yo no te nublo nada, y, además, me debes la vida.

—Ya estamos... No será para tanto, Luka.

—¡Julen Air me la debe, al menos! En fin, nunca he buscado tu agradecimiento, pero sí algo de reconocimiento —bromeó el hombre.

—¿Reconocimiento? Tú sabes que eres el mejor, tío... Cuando yo no estoy cerca, claro —apostilló para picarlo.

—¡Ah, muchacho, sigue soñando! —rio Luka.

—Dime, ¿qué tal todo? —preguntó cambiando de tema—. ¿Podrás arreglar el cuadro?

—¿Aún andas bromeando? ¡Desde luego que podré, soy el mejor restaurador del mundo!

—Y el mejor falsificador: nunca he dudado de ti a pesar de ese bodrio de Fabergé.

—Nadie falsifica un Fabergé en el tiempo que me diste.

—Vale, ¿qué me dices del otro asunto? —Julen bajó el tono y se puso serio.

—Ese tipo es basura —gruñó Luka—. Carga tanta mierda a la espalda que me extraña que pueda ponerse de pie.

—Pero ¿tenemos lo que queremos? —insistió.

—Sí, lo tenemos —suspiró—. Mi contacto en Soto del Real logró convencerlo y le permitió grabar toda la declaración.

—¡Perfecto! No correrá peligro tu amigo, ¿verdad? —se preocupó.

—¿Bernardo? —rio—. No, descuida, es el rey de la cárcel. Un tipo duro, Bernardo... Más duro que ese sicario de pacotilla que fue capaz de dejarse engañar por Ricardo Márquez.

—¿Habló de todo, también de...?

—Lo tenemos todo, Julen. Se jactó de esos y otros crímenes orquestados por orden de tu pajarito —bufó—. Odia a Márquez tanto o más que tú, eso ya lo sabíamos; pero siempre creyó que podría vengarse.

—¿Ya no?

—No. Está enfermo. No le queda mucho de vida y quiere vengarse antes de irse, así que le hemos venido como anillo al dedo. Se ha mostrado realmente encantado de ayudar.

—Bien, ese monstruo está cada vez más cerca de su destrucción.

—Frena ese odio; el odio vuelve estúpidos a los hombres inteligentes —le advirtió.

—Lo tendré en cuenta, maestro Yoda —rio—. El odio te vuelve tonto, y el cariño... ¿Qué te hacía el cariño?

—¡Incauto, una presa fácil! ¡Débil! —le recordó con un gruñido reprobatorio.

—OK, lo recordaré.

—Harías bien, sobrino, aunque supongo que lo volverás a olvidar cuando la chica entorne sus ojazos oscuros —dijo con una risa entre dientes.

—Tío... —replicó con voz cansina.

—Te veo mañana, muchacho; hay que ultimar la puesta en escena de Vierna.

—Cierto. Habrás de cuidar bien tu disfraz: Sofía te ha visto, y si se cruza contigo podría reconocerte.

—¡Por favor, ni que fuera un aprendiz! —bufó Luka antes de colgar.

Julen sonrió, sacudió la cabeza y dejó el móvil sobre la mesa. Se recostó en el sillón y dio otro trago a su cerveza. No pudo evitar pensar en Sofía de nuevo; tal vez Luka tuviera razón: tal vez era peligroso considerarla tanto. Tal vez debería distanciarse un poco, limitarse a usarla como una más de las piezas del plan...

«¡Ni de coña! —se dijo con una sonrisa. Sofía era la mejor parte de todo aquel horror, lo único que lograba que sus pensamientos se alejaran del odio y la venganza que lo había dominado siempre. ¿Por qué?—. ¡Ah, Julen, no le des tantas vueltas!».

El timbre de la puerta le hizo dar un respingo en su asiento. Se levantó con el ceño fruncido, extrañado. Solo Luka sabía dónde vivía actualmente.

—¿Sí? —preguntó a través del portero automático.

—¡Soy Rique!

Julen abrió los ojos como platos y soltó un juramento mientras pulsaba el botón. Aguardó con los brazos cruzados hasta que escuchó los pasos del chico al otro lado de la puerta; entonces la abrió de golpe y lo metió en casa arrastrándolo por la pechera.

—¡Weee! ¿Hola? —saludó el joven con voz titubeante.

—¿Qué haces aquí? —ladró Julen—. ¿Cómo has sabido dónde vivo?

Rique lo miró un instante, casi con pena, y Julen resopló.

—¿De verdad tengo que responder a eso, tío? ¿Te mezclas con los mejores ladrones y pretendes guardar tu intimidad a salvo, Aire? ¿Vas a decirme que tú no sabes dónde vivo yo? —inquirió el joven con humor.

Julen sacudió la cabeza y se pasó una mano por el pelo antes de echarse a reír.

—Vale, no he dicho nada. ¿A qué has venido?

—¿Me invitas a una cerveza?

—Claro. —Sacó dos de la nevera y le hizo señas para que lo acompañara a la terraza. Aguardó con paciencia hasta que los movimientos compulsivos de Rique con la pierna amenazaron con acabar con sus nervios—. ¡Suéltalo ya, antes de

que te tire por el balcón!

—Mierda, Aire, dime que no te vas a reír de mí. —Julen lo miró con las cejas alzadas, y el chico soltó un juramento—. Es que muy pocos me toman en serio, y no soportaría que tú tampoco lo hicieras. ¡Eres como una especie de ídolo para mí, tío!

—Venga, déjate de rollos y ve al grano. ¿Has cambiado de idea con lo del plan? Ya te dije que no había problema...

—¡No, no, qué va! —lo cortó con rotundidad—. Ni mucho menos, Aire, eso es perfecto. Bueno, tal vez deberías hablar con Víctor, parece algo apagado últimamente, pero por lo demás... He hecho un trabajo redondo con la vida de David Vierna y Elisabetta Da Bariano. Tienen todos sus papeles en regla, hay un gran historial de datos biográficos, académicos, laborales, hasta un historial médico. Esos tíos son personas reales a las que solo les falta un cuerpo físico. —Se rio—. Están tan bien cubiertos que podrían casarse y divorciarse sin necesidad de tener una cara.

—Bueno, por fortuna tienen una cara, y ambos están muy orgullosos de ella —bufó Julen—. *OK*, Rique. Pero no has venido hasta aquí para hablar del plan, ¿verdad?

Rique bajó la vista a su cerveza y comenzó a darle vueltas con las manos.

—Verás... Tengo una pasión además de la informática: adoro a...

—... a los perros, lo sé —terminó por él con una sonrisa.

—¡Ah, claro, lo sabes! ¿Lo ves? Nada de vida privada.

—Algo sí que se puede mantener —se rio Julen.

—Como digas... Vale, verás, hace poco conocí a una chica que... Bueno...

—Te gusta —volvió a cortarlo. Rique lo miró de manera acusadora—. No, eso no lo sabía; me lo acabas de decir tú con tus gestos, Rique.

—Como sea, eso no es lo importante —continuó—. La cuestión es que mi amiga trabaja en una protectora. El otro día les llegó un chivatazo anónimo sobre un criadero ilegal. —Rique se detuvo y lo miró con angustia.

—¿Y? —inquirió él sin comprender.

—Le pasaron fotos, Aire... ¡Ojalá hubieras visto cómo tratan a los perrillos esos hijos de puta! —le explicó, enardecido—. Están metidos en unas jaulas enanas y llenas de mierda. No las limpian, no tienen nada para calentarse, ni una mala manta. ¡Solo hierro y mierda!

—Comprendo...

—¡No, muy poca gente lo entiende realmente! —lo cortó—. Aparean a las

hembras una y otra vez y les quitan los cachorros casi al momento de nacer. ¿Sabes lo sensibles y protectores que son los perros con sus bebés? Pues ellas están sometidas a eso durante toda su vida, depresión tras depresión. Sus caras de tristeza son... Y cuando ya no pueden parir más, ¿sabes lo que hacen con ellas?

—Me hago una idea —murmuró Julen con voz ronca—. No creo que las lleven al paraíso de los perros a vivir la jubilación.

—Pues no —gruñó el chico—. Las más afortunadas aparecen ahorcadas en las cunetas, otras son usadas como *sparrings*.

—Y quieres liberarlas —adivinó.

—¡Quiero destruir ese asqueroso lugar, Aire! —reveló apretando los puños con rabia—. Quiero rescatar a esos pobres animales y reventar ese infierno; hundir a esos monstruos para que no vuelvan a hacer nada parecido en sus putas vidas.

—Y necesitas mi ayuda, ¿no?

Rique se desinfló, un poco avergonzado por su atrevimiento, y volvió a bajar la vista a sus manos.

—Sé que no tengo derecho a pedirte nada. Tú me salvaste de la cárcel el año pasado cuando se torció lo del Banco de España y...

—¡Esa fue la gilipollez más grande de tu carrera!

—¡Lo sé, lo sé, pero ya te dije que estaba borracho como una cuba! —se disculpó Rique con una risita—. Lo que quiero decir es que te sigo en lo de Márquez con gusto solo por agradecerte lo que hiciste por mí, pero tú ofreciste un pago a cambio, y he pensado...

—¿Qué has pensado? —preguntó con sospecha.

El chico lo miró y se mordió el labio con nerviosismo.

—No quiero dinero, Aire —le comunicó—. Te acompaño al Infierno si así me lo pides. ¡Lo haré aunque me digas que no en este instante, te lo juro! Pero...

—¿Quieres cambiar tu recompensa por un favor?

—¡Un favor de Aire, exacto! —exclamó Rique con una sonrisa triunfal.

—Este es un golpe peligroso, Rique. ¿No crees que valoras demasiado mis favores?

—¿Estás de coña? —inquirió el chico—. Si tú me ayudas, salvaré decenas de vidas. ¡Esos perros valen más que todo el dinero que puedas ofrecerme!

Julen guardó silencio un largo instante con un nudo de emoción oprimiendo su pecho. Tosió para aclararse la voz.

—¡Joder! —susurró.

—¿Qué? —dijo el muchacho con la esperanza brillando en sus ojos.

—He estado a punto de echarme a llorar y darte un abrazo —confesó antes de soltar una carcajada.

—¿Me ayudarás? —pidió Rique con inseguridad.

—Preocúpate de buscarles hogar a esos peludos; tú y yo tenemos una cita esta noche.

—¡Gracias! —gritó, dando un salto y estrechándolo en un abrazo efusivo.

7

—Entonces, ¿qué me dices? —Ricardo tamborileó con los dedos sobre la mesa de su despacho—. ¿Crees que son de fiar?

—Pues, aparte de que la cara de ese Vierna me suena muchísimo y de que no consigo recordar de qué, no he encontrado nada extraño o ilegal en su negocio —respondió su secretario con un encogimiento de hombros.

—Ya, y eso es justo lo que me parece sospechoso —rumió—. No habíamos oído hablar nunca de esos seguros Vierna y de repente aparecen cuando más los necesito.

—Sí, es bastante raro, para qué engañarnos.

—¿Quién me dice a mí que no es un truco de ese Aire, que no fueron ellos mismos los que organizaron lo de Artquez? —Chascó la lengua y sacudió la cabeza—. No sé, Pablo. ¿Qué has averiguado?

—David Vierna es hijo de un empresario muy rico de Salónica que murió hace cinco años. Según he podido averiguar, se fue a Grecia siendo muy joven y conoció a su mujer, hija de otro empresario que lo enchufó a trabajar con su papá. Ahí comenzó el imperio de los Vierna —explicó el secretario ojeando sus notas—. Por lo que he podido deducir de tanta información velada, el papá Vierna no era un tipo muy limpio que digamos. Arte, joyas y empresas de dudosa legalidad. Tuvo algunos litigios con varias aseguradoras hasta que el hijo, David Vierna, montó la suya.

—Qué tío más listo —se rio Ricardo—. O sea, que el tal Vierna era un pájaro de cuidado y se las ingenió para que su propio hijo le asegurara sus capitales dudosos, ¿no?

—Eso parece, sí —afirmó Pablo—. Pero la cuestión es que la aseguradora se hizo con una buena clientela en cuestión de pocos años y se consolidó. Sus clientes estrella son el mafioso Pepino Marinetti y algunas otras joyitas por el estilo, así que se ve que David siguió con la idea inicial que le había dado su padre.

—Asegurar de manera legal cualquier posesión —comprendió Ricardo—. ¿Y no hay nada raro? ¿Por qué nunca hemos oído hablar de ellos?

—Bueno, no se van anunciando por ahí, jefe. Por lo que tengo entendido, seleccionan a sus clientes según su capital y sus inversiones. Después envían a uno de sus agentes para hablar con la persona cara a cara y mostrarles el

caramelo.

—La buenorra que vino a la exposición de Artquez —dijo con una sonrisa lasciva.

—Así es. Elisabetta Da Bariano es la mejor pieza de seguros Vierna; ella ha conseguido los mejores clientes de la empresa.

—Ya, ya, pero ¿no es mucha casualidad que justo cuando conozco a esa mujer me den un golpe en mi propia galería? —insistió Ricardo.

—Desde luego que sí, pero qué quieres que te diga: al Marinetti le salvaron el pellejo al asegurarlo, y también aparecieron de manera providencial.

—¿Y qué puede significar eso?

—¿Quieres saber mi opinión? Y es solo una sospecha, pero...

—Dispara —gruñó.

—¿Y si ese Vierna supiera, de alguna manera, quién va a ser víctima de un robo?

—¡Pues eso digo, Pablo! —exclamó Ricardo—. ¡Que ese tío trabaja para Aire!

—No necesariamente ha de trabajar para los ladrones. Puede que tan solo tenga algún tipo de trato o alguien que le pase información útil.

—Vamos, que es el truco de la extorsión. El más antiguo del mundo, llevado al nivel del lujo. ¿Es eso lo que me quieres decir?

—Algo así —reconoció—. Vierna capta a posibles clientes y les ofrece sus servicios cuando los sabe amenazados. Y si no los contratan...

—... la cagan, pero bien cagada —masculló—. O sea, que no solo tengo que preocuparme de Aire, sino también de ese Vierna.

—No creo que Vierna sea una amenaza; solo se va a aprovechar de las amenazas que tú cargas.

—Joder, es un negociazo, hay que reconocérselo. ¿Y pagan realmente en caso de robo?

—Sí, y bastante bien. Además, cero preguntas y discreción al máximo. Puede que su forma de captar clientes no sea la más limpia, pero cuando les toca dar la cara, lo hacen por todo lo alto.

—Muy bien, entonces, ¿qué me sugieres que haga? Si no lo contrato, puede darles carta blanca a sus amigos ladrones para que vengan a por mí, y, si lo hago, todo son ventajas.

—Tal vez deberías esperar un poco hasta que consiga más datos, pero, sobre todo...

—Sí, sí, estrechar la precaución —resopló, como si eso fuera fácil, teniendo a

Aire tras sus talones. En ese momento alguien dio unos toques en la puerta—. ¿Sí?

—Señor Márquez —dijo Fernández cuando asomó su cabezota—. Su sobrina ya está aquí.

—¿Ah, sí? —siseó con los dientes apretados—. Que pase. Me va a escuchar esa mocosa...

—¿Sigo investigando o quieres probar suerte con Vierna? —insistió Pablo.

—No, investiga un poco más. Además, me gustaría que pensaras la manera de darle la vuelta a esa tortilla, Pablo. No me hace gracia que me manipulen, así que estudia la forma de enredar a ese Vierna en su propia red y que yo saque beneficio de ello, ¿de acuerdo?

—Perfecto, jefe —asintió el secretario con una sonrisa de complicidad.

—Vale, tío, aquí me tienes —interrumpió Sofía al entrar por la puerta con la cabeza alzada y aspecto de estar más que preparada para afrontar la tormenta.

—¡Déjanos solos, Pablo! Quiero hablar con mi sobrina acerca de cierto cuadro robado delante de sus narices en el taller de restauración —pidió Ricardo mientras se ponía en pie. Su cara comenzaba a teñirse de morado con solo mirar a Sofía.

Entró en casa y cerró con un portazo. Caminó como una zombi borracha hasta la cocina y sacó una cerveza de la nevera. Echó un vistazo al reloj del microondas: eran las cinco de la tarde. Si iba a emborracharse, mejor empezar con tiempo, ¿no?

Se dejó caer en el sofá del salón con un suspiro quejumbroso que sonó a derrota. Se acabó. Lo único que le faltaba para sentirse la criatura más gafada y patética sobre la Tierra era que el hombre al que más despreciaba en el mundo la echara de una patada en el culo de un trabajo que nunca había deseado.

¿Quién le mandaba a ella ocuparse del puñetero cuadro? Debería haberse rendido, comprender de una vez que no tenía nada que hacer contra Aire. Pero no; se sentía en la obligación de arreglar de algún modo el desbarajuste acontecido en la galería de su tío.

Pues bien, se acabó. No solo había perdido el Ross y un huevo Fabergé único en el mundo: ahora también contaba con un Gauguin en su currículum de cagadas. No había hablado con el señor Lara aún, pero su tío le había dejado bien claro que no quería que volviera a acercarse a sus obras de arte. ¡Pues perfecto, que se las metiera donde le cupieran! Odiaba a su tío y odiaba trabajar para él.

—Pero era lo único que te quedaba, Sofía —gimió.

Cerró los ojos y los apretó con fuerza cuando las lágrimas empezaron a escocerle en ellos. No, no pensaba llorar, ni hablar. Lo que iba a hacer era ponerse en marcha y arreglarlo. El problema era que en ese momento estaba tan deprimida que no se le ocurría una buena manera de empezar a hacerlo, pero se le ocurriría, claro que sí. Llevaba toda su vida saliendo de agujeros oscuros ella sola. Podría con esto también.

—¿Cómo diablos lo montó todo tan rápido? —susurró; tenía que admitir, muy a su pesar, que estaba impresionada.

Era la casa de Remigio Ventura, su tío Ricardo le había dado las señas; era su taller auténtico. Y estaba plagado de fotografías, diplomas y otras cosas con la cara de ese hombre tan atractivo. ¿Cómo consiguió Aire «redecorarla» en tan poco tiempo? ¡Una hora, joder! Todo se había zanjado en menos de una hora, y esa casa contaba con un sistema de seguridad digno de un museo. ¿Cómo?

De acuerdo, tenía un informático que debía de ser la leche, a juzgar por cómo había convertido en basura todo el sistema de seguridad de Artquez en una tarde, pero ¿y la decoración? Después de entrevistar al verdadero Remigio Ventura, Sofía había podido hilar más o menos los hechos, pero no por ello dejaban de sorprenderle la rapidez y precisión de la actuación de Aire...

Ventura había recibido una llamada de su única y querida hermana diciéndole que había sufrido un accidente. Ni que decir tiene que había salido de la casa todo lo deprisa que pudo, activando todas las alarmas, como solía hacer siempre que salía. Según él, había llamado a Ricardo para explicarle el contratiempo; lógicamente, esa llamada nunca llegó a su destinatario. Sofía comprobó que el teléfono de la casa del restaurador desviaba todas las llamadas a un número que, por supuesto, no les aportó ninguna información.

Bien, o Aire era un gran imitador de voces o poseía un buen surtido de grabaciones de personas diferentes con frases recurrentes para cada ocasión. Le daban escalofríos de pensarlo. ¿Cuánto tiempo llevaba Aire detrás de su tío? ¿Cuándo la habrían grabado a ella?

El estómago le dio un pequeño vuelco cuando recordó su voz grave cerca del oído: *«Te he vigilado y estudiado durante tanto tiempo... Sé mucho sobre ti, y sobre todo sé que me encantas»*.

¡Cabronazo! Le gustaba jugar con ella. Odiaba que le afectara ese hombre, pero había acabado asumiendo que no lo podía evitar. El desgraciado era guapo... Vale, el desgraciado estaba más bueno que la mayoría y era la criatura más erótica

sobre la Tierra. Una señal más de lo peligroso que era y de que debía estar alerta.

Así que, sí, logró que Ventura dejara sola la vivienda, desarticuló todo su sistema de seguridad, se coló en su casa, la redecoró con títulos y fotos trucadas y puso a un Ventura de pega antes de que ella llegara.

—Ese hombre entendía de arte —murmuró, pensativa.

Falsificador o restaurador con toda probabilidad, porque ¿qué sentido tenía romper un cuadro sin la certeza de poder arreglarlo sin problemas? Y sin duda tan buen estafador como el mismo Aire. Tan inteligentes y osados... Había salido a la calle tan pancho, con un Gauguin enroscado y oculto debajo del abrigo, delante de dos agentes de seguridad. ¡Jesús, qué humillación!

—¡Cómo te odio, Aire! —escupió Sofía, y se terminó la cerveza de un trago.

Lo odiaba, especialmente por haber hurgado donde no debía. ¿A qué venía sacar a relucir lo de su padre? ¿Creía que lograría ponerla de su lado usando ese truco tan sucio? Lo peor de todo era que, desde entonces, no había parado de pensar en sus palabras. Era como revivir a un fantasma del pasado, un fantasma construido de dudas y miedo que había tratado de mantener alejado pero que nunca se había marchado en realidad. Ahora pululaba de nuevo por su mente, trayendo de vuelta las sospechas, la soledad y la ansiedad que tanto había luchado por superar.

«¿Todo eso lo ha despertado Aire o es que en el fondo tu subconsciente esperaba un empujoncito para hacerlo volver? —Ahí estaba otra vez esa voz rebelde en su cabeza, la que siempre la había instado a averiguar qué pasó aquella terrible noche. La que todo el mundo se esforzó en acallar para evitar que acabara volviéndose loca como su padre—. Sí, todo el mundo, especialmente tu tío».

Y lo lograron... La silenciaron, o eso había deseado creer. Lo cierto era que los sueños le traían de regreso las voces de sus padres, sus risas, sus besos y miradas cómplices. ¿Era esa la actitud de una pareja que se odiaba?

—¡Basta, Sofía, no vuelvas a hacerte esto! —gruñó.

Debía dejarlo estar o de nuevo correría el riesgo de perder la razón tratando de buscar explicaciones lógicas a la locura y la maldad humana. Pero ¡era tan difícil aceptar que esa locura y esa maldad brotaran de tus propios padres!

Ella tenía solo cinco años cuando ocurrió la tragedia. La gente dijo que fue muy afortunada, que de haber estado en casa esa noche también ella habría muerto. Sofía pasó años pensando que se equivocaban: no había sido afortunada en absoluto, hubiera deseado morir junto a su madre ese día y ahorrarse años de

psicólogos y abandono por parte de su único familiar vivo, el tío Ricardo.

No fue la providencia, eso lo sabía, fue su padre el que la había obligado a ir a un campamento de inglés ese fin de semana. Cuando todo pasó, entendió que la había mandado lejos de casa para perpetrar su crimen. Después de ese acto terrible todos los recuerdos que guardaba de él quedaron manchados; cuando la llevó al parque de atracciones, cuando la subía a sus hombros para pasear por el parque, cuando veían dibujos animados juntos o cuando le enseñaba a nadar en la piscina... Se llevó a su madre, se llevó su vida, la dejó sola y desamparada en el mundo.

Esa noche, mientras ella tardaba en dormirse en la cama del campamento, su padre se volvería loco. Su tío nunca fue delicado al hablar de lo sucedido, así que Sofía despertó a muy temprana edad del plácido sueño de la infancia para descubrir que los monstruos eran reales y podían esconderse tras rostros amados.

Escuchó tantas cosas en esos días de negrura... Que su padre hacía tiempo que no estaba bien, que había dado muestras de padecer esquizofrenia antes de llegar al extremo... Sofía no lo recordaba, tal vez sí, tal vez no... ¿Había escuchado a sus padres discutir alguna vez? ¿Quién podía decirlo después de todo lo que pasó? Los psicólogos intentaron que comprendiera y que siguiera adelante. Ella lo hizo, aunque procuró borrar la imagen de su padre por completo. Las terapias la ayudaron a ello.

«Las cosas no ocurrieron como te las han contado...».

Las palabras de Aire zumbaban en su memoria. ¿Cómo se las habían contado? Alejandro Márquez estaba metido en asuntos sucios; estaba arruinado; su madre le era infiel con su ayudante y por eso se ensañó tanto con ella. La machacó a golpes antes de pegarle un tiro. Después, se sentó en su oficina, se metió el cañón en la boca y...

Se llevó su vida también aquella noche. Su tío se ocupó de ella, por decir algo... Fue una desgraciada en su infancia y mucho más en su adolescencia; pero el tiempo había pasado y Sofía había acabado asimilando la historia que todo el mundo contó entonces y aún repetía en la actualidad. Ella había crecido con la idea de que era hija de un monstruo, nacida de una unión sucia. Su tío se encargó particularmente de que no olvidara esa idea. Sin embargo, a veces conseguía apartar las cortinas de humo negro en sus recuerdos y rescataba la luz que había habido en su vida.

«Las cosas no ocurrieron como te las han contado...».

Sofía inspiró hondo y se tragó las lágrimas. Hacía muchos años que había

dejado de llorar por ellos y ahora venía ese hombre a sacudir de nuevo sus dudas y a reavivar sus temores. ¿Acaso sabría en verdad lo que ocurrió aquel día? ¡No, qué iba a saber! Lo único que quería era que lo ayudara a destruir a su tío. ¿Por qué? No se le iba de la cabeza la expresión de sus ojos. ¿Qué le habría hecho Ricardo Márquez a Aire para poner esa oscuridad en ellos?

Pero, por más que se dijera que Aire la estaba manipulando para obtener sus fines, tuvo que admitir que había logrado sembrar la semilla de la duda. La mente humana era extraña... Después de tantos años pensando que sus sospechas eran una defensa psicológica porque le costaba aceptar la realidad, de haberse sentido tan sola y perdida, ahora venía la persona más inesperada del mundo y le daba un empujón para que luchara por sacar a la luz la verdad que siempre le había gritado su corazón.

Se puso en pie y cogió su bolso, sacó el móvil de él y buscó en la agenda hasta dar con un número al que había llamado en muy pocas ocasiones a lo largo de los años. Navidad, cumpleaños, poco más. Doris. La anciana y adorable Doris, su antigua niñera, una de esas personas que siempre están para ti aunque tú no estés para ellas. Ella sí que la había llamado en muchas ocasiones durante toda su vida, aun en la actualidad lo hacía, aunque a veces Sofía ni siquiera le cogía el teléfono.

¿Por qué le había dado de lado si era la única persona que la había amado de verdad? Otra de esas cosas absurdas de la mente para defendernos de lo que nos causa un conflicto: hablar con Doris era traer al presente un pasado que le horrorizaba.

Sofía aún recordaba sus abrazos y besos en el sepelio, sus lágrimas saladas y sus palabras de consuelo. No había conseguido olvidar lo que le susurraba una y otra vez ese día: «Yo no los creo, niña. Ellos se querían». Pero ¿qué podía saber de eso la buena de Doris? Ella solo era un ama de casa sin estudios, y los psicólogos parecían saber tanto... «Tu padre era un buen hombre, Sofi; no dejes de quererlo».

Cuando el teléfono comenzó a dar la señal, le pareció escuchar un clic sospechoso. Se apartó el aparato de la oreja y lo miró frunciendo el ceño. ¿Estaba paranoica? ¡Ni de coña!

—¡Hola, desgraciado! Supongo que me estás escuchando —gruñó—. ¿Puedo hablar con mi niñera? La de verdad, ¿vale? Nada de mentiras. Después de todo, estoy siguiendo la línea que tú me has marcado, ¿no?

—¿Sofi, eres tú? —La voz de Doris al otro lado la hizo sentirse ridícula, pero seguía pensando que Aire la escuchaba—. ¿Cariño?

—Hola, Doris —la saludó con tensión—. Antes de que hablemos, necesito que me respondas a algo.

—¿Cómo dices? —preguntó la mujer con una preocupación que parecía bastante real.

—Una vez, de niña, te conté un secreto —le dijo—. Algo que hice y que me parecía el más terrible de los pecados; solo te lo conté a ti Doris. ¿Lo recuerdas?

La anciana se echó a reír al otro lado con su voz cálida.

—¡Claro que lo recuerdo, pequeña! La de veces que te dije que era una tontería, que no te comieras más la cabeza y...

—¡Dímelo, Doris! —le exigió con urgencia. Casi le pareció ver sus arrugas de sorpresa junto a los ojos, pero necesitaba estar segura de que era con la verdadera Doris con la que estaba hablando.

—Me contaste que habías cogido una chocolatina del quiosco del parque y no la pagaste, que te la metiste en el bolsillo para comértela a escondidas cuando llegaras a tu dormitorio, pero que al hacerlo te pusiste mala y la vomitaste. Siempre creíste que había sido un castigo divino.

—Fui una ladrona de mierda —suspiró Sofía con una sonrisa.

—¡Niña, no digas palabrotas cuando hables conmigo! —la riñó. La sonrisa de Sofía se ensanchó al escuchar esas palabras tan conocidas—. ¿Estás bien, Sofi? ¿Cómo es que me llamas, cariño?

—Doris... —Se pasó la lengua por los labios y los notó resacos—. Necesito hablar contigo de algo. ¿Podríamos quedar mañana en la cafetería que hay debajo de tu casa?

—Claro, cielo, me encantará verte —respondió la mujer con afecto—. Pero ¿ocurre algo malo? Tú nunca sueles llamarme, y no es un reproche, pero...

—No, no ocurre nada, solo que... Estoy destapando algunos recuerdos y necesito que me ayudes.

—¡Oh! —exclamó la anciana con un deje de inquietud.

—Te lo explicaré todo mañana, ¿vale? ¿A las nueve en la cafetería?

—De acuerdo.

—Y, Doris... —añadió antes de despedirse—, no hables de esto con nadie, ¿vale?

Solo cuando la mujer se lo hubo prometido, se atrevió Sofía a colgar. Cerró los ojos y se quedó un rato con el teléfono en la mano.

—¿Qué estás haciendo, Sofía? —murmuró—. Creo que necesito una copa... ¡Creo que necesito varias copas y un baile!

Volvió a buscar en el directorio y marcó el teléfono de su amiga Tere, compañera ideal para sus escasas juergas y borracheras.

—¡Bueno, ¿qué te parece el sitio?! —gritó Tere para hacerse oír por encima de la música—. Es guay, ¿a que sí?

—¡Es una pasada! ¿Y dices que siempre hay música en vivo? —respondió Sofía mientras se acercaban a la barra del local.

—Siempre; los chicos que vienen hoy ya los he escuchado antes, y son geniales.

—¿Qué vais a tomar, guapas? —les preguntó el camarero con una sonrisa juguetona.

—¿Tú estás en la carta? —dijo Tere, y los tres se echaron a reír—. No, es broma, creo que me he enamorado, así que un *gin-tonic* me va bien.

—¡Otro para mí! —pidió Sofía—. ¿Qué es eso de que te has enamorado? ¿Pues no decías que estabas casada con tus perrillos?

—¡Y eso es lo que lo convierte en mágico, Sofi: Enrique ama a los peluditos tanto o más que yo!

—Eso es imposible —rio.

—Te lo juro, amiga. —Tere se acercó a ella con aire cómplice y le susurró al oído—: Hace dos días me llegó un chivatazo acerca de un criadero de perros, de esos que son el infierno, ¿sabes? Me enseñaron fotos y... ¡Dios! Era horrible, en serio.

—Joder, qué asco de gentuza. ¿Y no se puede denunciar?

—¿En España? —bufó la chica—. Poca cosa les harían. Se lo conté a Rique, ya sabes, para desahogarme; no es que yo pensara que el pobre pudiera hacer nada. Pero ¡madre mía, Sofi, ni te imaginas!

—¿Qué? —la instó con curiosidad.

—Pues que esta misma mañana nos ha llegado la noticia de que el criadero ha ardido hasta los cimientos. —Sofía ahogó un grito de horror, pero Tere se apresuró a aclararle—: ¡No, no lo entiendes! El recinto ardió, pero antes habían sacado a todos los perros de allí —terminó con una sonrisa triunfal.

—¿Cómo?

—No tengo ni idea, amiga, pero los sacaron a todos y redujeron ese estercolero a escombros, y ¿sabes qué es lo más maravilloso? Al parecer, cuando los bomberos llegaron para apagar el incendio, casi se pusieron a bailar *La Macarena* del colocón que cogieron. ¡Había una plantación de marihuana allí!

—¿En serio?

—Pero una de las grandes. A esos hijos de puta se les ha caído el pelo. A ver si se atreven a volver a traficar con animalitos indefensos.

—¡Me alegro muchísimo! —exclamó Sofía chocando su copa con la de Tere—. Pero, oye, ¿qué tiene que ver tu Enrique con todo esto?

—¿Qué? —Se echó a reír—. Ay, Sofi, pues que esta tarde me ha llamado para pedirme ayuda con veinte perros, cachorros y adultos.

—¿Él los sacó?

—Los trajo hasta la puerta de mi casa con un furgón, todos calentitos y vivos —reveló.

—Joder, Tes, pero eso puede acarrearle problemas. ¿Alguien más lo sabe?

—Solo tú y un amigo que lo ayudó a sacarlos. ¡No se lo digas a nadie!

—¡Desde luego que no! ¿Pero qué habéis hecho con los perros?

—Ehm... Bueno, he conseguido colocar cinco cachorros y dos adultos en casas de acogida. Los otros están de momento repartidos en varios refugios. No le he dicho nada a nadie de dónde proceden, pero la gente no es tonta; todo el mundo se ha volcado para ayudar y guardar el secreto.

—Tened mucho cuidado, ¿vale?

—¡Claro, descuida! —Tere la miró y se mordió el labio—. Oye, Sofi... ¿Tú no querías un perrito? ¡Son tan pequeñitos y necesitan tanto un hogar...!

Sofía se echó a reír.

—Anda que no tienes morro tú... No me siento preparada ahora mismo para educar a un cachorro. —Tere fingió un puchero que la hizo reír de nuevo—. Pero estaré encantada de quedarme con una de esas mamás adultas. ¿Qué te parece?

Tere abrió unos ojos como platos y dio un grito de alegría antes de estrecharla en un abrazo.

—¡Eres la mejor del mundo!

—Pero necesito que te la lleves a tu casa por ahora, Tes, porque estoy arreglando un asuntillo en estos días y creo que pasaré poco tiempo en casa, ¿podrás?

—¡Por supuesto que sí, todo el tiempo que necesites! ¿Te he dicho ya que eres la mejor del mundo?

—No, qué va, en realidad soy egoísta: voy a necesitar compañía, ahora que me vienen curvas en la vida y encima me van a echar del curro —le explicó con resignación.

—¿Qué? ¿Cómo es eso?

Sofía hizo un gesto con la mano para quitarle importancia y cogió a su amiga por el brazo para ponerse delante del escenario, donde ya se preparaban los músicos.

—Es una larga historia, y ni de coña me apetece hablar de ello ahora —le dijo—. Esta noche solo quiero beber, escuchar música y pasar un buen rato.

—¡Por mí, perfecto! Pero ya sabes que me tienes cuando quieras, ¿eh?

—Desde luego.

—Cuando quieras menos ahora, que me estoy orinando. —Las chicas se echaron a reír.

—¿Te acompaño?

—Nah, termínate la copa y traigo otra a la vuelta.

Sofía se bebió su *gin-tonic* de tres largos tragos y le devolvió el vaso vacío. Cuando Tere se perdió de su vista se centró en el grupo, que había comenzado su actuación; eran buenos de verdad, una mezcla de *folk* con rock que, junto al efecto de esa copa, le hacía mover los pies siguiendo el ritmo casi sin darse cuenta. De repente, alguien la abrazó por atrás, inmovilizándole los brazos contra los costados. En un primer momento creyó que se trataba de Tere que estaba gastándole una broma, aunque esa fuerza ya le dijo que se equivocaba. Y luego estaba su olor inconfundible...

—¿Qué diablos haces? —gritó furiosa, aunque su voz se perdió con el rugido de la música y la gente.

—No monte un espectáculo, señora Márquez —le dijo Aire en el oído.

—¡Suéltame, desgraciado!

—Te he cogido para que no salgas corriendo.

—¿Salir corriendo? —se indignó—. ¡Lo que quiero hacer es darme la vuelta y darte una patada en los huevos!

Aire se echó a reír y la sujetó más fuerte, hasta que logró pegarla por completo contra su pecho.

—Pues entonces más a mi favor. —Comenzó a caminar hacia atrás, arrastrándola lejos de las luces, hacia un rincón oscuro y más o menos apartado—. Solo quiero hablar, lo prometo.

—¡Tú siempre dices lo mismo justo antes de arruinarme la vida! —espetó; profirió un gruñido cuando escuchó de nuevo su risa ronca—. Mi amiga ha ido al servicio y volverá pronto. Como no me vea, se va a preocupar y...

—Si te callas un momento habré terminado antes de que Tere regrese. —Sofía bufó al oírlo pronunciar el nombre y Aire sonrió.

—¿También has espiado a mi amiga?

—No, pero os escuché hablar por teléfono.

—O sea, que sí me lo tienes pinchado.

—Para qué preguntas si ya lo sabes —respondió con voz cansina. Sofía iba a replicar, pero él le dio un nuevo apretón y la cortó—. Escúchame, necesito decirte algo. En primer lugar, quiero disculparme contigo por lo del Gauguin...

—¿Qué? —exclamó, incrédula. Él chascó la lengua y suspiró; el aire que expulsó le hizo cosquillas en la nuca y le puso la carne de gallina. Tuvo que esforzarse de manera sobrehumana para no derretirse; el cuello era su punto más erógeno, y ese hombre era especialmente inquietante.

—Verás —continuó, ajeno a su turbación—. No sabía que serías tú la que se encargaría de llevarlo al taller. Te juro que habría dado lo que fuera para ahorrarte ese mal trago. Pensé...

—Pensaste que después de cómo la cagué en Artquez, mi tío no me confiaría nada más, ¿no? —masculló—. ¡Y así fue, fui yo la que insistió, pretendía arreglar las cosas!

—De veras que lo siento —murmuró, de nuevo demasiado cerca de su oído.

—¡Qué lo vas a sentir! —escupió ella tratando de soltarse—. Te lo llevaste, ¿no?

—Era necesario.

—¡Ya!

—Otra cosa de la que quería hablarte —cambió de tema— es que no le cuentes nada a Ricardo sobre lo que te dije acerca de la muerte de tus padres.

Eso sí que la dejó de una pieza. Sofía se tensó instintivamente: siempre lo hacía cuando salía el tema.

—¿Ya no quieres que averigüe lo que les pasó? —inquirió con sospecha.

—Quiero que lo hagas, pero a espaldas de él. Si Ricardo llega a sospechar algo, podría tomar medidas. Ese hombre es muy peligroso, Sofía. Has de tener cuidado.

—¿Qué te hace pensar que no se lo he contado ya?

—¿Lo has hecho? —preguntó con una alarma genuina que la descolocó. Sofía negó con la cabeza y él volvió a suspirar, esta vez de alivio, pero de nuevo trastocando su sistema nervioso—. Menos mal. Haz tus pesquisas, Sofía, pero manténlo al margen. Cuando te sientas preparada para preguntar... Quiero que sepas que yo puedo darte todas las respuestas.

Sofía se quedó parada sin saber qué decir. La seriedad y compasión en su voz la

habían dejado anonadada. En ese momento, Aire cambió de posición, sus brazos se aflojaron y su abrazo se volvió bastante más íntimo. Se inclinó sobre ella y su aliento le acarició el cuello. Por un momento Sofía incluso llegó a sentir el roce de sus labios en la piel cuando habló.

—Por cierto, tengo que confesarte que en verdad he forzado nuestro encuentro esta noche. Podría haberte dicho esto por teléfono, pero... ¡Me obsesionas! — admitió con énfasis—. Y estás tan preciosa con ese vestido que no sabes cuánto me alegro de haber venido. ¿Sabes que el rojo es mi color favorito? Y a ti te sienta de vicio.

—Ahora me comes la oreja para que olvide todo lo que me has hecho... — Sofía ahogó un gemido cuando sintió sus dientes pellizcar ligeramente el lóbulo de su oreja—. ¿Qué diablos...? ¿Qué...?

Pero Aire había bajado la boca un poco más y se recreaba oliendo su cuello, haciéndole cosquillas con los labios y la nariz, rozándola con su barba, antes de regresar a la oreja y volver a mordérsela con suavidad.

—Sofía, si no quieres que me vuelva loco, no pongas palabras tan gráficas entre tú y yo. Deseo comerte la oreja y todo el cuerpo en este momento —ronroneó, con tal erotismo que provocó que le temblaran las piernas.

No fue capaz de decir nada, ni siquiera cuando Aire comenzó a masajearle la cintura con pasadas suaves y cálidas que fue extendiendo por su estómago en gestos circulares y ascendentes hacia el esternón. Con cada caricia, su boca trazaba la curva de su cuello, solo con los labios, ni siquiera la abría, pero era enloquecedor. Su respiración agitada acrecentaba la sensación; la tela de su vestido provocaba que su tacto resultara abrasador; sus manos eran enormes y calientes; cuando alcanzó la curva de su pecho, contuvo el aliento. Una diminuta llamada de alarma brillaba en algún lugar perdido de su cerebro, pero la enterró enseguida cuando Aire extendió el pulgar y trazó su pezón, sin llegar a tocarlo del todo. Sofía se recostó contra su pecho y lo sintió gruñir, antes de que la girara y la apoyara contra una columna.

Con una mano aferrada a su cintura y otra contra el muro, se inclinó hacia ella hasta que sus narices se tocaron. Por fin pudo mirarlo a la cara, y se sorprendió al verle los ojos, azules como zafiros, reflejando el brillo de las luces del local, dándole un aspecto salvaje. Ningunas lentillas podían lograr eso. Aire tenía la mandíbula tensa, y su respiración agitada le provocaba cosquillas en los labios. Un mechón de pelo castaño oscuro, rizado, se descolgó hacia delante y le rozó la mejilla.

—Así que este es el Aire auténtico, ¿no? Ojos azules, pelo castaño... — murmuró Sofía, casi hipnotizada por su cercanía; él le regaló una sonrisa lobuna.

—Tal vez —musitó.

—Pues, aunque me joda admitirlo...

—¿... te gusta? —terminó por ella con una risa sensual, antes de besar ligeramente su boca con una caricia suave.

Sofía cerró los ojos por puro instinto y arqueó la espalda, ofreciéndose, pero él se tensó de repente y se apartó. Abrió los ojos de nuevo y se dio cuenta de que la miraba con una expresión indescifrable, arrugando un poco la frente. El azul de sus iris se había oscurecido notablemente.

—¿Qué? —exclamó sin poder contenerse.

Él volvió a sonreír de manera juguetona y le tocó la punta de la nariz.

—Maldita sea, al final van a llevar razón —le dijo con un deje de sorpresa en la voz—. Sí que eres peligrosa.

—¿Que yo qué? —graznó Sofía—. ¡Tú eres el delincuente!

Aire soltó una carcajada y alzó un dedo para advertirle:

—Recuerda lo que te he dicho: investiga, pero cuídate de Ricardo Márquez. Te prometo que cuando todo esto termine, te compensaré por tantas molestias.

—¡Eso es imposible, nada que hagas...!

—Te veré pronto, Sofía. —Sin darle tiempo a reaccionar, se inclinó sobre ella y le dio un beso rápido en los labios antes de marcharse.

Sofía dio un paso adelante, pero en menos de lo que dura un parpadeo, Aire se había perdido entre el gentío.

—¡Ya! No me cabe la menor duda —masculló, furiosa de repente. Se limpió la boca en un gesto seco. No sabía si le cabreaba más que la hubiera vuelto a coger con la guardia baja o que se hubiera ido dejándola con la miel en los labios—. ¡Gusano!

8

A la mañana siguiente, Sofía se levantó con una sensación molesta de resaca, con lo que estuvo a punto de coger el teléfono y aplazar la cita con Doris. «Procrastinar, Sofía, a eso se le llama procrastinar», la picó la voz rebelde hasta que se puso en pie y caminó hacia el baño sin dejar de protestar.

Mientras se duchaba no paraba de darle vueltas a todo. Procuraba no pensar en lo que podría descubrir acerca de sus padres, pero esquivar ese pensamiento la llevaba inevitablemente a su otra preocupación reciente: Aire.

«¡Me obsesionas!», le había dicho... No creía que eso fuera cierto, pero él sí que comenzaba a obsesionarla a ella. No solo por desarmar su mundo y ponerlo patas arriba en cuestión de semanas, sino por ese cosquilleo excitante que sentía cuando estaba cerca o cuando pensaba en él, como en ese momento.

«¿Y quién dice que sea pecado que un ladrón te ponga como una moto? —se decía—. La cuestión es no dejarse engatusar».

La idea en principio estaba bien, el problema era que su cuerpo iba por derroteros diferentes a los de su cabeza cuando lo tenía enfrente. Todavía sentía frustración cuando recordaba cómo la había dejado por la noche sin darle lo que deseaba. ¡Ella se habría enrollado con él de buena gana, maldita sea! ¿Cómo se consideraría eso de echar un polvo con tu némesis?

—¡Joder, Sofi! —bufó mirándose al espejo—. ¿De verdad estás pensando en eso? Necesitas un ligue urgente...

«No, necesitas un revolcón con él, que te quite el deseo reprimido, bonita».

Odiaba a su voz rebelde.

Gruñó y fue hasta el dormitorio para vestirse, aparcando los pensamientos de cama y centrándose en lo que en verdad debería importar. Aparte de guapo y excitante, ¿qué tenía ese hombre que, a pesar de saberlo peligroso, había conseguido calar en ella de esa manera? Un carisma y una personalidad arrolladores, sin duda, no solo porque hubiera reavivado con unas palabras las dudas acerca de sus padres, sino porque además comenzaba a plantearse si sería o no capaz de aliarse con él en el caso de que descubriera algo que implicara a su tío en los hechos.

Debía de tratarse de una de esas fases de la madurez, ¿no? Una en la que el cuerpo te pedía ser transgresora y malota. Y el cuerpo se lo pedía, más de lo normal y en más sentidos de los que le gustaría. Tal vez por eso le atraía tanto

Aire, porque le gustaban las sensaciones que él arrastraba consigo: el peligro, la aventura, el olor de la adrenalina mezclada en su piel. Solo de pensar en el olor de su piel...

¡Química! Eso es lo que había entre ellos; Sofía lo había sentido antes con otros hombres, sabía que esas cosas pasaban, y el sexo era mejor cuando existía esa atracción. El problema estaba que con Aire todo parecía amplificado: a pesar de tener sentimientos dispares y enfrentados hacia él, había momentos en los que quería estrangularlo lentamente y otros en los que se moría por arrancarle la ropa.

—¡Céntrate, Sofía! —le dijo de nuevo a su reflejo en el espejo, mientras cepillaba con más mimo de la cuenta su corta melena castaña.

Hizo una mueca al percatarse de que había escogido una blusa roja sin siquiera meditarlo.

«¿Sabes que el rojo es mi color favorito? Y a ti te sienta de vicio».

El pensamiento volvió a colarse como el aire a través de la rendija de la puerta. Suspiró y se giró un poco para mirarse el trasero.

—¡Payaso, yo me veo un culo estupendo!

—¡Sofí! —La llamó la niñera en cuanto dobló la esquina.

—¡Hola, Doris! —Sofía se dejó achuchar y besar por la anciana, que tardó casi un minuto en volver a soltarla—. ¿Llevas mucho rato esperando?

—No, no, acababa de llegar. ¡Qué guapa estás, niña! Te veo más rellenita, y te sienta de maravilla. ¡Mira qué curvas, qué culete!

—Qué manía os ha entrado a todos con mi culo... —resopló ella.

—¿Te lo dicen a menudo? No me extraña, cariño, estás como un queso —le dijo antes de darle una palmada en el trasero.

Sofía se echó a reír y abrió la puerta de la cafetería para que la mujer pasara delante. Se sentaron a una mesita al fondo, en la más alejada de los ventanales que encontró. No se trataba solo de que le inquietara que Aire pudiera estar vigilándola, sino que este había conseguido ponerla nerviosa al advertirle sobre su tío.

—Dime, tesoro, ¿tienes novio?

—Pues no, Doris —respondió con una risita—. Demasiado trabajo, ya sabes.

—Ay, el trabajo. No es bueno estar sola, niña.

—Ya, por eso voy a adoptar una perra.

—Un animal es la mejor compañía, sin duda, pero no cubre algunas

necesidades básicas importantes, te lo digo yo, que llevo viuda unos cuantos años y he sido cliente vip en la *sex shop* de la esquina.

—¡Doris! —exclamó Sofía antes de echarse a reír—. Estás de guasa, ¿verdad?

—En absoluto. Poseo una colección de juguetes que...

—Vale, vale, déjalo; hay cosas que no necesito saber —resopló.

—Me hago una idea. Supongo que es como escuchar a tu abuela o a tu madre hablar de su vida sexual.

Ante la mención de su madre, Sofía bajó la mirada a su café y se puso seria. A Doris no se le escapó. Le cogió la mano y le dio un apretón.

—¿Qué pasa, Sofi? —le preguntó con suavidad—. ¿Para qué querías verme, pequeña? Me quedé muy preocupada ayer con eso de los recuerdos. Tú... Tú nunca...

—Yo nunca he querido traerlos de regreso —musitó—. Sí, lo sé. Sin embargo, Doris, últimamente me han surgido algunas dudas...

—¿Dudas con respecto a la muerte de tus padres? —inquirió, directa al grano. Sofía la miró y asintió. Doris lanzó un hondo suspiro—. No te han surgido ahora, cariño, siempre las tuviste. Cuando eras niña me preguntabas a menudo por ellos.

—¿Ah, sí? —se extrañó: no lo recordaba. En realidad, siempre se había sentido de alguna manera culpable por querer olvidar.

—Lo hacías, me preguntabas por qué tu papá le había hecho daño a tu mamá, por qué ella no lo quería. Poco a poco dejaste de hacerlo —añadió la anciana con tristeza—. Conforme tu tío iba dirigiendo tu vida y tu estado mental. Un día paraste de preguntar. Es más, te enfadabas cuando te hablaba. Al final, hasta te costaba trabajo llamarme.

—No es eso, Doris es que...

Es que ¿qué? ¿Qué excusa podía poner? Ella llevaba razón, había dejado de llamarla; no quería hablar con nadie de aquel pasado, no quería que le recordaran que era hija de algo tan sucio.

—Pero supongo que por mucho que tu tío se esforzó en ocultarlas, las preguntas siguieron ahí, ¿no? —continuó—. Siempre tuve la esperanza de que un día me llamaras y volvieras a preguntar. Cuando ayer lo hiciste, me alegré y me asusté a partes iguales.

—¿Por qué te asustaste? —preguntó extrañada.

—Porque después de tanto tiempo yo también llegué a pensar que era mejor olvidar los fantasmas del pasado, que los muertos están mejor muertos y

enterrados. —Doris le apretó la mano de nuevo, esta vez con urgencia—. Tesoro, no quiero que te metas en asuntos feos; temo que te pase algo si investigas y averiguas más de la cuenta.

Sofía la miró con el ceño fruncido. ¿También ella? Aquello ya era realmente mosqueante. Sabía que Ricardo no era trigo limpio, eso era algo que conocía todo el mundo, pero ¿realmente podía ser el criminal que Aire aseguraba?

—Crees que mi tío tuvo algo que ver con sus muertes —afirmó, mirando a la anciana a los ojos. Ella bajó la mirada y suspiró con pesar—. Tú sabes algo, ¿verdad?

—No, ¿qué voy a saber yo? —respondió mientras sacudía la cabeza—. Solo trabajaba en tu casa algunas horas. No tengo ni idea de en qué andaba metido tu padre...

—¿Mi padre? —se sorprendió.

—Esa es la duda que siempre me quedó, Sofía. Todo el mundo sospecha que tu tío está metido en asuntos turbios, pero es como siempre suele ocurrir: a los poderosos nadie los roza —gruñó—. Mi amor, tu padre era un hombre encantador, pero eran socios al fin y al cabo.

—Pero mi padre se arruinó... Dijeron que eso fue lo que lo llevó a perder la razón.

—Bueno, eso dijeron —bufó la mujer—, pero en ningún momento dio muestras de estarlo; sin ir más lejos, el día antes de su muerte lo vi firmar un cheque en blanco.

—Si padecía esquizofrenia, tal vez...

—¡Sofía! —la cortó Doris con rotundidad—. Has venido aquí a que te cuente lo que sé con respecto a la muerte de tus padres, ¿no? Sin tapujos ni rodeos. Yo no soy detective, pero viví aquello y está grabado a fuego en mi mente. ¡Conocía a tus padres, maldita sea! Los quería como si fueran de mi familia, y no me creí ni una sola palabra de lo que se dijo. Tu madre y tu padre se querían con locura, parecían dos adolescentes. No me creo que ella le pusiera los cuernos con nadie, ¡si solo tenía ojos para él, por Dios! Y Alejandro lo sabía, lo sabía y la adoraba. Todo lo que dijeron en las noticias, los rumores que corrieron... Estoy segura de que fue invención de tu tío para esconder algo. Te lo intenté decir muchas veces, pero tú no quisiste escucharme.

—Yo solo tenía cinco años. Hablé con mucha gente, dijeron tantas cosas malas...

—¡Niña, ellos se querían, y tu padre no afrontaba problemas económicos ni en

el trabajo ni nada de nada! ¡En mi opinión, Alejandro descubrió algo y por eso se lo quitaron de en medio! —gritó, y dio un golpe en la mesa—. No sé cómo logró Ricardo hacer desaparecer su fortuna y respaldar esa basura de historia. Tú eras su vida. ¿Crees que tu padre te habría dejado en la ruina?

—Pues lo hizo, Doris —musitó ella; los ojos comenzaban a escocerle—. Me dejaron sola y sin nada...

—¡Ellos no pudieron hacer tal cosa! —protestó, mientras se volvía hacia su bolso, donde comenzó a rebuscar. Cuando se giró de nuevo, puso una cajita de joyería sobre la mesa con un golpe seco—. Tu padre me encargó esto en secreto un día antes de que, en teoría, matara a tu madre.

Sofía esbozó una mueca al escuchar las palabras tabú pronunciadas sin adornos, duras y frías, tal y como eran. Tragó saliva y miró la cajita. Doris la abrió y se la puso delante de los ojos. Era un anillo. Un precioso anillo de oro blanco con una rosa de brillantes rosas.

—¿Qué es esto? —susurró con la voz ronca.

—Alejandro me dijo que quería darle una sorpresa a Lucía —explicó la anciana sin apartar la mirada de la joya—. Me dijo que le iba a pedir matrimonio.

—¿Qué? Pero ellos ya estaban casados —murmuró Sofía. La anciana sonrió con ternura.

—Sí, lo estaban. Se casaron por todo lo alto en una boda acorde con el estatus de tu padre; pero Lucía y él siempre habían deseado casarse en el campo, en una ermita, y pasar su noche de bodas en una cabaña. Era su sueño desde que se habían hecho novios.

—¿Cómo lo sabes?

—Ese día, Alejandro me abordó cuando te preparaba el desayuno en la cocina. Plantificó su chequera sobre la encimera y rellenó todos los datos excepto la cifra. Me dijo que necesitaba un favor y que yo era la persona indicada; ellos confiaban lo bastante en mí como para poner un cheque en blanco en mis manos —relató con orgullo—. Me pidió que fuera a una joyería y eligiera un anillo para Lucía, el más bonito que viera, sin importar el precio. Me dijo que él tenía un gusto pésimo para las joyas —se rio con nostalgia—. Le pregunté qué celebraban y él me reveló que le iba a dar una sorpresa a su mujer, que celebrarían la boda que siempre habían soñado.

Doris guardó silencio y la miró con compasión. Sofía tragó saliva y trató de contener las lágrimas, aunque no lo consiguió. Estas se escurrieron, silenciosas, por sus mejillas y salpicaron su mano. La anciana le habló de nuevo:

—Ese no es el comportamiento de un hombre arruinado que sabe que su mujer lo engaña.

—Ni el de un perturbado al borde del suicidio —sollozó Sofía.

—Encargué el anillo esa misma tarde con la inscripción que él me dijo — continuó la mujer—, pero ninguno de los dos llegó a verlo jamás.

Sofía cogió el anillo y leyó la inscripción:

«Los Goonies nunca dicen “muerto”».

Se echó a reír con los ojos nublados por las lágrimas. Recordaba eso. Su madre le había contado que se habían conocido gracias a una camiseta que ella llevaba de *Los Goonies*. Estaba en una cafetería con unas amigas y él se le había acercado con su traje carísimo y su pelo engominado y le había dicho esas palabras. Ella se hizo la dura, pero ese día le confesó que se la había camelado con la primera frase.

—¿Lo has guardado todo este tiempo? —musitó.

—Al igual que el secreto —reconoció la mujer—. Quería decírtelo, pero tu tío se encargó de apartarme de tu lado. Después me di cuenta de que habías absorbido la verdad que él había creado y no me atreví a decirte nada. Además, pasaron algunas cosas después y tuve miedo, Sofía. Siempre supe que Ricardo había sido el culpable, y si le había hecho eso a su hermano, ¿qué no sería capaz de hacernos a nosotras?

—¿Qué más pasó? —preguntó con la frente arrugada.

—Ese chico que trabajaba para tu padre, Matías Castillo...

—... el supuesto amante de mi madre —la cortó Sofía con voz helada.

—¡El que más le convenía a Ricardo! —exclamó Doris con rabia—. Matías asistió al entierro de tus padres, y me llamó la atención lo nervioso que parecía. Yo me sentía muy desesperada allí. Nadie quería escucharme, todos me ignoraban e impedían que me acercara a ti. Mi difunto esposo me dijo que no me metiera, que no podía hacer nada. El pobre estaba tan asustado... Fue el único que me creyó, ¿sabes? Pero yo no podía dejarlo estar. Cuando salimos del cementerio, me acerqué a Matías y le dije sin tapujos que no me creía nada, y le pregunté si él sabía algo.

—¿Qué te dijo? —susurró Sofía. Doris se rio, sardónica.

—Que era estúpida, que deliraba y otras lindezas. Sin embargo, no paraba de mirar a todas partes: temía que alguien nos viera hablar. Estaba aterrado. Tengo la certeza de que sabía algo y que temía ser el siguiente, y no se equivocó.

—Dijeron que Matías Castillo se había fugado cuando se descubrió su aventura con mi madre —susurró Sofía con el corazón en un puño.

—¿Fugado? —bufó la anciana—. No era eso lo que su madre decía. La pobre mujer denunció su desaparición. Lo buscó y movió cielo y tierra para encontrarlo. Hablé con ella en una ocasión: tampoco ella se creyó la historia oficial. Su hijo jamás apareció.

—Dios santo...

—¿Lo entiendes? ¿Qué podía hacer yo contra un tiburón del tamaño de Ricardo Márquez? Esa mujer, la madre de Matías, murió en un accidente extraño algún tiempo después. Estoy segura de que se acercó a la verdad y la silenciaron. Yo estaba tan asustada... —sollozó—. Al final, me rendí. Tú dejaste de preguntar, así que...

Sofía guardó silencio un instante, mientras le daba vueltas al anillo de su madre. Ella era demasiado pequeña por aquel entonces, era imposible que recordara, máxime cuando sus recuerdos habían sido manipulados. Sin embargo, después de escuchar a Doris, sí que podía afirmar con seguridad que recordaba ese amor que sus padres se profesaban. ¡Ellos habían sido felices!

—¿Y por qué me lo cuentas ahora? —inquirió al cabo de un rato.

—Tú me llamaste ayer, después de tanto tiempo... —explicó mientras esbozaba una sonrisa triste—. Y justamente ayer por la mañana tu amigo había venido a verme y me dijo que lo harías, que pronto me llamarías y que no tuviera miedo, que te lo contara todo porque él se encargaría de protegernos a las dos.

—¿Amigo? —exclamó Sofía con sospecha—. ¿Qué amigo?

—Ese morenazo tan guapo de ojos azules —aclaró Doris, pícara—. ¿Estás segura de que prefieres un perro teniendo un ejemplar como ese a tu servicio?

La miró con sorpresa. ¿Aire había visitado a Doris? ¿Le había dicho que él la protegería? ¿Se sentía ofendida por el acoso o halagada por su preocupación? ¿Por qué siempre parecía ir diez pasos por delante de ella? ¿En verdad la conocía tanto?

—Ese *ejemplar* no está a mi servicio —respondió sin poder contener una sonrisa—. Y tú no deberías confiar en el primero que llama a tu puerta, Doris.

—Y no lo hago, créeme, pero ese joven supo convencerme —afirmó—. Soy muy mayor y he visto muchas cosas, niña, sé leer en las personas. Supe leer en tus padres, como puedo leer en ti. Lo que leí en ese Julen me gustó bastante.

—¿Julen? —preguntó con las cejas arqueadas. Esa era una novedad. ¿Aire se llamaba Julen? «Probablemente no», resopló—. Ese hombre es un experto

embaucando a las personas. Él me necesita y me está utilizando, nada más.

—No me pareció muy necesitado, la verdad; derrochaba seguridad por todas partes.

Y eso era indiscutible, sin duda. Pero tampoco podía discutir que la quería de su parte para perpetrar su venganza y que estaba guiando sus pasos para conseguir sus fines. Bien, tenía que reconocer que en esos momentos le apetecía bastante dejarlo hacer, dejarse llevar y ver a dónde los conducían sus planes. La historia de Doris le había dado un giro brutal a todo. Lo que en un principio habían sido dudas culebreando se habían convertido en culebras gigantes con ansia asesina.

—Me necesita para destruir a Ricardo Márquez —dijo con los dientes apretados. La anciana alzó la mirada y la contempló con una pregunta muda—. Y en estos momentos me siento muy tentada de aceptar su oferta.

—Si puedo ayudarte en algo, cuenta conmigo, Sofi —se ofreció la mujer—. Haré lo que sea por sacar la verdad a la luz. El silencio no me ha dado la paz que yo buscaba.

—Sí... —susurró ella, pensativa—. Creo que yo también sería capaz de cualquier cosa.

«¿Aunque eso signifique que un hombre potencialmente peligroso y seductor te utilice a sus anchas, Sofía?», se preguntó. Se lamió los labios sin dejar de observar el anillo.

—¿Puedo quedarme el anillo? —le preguntó. La anciana asintió con una sonrisa.

—Es tuyo, tesoro. Ahora, dime, ¿qué vas a hacer?

«Eso, Sofía, ¿qué vas a hacer?».

Había estado tan sumida en sus pensamientos durante todo el trayecto de regreso que se sorprendió cuando se dio cuenta de que estaba frente al portal de su casa. Sofía abrió la puerta y subió hasta su piso, con la sensación de que algo dentro de ella pesaba mucho más que cuando había salido por la mañana.

Después de su charla con Doris había tenido la necesidad de visitar la tumba de sus padres. No solía ir al cementerio, pero de repente se sentía tan culpable por toda una vida de ceguera...

—Esto es demasiado fuerte para poder asumirlo de repente —musitó mientras abría la puerta de su piso.

Aún tenía dudas sobre todo aquello, ¿cómo no iba a tenerlas? Habían sido

demasiados años... Suspiró y dejó su abrigo sobre una silla en el salón. Ya se disponía a dirigirse a la cocina para coger una cerveza cuando vio el sobre encima de la mesa. El corazón se le aceleró cuando se acercó y comprobó que su nombre estaba escrito con una letra que ella ya conocía.

En verdad su percepción de las cosas había cambiado en los últimos días; curiosamente, en lugar de alarmarse por el hecho de que alguien hubiera entrado en su casa durante su ausencia, lo que realmente le asustó fue lo que podría encontrar dentro de ese sobre. Lo cogió y vio que sus manos temblaban mientras lo abría. Había un CD dentro, junto a una carta doblada. Después de su conversación con Doris, Sofía estaba completamente segura de que lo que le contara Aire en esas frases que le había escrito no le iba a gustar en absoluto; así que volvió a dejar el contenido del sobre encima de la mesa para ir definitivamente a la cocina a por esa cerveza que sabía que iba a necesitar para tragar lo que estaba por venir. Una vez con su bebida en la mano, se sentó en el sofá y leyó:

«Querida Sofía:

Lamento ser yo el que te abra los ojos de una manera tan radical. Créeme si te digo que hubiera sido un placer conocerte en otras circunstancias: mientras más te observo, más seguro estoy de este hecho. Por desgracia, no está en mi mano cambiar las circunstancias; tampoco deseo olvidar los motivos por los que me acerqué a ti, francamente.

Lo que sí siento, vuelvo a repetirlo, es tener que ser yo el que traiga la oscuridad a tu vida, pero creo que ya has vivido demasiado tiempo con la venda puesta. Una venda tejida y colocada en tus bonitos ojos por el desgraciado de tu tío. No es justo para ti, a pesar de que la verdad sea tan dura. En cualquier caso, como ya te he dicho en más de una ocasión, te conozco bien, tal vez no tan profundamente como me gustaría, pero sí lo suficiente como para saber que serás capaz de asumir lo que vas a escuchar en ese CD y que vas a actuar en consecuencia.

Hay una tarjeta en el sobre con un número de teléfono; puedes encontrarme ahí, pero olvídate de denunciarme o cualquier otra idea noble de las tuyas. No soy estúpido, cariño, sé cubrir bien mis espaldas.

Por favor, recuerda lo que te pedí anoche: no vayas a ver a tu tío sola, podría ser muy peligroso para ti. Permíteme explicarte lo que me traigo entre manos, déjame que sea yo quien me ocupe de esto.

Espero que puedas perdonarme por el dolor que voy a infligirte con esa grabación y espero aún más que me dejes acercarme a ti para ayudarte a paliarlo.

Con sincero afecto.

Aire».

Sofía inspiró sonoramente y dio un largo trago a su cerveza.

—Bien, no eres una damisela indefensa, eres una mujer fuerte —se dijo, mientras cogía el CD y se dirigía a su equipo de reproducción—. Ya está bien de esconderte.

Le sorprendió darse cuenta de que la grabación no parecía completa; era como si Aire hubiera cogido solo un trozo para enviárselo. En cualquier caso, las primeras palabras bastaron para que le prestara toda su atención.

—*¿Qué puedes contarme acerca de Alejandro Márquez y su mujer?* —preguntaba un hombre cuya voz no reconocía.

—*Alejandro fue la gran chapuza de Ricardo* —respondía otro tipo con un bufido—. *Siempre fue un grano en el culo para mi jefe, ¿sabe? Tan perfecto, tan noble tan completamente diferente a todo lo que él era... Lo envidiaba y lo odiaba de una manera que ese estúpido de Alejandro jamás llegó a sospechar. En el fondo siempre pensó que no era justo que él hubiera heredado la mitad de los bienes de su padre; decía que no era ambicioso, que no sabía invertir como debía.*

—*Es decir, que no explotaba a nadie, ni robaba, ni estaba metido en asuntos turbios, ¿no?*

El interrogado se rio y le sobrevino una tos que interrumpió la conversación durante un rato.

—*Sí, algo así.*

—*Bien, no necesito que en este momento me cuentes el porqué, eso lo grabaremos más tarde. Ahora, límitate a decirme si los mataste tú o no.*

—*¡Ya te he dicho que sí, joder!*

—*Pero quiero grabarlo, ¿recuerdas?*

El otro lanzó un gruñido, pero empezó a hablar. Sofía tuvo que sentarse en el sillón, pues el temblor de rodillas amenazaba con tirarla al suelo.

—*Sí, yo los maté; acababa con todos aquellos que estorbaban a Ricardo Márquez, y su hermano ya le estaba tocando los cojones más de la cuenta. Se atrevió a ir a su despacho a pedirle explicaciones sobre sus chanchullos con las obras de arte, especialmente sobre un cuadro que...*

—*Límitate a las muertes* —lo interrumpió el otro—. *Queremos que esta grabación la escuche la hija de Alejandro, pero ella no necesita saber todos los detalles de momento, ¿de acuerdo?*

—*¿Esto lo va a escuchar su hija?* —Volvió a reír—. *¡Hola, muñequita! Quiero decirte que aquella noche naciste de nuevo, nena; tenía órdenes de volarte los sesos también a ti.*

—*¡Lima, límitate a los hechos!* —le gritó el otro con desprecio.

Sofía se reclinó en el sofá al sobrevenirle una arcada. No podía creerlo. Debía

de tratarse de un montaje, un truco de Aire. ¿Quién le decía a ella que realmente estuviera escuchando la grabación de la confesión del asesino de sus padres?

«Sabes que es cierto, Sofía. ¡Deja de esconderte!».

—*¡Está bien, joder, ya voy! Era por ponerle más dramatismo a la historia. Aunque es verdad, Ricardo me ordenó que me colara en la casa de su hermano esa noche, que le diera una paliza a la mujer y a la hija y después les volara la cabeza. Debía parecer obra de un perturbado, una disputa doméstica. Ya teníamos preparada toda una historia sobre que ella era una puta de cuidado. ¿Te cuento una cosa? En verdad Ricardo siempre había querido follársela, ¿sabes? A su cuñada; le gustaba, pero ella lo mandó a tomar por culo en más de una ocasión. La zorra estaba de verdad enamorada del marido. Eso le costó la vida, supongo; a Ricardo no le gusta que le nieguen nada.*

»*Él quiso que Alejandro presenciara cómo apaleaba a su mujer y después le volaba los sesos. Fue difícil reducirlo sin dejarle marcas, pero soy un profesional. Cuando ella estuvo medio lista, terminé la faena como me habían ordenado: le pegué un tiro en la cabeza mientras Alejandro miraba, inmovilizado. Después empecé con él. Le produje alguna herida superficial, no mucho, lo bastante para que pareciera que ella se había defendido antes de morir. Luego lo arrastré a su despacho, lo senté en su silla y le volé la tapa de los sesos. ¡Bum! Lo monté todo para que pareciera un suicidio y ¡listo! Tuve que quedarme un rato en la casa para preparar bien el escenario. La niña no estaba, así que hubo un pequeño cambio de planes.*

—*¿Qué cambio?*

—*Ricardo decidió adoptar a la mocosa. Dijo que sería otro de sus talismanes, una manera de restregarle al destino que él siempre había estado por encima de su hermano. Criaría a su hija y la haría despreciar a su padre. Siempre creyó en esas mierdas del destino y la suerte, puto loco. ¡Igual que con el dichoso cuadro! Por eso sé que aún lo conserva. Está manchado con la sangre de su propio hermano; para él es como un amuleto, un tesoro sin el cual cree que le sobrevendrá la mala suerte. Hijo de puta...*

—*Basta, luego hablaremos del Picasso.*

—*No hay mucho más que contar sobre Alejandro. Después de él Ricardo me pidió que me deshiciera del otro, del tal Matías Castillo y de su madre, así que...*

Llegada a ese punto, la grabación se cortó y cayó el silencio en el salón, solo roto por los sollozos de Sofía. Estaba helada, se sentía enferma y mareada, y tuvo que salir corriendo hacia el baño para vomitar. Las frías palabras del tal Lima vibraban en sus oídos, en su corazón. Zumbaban como insectos venenosos en su cabeza una y otra vez, y le provocaban más y más arcadas. Cuando al fin fue capaz de despegarse del retrete, regresó al salón con los ojos anegados en lágrimas y cogió la tarjeta que Aire le había dejado. Le dio mil vueltas en la mano, mientras saboreaba la bilis de sus labios, reflejo de la que sentía en el alma.

—No creo que pueda complacerte, Aire —susurró con rabia—. Necesito

hablar con mi tío.

Ricardo repasaba por enésima vez la información que Pablo le había ido entregando en los últimos días acerca de la aseguradora de David Vierna. Elisabetta Da Bariano no le había querido revelar los nombres de sus clientes, pero eso no había supuesto ningún problema para su astuto secretario. Mientras más los estudiaba, más seguro estaba Ricardo de que ese Vierna no era trigo limpio. Todos y cada uno de sus clientes habían sufrido robos o amenazas justo antes de contratar sus servicios; a algunos, como era el caso de Marinetti, incluso les habían robado después de hacerlo. Como si el tal David hubiera querido demostrarles lo útil y providencial que había sido su contrato.

Y ahora le tocaba a él, ¿no? Le ponían como cebo un cuadro de los que más ansiaba tener para robarle una millonada, y justo después recibía una carta-amenaza del ladrón más peligroso del momento. ¡Qué casualidad tan grande que poco tiempo después le llegara una suculenta oferta de seguros Vierna! Y, para reforzarla, le habían robado en su propia galería, delante de sus narices y en plena inauguración, cuando más seguridad había; solo para regodearse, para restregarle por la cara que era vulnerable y necesitaba ese seguro mágico.

—¡Qué cabrón! —resopló con una risita—. Es un negocio redondo, ¿por qué no se me habrá ocurrido a mí antes?

Por supuesto, se veía en la necesidad de contratarlos; además, como le había dicho Pablo, puede que los medios no fueran legales, pero asegurar sus bienes con Vierna le supondría muchas ventajas. Por otro lado, Elisabetta había acertado: guardaba numerosas obras robadas en su cámara acorazada, obras que estaban aseguradas de una manera vaga y no demasiado ventajosa para él. Sin embargo, le hervía la sangre cuando no tenía la sartén por el mango. Ahí había una estafa a todas luces, vestida con un traje llamativo de negocio redondo y legal, y él estaba acostumbrado a estar al otro lado del juego en ese tipo de situaciones. Si pudiera darle la vuelta a la tortilla...

Ricardo botó en su sillón cuando la puerta del despacho se abrió de golpe y chocó contra la pared.

—¡Joder! —exclamó al tiempo que se llevaba una mano al pecho—. Pablo, ¿qué coño...?

—¡Lo tengo! —gritó el secretario, exultante.

Ricardo alzó las cejas y lo contempló sorprendido mientras el hombre se acercaba a su mesa con una carpeta de papel. Llevaba el cabello algo despeinado

y la corbata desanudada.

—Tienes un aspecto horrible, ¿con quién te has peleado? —le preguntó.

—Con David Vierna —respondió Pablo con una sonrisa triunfal—. Me he pasado dos días enteros buscando imágenes. Ya te dije que me sonaba su careto, ¿te lo dije!

—Sí que me lo dijiste... —murmuró—. ¿Qué has descubierto?

El secretario le lanzó la carpeta a la mesa. Ricardo frunció el ceño.

—Sospechábamos que era un hijo de puta, pero no sabíamos lo hijo de puta que era en realidad, jefe —dijo mientras señalaba la carpeta—. Desde que vi su foto en internet, había algo que me rondaba la cabeza día y noche.

—¿Y qué es ese algo?

—Echa un vistazo a eso. —Ricardo abrió la carpeta y sacó un puñado de fotos en blanco y negro pertenecientes a cámaras de seguridad. También había alguna en color que ya había visto cuando investigaban a Vierna—. Sabes que estaba detrás del que te la jugó en Berlín. He mirado esas jodidas fotos un millón de veces, buscando algo que me diera pistas para cazar a ese desgraciado. Las he estudiado tanto que las he acabado grabando a fuego en mi cerebro.

Ricardo las ojeó y comprobó que, en efecto, eran las fotos de la grabación que había pedido al hotel de Berlín en el que lo estafaron. No habían encontrado gran cosa: ese maldito era muy listo y apenas se había dejado captar por las cámaras, solo a la entrada y en la cafetería, cuando se reunió con él. Ricardo observó las fotos en las que se veía a ese hombre estrechando su mano con una sonrisa, con un bulto bajo el brazo. ¡Qué cabronazo! Había tenido el descaro de llevar el cuadro hasta allí como si se tratara de una estampita.

No había muchas más imágenes: la sala en la que se habían reunido no contaba con cámaras de seguridad para preservar la intimidad del cliente, así que... Una de las fotografías llamó su atención y la apartó del resto. Era la única en la que aparecía ese tipo con otro hombre, su colaborador, probablemente. Había sido captada en el garaje del hotel, junto a un coche. Su cómplice metía el cuadro en el maletero, pero se le distinguía la cara perfectamente. Había visto antes esa fotografía, desde luego, pero entonces no disponía de la información que ahora tenía.

—¿Será posible? —exclamó mientras daba un golpe en la mesa.

—Ya te dije que me sonaba —repitió Pablo con una sonrisa.

—¡Es David Vierna! —bufó Ricardo—. ¡Sabía que ese tipejo estaba relacionado con Aire! Tenemos la prueba de que ese día iban juntos, Pablo.

—Así es, jefe, lo que demuestra que tú tenías razón: ese tipo lleva construyendo su telaraña en torno a ti desde hace tiempo. Se puso de acuerdo con Aire para estafarte y dejarte la carta con la amenaza, seguro que también para robar en Artquez.

—¡Claro que sí! —escupió con una carcajada, antes de mostrarle una foto en la que se apreciaba con bastante claridad el rostro de Aire—. Este bastardo estuvo en Artquez esa noche.

—¿Cómo dices?

—Hasta este momento no me había dado cuenta, pero ahora que lo miro... ¡Es él, joder, estoy seguro!

—¿Quién?

—Me dijo que se llamaba Andrés Rivero y que era hijo del coleccionista Marcial Rivero, de México, pero ahora que veo estas fotos de nuevo... ¡No me puedo creer que no lo reconociera!

—¿Marcial Rivero? —se extrañó Pablo—. Ese tío es un misterio, nadie sabe mucho de él. No harías ningún trato con él, ¿no?

—¡No, no, qué va! —masculló Ricardo—. Intenté tantearlo para ver qué podía sacarle, pero resultó que era él el que me tanteaba a mí. Iba disfrazado, eso sí. ¿Crees que puedes ampliar esta imagen y ponerle gafas y el pelo más largo para asegurarnos?

—Claro, sin problema. ¿Por qué se arriesgaría a dejarse ver en Artquez? —se preguntó el secretario—. Debía de saber que podías reconocerlo fácilmente. ¿Qué te dijo?

Ricardo se mordió los labios mientras hacía memoria. No podía comprender cómo lo había olvidado con el susto que le había dado. Desde luego, la mente era curiosa, con todo lo que había pasado después, la pérdida del Fabergé, el Gauguin... En ese momento sintió un escalofrío al recordar el cambio obrado en la voz del supuesto Rivero.

—Se interesó por mi Picasso... —murmuró, al sentir una revelación.

—¿Cuál de ellos?

—Quería saber si tenía alguno escondido... —Las cosas comenzaban a cobrar sentido.

—¡Joder, Ricardo! ¿Y no te ha dado por contármelo hasta ahora? —se indignó el hombre—. ¿No te extrañó que te preguntara por algo así?

—Pues sinceramente, no, qué quieres que te diga. Los hombres como ese Rivero y yo mismo no nos escandalizamos cuando hablamos de arte robado o

subastas ilegales.

—¡Claro! —escupió Pablo— Y bien, ¿posees algún Picasso escondido?

Ricardo se quedó callado, al tiempo que recordaba el episodio con Andrés Rivero, cómo su voz se había vuelto amenazante y grave justo antes de que el caos se desatara en la galería. «¿Incluso robar y matar, señor Márquez?», le había preguntado.

—¿Ricardo? —insistió Pablo con impaciencia.

Él sacudió la cabeza como si acabara de despertar de un sueño. ¿Matar? ¿Había matado alguna vez a alguien por un Picasso? Miró a su secretario y valoró si contarle sus sospechas. ¡No, desde luego que no! No debía darle tanto poder a nadie. No volvería a cometer el mismo error que cometió con Lima en el pasado.

—Sí, alguno —murmuró de manera esquiva—. Y justamente ahora tengo más interés que nunca en asegurarlos, junto a todas mis demás piezas «escondidas», claro. Creo que estamos en condiciones de exigir algunas ventajas en los términos de nuestra póliza de seguros con Vierna —dijo con una sonrisa taimada.

Pablo soltó una carcajada y sacudió la cabeza.

—¿Quieres que los llame ahora mismo?

—No. Bueno, sí, llama a Elisabetta. Dile que quiero hablar con ella, cítala para mañana por la mañana aquí, en mi despacho. Le daremos algunas largas para ganar tiempo.

—¿Tiempo para qué?

—Quiero que busques las imágenes de ese Andrés Rivero en las grabaciones de Artquez.

—No será fácil, jefe —respondió Pablo con una mueca de fastidio—. Las cámaras se jodieron, ¿recuerdas? No grabaron mucho.

—Inténtalo de todos modos, ha de haber algo. Necesito estar seguro de que se trata del mismo tío que me jodió en Berlín.

Eso y que quería investigar más a fondo esa cara. ¿Quién coño era ese Aire, por qué quería venganza? Si lo que sospechaba era cierto... ¡Tenía que serlo! ¿Quién más podía ser? Picasso... Su Picasso, su talismán, su amuleto de la suerte, el cuadro que estaba salpicado con la sangre de su propio hermano.

¡Maldita sea! Por eso no era buena idea perdonarles la vida a los niños, porque luego crecían y buscaban venganza. ¡Mierda! Había arrastrado a ese Aire tras su culo durante décadas. ¿Cómo no lo había visto? ¡La clave estaba en Picasso!

9

—Ha sido un auténtico placer volver a verlo, señor Márquez.

—El placer ha sido mío, Elisabetta. Y, por favor, recuerda que hemos quedado en tutearnos —le dijo Ricardo a la mujer con tono sedoso, mientras le besaba la mano.

—¡Cierto! Es lo que hacen los amigos —rio ella ronca y sensualmente.

—Bien, te llamaré de nuevo en cuanto haya elaborado un listado de todas las piezas que me interesa asegurar. Deduzco que querréis llamar a un tasador para que las valore, ¿no?

—¡Oh! El señor Vierna se ocupará de tasarlas él mismo.

—¿Ah, sí? —se sorprendió el hombre.

—Sí, ¿no te lo dije? David es el mejor tasador y un gran entendido en arte, además de artista —susurró ella con complicidad.

—¡Caray, también artista!

—¡Y de los buenos! Aunque su modestia le impide mostrar sus obras.

—En fin, confío en ganarme su confianza para lograr tal prodigio.

—Estoy convencida de que cuando vea todo lo que atesoras en esta maravillosa casa, lo hará. Bien, tengo que marcharme ya, Ricardo. Espero tu llamada con impaciencia.

Elisabetta se acercó hasta pegar su cuerpo al de él y le dio dos besos lentos y algo húmedos en las mejillas. Ricardo tardó un rato en reponerse. ¡Joder, fuera lo que fuera, esa mujer era un volcán!

—¿Y bien? —dijo Pablo cuando la silueta de la mujer cruzaba la puerta de salida de la mansión—. ¿Crees que sospecha que lo sabemos?

—¡En absoluto! —Soltó una carcajada—. Ahora va con los ojos brillantes de codicia a decirle a su querido David Vierna que quiero confiarle toda mi cámara de los tesoros. No sabe que acaban de dar el primer paso para quedar atrapados en mi red.

—Te juro que como tenga que restregarme otra vez con ese cerdo no voy a poder contener las náuseas —masculló Esther a su micrófono oculto, mientras caminaba contoneando las caderas hacia la puerta del jardín. No veía el momento de largarse de ese puñetero lugar—. Bueno, chico, pues yo ya me voy —le dijo al tipo de la garita mientras le entregaba su tarjeta de visitante. Solo un loco

paranoico como Ricardo Márquez podía exigir ese tipo de tarjetas en su propia casa.

—Bien —murmuró escuetamente el guardia, a la vez que la recorría con una mirada lasciva.

Esther torció el labio con disgusto, y se obligó a preservar la sonrisa mientras salía. ¡Qué asco! El día que encontrara un hombre que viera más allá de sus tetas y su cuerpo, el cielo se rompería en pedazos.

—¡Ey, yo la conozco! —exclamó alguien a su espalda cuando ya estaba en la calle, lo que hizo que diera un respingo—. ¡Es usted!

Esther se giró con su mejor sonrisa de estafadora seductora, pero cuando se fijó en los ojos de la joven, supo que en verdad la había reconocido y que no había muchas vías de escape.

—¿Disculpe? —lo intentó, no obstante, con su acento italiano—. ¿Nos conocemos?

—No, no la disculpo —escupió Sofía, que adelantó un paso intimidatorio hacia ella—. Y sí, desde luego que nos conocemos. Claro que usted me conoce a mí un poco más, ¿no?

—No comprendo...

—¡Me obligó a desnudarme delante de usted! —le increpó mientras levantaba un dedo—. ¡Y haga el favor de dejar esa mierda de acento, no me creo que sea italiana!

—¿Pero qué está diciendo? Soy Elisabetta Da Bariano, trabajo para seguros Vierna y...

—¿Seguros Vierna? —bufó Sofía—. ¡Sé quién eres, te reconozco del aeropuerto! Y sé que trabajas para...

—¡No, Sam, espera! —gritó Esther alzando la mano, aunque ya era demasiado tarde. El grandullón se había acercado por detrás a la chica y le había tapado la boca y la nariz con un pañuelo empapado en cloroformo. Sofía abrió los ojos como platos antes de que sus párpados se entornaran y su cuerpo cayera mustio entre los brazos de Sam—. ¡Ay, Dios mío! Aire te va a matar por esto.

—¿Y qué querías que hiciera, Esther? Nos iba a delatar —se defendió él con los dientes apretados, mientras cargaba a Sofía en brazos—. Este es mi papel, ¿sabes? Protegeros.

—¡Lo tenía todo bajo control! —escupió ella, a la vez que miraba en todas direcciones para cerciorarse de que nadie los había visto. Por fortuna ya había salido del límite de cobertura de las cámaras de seguridad de Márquez—. ¿Es

que no puedes pararte a pensar las cosas un momento antes de actuar?

Sam la miró con aire dolido y torció la boca antes de hablar.

—Es lo que hago, princesa: pienso y actúo con rapidez. Aire me alistó por ese motivo. Tú enredas, yo corto de raíz, así de sencillo.

Esther lo contempló con las cejas arqueadas. Era la primera vez que alguien se dirigía a ella en ese tono, como si le estuviera echando la bronca. ¿Ese garrulo le echaba la bronca a ella? Su rostro se ensombreció y sus mejillas se encendieron.

—¿Cómo te atreves a hablarme así, animal? —siseó—. Nos hemos metido en un lío de narices por esa manera tuya de «actuar», so salvaje. No debías hacer nada, maldita sea, solo observar y mantener esa boca cerrada por si las cosas se torcían y...

—¡Cállate de una vez y entra en el coche, Esther! —le ordenó con rotundidad, lo que la dejó una vez más sin palabras—. Aire me pidió que te cuidara, vi una amenaza y actué. Punto, no quiero ni una palabra más. Es mi responsabilidad, no la tuya, yo la asumiré; pero como vuelvas a insultarme, te vas andando, ¿me has oído?

Esther se quedó congelada delante del coche con los ojos como platos, mientras Sam metía a Sofía en el asiento trasero y la tapaba con una manta de... ¿ositos? En fin... Solo reaccionó cuando escuchó la puerta del conductor cerrarse de un portazo. Parpadeó y miró al grandullón, que la observaba con expresión osca. Soltó una maldición y entró en el coche sin decir una palabra más.

«Las autoridades han encontrado pruebas de que el recinto había sido utilizado como criadero ilegal de perros, además de como plantación de marihuana, pero no han aparecido restos de ningún animal muerto, por lo que aún se desconoce si había algún can en el momento del incendio y...».

—Los había, ya lo creo —murmuró Julen con una sonrisa.

Luka contempló a su sobrino con una ceja elegantemente alzada. Él fingió que no se daba cuenta de la pregunta implícita en su mirada hasta que el hombre se cruzó de brazos y chascó la lengua.

—¿Qué? —resopló al fin.

—No me creo que tú hayas sido el responsable de esa chapuza —dijo y señaló la televisión, que seguía emitiendo la noticia del incendio.

—¿Chapuza? —se indignó—. Fue un trabajo redondo y sin complicaciones. ¿Cuánto tiempo hace que no llevas a cabo tú algo sin enredar las cosas?

Luka soltó una risotada y sacudió la cabeza.

—Pobre niño inocente, estafa a unos cuantos ricachones y se cree mejor que el maestro.

—Soy mejor que el maestro, maestro —se rio.

—Sigue soñando —resopló Luka—. Y ¿desde cuándo robas perros? ¿O era por la droga?

—Nah, la droga ni siquiera estaba allí, la puse yo —respondió—. Lo de los perros es una larga historia, cosas de Rique. Por cierto, ¿quieres un perro?

Luka elevó las dos cejas esta vez y sonrió lentamente.

—Tal vez cuando acabe el juego con Márquez me vendría bien un poco de compañía.

—Fidelidad garantizada —le dijo brindando con su botellín de cerveza—. Tal vez me lleve uno a casa yo también.

—Creía que querías llevarte a la chica —lo picó. Julen se limitó a sacarle el dedo corazón—. Claro, que ella nunca se iría con alguien tan grosero como tú.

—Sí, probablemente elegiría a alguien como tú, ¿no? —refunfuñó.

—Probablemente —respondió Luka con una risita—. Oye, se te ve muy picajoso con el tema, ¿no crees?

—Paso de ti.

—Por cierto, Julen, ¿no has notado algo raro en Víctor últimamente? —preguntó el hombre, que se puso serio de repente.

—¿Raro? No, no sé, llevo sin verlo algún tiempo.

—Pues eso es lo raro; es difícil pillarlo también por teléfono, y cuando nos reunimos, no sé, lo noto deprimido.

—Sí, Rique me dijo algo así el otro día —recordó Julen—. Seguro que su ex lo está jodiendo otra vez.

—Supongo, pero no suelta prenda. No sé cómo podemos ayudarlo.

—Intentaré hablar con él. —En ese momento sonó el timbre y los dos se miraron con el ceño fruncido—. ¿Sí? —respondió Julen con cautela a través del portero automático.

—Somos nosotros —respondió la apurada voz de Esther.

Julen soltó una palabrota mientras pulsaba el botón para abrir.

—Me pregunto si toda la ciudad sabe dónde vivo —gruñó.

—¿Y qué diablos querías? Son las consecuencias de mezclarse con los mejores del gremio —se burló Luka, mientras se arreglaba el pelo y la corbata.

Julen abrió la puerta justo cuando Esther alzaba la mano para llamar. Lo

primero en lo que el joven se fijó fue en su expresión de «algo ha ido mal». Automáticamente sus ojos se desviaron hacia el hombretón que cargaba el cuerpo inerte de Sofía en sus brazos.

—¡Mierda! —gritó mientras se echaba a un lado para dejarlos pasar—. ¿Qué coño ha sucedido? ¿Qué le habéis hecho? —preguntó con un nudo en la garganta. Se acercó a la cara de Sofía y le tocó la mejilla: parecía ilesa y solo dormida. Suspiró con alivio—. ¡Hablad!

—Este burro creyó conveniente dejar KO a tu chica —escupió Esther mientras señalaba a Sam con el pulgar, sin dignarse a mirarlo a la cara.

—Estoy empezando a hartarme de tus insultos, princesa —protestó él.

—¿Ah, sí? ¿Y qué vas a hacer? Ya no puedes amenazarme con que me vaya andando. ¿Vas a tirarme por la ventana?

Sam abrió la boca para responderle, pero Luka intervino.

—Yo que tú no le daba ideas, Esther —dijo, conciliador. Ella suspiró y se cruzó de brazos.

—O me dais una explicación en este momento o seré yo el que empiece a tirar gente por la ventana —gruñó Julen con voz de hielo, fulminándolos a los dos con la mirada.

—Todo iba bien, el pez ha mordido el anzuelo —comenzó Esther. Se quitó la peluca rubia—. Hemos quedado en que nos llamará cuando lo tenga todo listo.

—Estupendo, habrá que decirle a Rique que se apresure con lo suyo —celebró Luka.

—¿Que qué le ha pasado a Sofía?! —bramó Julen, que había perdido la paciencia.

—Me abordó cuando salía de la casa y me reconoció del aeropuerto —masculló la mujer—. ¡Te dije que era peligrosa!

—¿Y solo se os ocurrió tumbarla? —la acusó.

—¡Eso díselo a este orco descerebrado! —se defendió ella. Sam le lanzó una mirada asesina.

Julen se volvió hacia él con los brazos cruzados, esperando una respuesta.

—Estaba muy nerviosa y bastante cabreada, Aire; me pareció que se iba a poner a gritar como loca y aún estábamos bastante cerca de la casa de Márquez —se explicó Sam, compungido, antes de mirar a la mujer con ojos acusadores—. Esther no lo estaba haciendo muy bien tampoco: la chica no es estúpida, y ella se cree que es la única con cerebro en el universo. —Esther le enseñó el dedo corazón.

—¿Qué le has dado? —preguntó Julen más calmado; volvió a acariciar la cara de Sofía—. ¡No la habrás golpeado!

—¿Cómo se te ocurre? —exclamó el hombretón, ofendido—. Un poco de cloroformo, no se me ocurrió nada más rápido. Te juro que estaba a punto de armar una buena. La chica tiene genio, Aire.

Él sonrió sin apartar la mirada del rostro relajado de la joven.

—Sí, ya lo creo que lo tiene —murmuró.

—Bueno, bien mirado, tal vez no te venga mal un atajo —intervino Luka.

—¿Un atajo? —inquirió con una ceja alzada.

—Necesitamos a la chica, y no veo que tú hayas hecho muchos avances para convencerla, sobrino. Yo diría que te odia. —Julen abrió la boca para protestar, pero su tío lo cortó—. Lo que quiero decir es que teniéndola aquí unas horas, tal vez puedas exponerle con calma cómo están las cosas. Si le dices lo que sabes acerca de sus padres, seguro que...

—Cómo se nota que no la conoces —rio Julen, sardónico, mientras sacudía la cabeza—. Está bien, largaos todos de mi casa. Necesito pensar qué le voy a decir cuando se despierte.

—¿Dónde puedo tumbarla? —le preguntó Sam con voz tímida.

Le hizo un gesto con la cabeza para que lo siguiera hasta su dormitorio. El hombretón se sorprendió al encontrar una habitación pulcramente arreglada. La suya solía ser una leonera. Julen apartó la ropa de la cama para revelar una sábana de color granate sin una sola arruga.

—Déjala aquí y diles a los demás que nos vemos mañana.

El gigantón obedeció, depositó a Sofía sobre la cama con sumo cuidado y se dio la vuelta para marcharse.

—Lo siento, Aire, no vi otra salida en ese momento y...

—Está bien, Sam, supongo que yo habría hecho lo mismo —le dijo con la mano apoyada en su hombro—. No dejes que Esther te intimide, a veces puede ser...

—Difícil —suspiró él, triste, antes de dejar la habitación.

Julen se quedó mirando a Sofía y se pasó una mano por el pelo con resignación. Se acercó y se sentó a los pies de la cama para poder quitarle los zapatos, le metió los pies entre las mantas y la arropó. Se levantó de nuevo, le acarició la cara con ternura y le apartó un mechón de la frente.

—Joder, esta vez sí que vas a matarme —musitó.

Todavía sonaba la sirena del coche que se llevaba a su padre cuando los agentes abordaron la casa y se dispusieron a ponerlo todo patas arriba. Escuchaba a su abuela gritar y llorar, perdida, sin comprender nada, pero ellos seguían ajenos a sus súplicas y también a él, pues solo era aire. Invisible, indefenso...

Hasta que ese tipo la empujó y la hizo caer al suelo. Entonces el aire rugió, se abalanzó sobre él con los puños en alto y comenzó a golpearle las rodillas. Lo que más le dolió no fue la bofetada que le dieron, sino las risas mientras lo arrastraban a la calle. Y fue allí donde lo vio: era el mismo tipo elegante que había ido a casa hacía unos días, el que había hablado con su padre. ¿Qué hacía allí? Brice vio cómo uno de los agentes se acercaba a él con el cuadro del abuelo y le preguntaba si era ese. El hombre asentía y le hacía un gesto para que lo metiera en el coche, y después le entregó un sobre que el agente se apresuró a guardar en su bolsillo. El tipo elegante se metió en su coche y desapareció de allí. A causa del caos nadie se dio cuenta ni de su presencia ni de su marcha, o tal vez todos fingieron no hacerlo. Pero Brice lo vio, lo contempló con detenimiento y guardó sus facciones a fuego en su memoria para nunca olvidarlas.

Y nunca las olvidó. Las veía cada noche al irse a la cama; cada mañana cuando se levantaba y escuchaba a su abuela llorando en la cocina; cuando salían a la calle a vender sus trabajos de mimbre para poder comer; cuando, siendo un poco más grande, iba de un lado para otro mendigando trabajo...

Tenía ocho años cuando su abuela lo sentó en la silla del patio antes de comunicarle que su padre nunca volvería, que había muerto en esa cárcel en la que lo habían metido injustamente. Brice no lloró, solo asumió... La rabia en la voz de su abuela se inoculó en sus venas y fue la que inició la transformación de ese niño que era aire, un aire que poco a poco fue creciendo de intensidad.

—Querían el cuadro, Brice. Lo hicieron porque querían quitarnos el cuadro del abuelo —le dijo ella con los puños apretados y los ojos rojos a causa de las lágrimas—. ¡Todo por un cuadro! Ese hombre vino y trató de convencer a tu padre para que se lo vendiera, pero él no quiso. Ese malnacido no aceptó un no por respuesta. Se inventó la acusación perfecta en estos tiempos que corren. ¡No buscaron pruebas, sino que las colocaron para inculparlo!

—Mi padre era bueno —musitó Brice.

La abuela le cogió las manos y depositó una tarjeta de esas que llevaban los hombres importantes. Brice la miró y leyó:

«Ernesto Lima».

Ponía más cosas, pero él solo grabó en su mente el nombre y la empresa para la que trabajaba:

«*Marqtext*».

—Tu padre era un buen hombre, cariño, un hombre sencillo cuya única ambición era la de darte un futuro. Ni siquiera creía que ese cuadro fuera auténtico, y cuando ofrecieron comprárselo, se negó porque sabía que había sido muy importante para tu abuelo. ¡Lo hizo por mí! —Dio un golpecito con el dedo en la tarjeta—. Este fue, Brice, este fue el tipo que vino aquel día. No lo olvides nunca, tesoro, no lo olvides y cuídate de él y del hombre que lo envió. ¡Cuídate siempre de esa gentuza!

La abuela no pudo contener más el llanto; se sentó en el suelo y se estremeció con cada sollozo. Brice se arrodilló a su lado y la abrazó, pero no derramó ni una lágrima. A partir de ese día sería él el que cuidara de la anciana, aunque jamás borraría la cara del hombre elegante de su memoria.

—Recuperaré el cuadro del abuelo, te lo prometo —le susurró con fervor.

Y volvió a repetirle la promesa cinco años después, cuando ella yacía en su cama, justo antes de dejar esta vida, de dejarlo solo en el mundo con solo trece años. Solo, rechazado por sus vecinos y con un odio hirviente en las venas que tardaría al menos una década en sosegar. Sosegarse, que no apagarse...

La realidad comenzó a flotar en nubes espesas dentro de su cabeza. Poco a poco sintió que estaba despierta del todo, aunque era un despertar extraño. Tenía la boca seca y el estómago muy revuelto. Cuando abrió los ojos los notó pesados, y el dolor punzante que le sobrevino en la sien la obligó a cerrarlos de nuevo. ¿Qué había bebido? Espera... ¿Había bebido? ¿Era de día? No recordaba haberse acostado ni... ¿Dónde estaba?

Abrió de nuevo los ojos y echó un vistazo a su alrededor. La alarma hizo que el corazón se le acelerara, lo que provocó que las náuseas aumentaran. Estaba en un dormitorio ordenado y limpio aunque claramente masculino. Estúpido pensamiento, como si una cosa excluyera la otra...

«¡Céntrate, Sofí!», se riñó mentalmente, mientras probaba a incorporarse.

Bien, parecía que la cabeza comenzaba a aclararse y el estómago no se la iba a jugar, aunque seguía sintiéndose como si hubiera bebido demasiada cerveza. Se volvió a su derecha y cuando lo vio, sentado tan pancho en un sillón junto a la cama, la rabia empezó a cosquillearle desde el pecho hasta el cerebro. ¡Ahora se

acordaba de todo! La mujer del aeropuerto con peluca rubia saliendo de la casa de su tío, una mano sujetándola por detrás, el olor...

—Voy a matarte —susurró; apartó las mantas y puso los pies en el suelo.

Lo miró de nuevo y frunció el ceño al ver que no se movía. ¿En serio estaba dormido? Habría jurado que fingía... ¿En verdad podía cogerse al esquivo Aire con la guardia baja? Sofía arqueó las cejas y su rabia se aplacó un poco.

Se acercó despacio, con cuidado de no hacer ruido, y se recreó a gusto con su imagen. ¡Maldita fuera, los «malos» no deberían tener ese aspecto! Con el rostro relajado y las largas pestañas besando su piel bronceada, el astuto ladrón parecía casi inocente. Casi... Admiró su boca, y se humedeció los labios al recordar lo suave y perfecta que era cuando la presionaba contra la suya. Y ese cuerpo... Debería estar en la cárcel solo por provocarle ese tipo de pensamientos.

Sofía tragó saliva y se acercó un poco más. Que era estúpida ya ni se lo planteaba: en vez de aprovechar para salir pitando hacia la puerta, decidía quedarse allí en plan *voyeur*. No lo podía evitar, era algo superior a ella. Le había costado un mundo admitirlo, pero ese hombre tenía algo que la atraía como un imán; era electricidad, intriga, curiosidad, la sensación de peligro, de rebeldía, que lograba activar en todas sus terminaciones nerviosas con solo compartir espacio con él. Vale, le gustaba; era algo físico, desde luego, pero ¡qué diablos, una no era de piedra!

Antes de pensar siquiera en lo que hacía, Sofía alzó la mano y se encontró rozando uno de los rizosos mechones castaños que se habían escurrido hacia su frente.

«Sí que eres castaño», pensó con una sonrisa, sintiéndose absurdamente triunfal por ese descubrimiento.

Sus dedos aún se recreaban entre las hebras sedosas de cabello cuando la mano de Aire voló veloz hasta su muñeca; la cogió desprevenida y con la guardia baja. Antes de que tuviera tiempo de gritar siquiera, él se había puesto en pie, le había retorcido el brazo y la había obligado a girar. Su espalda chocó con el pecho de él con un golpe brusco. Esta postura parecía ser una costumbre entre ellos... La diferencia era que en esta ocasión sí que se sintió amenazada y en peligro, tal vez porque la otra mano del hombre había acabado rodeando su garganta, y Sofía era capaz de captar su tensión y su respiración agitada contra el cuello.

—¡Ey, ey, tranquilito! —le dijo con la voz algo aguda—. No debes quedarte dormido cuando vigilas a un rehén, eso lo sabe cualquiera.

Aire espiró pesadamente y bajó la mano de su garganta, lo que le demostró que

hasta ese momento no había sido realmente él mismo. Sin embargo, la tensión en su cuerpo no se aflojó, como tampoco la fuerza sobre el brazo que sujetaba a su espalda. Una risa ronca acarició su nuca; se le puso la piel de gallina.

—No eres mi rehén, Sofía; estás aquí por error —le explicó con calma—. Pusiste a mis chicos nerviosos y actuaron lo mejor que supieron.

—Deberías decirles a esos «chicos» tuyos que el cloroformo puede joder los riñones de las personas entre otras cosas. —Él volvió a reírse—. Vale, no soy tu rehén, así que suéltame ya —le exigió; comenzaba a ponerse nerviosa. Era un problemilla que nunca había conseguido superar ni con todo su entrenamiento: no llevaba bien eso de ser retenida, no controlar la situación.

—Te soltaré cuando esté seguro de que no me vas a hacer una de tus llaves de yudo y a lanzarme por...

Y como si esa hubiera sido la palabra mágica necesaria, Sofía se giró, veloz, aferró su brazo, tal como había hecho aquel día en el aeropuerto, y, justo cuando parecía que todo estaba a su favor, Aire metió el pie entre sus piernas y le dio un golpe en las corvas que provocó que se le doblaran las rodillas y perdiera el equilibrio. Antes de que terminara de caer, la alzó en brazos con un movimiento fluido y rápido y la tiró sobre la cama sin demasiada delicadeza. Se apresuró en echarse encima de ella y sujetarle los brazos sobre la cabeza para que no pudiera incorporarse.

—Creí que te había dicho que no fueras a ver a tu tío —le recriminó—. ¿Por qué estabas en su casa esta mañana?

—¡Suéltame, malnacido! —le dijo ella con los dientes apretados. Sentía las mejillas ardiendo y el corazón golpeándole desbocado contra las costillas.

—Cuando te tranquilices —siseó él, que no parecía estar mucho más sosegado.

—¿Eres gilipollas o es que te gusta cabrearme? ¡No se le dice eso a una persona cuando está nerviosa! —gritó ella sin dejar de sacudirse bajo su cuerpo.

Aire se rio, y su risa sonó más ronca y sensual que nunca, tal vez porque pudo sentir su vibración directamente contra su pecho, ya que estaba pegado a ella como una lapa. Sofía gimió al percatarse de que su cuerpo reaccionaba por su cuenta, ignorando las alarmas que le lanzaba su cerebro. Se encontró haciendo un esfuerzo sobrehumano por detener el impulso de rodearlo con las piernas y arquear la espalda.

—Escúchame, cariño —susurró él, que había bajado la cabeza hasta que sus narices casi se rozaron; su pelo se escurrió y enmarcó la cara de Sofía, haciéndole cosquillas en las mejillas—; te aseguro que en este momento no es buena idea

que te muevas así.

Aire se mordió el labio como si necesitara una distracción para no morder los de ella. Suspiró, y su aliento la acarició cálidamente. Y, sí, sus ojos eran azules, intensos y preciosos. Mientras ella admiraba cada uno de sus rasgos con fascinación, sus pupilas se dilataron un poco y se fijaron en su boca. Sofía fue muy consciente de cómo su respiración se volvía más rápida y algo en su postura cambiaba, como si su cuerpo también hubiera decidido seguir sus propias reglas. Se movió un poco y se amoldó al de ella. Aire introdujo una rodilla entre sus piernas de manera que sus caderas quedaran más juntas. Y su espalda finalmente se rindió y optó por arquearse. Su boca rozó la de Aire, que la recibió con los labios entreabiertos y una caricia húmeda y caliente. Sofía se sorprendió al notar un ligero temblor en sus manos, lo que hizo que su contacto al sujetarla se convirtiera más en una caricia que en una prisión.

—Sofía —jadeó contra su boca—, te juro que solo quería hablar contigo, pero me lo estás poniendo muy difícil.

—Siempre dices lo mismo, que solo quieres hablar —susurró ella. Se sorprendió de lo ronca que sonaba su voz—; pero la cuestión es que siempre acabas trastornando mi mundo cuando te acercas a mí.

—¡Ey, la última vez en aquella sala de conciertos no te hice nada! —se defendió él con una de sus sonrisas traviesas.

Ella recordó cómo la había acariciado, cómo la había arrinconado contra la pared y la había hecho añorar sentir cada centímetro de su piel contra la suya; ahora la tenía y de nuevo sentía que no era suficiente, que su electricidad la consumía.

Como si le hubiera leído el pensamiento, Aire entornó ligeramente sus ojazos y se movió sobre ella, tal vez de manera inconsciente, como ella misma lo hacía debajo de él, pero consiguiendo volverla loca. No pudo contenerse: volvió a rozar su boca, lo que le arrancó un gruñido. Señor, era de locos lo mucho que deseaba a ese hombre. ¿Le pasaría a él algo parecido?

—Siempre que apareces en escena remueves algo en mi vida, Julen —le confesó, utilizando a propósito el nombre que le había dado Doris.

Él sonrió abiertamente; parecía bastante orgulloso. ¡Ah, pero qué sexy era el desgraciado! Sofía se contoneó un poco debajo de él y su sonrisa se transformó en una mueca de deseo feroz.

—Creo que eso es lo más bonito que me han dicho nunca —le susurró muy cerca del oído, antes de darle un mordisquito. Era como una lucha de voluntades,

y ninguno de los dos parecía particularmente interesado en ganarla—. Y me gusta que me llames por mi nombre. No sabes la de veces que he imaginado que me lo decías entre gemidos, teniéndote justo así, como ahora.

Ella alzó una ceja con orgullo, lo que lo hizo reír de nuevo.

—No me tienes de ningún modo, Julen —masculló; esta vez pronunció el nombre con retintín—. Puedo derrumbarte cuando quiera, y creo que lo sabes.

—Sí, y eso lo vuelve más excitante aún, ¿no crees? —murmuró, antes de acariciar sus labios con un nuevo roce—. Sigues aquí debajo a pesar de todo...

—Siento curiosidad por lo que vas a decirme esta vez —respondió ella con la respiración agitada.

—Ayúdame a destruir a tu tío —le pidió sin tapujos. La miró con seriedad con esos ojos oscurecidos por el deseo—. Únete a mi equipo y yo te ayudaré a vengar la muerte de tus padres y a alcanzar lo más alto en tu carrera.

En esta ocasión fue ella la que rozó su boca en un beso lento. Julen cerró los ojos, perdida la concentración, y Sofía aprovechó la ocasión para soltarse las manos, empujarlo hacia un lado, subirse a horcajadas sobre él e inmovilizarlo. Aire se rio, pero no se resistió, ni siquiera forcejeó; solo movió un poco las caderas con un gesto de tortura en sus facciones. Sofía tragó saliva cuando su erección se frotó contra ella en el punto justo y su sujeción se aflojó un poco.

—¿Por qué me necesitas? Se te ve muy seguro de ti mismo —le preguntó, al tiempo que se inclinaba para tener su boca de nuevo a su disposición.

—Porque a pesar de todo él confía en ti; además, su casa es una fortaleza, y fuiste tú la que se encargó del sistema de seguridad —le reveló sin más.

—Lo imaginaba. —Sofía chascó la lengua—. Así que en verdad quieres robarle.

—Quiero destruirlo —repitió con rotundidad—. Pero necesito acceder a su cámara acorazada para darle la estocada final.

—¿Por qué lo odias tanto?

Julen la miró y quedó atrapado de nuevo por sus labios; levantó la cabeza para tomar el inferior, lamerlo despacio y penetrar su boca tentativamente con la lengua. Sofía se apartó a desgana y le puso una mano en el pecho.

—¡No, quiero que me digas qué te hizo mi tío para que lo odies así! —Él bufó y giró la cara. Sofía se arriesgó a soltarle una mano y lo obligó a mirarla—. ¡Dímelo!

Julen la contempló con intensidad durante un instante. En lugar de usar su mano libre para intentar quitársela de encima, le retiró el pelo de la frente y le

acarició la cara.

—Destruyó mi mundo —musitó al cabo de un rato.

Lo dijo con tanto dolor implícito en su voz que Sofía sintió un ligero pinchazo en el corazón. «Destruyó mi mundo». Eso era lo que le había hecho Ricardo Márquez a ella también, destruir su mundo...

—¿Por qué su cámara acorazada? —inquirió para no dejarse llevar por la oscuridad de su alma, porque sabía que, de ser así, cedería en sus deseos sin pensarlo más.

—Guarda algo allí que me pertenece —respondió con un gruñido.

—¿Mi tío te robó a ti? —Eso sí que era una novedad.

Julen aprovechó su sorpresa para empujarla, tumbarla de espaldas y volver a situarse sobre ella. En esta ocasión fue mucho más allá: le levantó la pierna y se rodeó con ella la cintura mientras se movía sinuosamente sobre Sofía. La fricción de sus cuerpos era desquiciante y deliciosa a la vez. Él le acarició la cara de nuevo, admirando casi con devoción cada uno de sus rasgos.

—Eres tan preciosa... —susurró, y su voz le sonó tan sincera y dulce que se sintió poderosa—. Ojalá hubiera podido mantenerte lejos de esto. En un principio te vi como la opción más certera, pero ahora... me gustaría alejarte de él.

—Y, sin embargo, me pides que te ayude —lo acusó.

—Te necesito —le confesó con sencillez.

Justo eso era lo que Sofía quería escuchar. La necesitaba, sin más ambigüedades ni rodeos, sin trucos. Y tal vez fue eso lo que provocó que sus opciones se inclinaran a favor de Julen en ese momento. ¿O tal vez fue él, que la volvía voluble y adicta al peligro cuando estaba cerca?

—Dime una cosa —ronroneó con una sonrisa juguetona—. ¿De verdad te llamas Julen?

Él soltó una carcajada y le rozó la nariz con la suya.

—Tal vez —contestó, antes de ponerse serio de nuevo—. Me gustaría prometerte que estarás fuera de peligro, pero no puedo, Sofía. No pienso mentirte, eso sí que te lo prometo, y también puedo prometerte venganza.

—Estás muy seguro de tu triunfo, ¿no?

—Llevo muchos años planeando este golpe.

—¿Y yo entraba dentro de tus planes? —inquirió ella con una mueca.

—Eres una pieza fundamental. —Julen inspiró hondo—. En mis planes... y en mis anhelos.

Entonces se concedió el capricho que llevaba tanto tiempo reprimiendo. La besó, un beso de verdad, deteniendo los labios sobre los suyos el tiempo justo para amoldarlos, forzándola con roces deliciosos a abrir la boca para poder penetrarla con la lengua en barridos lentos que ella acompasó con los suyos.

Lo que empezó como una tentativa caliente no tardó en convertirse en lava de volcán derritiendo sus cuerpos. Sus lenguas se entrelazaron en una lucha frenética, mientras bailaban uno sobre el otro al son de un deseo que ninguno de los dos sabía cómo había conseguido florecer hasta el extremo de convertirse en una selva.

Julen metió la mano debajo del jersey de Sofía y le acarició el torso con roces impacientes, suaves pero desesperados, hasta alcanzar su sujetador, el cual rozó con la yema de los dedos hasta que el pezón se endureció contra el encaje, lo que produjo que su erección llegara a un extremo casi doloroso. Hundió la cabeza en su clavícula, hambriento por saborear su piel.

—Maldita sea, Sofía —murmuró con voz ronca—. Eres peligrosa en un grado que jamás pude predecir, ¡y yo lo predigo todo!

—¡Cállate! —jadeó ella—. Eres tú el que ha aparecido para complicarme la vida.

Julen se rio con esa risa grave y sensual que le producía cosquillas en el estómago. Sofía introdujo la mano entre ambos y sintió un placer perverso al notar cómo su estómago se contraía por la anticipación cuando alcanzó el borde de sus vaqueros. Si no hubiera estado tan ansiosa y caliente, lo habría torturado un poco, pero lo necesitaba con desesperación en ese momento. Y justo cuando lograba desabrochar el primer botón... sonó el timbre de la casa.

Julen se incorporó con los ojos casi negros de deseo y expresión de incredulidad.

—No me lo puedo creer —susurró entre jadeos rápidos—. ¿Pero por qué siguen viniendo?

Sofía soltó una carcajada y él cerró los ojos tratando de serenarse. El timbre sonó de nuevo.

—Ve a abrir, señor delincuente, puede ser importante.

Aire se pasó la mano por el pelo. Se volvió hacia ella y se mordió el labio con un gesto tan sexy que se lo hubiera comido entero.

—¡Abre! —le repitió adivinando sus intenciones.

Él lanzó un juramento y se puso en pie, mientras recomponía su ropa arrugada. Cuando desapareció de la habitación, Sofía cerró los ojos y soltó el aire

en un largo suspiro. Entonces, su cerebro cortarrollos pareció activarse de nuevo y mandarle un aviso de alerta.

«¿Qué coño has estado a punto de hacer, Sofía?», le recriminó.

Ella compuso un gesto de fastidio, y reconoció muy a su pesar que tenía razón, que acostarse con Aire no era precisamente una idea brillante, por muy apetecible que le resultara en ese momento.

—¡Mierda de raciocinio! —escupió a la vez que saltaba de la cama para buscar sus zapatos.

—¿Qué ocurre ahora? —gruñó Aire cuando abrió la puerta con un tirón—. Por tu bien espero que necesites un trasplante urgente y solo yo pueda ayudarte con ello.

Sam se quedó un instante en el umbral mirándolo con el ceño fruncido. Julen alzó las cejas con un destello furioso en los ojos.

—Ehm... No, no, pero sí necesito... algo, y...

—Maldita sea —masculló, se echó a un lado para que el gigantón pasara—. ¿Habéis creído que mi casa es una especie de club social?

—Lo siento, Aire, es que quería hablar contigo de un asunto.

—¿Ahora? —preguntó, antes de mirar hacia el dormitorio con anhelo. Cerró los ojos y suspiró—. ¿Qué quieres, Sam? Me pillas algo ocupado en este momento.

—¿Cómo está la chica? —murmuró el hombretón, que había interpretado de manera equivocada sus señales—. Me quedé bastante preocupado cuando me fui, no era mi intención...

—Está bien, tranquilo. Bastante bien. De hecho, estábamos... teniendo una conversación interesante en este momento, ¿sabes? —respondió con una sonrisa que esperaba que fuera lo bastante reveladora para que Sam cogiera la indirecta y se largara.

—Me alegro —dijo distraídamente, mientras se pasaba la mano por el pelo y entraba en el salón.

Julen resopló; era obvio que las indirectas no iban con su amigo. Lo siguió, y dio un tirón a su camiseta para esconder la evidencia de su excitación.

—¿Y bien? —suspiró con resignación.

—¡Estoy desesperado, Aire! —exclamó Sam, que se volvió hacia él con expresión atormentada.

Julen se acercó y arrugó la frente con preocupación.

—¿Qué ha ocurrido?

—Nada, no ha pasado nada, al menos con respecto al plan, pero...

—Pues, por Dios, dime de una vez de qué se trata, porque me has cogido en un momento muy inoportuno, Sam, y te aseguro que ni mi don adivinatorio ni mi paciencia están al cien por cien ahora mismo —protestó.

—Es por Esther —susurró el otro haciendo una mueca.

—¿Esther? —se preocupó—. No le ha pasado nada, ¿verdad?

—No, ella está bien, el problema lo tengo yo, supongo...

—¡Oh, vamos! —resopló—. No te habrás tomado en serio todos sus gruñidos e insultos, ¿verdad? Ella es siempre así con todo el mundo, no se lo tengas en cuenta. En el fondo es una gran chica, solo que es un poco especial.

—¡No, nada de un poco! Ella es muy especial, Aire —exclamó Sam con énfasis—. La más especial... Ese es mi problema, ¿comprendes? No creo que haya ninguna mujer más especial que Esther.

Julen lo miró un largo instante en silencio, sin dar crédito a lo que acababa de escuchar. Sam desvió la mirada y se aclaró la garganta, avergonzado.

—Espera, espera, ¿me estás diciendo lo que yo creo que me estás diciendo? —dijo al cabo de un rato—. Es decir..., ¿has venido hasta mi casa justo cuando estaba a punto de...? En fin, ¿has venido a mi casa solo para confesarme tu amor por la mujer más inaccesible y caprichosa que pisa la Tierra? ¿Es eso?

—Para eso y para decirte que me siento tan desesperado que soy capaz de renunciar a mi parte en lo de Márquez con tal de que me ayudes con ella.

—¿Que te ayude? —exclamó con una risita—. ¿A qué? ¿A olvidarla? ¡Es Esther, Sam! ¿Cómo crees que puedo yo ayudarte con una mujer como esa? Ha pisoteado a todos los hombres que se han arriesgado a acercarse un poco.

—Ya, y yo soy un patán con ella. Me odia —afirmó el grandullón, compungido.

—No te odia, ella es así con todo el mundo —le repitió.

—Contigo parece cariñosa.

—No es nada romántico, te lo puedo asegurar. Llevamos siendo rivales durante muchos años, y a veces hemos trabajado juntos, esas cosas unen. Sabe que puede confiar en mí, y eso para Esther es lo más parecido a la amistad que puedas encontrar.

—¿Alguna vez la has visto con un hombre?

¿Qué podía decirle? La había visto con muchos, él mismo se había sentido atraído por ella cuando la conoció, antes de darse cuenta de que esa mujer era un témpano, además de la criatura más egoísta y manipuladora del mundo. Si era

capaz de enamorarse de alguien, era de ella misma.

—Sam —suspiró después de pensarlo un rato—, ¿estás seguro que no es solo un deslumbramiento? Esther es muy espectacular y puede dar la impresión de...

—Estoy colado por ella, Aire. Puede que Esther sea un lío de emociones, pero yo siempre he conocido muy bien las mías —afirmó con rotundidad—. Sé que no he sido muy amable hoy con ella, ¡pero me desquicia que me insulte y se burle de mí! Dios, la quiero... Creo que me enamoré en la primera reunión, preparando lo del Ross.

—Joder —escupió Julen. Tan fácil para algunos... Y él llevaba meses comiéndose el tarro por lo que sentía por la mujer que, casualmente, estaba en ese momento en su cama. Lanzó un gemido y miró a su amigo—. ¿Y en qué crees que puedo ayudarte yo?

—Tú la conoces mejor, tienes más experiencia con las mujeres...

Julen soltó una carcajada al escuchar eso. ¿Experiencia? ¡En estafar a las ricas desalmadas sí! Pero ¿en eso del amor? Miró hacia atrás, hacia el dormitorio, con una mueca. ¡Experiencia! ¡Si ni siquiera sabía cómo calificar lo que sentía por Sofía!

Y en ese momento, como si hubiera sido invocada por sus pensamientos, la puerta se abrió y salió de la habitación con esa seguridad que provocaba que sus ojos solo la vieran a ella entre un millón de personas. Solo con mirarla y recordar cómo habían estado hacía unos minutos le burbujeaba la sangre.

—Siento la interrupción, chicos —dijo con una sonrisa—, pero he de marcharme ya.

—¿Qué? —exclamó Julen con la voz algo aguda, se acercó a ella de una zancada y la cogió del codo—. ¿Cómo que te marchas?

—Pues que me marcho —respondió Sofía riendo, al tiempo que le apartaba la mano con delicadeza—. Tengo una casa, ¿sabes?

—Pero... Pero Sam ya se iba. ¿A que sí? —preguntó; lo miró con expresión suplicante.

—Pues...

—En cualquier caso, caballeros, creo que ya no me queda nada que hacer aquí.

—¿Cómo que no? —casi gritó—. Nos hemos quedado a medias de... una importante conversación. —Sofía soltó una carcajada, y, sí, joder, debía de estar terriblemente cachondo y desesperado, porque solo con escucharla volvió a tensársele el pantalón—. Sofía, por favor, no te vayas...

—¡Guau! ¿Aire, el hombre más astuto y peligroso del momento, me ruega que

me quede? —inquirió ella con las cejas alzadas, irónica.

—No soy peligroso —respondió él con una sonrisa traviesa e insinuante—. No en el sentido en el que lo dices, al menos.

—¡No, pero sí en otros cien mil sentidos más! —exclamó Sofía, que le puso una mano en el pecho para apartarlo.

—Esto... Creo que puedo volver en otro momento, Aire —murmuró Sam; al fin pareció comprender que estorbaba.

—A buenas horas —masculló él con un gruñido. La mujer soltó otra carcajada.

—Soy Sam —se presentó el hombretón con una sonrisa, ofreciéndole la mano.

—Te recuerdo, eres el gigante que me detuvo en el aeropuerto, y el borracho que la lio en Artquez. Sam... —murmuró ella pensativa—. Una vez me contaron una leyenda urbana sobre un Sam, apodado «la Roca», que volcó una furgoneta con sus manos para despistar a unos agentes de seguridad y robar, a plena luz del día y en el centro de Madrid, un collar de diamantes de un escaparate.

—No es una leyenda —se rio él—. Era el cumpleaños de mi abuelita.

—Sam... —le advirtió Julen. El hombretón se fijó en la expresión de la mujer y se aclaró la garganta—. Sé que es fácil olvidar que Sofía es el enemigo, pero...

—Yo soy el enemigo... —bufó ella sacudiendo la cabeza, mientras estrechaba la mano de Sam. Cuando la tenía cogida, la giró y la miró con el ceño fruncido—. Diría que estoy encantada de conocerte, pero recuerdo tu mano presionando mi cara con un pañuelo impregnado en cloroformo, así que...

—¿Cómo sabes que era yo? —se admiró.

—Buena memoria para los detalles —dijeron Julen y Sofía al unísono.

—Lo siento, de veras, es que no vi otra salida y...

—Está bien, olvídalo. Pero deberías saber que el cloroformo es dañino.

Sam abrió la boca para decirle que en realidad había hecho una concesión por tratarse de ella, ya que normalmente tumbaba a sus adversarios de un mamporro, pero la mirada de Aire lo hizo pensárselo mejor.

—En serio, Sofía, todavía no me has dado una respuesta —insistió Julen. En realidad en ese momento le importaba bien poco su respuesta: la quería en su cama, luchando por llevar la voz cantante. ¡Señor, la deseaba tanto que dolía!

—Necesito pensarlo detenidamente —murmuró ella. Lo miró con seriedad—. No puedo tomar esa decisión a la ligera.

—Puedes pensarlo aquí, no has almorzado, ¡te invito! —¿No resultaba

patético? Totalmente, a juzgar por la nueva carcajada de ella. Resopló y se cruzó de brazos como un niño enfurruñado.

—Sabes bien que si me quedo no lo voy a pensar con la mente fría. —Julen iba a añadir algo, pero ella alzó una mano para silenciarlo—. Te prometo que te daré una respuesta mañana, ¿de acuerdo?

—Qué remedio... —gruñó, y ella volvió a reír: se la veía exultante con el poder que había descubierto que tenía sobre él. ¡Lo que le faltaba!

—Adiós, Julen. Adiós, Sam —se despidió antes de dirigirse a la puerta.

—¿Solo «adiós»? —la picó Julen, y ella se rio de nuevo. Cuando la puerta se cerró, Julen soltó un gran suspiro y se pellizcó el puente de la nariz—. Sam... ¡Te odio!

—Ya... —El hombretón chascó la lengua—. Pero me ayudarás con Esther, ¿verdad, Aire?

10

Julen se terminó su segundo café de un trago y se puso la chaqueta, tras asegurarse de que llevaba lo necesario en los bolsillos. Aun así, tuvo que regresar a su apartamento cuando ya estaba en el ascensor porque se había dejado el móvil. ¿En qué momento Aire se había vuelto un despistado?

«Peligrosa», zumbaba en su mente el recuerdo de las voces de sus compañeros.

Después del episodio de la tarde anterior, finalmente había terminado por aceptar que, en efecto, lo era; al menos para su cordura. Pero ¿qué le había hecho esa mujer? ¡Si el tiempo que habían estado juntos podía contarse en minutos! Y, sí, de acuerdo, él sentía que la conocía a la perfección porque llevaba meses siguiendo sus pasos; es más, a esas alturas, hasta estaba dispuesto a admitir que le había parecido atractiva cuando la vio la primera vez y que esa atracción fue creciendo hasta convertirse en cariño y admiración conforme iba indagando más en su vida, que vigilarla había pasado de ser un objetivo a transformarse en casi una obsesión. Necesitaba verla, saber algo de ella al menos una vez al día. Vale, dispuestos a admitir cosas... ¡De acuerdo, la deseaba como nunca había deseado a ninguna mujer! Pero, aun así..., ¿por qué no lograba apartarla de su cabeza? ¿La atracción y el deseo implicaban ese calor en el pecho, esos deseos de tenerla cerca todo el rato?

—Mierda, Julen, me temo que estás jodido —gruñó, mientras cerraba la puerta de su ático.

¡Cómo le molestaba reconocer que Luka llevaba razón! Con lo listo que se creía, ¿por qué no lo había visto venir? Ojalá pudiera salir huyendo antes de que la cosa fuera a más; ojalá no fuera tan necesaria para destruir a Márquez... Pero, así como deseaba a Sofía de una manera casi dolorosa, también deseaba venganza. Y el deseo carnal jamás podría aplacar el otro, ¡jamás!

«Muy bien, Aire, tú seguirás adelante. A por todas y con todas las consecuencias; pero después saldrás corriendo, como siempre —lo acusó la voz de su conciencia—. Porque eres ambicioso y no lo dejarás estar, ¿verdad? Igual que con el cuadro, maquinars mil cosas para tener a la chica, lo mismo que haces con cualquier objeto que se te mete en la cabeza. Y la tendrás, probablemente, porque ella también te desea. Pero cuando todo acabe la dejarás herida y te odiará, porque sentirá que la has utilizado».

Ese pensamiento le provocó un pinchazo extraño en el pecho; la idea de Sofía

odiándolo y conservando recuerdos negativos de él le parecía aborrecible. Sin embargo, estaba seguro de que, pasara lo que pasara entre ellos mientras trabajaban en ese plan, ella lo superaría cuando todo acabara. ¡Esa mujer era una triunfadora! ¡Nunca cometería el error de formarse ningún tipo de idea romántica hacia él!

—En verdad, imbécil, parece que eres tú el que lo haces y no al revés —escupió a su reflejo en el espejo del ascensor.

Cuando llegó abajo, echó una mirada a su reloj y resopló. Se estaba retrasando. Había un mundo por hacer ese día y él llegaba tarde. Cuando abrió la puerta de la calle y miró al frente, su corazón dio un vuelco al ver a la persona que estaba apoyada con gesto aburrido en un coche aparcado. Una sonrisa lenta se curvó en sus labios; de pronto el tiempo había dejado de ser importante.

—Creo que debería pensar en mudarme —le dijo a modo de saludo.

—Mientras no tenga pruebas contra ti... —respondió Sofía con un encogimiento de hombros.

Julen se echó a reír, chascó la lengua y se acercó a ella con las manos metidas en los bolsillos de su chaqueta.

—¿Qué haces aquí? Dime que has venido a seguir peleando conmigo, por favor.

—Mmm... Es la segunda vez que Aire me suplica, ¡me siento poderosa!

—Eres poderosa, y bien que lo sabes, pero no eludas mi pregunta.

—Eres tú el que ha empezado a fantasear —resopló ella. Julen la miró con una ceja alzada y Sofía cambió de postura—. No digo que acepte, ¿estamos? Pero me gustaría conocer algunos detalles del plan: en qué consiste, si alguien saldrá físicamente dañado... ¡Porque no deseo eso!

—Aclárame una cosa: ¿de qué plan hablamos? Porque si es sobre lo de pelear sobre mi cama, no puedo asegurarte que no sufras algún mordisco o arañazo.

—¡Imbécil! —Sofía le dio un empujón, aunque no pudo evitar reírse con él.

—Ven, acompáñame —le dijo, al tiempo que le pasaba un brazo por los hombros y echaba a andar—. Justo en este momento me dirigía a una reunión con los chicos. Les alegrará saber que estás dentro.

—¡Eh, que te acabo de decir que todavía no lo he decidido! —protestó Sofía, que se quitó el brazo de encima.

Le sorprendió darse cuenta de lo tranquila que estaba mientras viajaba en el coche de Aire hacia un destino incierto. Quería pensar que la conversación con

Doris y la grabación habían sido el desencadenante para que de repente se comportara de una manera tan distinta a su forma de ser, ordenada y cabal; sin embargo, debía reconocer que, muy a su pesar, Julen ejercía una gran influencia sobre ella.

Ansiaba descubrir la verdad sobre sus padres, eso no lo discutía, pero también había algo más, algo casi perverso y tremendamente atractivo, en saltarse las normas por una vez. Formar parte de algo, de un equipo unido y del que ella era una pieza fundamental, a juzgar por la insistencia con la que él la había perseguido.

Insistencia... Esa era la parte que la inquietaba de toda esta emocionante aventura de jugar a policías y ladrones en el bando contrario. La insistencia de Julen por convencerla, las cosas que había llegado a hacer para lograr llevarla a su terreno... ¿Había sido lo de la tarde anterior parte de su plan? Había sonado bastante convincente al decir que la habían «secuestrado» por error; incluso Sam le había parecido sincero al pedirle disculpas. Pero no podía evitar pensar que eran mentirosos profesionales, que ya habían conseguido engañarla varias veces desde que se cruzaron en su camino. ¿Quién le decía a ella que Julen no había preparado todo el tinglado, juegos de cama incluidos, para alcanzar sus fines?

Meditar acerca de eso la ponía nerviosa. Sobre todo porque se había pasado el resto del día anterior pensando en él, en lo que estuvo a punto de suceder entre ambos y que ella habría aceptado más que gustosa. Se arrepintió de haber salido de su casa nada más pisar la calle, y estuvo tentada en numerosas ocasiones de regresar y terminar lo que habían comenzado. Era esa desconfianza hacia él la que la había retenido en casa, cuando todo su cuerpo la instaba a correr hacia su cama de nuevo.

Por un lado pensaba que no había nada de malo en que un tío guapísimo y sexy pretendiera seducirla para conseguir sus fines, siempre que estos entraran en sintonía con los suyos propios. ¿Qué problema había en tener sexo con un hombre que te gustaba mientras estuvierais en el mismo equipo?

Y por otro lado le llegaba la respuesta a esa pregunta: uno bastante gordo, ya que Julen no solo le gustaba, sino que le encantaba, más de la cuenta. La atracción que sentía por él, la admiración, toda esa química... ¡Uf! Sofía sabía que era peligroso mantener una relación con alguien que despertaba esos sentimientos en ella. Se conocía lo suficiente como para adivinar que lo que comenzaría siendo solo sexo podría acabar convirtiéndose en algo más por su parte. Un hombre jamás debería tener esa clase de poder sobre una mujer; si no

se andaba con cuidado, Aire acabaría devastándola.

—¡Buenos días! —saludó Julen con entusiasmo al entrar en el pequeño piso en las afueras que utilizaban como cuartel general.

El equipo estaba ya reunido. Rique, tecleando en uno de los ordenadores con Luka a su lado; Esther, estudiando unos documentos; Sam, manipulando un objeto de aspecto sospechoso envuelto en cinta aislante, y Víctor...

—¿Dónde está Víctor? —preguntó con el ceño fruncido—. Él no suele llegar tarde...

—Tú tampoco, y mírate —bufó Esther, que alzó la mirada por fin—. ¿Qué hace ella aquí?

La pregunta provocó que el resto del equipo prestara atención a Sofía que lo miraba todo con ojos atentos, sin perder detalle. Parecía un apartamento normal, de esos que se alquilaban a los estudiantes, con la salvedad de contar con un sistema de pantallas y ordenadores que lo hacía asimilarse a un edificio de la NASA.

—Interesarse por lo que se cuece por aquí —respondió Aire con una sonrisa triunfal.

—¿Sí? Pues esperemos que no seamos nosotros los que acabemos cocidos —masculló la mujer—. Todavía no estoy muy convencida con esta parte del plan.

—Esther, creo que quedó bien claro en qué consistía el trabajo y cómo lo íbamos a llevar a cabo —dijo Julen con tono agrio—. También creo que quedó bien claro que todo aquel que no quisiera seguir podía largarse.

—Venga, Aire, no seas borde. Esther solo está preocupada porque desea que todo salga perfecto —intercedió Sam. Dejó su invento sobre una mesa y se acercó a ellos con su afable sonrisa—. Hola, Sofía. Bienvenida.

—Hola, Sam —saludó ella.

—¿Puede saberse quién te ha nombrado mi abogado defensor, cabeza de chorlito? —resopló Esther, que bajó la vista de nuevo a sus papeles.

La cara del hombretón sufrió un cambio radical. Su sonrisa fue sustituida por una expresión de furia que, no obstante, no logró ocultar la mueca de tristeza y el sonrojo de sus mejillas. Sam miró a Julen con un destello que a Sofía le pareció suplicante. En menos de treinta segundos fue capaz de comprender lo que le pasaba. Observó a la tal Esther, la belleza que la había puesto en bolas en el aeropuerto, y la caló en otros treinta segundos. Había conocido a unas cuantas como ella cuando se preparaba las pruebas para seguridad, mujeres a las que les

gustaba dar imagen de *femme fatale*, huesos duros de roer bajo una imagen hermosa; justo por eso, porque estaban tan hartas de que se las admirara por su belleza que habían levantado un muro en torno a ellas. Esta era igualita, sin más. De acuerdo, suponía que si formaba parte de ese equipo sería más inteligente y astuta que la mayoría, y probablemente por eso mismo se esforzaba tanto en ser desagradable, para destacar en sus demás virtudes. Bien, podía entenderla: se las daba de fuerte, pero tenía una gran inseguridad que la había convertido en una víbora. La cuestión era que Sofía no creía que eso le diera derecho a tratar con la punta del pie a los que se esforzaban por ser amables, mucho menos si había sentimientos más fuertes implicados, y era tan obvio que Sam estaba colado por esa bruja que solo le bastó un minuto para convertirlo en su causa.

—Eso es, Sam: no debes nombrarte abogado defensor de todo el mundo —dijo cuando él se disponía a contestar a Esther. Se echó a reír y le estampó un beso en cada mejilla—. Llámame egoísta, pero desde que te conocí ayer albergué la esperanza de que fueras mi defensor ante todo lo que se me venía encima. Tengo que confesarte que, si estoy aquí en este momento, es por la confianza que tú me inspiraste.

—Te dormí con cloroformo... —musitó Sam, sorprendido.

—Sí, una idea soberbia —se burló de nuevo la bruja.

Él desvió su mirada dolida hacia ella y Sofía entrelazó su brazo con él. ¡Joder, era como tres veces el suyo!

—Yo habría hecho lo mismo en tu caso. El problema es que habría necesitado un taburete para ello. —Ambos soltaron una carcajada—. Las personas tienden a insultar a las demás cuando se sienten inseguras, no se lo tengas en cuenta a... ¿Esther? —inquirió, con fingida duda. Miró a la mujer, que la fulminaba a su vez con los ojos—. La realidad es que la pesqué ayer, y se quedó tan bloqueada que no supo qué hacer, así que ahora desahoga sus frustraciones contigo, que fuiste el único que actuó.

—Oye, pajarita, ¿cómo es eso de que tú me pescaste? —gruñó Esther, que se puso en pie y se acercó contoneando las caderas—. ¿A qué viene dártelas ahora de cerebro de la mafia? Si no recuerdo mal, la última vez que nos vimos estabas en pelotas en la sala en obras de un aeropuerto. Eso no demuestra demasiada astucia, diría yo.

—Chicas... —trató de intervenir Julen.

—*Not*, la última vez que nos vimos fue ayer, frente a la casa de mi tío, y no lograste engañarme con esa peluca barata que llevabas, *pajarita* —escupió Sofía

con retintín.

—¿Barata? —se rio la otra—. Cualquiera cosa que yo lleve puesta vale más de lo que tú ganarías en un año.

—¿Ves a lo que me refiero, Sam? Si las acorralas, se defienden con insultos. Es fácil —explicó ella con sencillez, como si estuviera dando una clase.

Julen tuvo que sujetar a Esther cuando se abalanzaba sobre Sofía, aunque ella fingió no darse cuenta. La cara de Sam era un poema: miraba a las dos mujeres y boqueaba sin encontrar las palabras. Fue la carcajada de Luka, al fondo de la habitación, la que consiguió romper la tensión. El hombre se acercó con su caminar elegante, mientras se abrochaba el botón de su americana.

—Hola, soy Luka —se presentó ofreciéndole la mano.

—Creo que ya nos conocemos —resopló ella con una sonrisa.

—En absoluto: conociste mi interpretación de Remigio Ventura. Este es mi yo real, aunque ambos admiramos tu belleza y astucia como si fuéramos la misma persona —ronroneó con coquetería, mientras tomaba su mano y la llevaba a sus labios.

Sofía no pudo evitar sonrojarse y sonreír halagada, mientras se quedaba un instante admirando esos espectaculares ojos verdesos.

—Vale, tío, corta el rollo, ¿quieres? —protestó Julen, que cogió a Sofía de la mano para romper el contacto.

Luka soltó otra carcajada, y ¡por Dios que era uno de los hombres más sensuales y atractivos que Sofía había visto en su vida!

—¿«Tío»? —preguntó ella con curiosidad.

—Algo así —respondieron ambos al unísono.

Sofía alzó las cejas, interrogante, pero no obtuvo ninguna aclaración. Luka le rodeó los hombros con el brazo y la acercó al joven del ordenador.

—El hombrecito aterrorizado de Artquez... —bufó al reconocerlo.

—Me llamo Rique —se presentó con una risita nerviosa—, soy el informático.

—Uno muy bueno, sin duda, y no es que pretenda hacerte la pelota, créeme, lo digo con toda la frustración del mundo —aclaró—. Me las hiciste pasar canutas con lo de la galería.

—Lo siento —musitó el chico mientras se rascaba la cabeza.

—¡No! No lo sientes, ¿recuerdas? —intervino Julen, que apartó a Luka una vez más de Sofía y la cogió de la mano con actitud posesiva—. ¿Qué pretendes, Sofía? ¿Ese era tu plan, desestructurar mi equipo con dosis de encanto y de mala leche?

—Si eso fuera posible, sería una basura de equipo, y no es esa la impresión que me habéis dado —se rio ella.

—¿Sabes algo, pajarita? —Esther se acercó de nuevo y la miró de arriba abajo con seriedad antes de esbozar una sonrisa—. Creo que me caes bien después de todo; eres una perra, pero una perra lista.

—Uhm... ¿gracias? —respondió. Esther soltó una carcajada y le dio unas palmaditas en el hombro, lo más cercano a un «bienvenida» que sabía que iba a obtener de ella.

—Bueno, aunque aún falta Víctor, este es el equipo sin disfraces. Supongo que sabes que tienes nuestras vidas en tus manos, ¿no? —le advirtió Julen.

—¡Qué exagerado! Estoy convencida de que cubrís bien todos los flancos. No creo que nada de lo que yo haga pueda poner vuestras vidas en peligro.

Julen le sonrió con picardía y le guiñó un ojo.

—Lo dicho: una chica lista —repitió Esther con una risita.

—Y, volviendo a lo de Víctor, ¿lo habéis llamado?

—No coge el teléfono, Aire —dijo Sam con preocupación—. No sé nada de él desde ayer.

Julen arrugó la frente.

—Bien, iré a verlo en cuanto salgamos. ¿Qué le estará pasando?

—¡Rique, maldita sea! —gruñó Luka con furia en ese momento—. ¡Tu dichoso chucho me ha estropeado mis Tanino Crisci!

—¡Code, malo! —El muchacho cogió una bolita de pelo negro del suelo, que ni siquiera había visto hasta ese momento, y se la puso delante de la cara para hablarle—. ¿Qué te he dicho sobre mearte en los zapatos de mil pavos del pijo?

—¡Espera que no coja yo a ese pequeño monstruo y me haga unos zapatos con él! —siguió refunfuñando el hombre mientras trataba de secar la mancha oscura de su zapato.

—Tendrías que pasar por encima de mi cadáver —dijo Sofía con calma, mientras se acercaba al perrito—. ¿Es un pastor belga?

—¡Sí! —respondió el chico con una mirada iluminada—. ¿Te gusta? Si quieres, puedo conseguirte uno.

—Da la casualidad de que me regalaron uno el otro día, una hembra adulta —murmuró; lanzó una mirada a Julen, antes de preguntar—: ¿Rique? ¿Rique de Enrique?

—Así me llamo —respondió el informático con sospecha.

Sofía cerró los ojos y se echó a reír.

—¿El mismo Enrique que asaltó un criadero ilegal de perros hace unos días? ¿Ese Rique?

La cara del chico palideció visiblemente, mientras bajaba al perro y trataba de esconderlo de manera absurda.

—Espera, ¿cómo sabes tú eso? —le preguntó Julen.

—Y, por supuesto, tú eres el amigo que lo organizó todo. ¿Cómo no suponerlo? —concluyó con un chasquido de su lengua—. Parece que el destino se empeña en que te cruces en mi camino, señor Aire, lo quiera yo o no.

—Yo forjo mi propio destino, cariño —le dijo con chulería—. Lo de cruzarme en tu camino es algo que llevo trabajando un año.

—Vale, pero ¿cómo sabes que fuimos nosotros? —insistió Rique.

—Tere, tu chica, es amiga mía —respondió, con una sonrisa triunfal que dejó al chico sin palabras—. ¿Es o no es el destino? —preguntó volviéndose hacia Julen con las manos en la cintura, tan en su salsa que parecía uno más del grupo.

Él la miró durante un instante con una expresión que no fue capaz de interpretar. Le habría gustado decir que había fascinación y respeto en esa mirada; sin embargo, sus facciones se endurecieron, como si algo le hubiera molestado.

—Bien, podemos hablar sobre esos perros después. Ahora toma asiento, Sofía —pidió con tono grave—. No voy a contarte todo el plan, pero sí te diré cuál sería tu parte en él. Por supuesto, para ti es igualmente válida la oferta que les hice a los demás. Si no estás de acuerdo en algo o deseas abandonar, puedes hacerlo en cualquier momento, aunque cuídate bien de intentar jodernos, porque si hay algo que no perdono es la traición —le advirtió mirándola a los ojos—. A cambio de tu lealtad yo te otorgaré venganza, justicia, y además te haré recobrar tu prestigio profesional.

—¿Prestigio que tú me quitaste? —inquirió ella, punzante—. ¿Esa es mi recompensa?

Por un momento pareció que Julen se quedaba sin palabras. Arrugó la frente con gesto desconcertado.

—Bueno, creo que cuando sepas en qué consiste todo el plan, eso que dices te resultará tan absurdo como a nosotros.

Sofía frunció el ceño sin comprender.

—Descuida, muchacha, serás más que recompensada, nos ayudes o no —se rio Luka, con lo que su intriga aumentó aún más.

Recorrieron el camino sumidos en un extraño mutismo. Podía sentir a Sofía vibrar en el asiento del copiloto, y no pudo evitar sonreír. Era una mujer hecha para la acción; la aventura en el lado opuesto la entusiasmaba aunque se empeñara en negarlo. Podía repetir mil veces que no era como él, pero llevaba esa picardía en las venas. Era energía pura, magnetismo, y además era preciosa. Demasiado preciosa para su serenidad.

Apenas en unos minutos había conseguido conquistar la simpatía de su equipo, como también lo había conquistado a él hacía bastante tiempo. Sofía le fascinaba en todos los sentidos. Tenía un don, poseía un carisma y una luz que era imposible que pasara desapercibida.

En ese instante le lanzó una mirada de reojo: mantenía la vista fija en la ventanilla y hervía de expectación, pero estaba pensativa, tal vez meditando las cien millones de cosas en las que solía pensar antes de embarcarse en nada. Aunque en el fondo sabía que ya estaba dentro, que no podría salir de aquello, lo deseaba tanto como él. Casi podía escuchar los engranajes de su mente mientras pensaba en todos los contras, todo lo que podría salir mal, todas las dudas... Pero era tan sumamente valiente y fuerte que a la vez estaba ideando la manera de saltar las barreras. Sofía era la criatura más fascinante y admirable con la que jamás se había cruzado.

Ella se volvió y le sonrió con las mejillas algo sonrojadas. Julen tragó saliva y desvió la mirada hacia la carretera al sentir un pinchazo raro en el pecho. En ese momento habría dado un mundo por lograr que lo viera de la misma manera que él la veía a ella. Tan preciosa, tan brillante... ¡Tan peligrosa! Se aclaró la garganta.

—Gracias por acompañarme —le dijo para romper la línea de sus pensamientos.

—No hay de qué. Siento curiosidad por conocer a mi compañero —dijo con una risita—. ¿Crees que podrá hacerme una demostración de sus dones abriendo cerraduras?

—Tú dile que lo admiras y será capaz de colarse en tu casa por la noche para demostrarte de lo que es capaz, en todos los sentidos —gruñó.

—¿También él? ¿Lo de ser un seductor ha de estar en el currículum de un estafador?

Julen soltó una carcajada y sacudió la cabeza.

—Ayuda bastante, no te lo negaré, pero no me incluyas en el ajo. No es una técnica que yo suela usar mucho.

—Ya... —bufó ella.

—¿Por qué siempre tiendes a pensar lo peor de mí? —protestó lanzándole una mirada.

—Déjame pensarlo un segundo...

—Vale, olvídalo —resopló—. Tengo que advertirte de que Víctor no está pasando por un buen momento; es por eso por lo que estoy algo preocupado por él. Nunca suele faltar a una reunión; cuando se compromete, lo hace a fondo.

—¿Qué le ocurre?

—Su ex lo está exprimiendo —respondió con una mueca de disgusto—. Se casaron porque se quedó embarazada; ella lo tenía bien planeado y le hizo firmar un acuerdo en el que estipulaba una suma desorbitada de manutención en caso de divorcio. Víctor estaba bastante colado por ella, así que firmó, convencido de que nunca se separarían. Pobre iluso... Ella no paraba de exigir lujos, así que él se vio obligado a buscar formas alternativas de conseguir pasta. Aun así, lo dejó y se llevó a su pequeña, de solo un año. Ahora Víctor necesita robar para poder pagar la pensión abusiva de su ex, además de la de su hija, claro, pero esa no le importa. Y Lena, la niña, lo único que desea es pasar más tiempo con un padre al que adora y al que apenas le permiten ver, porque la madre se ha inventado todo un historial de malos tratos falsos.

—¿Se convirtió en ladrón por culpa de una mujer? —se sorprendió Sofía—. ¡Guau! Eso le da un sentido nuevo a mi idea de romanticismo.

—No hay nada romántico ahí, créeme. Víctor estaba tan desesperado que comenzó a utilizar sus conocimientos en sistemas de seguridad para burlarlos.

—¿Conocimientos en sistemas de seguridad? —preguntó con curiosidad.

—Así es: es de tu gremio —le respondió con una sonrisa pícaro.

—Joder —escupió Sofía—. Ahora comprendo lo de la urna y todo lo que se fastidió en Artquez. ¿Es que no hay nadie de fiar en el mundo?

—Supongo que sí, pero yo no me he encontrado con muchos —contestó Julen con un encogimiento de hombros.

—Vale, continúa.

—Víctor y yo nos conocimos de una manera un poco... —Se rio y sacudió la cabeza—. El mundo es muy pequeño para los de mi gremio.

—Señor, todavía no me creo que yo esté entrando en ese mundo —gimió Sofía. Él se rio de nuevo.

—¡Pero si te encanta! —exclamó.

—¡No me encanta!

—¡Claro que sí! Solo hay que mirarte a los ojos para darse cuenta de ello —

repuso. Ella alzó una ceja fingiendo indignación y él le sonrió. Mirarla a los ojos... No había más que mirarla a los ojos para comprender que estaba jugando con fuego. Su sonrisa se borró de repente y volvió la vista al frente—. Es aquí; espero que Víctor se anime al saber que estás dentro. Porque estás dentro, ¿no?

Esperó su respuesta con la vista puesta al frente, ansioso por escuchar un «sí».

—Supongo que lo estoy desde que tú pusiste tu mira en mí —musitó ella con algo de inseguridad.

Julen aparcó el coche y se echó hacia atrás en el asiento con un suspiro. Tardó un rato en contestarle, pues no sabía cómo explicar lo que bullía en su pecho sin exponerse demasiado.

—Sofía... Sigo pensando que eres mi mejor baza en esto —le dijo con gravedad. Se volvió hacia ella, que lo observaba con ese brillo de entusiasmo mezclado con nervios e inquietud—. Pero no puedo negar que ahora... me gustaría que no participaras.

—¿Qué? —exclamó ella casi gritando—. No hablas en serio, ¿verdad? ¿A estas alturas, después de todo lo que has hecho para liarme?

—Lo que quiero decir es que me gustaría que estuvieras fuera, que eso es lo que deseo. —Suspiró de nuevo y sonrió con tristeza—. Pero nuestros deseos no siempre se corresponden con nuestras obligaciones.

—Y tu obligación es destruir a mi tío —apostilló ella.

—Lo es, de una manera que pocos pueden comprender —asintió—. Sofía, me gustaría que entendieras que, aunque soy consciente de que te necesito para hacer esto, de que contigo dentro todo será más sencillo, odio la idea de ponerte en peligro; que en realidad me gustaría esconderte en un lugar seguro y mantenerte a salvo hasta que todo esto pase. Eso es lo que quiero decir —soltó del tirón. Meditó un instante lo que acababa de confesar, repitiéndose las palabras mentalmente y llegando a la conclusión de que, al final, sí que se había expuesto más de la cuenta, ¡mierda!

—¡Vaya! —exclamó ella tras unos instantes de silencio—. Si no supiera que es Aire el que me habla, casi podría llegar a creer que te importo, y hasta que te gusto un poco.

Él sonrió, y no pudo resistirse a acariciarle la mejilla.

—Por supuesto que me importas; me importa más gente de la que piensas. No soy el monstruo que te empeñas en imaginar que soy —murmuró—. Y me gustas; suponía que eso ya te había quedado claro.

—Bueno, tienes una forma rara de camelarte a tus conquistas. No me negarás

que...

No la dejó seguir hablando, porque escuchar su falta de confianza le hacía daño. Se acercó y la besó con suavidad; un roce que fue del todo insuficiente y que necesitó profundizar con pequeñas caricias y un barrido ligero de su lengua. Su corazón se aceleró en segundos y se apartó de ella, evitando mirar esos labios húmedos y sus ojos castaños oscurecidos por el deseo.

—Vamos a ver a Víctor.

11

—¿Por qué no abres, maldita sea? —susurró Julen mientras presionaba el timbre por quinta vez.

—¿Y si ha salido? —sugirió Sofía, contagiada de su nerviosismo.

—¿Y por qué no coge el teléfono? —refunfuñó él, que lo intentó de nuevo con el móvil y volvió a desistir con frustración.

—Tal vez no pueda.

—No... ¿Faltar a una reunión, no coger el teléfono desde ayer y ahora esto? —Chascó la lengua y pulsó un timbre del portero al azar—. Buenos días, señora —saludó con voz melosa cuando contestaron—. Publicidad, ¿puede abrir?

—Déjelo en el buzón.

—No puedo, traigo muestras de perfume; si las dejo aquí fuera, volarán, ya me entiende. ¿Sabe qué? Olvídelo: la verdad es que no me exigen que las entregue en todos los bloques del barrio y...

Su cháchara fue cortada por el sonido de la puerta al abrirse.

—¿Perfume? —exclamó Sofía—. ¿Tan sencillo?

—Alucinarías si te contara la de veces que me abren por cosas menos golosas que unas muestras de perfume.

—Madre mía... —resopló.

Cuando llegaron frente a la puerta de Víctor, Julen llamó al timbre con insistencia sin obtener respuesta.

—Te digo que esto no me huele bien —masculló.

—¿Y qué podemos hacer? ¿Llamamos a la policía?

Sin responder, Julen se metió la mano en el bolsillo y sacó un juego de llaves. Echó una mirada a la cerradura y se puso a pasar llaves como si fueran cartas; en ese momento Sofía se dio cuenta de que se trataba de sofisticadas ganzúas camufladas.

—¿Por qué me sorprende? —resopló—. Podías haberlas sacado antes, ¿no?

—¿Y violar la intimidad de mi amigo?

Miró a ambos lados, introdujo una de las llaves y su expresión se volvió pensativa mientras trasteaba. Se escucharon algunos clics, y en menos de un parpadeo Sofía oyó cómo se descorría el cerrojo al otro lado. Julen sonrió satisfecho y guardó su juguetito de nuevo antes de empujar la puerta.

—Conmigo no tienes tantos remilgos con eso de violar la intimidad —

protestó ella.

Julen no la escuchó, y entró en la casa con expresión tensa. Llamó a Víctor, pero nadie respondió: de hecho, el piso parecía vacío. Sin embargo, algo debía de intuir, pues lanzó un juramento y fue directo a una de las puertas.

El dormitorio estaba a oscuras, con la persiana bajada y las cortinas corridas. Cuando Julen encendió la luz, se toparon con el cuerpo de un hombre tendido en la cama.

—¡Víctor! —exclamó Julen, que echó a correr hacia él—. Dime algo, compañero. ¡Víctor!

Sofía habría jurado que estaba muerto. Tenía el rostro blanco como la pared y no se movía. Se acercó y apartó con delicadeza a Julen para comprobar sus constantes vitales.

—Está vivo, pero apenas respira —dijo, y comenzó a desabrochar los primeros botones de la camisa y a practicarle la reanimación cardiopulmonar. Lanzó una rápida mirada a su alrededor, y no le costó ningún trabajo encontrar los dos botes de pastillas sobre la mesita de noche—. ¡Llama a emergencias! Coge esos botes y diles lo que ha tomado.

Julen obedeció sin decir una palabra y ella se centró en su tarea con más ahínco.

—¡Vamos, vamos, arriba! —lo urgía, aunque sentía que se le iba.

—Julen... —Luka se acercó hasta ellos en la sala de espera del hospital y le dio una palmada en el brazo a su sobrino—. ¿Cómo se encuentra?

—Todavía no sabemos nada —respondió Julen con voz cansada, pasándose la mano por la cara—. ¿Les has contado algo a los demás?

—No, no creo que a Víctor le gustara tanta atención —negó—. Me pasé por su casa antes de venir y eché un vistazo por si encontraba algo que nos aclarara esta locura.

—¿Y? —preguntó Julen. Luka le pasó un sobre con una mueca de desagrado.

—Su ex se la ha jugado bien. No me extraña que estuviera deprimido. ¡Maldita sea, lo guardó todo para sí mismo y no le dijo nada a nadie!

Julen leyó la carta y lanzó un juramento. Sofía se acercó, algo tímida, pero él se la pasó como si formara parte de su grupo desde siempre.

—¡Oh! —exclamó con pesar al leerla.

Al parecer, Víctor había estado peleando por la custodia de su hija y la había perdido.

—Va a mudarse a Londres en breve. Víctor lo va a tener difícil para ver a la

pequeña a partir de ahora —aclaró Luka lúgubrememente.

—Señor, qué horror —susurró ella—. Pero ¿quitarse la vida? Eso nunca es una opción: hay vuelos, puede viajar...

—Esa mujer ha justificado su traslado aduciendo que Víctor las maltrataba a ella y a la pequeña —aclaró Julen con rabia—. Nunca consiguieron demostrar nada, pero no me cabe duda de que si él se acerca más de la cuenta, ella conseguirá su propósito.

—¿Y no hay nada que podáis hacer? —Los dos hombres la miraron con sorpresa—. Quiero decir, vosotros sois algo así como magos. ¿No podéis crear alguna trampa, alguna estafa para ayudarlo y joder a esa bruja?

Ambos se miraron durante unos segundos antes de que Luka desplegara una sonrisa lenta y pícara que dotó a sus ojos de un brillo de inteligencia.

—Oye, sobrino, esta chica vale —se rio—. ¿Qué me dices, podemos hacer algo por Víctor?

Julen se mordió el labio con ese gesto tan sexy que indicaba que algo se estaba cocinando en su cabeza, y sonrió también antes de asentir.

—Sí, yo creo que tal vez podamos maquinar algo.

—¿Son ustedes parientes de Víctor Núñez? —Uno de los doctores se acercó hasta ellos.

—Víctor no tiene familia en la ciudad; somos sus amigos. Nosotros lo trajimos al hospital —respondió Julen.

—Bien, le hemos hecho al señor Núñez un lavado de estómago y se encuentra estable en este momento, aunque bajo vigilancia. Pueden pasar a verlo si lo desean.

—Claro —dijo con alivio—. Me va a oír ese idiota...

—Pero, antes, ¿saben si padecía depresión, si tenía problemas? —preguntó el doctor.

—Tenía problemas con su exmujer, sí.

—Debo tomar algunas medidas entonces: si lo ha hecho una vez, podría volver a intentarlo cuando salga de aquí.

—Hagan lo que tengan que hacer, pero descuiden: cuidaremos bien de él a partir de ahora —aseguró Luka. El doctor asintió en un gesto seco.

—Déjenme decirles que ha estado muy cerca. Le salvaron la vida al aplicarle los primeros auxilios: de no haber sabido actuar, habría sido muy tarde.

Julen se volvió hacia Sofía cuando el médico se alejó y, antes de que ella tuviera tiempo de reaccionar siquiera, la abrazó con fuerza y la besó con ferocidad, sin

importarle que Luka estuviera mirando, descargando en ese beso toda la preocupación y temor que había padecido por su amigo.

—Gracias —susurró con voz ronca al separarse, acariciándole la mejilla con devoción.

Sofía tragó saliva para tratar de calmar el temblor que le había provocado en las rodillas y sonrió con timidez.

—De nada.

—Gracias por traerme a casa. La verdad es que no está mal esto de no necesitar decir ni dónde vivo —se rio Sofía cuando Julen aparcó el coche a unos metros de su portal—. Me hace tener la cálida sensación de que me protege un ángel de la guarda o algo así.

—No soy un ángel, pero te aseguro que, en la medida de mis capacidades, sí que te guardaré —le dijo él con una seriedad que le sorprendió—. Mientras tú me lo permitas, al menos.

—Sí, como si a ti te importara mucho mi permiso —resopló ella, lo que le provocó una carcajada.

—Gracias de nuevo por salvar la vida de mi amigo.

—Vamos, cualquiera habría hecho lo mismo; no es para tanto —murmuró, un poco intimidada por su intensa mirada—. Bueno, pues...

—¿Estás segura de que no quieres que te invite a cenar?

De lo que no estaba segura era de si era sano permanecer más tiempo con él. Una parte de ella se moría por descubrir más cosas del misterioso Aire, del cual comenzaba a conocer una faceta humana y cálida que le resultaba tan peligrosa para su estabilidad como su versión rebelde. Sin embargo, la otra parte, la sensata, la que cuidaba de que nada le hiciera daño, le advertía con insistencia de que debía establecer unos límites. No obstante, era tan difícil cuando lo tenía al lado, mirándola con esos ojazos azules llenos de secretos que se moría por descifrar...

—¿Qué te parece si te invito yo? No soy una gran cocinera, pero preparo la tortilla francesa como nadie —dijo, dando rienda suelta a su parte pasional—. Entrarías en mi casa con permiso por primera vez, todo un acontecimiento.

Julen se echó a reír, pero esa risa sonó profunda y cargada de erotismo. Sofía sabía que pisaba terreno peligroso al invitarlo a subir; ninguno de los dos pensaba precisamente en la cena en ese momento. Se dio cuenta de lo mucho que se había acercado al fuego cuando se encontró a sí misma rogando mentalmente

por que aceptara su invitación. Y lo hizo, desde luego, porque era Aire, el hombre más seguro y orgulloso que había conocido en su vida, y el cual ya había dejado bastante claro que la deseaba.

—Creí que tu nueva perra saldría a recibirme. No me digas que has cogido a la marmota del criadero... —le dijo él cuando entraron en el piso.

—No, le pedí a Tere que se quedara con ella una temporada: preveo que pasaré poco tiempo en casa en los próximos días, y ese animalito no ha conocido otra cosa que esa jaula, se asusta de todo, así que no me pareció buena idea que estuviera aquí sola.

—Para que luego nos llamen a nosotros delincuentes —gruñó Julen mientras se quitaba el abrigo, que dejó sobre el sofá.

—Ponte cómodo, ya conoces donde está todo —lo invitó ella con sarcasmo.

—Prefiero ayudarte con la cena —se ofreció él sonriente—. Es lo menos que puedo hacer por ti, ya que no me permites invitarte.

—Como quieras, pero ya ves tú qué misterio tiene hacer una tortilla.

—Todo tiene su misterio. —La siguió hasta la cocina, se remangó el jersey y se lavó las manos en el fregadero—. El secreto de una buena tortilla está en el batido de los huevos.

—Ah, qué interesante.

Julen se rio y se volvió hacia ella. En ese momento, por la mente de Sofía pasaron un montón de cosas. En un principio pensó, como siempre que lo contemplaba, que era el hombre más guapo que existía, que poseía una mirada hipnótica, mezcla de ternura, peligro y pasión. Por otro lado pensó lo raro que era todo: en cuestión de unas semanas había pasado de ser una leyenda del crimen a convertirse en Julen, el Julen que rescataba perros, actuaba como Celestina de un amigo o lloraba sin pudor ante el miedo de perder a otro; el Julen que ahora rebuscaba en su frigorífico y se manejaba por su cocina como si estuviera en su casa. Sofía resopló.

—Oye, no te sientas tan cómodo en mi casa, ¿quieres? —refunfuñó, al tiempo que le quitaba la sartén de la mano—. Es siniestro que sepas dónde está todo mejor que yo misma.

—No es lo que crees: es que eres tan ordenada que es fácil intuir dónde guardas cada cosa —le aclaró él con una nueva sonrisa.

—Ya —escupió ella con fastidio: de repente ser ordenada y metódica parecía algo de lo que avergonzarse—. Pues te recuerdo que he estado en tu casa, y también tú eres desquiciantemente ordenado para ser un hombre.

—¿Por qué una cosa no puede ir ligada con la otra? ¡Qué machista eres! Como si por ser un hombre tuviera que ser un cerdo... —Soltó una carcajada al ver su mueca de escepticismo—. Pues me encantaría que vieras la casa de Luka: ordena el vestidor por tonalidades de colores.

—Y por qué será que de él no me sorprende... —rio ella también.

—Tampoco yo soy un cerdo, señorita perfecta, me gusta tener mi casa ordenada y limpia. Además soy un buen cocinero, y te lo pienso demostrar esta noche. —Le arrebató de nuevo la sartén y le hizo un gesto de advertencia con el dedo—. No, te estás quietecita. Déjame recompensarte de algún modo por salvar la vida de mi amigo.

—Y dale, que no hay nada que recompensar.

—Bueno, pues déjame que presuma de una de mis habilidades para que tu admiración por mí crezca aún más.

—Fantasma —masculló; no pensaba admitir que llevaba razón. Le fascinaba, y lo único que le faltaba era verlo con un delantal preparándole la cena. ¿En qué fantasía se había imaginado a ese bombón cocinando para ella?—. Vale, pues si te quedas de cocinero, creo que aprovecharé para darme una ducha, me la he ganado. A no ser que también te ofrezcas para frotarme la espalda o algo por el estilo.

Vale, lo había dicho con toda la intención, y la mirada ardiente que le lanzó él le dijo que había merecido la pena el atrevimiento.

—No des sugerencias que no estés dispuesta a llevar hasta el final, Sofía —le advirtió en un ronroneo caliente—. Podría frotarte hasta hacer fuego.

Sofía lo miró durante un instante, mientras una imagen muy vívida de lo que acababa de decir cruzaba su mente. Tragó saliva y apartó la vista de esos ojos que se volvían más oscuros a medida que los segundos pasaban.

—Está bien, creo que me ducharé yo solita —dijo al fin. Él le regaló una de sus sonrisas lobunas.

—De acuerdo, pero date prisa: la cena no tardará.

—Sí, mamá —refunfuñó, y dejó la cocina para dirigirse al cuarto de baño.

Fue obediente, después de todo. Le hubiera gustado quedarse una hora bajo el chorro caliente para relajar los nervios vividos tras lo de Víctor, pero pronto se percató de que estaba demasiado ansiosa por reunirse de nuevo con Julen. Eso sí, teniendo en cuenta cómo se caldeaban las cosas cuando él estaba cerca, se tomó su tiempo para darse un repaso en las piernas con la cuchilla y embadurnarse bien con su *butter cream* de frambuesa. Se envolvió en su albornoz blanco y se

peinó hacia atrás su corta melena castaña sin más ceremonias.

Cuando salió del cuarto de baño, se encontró a Julen apoyado contra el quicio de la puerta de la cocina. Él le sonrió con una de esas sonrisas lentas y apreciativas que la hacían sentirse la mujer más deseable sobre la tierra y extendió una mano.

—Ven, *milady*, la cena está servida —le dijo con voz suave.

—¿No puedo ponerme algo de ropa antes?

—¿Y privarme del placer de contemplar esas piernas y ese escote? —inquirió él con las cejas arqueadas con picardía.

—¡Por favor! ¿Cómo se me ha podido ocurrir siquiera la idea? —exclamó ella siguiéndole el juego mientras tomaba su mano. Julen la recompensó con una risa cálida que iluminó sus ojos. Se llevó la mano a los labios, con una elegancia propia del mismísimo Luka—. Qué peligro tienes...

—No más que tú —respondió él, y la condujo a la cocina, de donde salía un delicioso olor que provocó que sus tripas se quejaran—. Tu estómago celebra que yo haya hecho la cena —se burló.

—Creo que en este momento mi estómago celebraría incluso que Hannibal Lecter hubiera preparado la cena.

—Pues ven aquí, antes de que se enfríe.

Cogiéndola desprevenida, Julen la levantó del suelo y la sentó sobre la encimera. El albornoz se le abrió hasta la mitad del muslo, pero Sofía sintió una satisfacción perversa al ver los ojos de él atrapados en esa porción de piel, y no hizo nada por taparse.

—Uhm, ahora juegas con ese poder que sabes que tienes sobre mí —murmuró él, y le cerró el albornoz.

—No creo que nadie tenga poder sobre ti, Aire —se rio ella.

Julen se limitó a chascar la lengua y se dio la vuelta. Ella lo miró fascinada mientras servía la tortilla y dos copas de vino tinto del que guardaba para las ocasiones especiales que rara vez se presentaban en su vida.

—Recuérdame que, como agradecimiento por tu participación en el golpe, mejore tu bodega —le dijo con sarcasmo.

—¿Qué quieres que te diga? Bebo cerveza normalmente.

Julen puso la cena junto a su muslo, cortó un trozo de tortilla con el tenedor y se lo llevó a ella a la boca. Sofía se sonrojó un poco ante lo íntimo que le pareció aquel gesto, pero separó los labios y dejó que le introdujera la comida.

—¡Uhhh! Pues sí, me quito el sombrero. Realmente le das un concepto nuevo

a una simple tortilla francesa —lo felicitó con sinceridad—. ¿Qué le has echado?

—¿Pretendes que te desvele mis secretos? —inquirió él, antes de beber un sorbo de su copa.

—Eso me encantaría —susurró, poniendo en voz alta sus pensamientos.

Julen la miró con seriedad un instante, antes de volver a cortar un trozo de tortilla que, de nuevo, le acercó a la boca.

—¿Qué quieres saber? —le preguntó al cabo de un rato.

—¿Quién eres? —soltó Sofía sin cortarse.

—Empiezas por lo más difícil —rio él entre dientes.

—No siempre fuiste lo que eres ahora, ¿no? ¿Cómo nació Aire? ¿Te ocurrió algo similar a Víctor?

—¿Una mujer? —bufó él—. No, las cosas en mi caso fueron bastante diferentes. Mis padres murieron siendo yo un niño y quedé al cuidado de mi abuela, una mujer excepcional. Pero ella también murió cuando yo tenía trece años, así que acabé solo. Por culpa de... —Dejó de hablar, y Sofía fue capaz de captar ese brillo de furia que siempre aparecía cuando su tío salía en la conversación. Julen hizo una mueca y continuó—: En fin, sabía que me llevarían a un orfanato, así que me escapé, pero, claro, no tenía de qué vivir. —Cortó un nuevo trozo de tortilla y volvió a dárselo—. Cuando robé mi primera cartera fue una chapuza; me pescaron, por supuesto, y el tipo en cuestión me dio una paliza. Con la segunda fui más astuto. A la tercera comencé a cogerle el gusto. Cuando llevaba un mes en la calle me consideraba el mejor carterista de la zona. —Julen se echó a reír y sacudió la cabeza—. Hasta que se me ocurrió la idea de meter la mano en el bolsillo de uno de los mejores estafadores del mundo.

—¿Luka? —adivinó ella.

—A Luka le pareció divertido mi patético intento, y en lugar de denunciarme me enseñó en lo que había fallado —continuó con un brillo de afecto en los ojos—. Algo debió de ablandarse en el corazón de piedra de ese presumido, porque comenzó a aparecer por todos los lugares a los que iba. Una noche impidió que le robara a un tipo, y resultó que se trataba de un poli. Era una trampa, porque ya corrían rumores sobre mí y me habían denunciado varias personas; no era demasiado discreto, la verdad. Luka me salvó el pellejo y yo le juré lealtad, la lealtad de un niño, ya ves...

—Y él decidió enseñarte a robar.

—Hizo mucho más que eso. Me llevó a su casa y se convirtió en un padre para mí. Juntos llegamos a formar el equipo más temido de Europa —acabó con una

sonrisa de orgullo.

Sofía lo miró en silencio un largo rato, mientras él se comía su cena. No se le había escapado que había evitado hablarle de sus años anteriores, los que vivió con su abuela o sus padres. Esa era la parte que más curiosidad le producía, la parte en la que intuía que habían nacido el dolor, el odio y los deseos de venganza. Algo le dijo que era ahí cuando el verdadero Aire había nacido, pero se guardó de decir nada. Ella mejor que nadie podía entender la necesidad de guardar los recuerdos más dolorosos.

—Una historia triste, y, sin embargo, con un matiz dulce —musitó.

—Es una historia con final feliz. Aunque te cueste creerlo, Luka fue un gran padre y un mejor amigo. Julen le debe la vida —afirmó con seriedad.

—Julen... —murmuró Sofía, pensativa, mientras él se daba la vuelta para dejar los platos en el fregadero—. ¿Y el niño que desapareció el día que murió su abuela tiene nombre?

Él se giró y la miró con una sonrisa que le dijo, sin necesidad de pronunciar una palabra, que había dado en el blanco.

—Tal vez —ronroneó, y caminó hacia ella con esa mirada ardiente que le hacía perder el hilo de los pensamientos.

—¿Te has dado cuenta de que utilizas esa respuesta demasiado a menudo? —espetó con frustración.

Julen se acercó hasta situarse justo enfrente. Se mordió el labio y la miró de arriba abajo de una manera que logró encenderle la piel allí donde sus ojos se posaban. Aspiró aire lentamente y apartó un poco su albornoz hasta descubrirle la rodilla, que cubrió con la cálida palma de su mano.

—Uhm... Tal vez —susurró; presionó un poco para separarle las piernas y colarse entre ellas.

Sofía contuvo el aliento mientras esa mano comenzaba a escalar por su pierna y ganaba terreno sin encontrar ninguna resistencia de ropa bajo el albornoz.

—¿Qué se supone que estás haciendo? —preguntó.

—Rendirme a ese poder que tienes sobre mí —respondió, al tiempo que se inclinaba para acceder a su boca.

Le dio un beso lento, dejándole probar la humedad de sus labios. Sabía a vino y a deseo prohibido, y era embriagador. Sofía gimió quedamente y él introdujo la lengua despacio, para darle una caricia suave antes de retirarse y comenzar a adorar sus mejillas. Mientras una mano se había parado a mitad del muslo, la otra acariciaba su cuello, su clavícula y subía hasta su cabello mojado, para introducir

los dedos y rozar la cabeza ligeramente con las uñas, cerca de su nuca. No habría podido resistirse ni aunque lo hubiera deseado. Julen sabía tocarla en los lugares precisos para que su cuerpo se derritiera y su voluntad se evaporara.

Él se apretó un poco más contra su cuerpo, pero le pareció que aún estaba demasiado lejos. Su lengua comenzó a jugar cerca de su oído; sus dientes pellizcaban con delicadeza la piel sensible del cuello y le provocaban un estremecimiento. De repente la mano sobre su muslo parecía arder, y sintió una necesidad feroz de que la moviera, así que decidió tomar la iniciativa y puso la suya encima, para empujarla un poco más arriba. La risa ronca de Julen vibró en su oído; giró la mano y le sujetó la muñeca. Sofía sintió la piel helada cuando la separó.

—Estese quieta, *señoga Mággués* —le dijo, imitando el desquiciante acento francés y el tono autoritario del agente Allard del aeropuerto de Lyon. Si no hubiera estado tan excitada en ese momento, le habría dado una bofetada por traerle a la memoria un episodio tan humillante—. Si querías mandar, haber empezado tú el juego —le ronroneó cerca de la boca.

—¿Se trata de un juego? —jadeó ella cuando Julen puso de nuevo la mano sobre su pierna y empezó a moverla con lentos círculos ascendentes.

—Uno que puede ser maravilloso dependiendo de con quién se juegue —respondió.

Sin darle opción a replicar, volvió a besarla. Sus lenguas se enredaron abrasadoramente en un ritmo pausado y ardiente lleno de promesas. La mano sobre su muslo se deslizó hacia el interior, allí donde Sofía sentía que su humedad le había perlado la piel. Julen gruñó ligeramente sin salir de su boca, mientras recorría aquel tramo con la palma y la yema de los dedos, siempre hacia arriba, hasta que su roce le hizo cosquillas en sus rizos, antes de que se adentrara a explorar su sexo.

Sofía gimió contra su boca cuando los dedos de Julen alcanzaron su centro. Él la besó más profundamente y separó su alboroz para descubrir sus pechos. Bajó hasta allí la cabeza y los adoró con la boca, lamiendo, dando pequeños mordiscos y succionando sus pezones, mientras atendía sus pliegues húmedos con suavidad, en caricias lentas y circulares que en cuestión de segundos la dejaron empapada y jadeante, anhelante y temblorosa. No recordaba haberse sentido tan caliente en su vida, tanto que, con apenas unos roces más, llegó al orgasmo, un orgasmo que no se esforzó en reprimir, pues sospechaba que él tendría muchos más planeados para ella. Echó la cabeza hacia atrás y jadeó mientras se apretaba contra su mano.

Cuando abrió los ojos, Julen la miraba con las pupilas dilatadas en unos ojos ardientes. Tenía la mandíbula tensa, como una fiera que se contenía para no devorarla. Su mano continuaba en el mismo lugar, y la cuestión era que, a pesar de aquella deliciosa primera liberación, Sofía seguía anhelante, seguía necesitando a Julen hasta resultar doloroso. Le tocó el mentón con suavidad y lo besó. Él le recorrió la mejilla con la yema de los dedos.

—Ojalá pudieras verte en este instante —susurró con una dulzura que la cogió desprevenida, dado el ardor de la escena—. He deseado tanto verte así...

Y tal vez fuera el hombre más embustero y embaucador sobre la Tierra, pero en ese momento le pareció tan sincero y sus palabras le calaron tan dentro que algo se removió en su pecho de una forma curiosa y le provocó un calor diferente al que daba el deseo. Sofía entrelazó los brazos en su cuello y lo besó de nuevo, esta vez más profundamente, hasta que él volvió a entregarse dentro de su boca. Sus dedos siguieron prodigándole caricias tiernas a través de su humedad, deteniéndose en su centro y deslizándose hacia abajo hasta rozar su entrada. La penetró con un dedo despacio, muy despacio, y Sofía aumentó sus jadeos hasta que estuvo completamente dentro. Era una sensación increíble y a la vez tan insuficiente...

—¿Quieres torturarme o algo? —le preguntó con el aliento entrecortado. Julen sonrió.

—Por supuesto que no. Creo que quiero torturarme a mí mismo —le respondió, con la voz convertida en un susurro contenido.

—Pues yo no lo deseo, desde luego —replicó ella, e introdujo las manos entre los dos para ocuparse de sus pantalones.

Julen inspiró hondo contra su cuello cuando liberó su erección. La recorrió despacio, arriba y abajo, recreándose con la sensación de dureza cubierta de seda, la humedad al llegar al final, el vello al recorrer el camino inverso. Él seguía el juego de su mano con las caderas, con la respiración agitada cosquilleándole en el oído. En ese instante sí que se sintió con poder sobre él: estaba tan al límite que sospechaba que si seguía así no podría contenerse, así que cambió de postura para juntar sus caderas y acercarlo hacia ella, allí donde más lo necesitaba.

Julen resolló cuando su miembro tocó los pliegues de los que antes se ocupaban sus dedos; Sofía lo colocó justo en el centro y se movió arriba y abajo, para acariciarlo con su sexo de la misma manera que antes lo había hecho con la mano. La fricción era tan maravillosa que ambos incrementaron el ritmo: más deprisa, más cerca, hasta que aquel juego comenzó a ser devastador.

—Sofía —gimió él besándola de nuevo, hambriento, poseyéndola con la lengua.

Situó su erección en su entrada y pretendió jugar con ella, otorgándole unos roces tentativos, introduciéndose solo un poco, pero aquello ya había llegado demasiado lejos para ambos. La sujetó por el trasero con ferocidad y se enterró en ella de una embestida con un gruñido. Sofía echó la cabeza hacia atrás, mordiéndose los labios. Era increíblemente perfecto, como si ella hubiera sido creada para albergar a ese hombre y él para llenarla a ella. Cuando alzó la cabeza bastó mirar sus ojos convertidos en un mar embravecido para que casi alcanzara el clímax. Julen era la tormenta en ese momento, igual de hermoso, de eléctrico y poderoso.

La cogió por la nuca y la besó con pasadas lentas de su lengua, mientras, despacio, se retiraba de su interior para volver a entrar en ella centímetro a centímetro, hasta penetrarla una vez más por completo. A pesar del estado en el que sabía que se encontraba, Julen fue capaz de capear la tormenta con estoicismo. Bailó dentro de ella, entrando hasta el fondo y empujando aún más con movimientos giratorios. Sofía jadeaba al compás del ritmo que él marcaba, del sonido de sus respiraciones entrelazadas y sus caderas golpeando con cada embestida, cada vez más rápido, cada vez más fuerte. Hasta que el baile llegó a un extremo en el que ninguno de los dos quería seguir resistiéndose.

Julen aumentó el ritmo y Sofía lo acompañó a la vez que lo empujaba por el trasero para sentirlo más profundamente. El mundo se redujo a ese punto de sus cuerpos, a su boca jadeando contra su cuello, mientras apretaba sus nalgas con la mano y entraba y salía de ella con golpes contundentes y húmedos, que lograron hacerla estallar. Cerró los ojos y gritó como no recordaba haber gritado jamás a causa del sexo.

Julen gruñó de nuevo y entró, aún más rudo, cuando sus contracciones abrazaron su miembro. Pronunció su nombre mientras la embestía una última vez con fuerza, antes de quedar laxo entre sus brazos.

—Dios mío —susurró Sofía, acariciándole el cabello con ternura, mientras él trataba de recuperar el aliento con la cara enterrada en su cuello—. ¿Cómo puede haber cambiado tanto mi vida en unas semanas? —La risa de Julen le produjo cosquillas—. Creo que ni en mis fantasías más perversas había soñado con acostarme con el malo.

Él la miró con una ceja alzada con ironía, aunque a Sofía no se le escapó el rictus de pesar que mostró su boca durante una décima de segundo.

—Yo, en cambio, he soñado con esto desde que te vi la primera vez —le confesó.

Ella lo miró tratando de encontrar la falsedad en su tono, el brillo en sus ojos que denotaba que no hablaba en serio. Lo único que vio fue una mirada azul cobalto, límpida y cristalina, que la recorría con expresión de devoción.

—No me digas que entrabas en mi casa cuando yo no estaba y rebuscabas en mis cajones de ropa interior para montarte fiestas privadas sobre mi cama — bromeó para romper la intensidad del momento.

Julen soltó una carcajada y, con un movimiento ágil, la levantó de la encimera, la cogió en brazos y echó a andar.

—No, pero sí que he fantaseado con hacerte el amor sobre tu impecable cama hasta el amanecer, y dejar la ropa tan revuelta como si se hubieran peleado una manada de leones en ella.

—Uhm... Creo que eso de pelear sobre la cama es algo que te pone —lo picó cuando llegaron al dormitorio.

—No lo sabes bien —ronroneó él mientras la dejaba sobre el colchón y la cubría con su cuerpo.

12

—¡Buenos días, chicos!

—¡Ey, Aire! Mira esto, tío; he estado trabajando en la identidad de Marinetti un poco más —lo saludó Rique con entusiasmo cuando entraron en el «cuartel general»—. Le he metido algunos antecedentes por posesión de drogas en la adolescencia.

—¿Por qué sigues con Marinetti, Rique? —le reprendió él con una risita—. Deja al pobre mafioso en paz de una vez.

—Era para hacer tiempo.

—Espera, espera... ¿Marinetti? —preguntó Sofía, mirando a Julen con los ojos muy abiertos—. ¿Pepino Marinetti? ¿El célebre mafioso? —Él asintió con una sonrisa—. ¡Marinetti es una leyenda, es imposible que sea creación vuestra!

—En realidad fue idea de Luka, y bien útil que nos ha resultado más de una vez —aclaró—. Sí, es una leyenda, aunque mi tío ha llevado su identidad en alguna ocasión.

—No me lo puedo creer...

Lo que también le costaba creer aún era que ella se encontrara allí, como una más en aquel grupo de ladrones que, debía admitir, le caían bien a pesar de conocerlos tan poco. Aunque para cosas increíbles, lo suyo con Julen... ¿Qué era lo que tenía con Julen?

Dos días después de aquella gloriosa noche, aún no sabía qué pensar, ni de él ni de lo que ella sentía cuando estaba con él. Pasaron todo el día siguiente juntos hasta el anochecer, almorzando, paseando, cenando, como si fueran una pareja normal, y había sido tan genial en todos los sentidos...

Sofía lo había añorado durante todo el día siguiente. Le hubiera gustado que se quedara también esa noche, pero él había sido bastante sensato al respecto. Le estaba dando tiempo y espacio para reflexionar, tal vez él también los necesitara.

Sabía que esa ansiedad por estar con Julen no era solo debido al sexo. Tampoco podía hablar de algo más profundo, pues apenas lo conocía, pero lo que sí tenía claro era que le gustaba su compañía. Sofía había pasado la mayor parte de su vida sola y creyendo que eso no le afectaba, y de repente llegaba ese hombre y sentía que la soledad era terrible. Cuando estaba con él, todo parecía más intenso, más vivo. Su energía la hacía vibrar, era adictiva, y a pesar de que sabía que pisaba terreno peligroso al permitirle entrar tan dentro, allí donde las cosas podían

doler mucho, no tenía ni fuerzas ni ganas de parar aquello.

Esa mañana, Julen había ido a recogerla a su casa. Al verla la había besado como si también él la hubiera echado en falta; tanta era la necesidad de ambos que habían acabado sudando y jadeando sobre la cama antes de darse siquiera cuenta de ello. Era bueno dejarse llevar por una vez en la vida. Julen lo hacía, lo daba todo con pasión, sin importarle las consecuencias, y eso era algo que le fascinaba de él, aunque no conseguía acallar esa vocecita de alarma en su cabeza que le advertía de que era fácil entregarse así cuando no tenías nada que perder, cuando no estabas en riesgo de acabar con el corazón roto.

En fin, fuera como fuera, allí estaba ella, jugando a los ladrones con un hombre arrollador y su *chupipandi*, formada por los estafadores más perseguidos de Europa. ¿Lo mejor y más increíble de todo? ¡Se sentía más viva que nunca!

—¡Ey, Sofía! —la saludó Sam—. Aire nos dijo lo que hiciste por Víctor. Eres la caña, tía.

—No fue nada —rio ella—, y menos mal que funcionó: nunca se me dieron muy bien los primeros auxilios.

—Buenos días, chicos, ¿llego tarde?

Esther apareció con su aspecto imponente y perfecto, y la reacción del grandullón fue inmediata. Se sonrojó y comenzó a sonreír sin motivo.

—No, no te preocupes —respondió, solícito—. Aún no ha llegado el viejo.

—Sam... Procura que mi tío no te escuche llamarlo así, si quieres conservar ciertas cosas valiosas dentro de tu pantalón —le advirtió Julen, aunque él ni lo escuchó.

—Estás muy guapa esta mañana, Esther —le dijo con torpeza. Ella se limitó a bufar y le dio la espalda para servirse un café de la cafetera—. Quiero decir... Estás guapa siempre, pero es que hoy...

—Sam —lo llamó Sofía con suavidad. Él la miró con cara de cachorrillo desvalido, mientras ella lo alejaba un poco para que no los escucharan los demás—. Oye... A ti te gusta Esther, ¿verdad?

—¿Qué? —se espantó, y miró hacia atrás para asegurarse de que ella no estuviera escuchando—. ¿Te lo ha dicho Aire? Porque si ha sido él, voy a...

—No me lo ha dicho nadie —lo tranquilizó—. Y tampoco creo que ella sospeche.

—Es una mujer estupenda, pero es difícil... —Su rostro se entristeció.

—¡Claro que sí! Todas las personas lo somos. En realidad, hay que saber cómo tratar a cada una, molestarse en conocerla bien, ¿sabes?

—Pero es que ella nunca quiere hablar conmigo, se ríe de mí. —Torció los labios en una mueca—. Y cuando lo hace yo me cabreo y me olvido de ser delicado. Me comporto como el garrulo que soy y discutimos siempre.

—Creo que tu problema es justo ese, Sam, que te esfuerzas demasiado en ser una persona que no eres con ella. Tú eres tú, único y diferente, ¿entiendes? Apuesto a que ella también se quita la máscara cuando discutís de esa manera que dices.

—Tal vez, no lo sé; siempre estamos soltándonos burradas.

—¡Eso es muy bueno! —Él la miró con las cejas alzadas—. Quiero decir que es bueno que os mostréis tal como sois, que no finjáis.

—¿Aunque sea discutiendo?

—Por algo hay que empezar —respondió ella con un encogimiento de hombros—. A ver, cuéntame, ¿por qué te gusta Esther?

—¿Por qué? ¿Tú la has visto? —resopló.

—He visto a una mujer guapísima, pero no me dirás que es la única con la que te has topado en tu vida. ¿Por qué ha conseguido convertirse en la única?

—¡Pues porque es única!

—¿Por qué? —repitió con paciencia.

—Es inteligente, fuerte, decidida, valiente... —enumeró el hombretón con la mirada iluminada—. Habla ocho idiomas a la perfección, sabe de todo... ¡Joder, si hasta sabe tanto de explosivos como yo!

—Ajá, son un montón de virtudes, ¿no?

—¡Muchísimas!

—¿Y por qué te centras siempre en el físico?

—¿Cómo? Yo no...

—¡Lo has hecho ahora mismo, Sam! Le has dicho que estaba guapa. ¿Sabes la de veces que debe de escuchar Esther esas palabras al día? ¿Y sabes cómo debe de molestarle que tantos años de estudio, tanto tiempo invertido, tantas virtudes pasen desapercibidos, escondidos bajo esa belleza que le recuerdas caaaaada día?

—Pues...

—Escúchame, Sam. ¿Quieres que Esther te tome en cuenta? —Él asintió con entusiasmo—. Comienza a tratarla como a un miembro del grupo, como a uno valioso. No le alimentes el ego, solo dile lo que es verdad, cuándo lo hace bien o mal, cuándo te sorprende... ¡Reconócele todas esas virtudes que sabes que posee! ¡Para recordarle lo guapa que es ya están los demás hombres! Tú tienes que ser el único, ¿entiendes?

Sam la miró como si de repente le hubiera salido un arito dorado en la cabeza y se acabara de convertir en un arcángel portador de la sabiduría absoluta.

—Haz la prueba y me cuentas —lo animó con una sonrisa.

—Pero ¿cómo? —inquirió él con angustia.

—¿No estabas preparando un explosivo?

—Sí, se trata de una mezcla de...

—No te molestes, yo no entiendo de eso. —Le hizo un gesto con la cabeza, señalando a Esther—. ¿Por qué no le pides su opinión?

—¿Qué?

—Pregúntale si está bien, si le encuentra algún fallo.

—¡No tiene ninguno, soy el mejor! —protestó.

—Lo sé, y ella también, por eso se sentirá halagada cuando le pidas su opinión: de esa forma le estarás demostrando que la valoras mucho más que por su físico.

—¿Tú crees? —preguntó dubitativo.

—Haz la prueba —le repitió ella con voz cansina.

Sam sonrió como un niño grande y asintió. Se alejó y, aunque Sofía se temía que iría directo al grano y metería la pata, lo cierto es que supo encontrar el momento perfecto. A veces se le olvidaba que Sam era otro granuja astuto, al fin y al cabo.

Se puso a examinar su explosivo, a apretar aquí, aflojar allá... Otra mirada con el ceño fruncido. Julen y Rique estaban a lo suyo, charlando sobre no sé qué inspector de sanidad, y Esther sorbía su café, alejada de los demás, hojeando unos papeles, aunque de vez en cuando alzaba la mirada hacia Sam, lo que le confirmaba a Sofía sus sospechas: no le era tan indiferente como se empeñaba en hacerle creer.

—¡Buf! —resopló él en ese momento, mientras examinaba su artefacto con una mueca de disgusto—. No sé, no me termina de... —Levantó la vista y la fijó en Esther. Sofía sonrió satisfecha. ¡Era bueno!—. ¡Ey, Esther!

—Qué —respondió ella con un gruñido antipático, sin apartar los ojos de sus papeles, aunque algo en su postura decía que no los estaba leyendo realmente.

—¿Puedes venir a echar un vistazo a esto? —Ahora sí que lo miró con curiosidad—. No estoy muy convencido de que vaya a tener el alcance que Aire desea.

—¿Cómo no vas a estar convencido? —resopló la mujer—. Tú eres el experto, ¿recuerdas?

—Ya, pero ¿sabes por qué soy el experto? Porque prefiero preguntar una

segunda opinión a alguien con experiencia cuando tengo dudas. Corregir y aprender: eso es lo que convierte a la gente buena en gente experta.

¡Joder, era muy, pero que muy bueno! Sofía se rio contra su mano cuando Esther asintió en silencio, claramente sorprendida, y se acercó a examinar el chisme. Sam cruzó su mirada con la de Sofía para buscar su aprobación y sonrió de oreja a oreja cuando ella alzó el pulgar hacia arriba.

—¿Me puedes explicar qué ha sido eso? —susurró Julen tan cerca de su oído que se le puso la carne de gallina. Ni siquiera lo había escuchado acercarse.

—La esencia estaba ahí —respondió ella con un encogimiento de hombros, sin dejar de observar a la pareja, que charlaban con camaradería en torno al aparato en cuestión—, solo hacía falta darle un empujoncito y contarle algunos secretos sobre las mujeres.

—¿Secretos? —se rio él, y se inclinó de nuevo hacia su oreja para pellizcársela suavemente con los dientes antes de susurrar—: ¿Me revelarás a mí alguno de esos secretos?

—¡Desde luego que no! —exclamó ella con una risita.

Julen cerró los ojos y sacudió la cabeza con aire dramático.

—¡Lo sabía, estoy perdido! —suspiró. Abrió los ojos y los clavó en ella con seriedad—. Tú serás la roca contra la que Aire se estrelle.

A Sofía le sorprendió descubrir con qué intensidad deseaba que sus palabras fueran ciertas, que no fuera una más de sus bromas.

—¡Buenos días! ¿Alguien se ha levantado con ganas de hundir a un indeseable?

Se volvieron hacia la puerta por la que Luka acababa de entrar con una sonrisa deslumbrante. A su lado estaba Víctor, con una mueca avergonzada en los labios.

—¡Víctor! —exclamó Julen. Echó a correr hacia él y lo estrechó en un abrazo—. ¡Maldito hijo de puta, no vuelvas a hacernos algo así o te juro que...!

—¡Tío, qué alegría que estés de vuelta! —lo cortó Sam, arrebatándoselo para estrujarlo.

Rique fue el siguiente, y hasta Esther le dio un rápido abrazo y un beso. Sofía se acercó con timidez, y él le ofreció la mano.

—Aire me contó lo que hiciste por mí —le dijo con gravedad—. Muchas gracias, te juro que no desaprovecharé la segunda oportunidad que me has otorgado.

—No fue nada, yo...

—¡Desde luego que no lo harás, grandísimo imbécil! —le dijo Luka propinándole un empujón.

—Lo siento muchísimo, de verdad —se disculpó con la mirada baja—. Ahora me siento estúpido, pero es que... ¡Dios mío, chicos, es que estaba tan desesperado! Me lo ha quitado todo... Se lleva a Lena, me ha quitado la vida —susurró con ojos brillantes.

Los demás guardaron silencio, respetando sus lágrimas. Fue Julen el que se acercó a su amigo y apoyó la mano en su hombro.

—Escúchame bien, Víctor —le dijo con solemnidad—. No se la va a llevar. Vamos a conseguir que Lena esté contigo.

—¡Pero, Aire, el abogado me ha dicho...!

—¿Dudas de la palabra de mi sobrino? —le reprendió Luka antes de desplegar su sonrisa de seductor—. Créelo, muchacho: Lena no se irá a ningún lado.

—Chicos... —Se le quebró la voz y lo intentó de nuevo—: Aire, si así fuera, si lograras que mi niña se quedara cerca de mí, te prometo que...

—No prometas nada, que sabes que yo soy de los que exigen que se cumpla lo prometido.

—¡Y se cumplirá! —exclamó él con los puños apretados—. Puedes ahorrarte mi parte en este golpe, Aire. Si consigues que mi Lena no se vaya, me consideraré pagado por este y cualquier otro favor que quieras pedirme en el futuro.

Julen lo miró con sorpresa y torció los labios en una sonrisa juguetona, aunque a Sofía no pudo ocultarle el brillo emocionado de su mirada.

—Caray, como sigáis así, al final tendréis que pagarme vosotros a mí por cargarnos a Márquez —murmuró.

—¡Eh! —Sofía le dio un empujón—. ¿Cómo que cargárselo? ¡Nadie me dijo nada de cargarse a nadie!

—Es una forma de hablar, cariño —le aclaró, mientras le daba un toquecito en la nariz—. Y hablando de Márquez, venga, ya hemos perdido bastante tiempo. ¡A trabajar! A ver, Sofía, tienes que contarnos unas cuantas cosas.

Se acercó a la mesa y se sentó en una de las sillas. Los demás lo siguieron. Sofía fue la última en tomar asiento. Permaneció unos segundos mirando a los que se habían convertido en sus compañeros de la noche a la mañana y todavía se permitió un instante para la duda; sin embargo, lo que ahora sabía acerca de sus padres pesaba demasiado.

—A sus órdenes. —Se sentó en la silla que había libre, al lado de Julen, y él le dedicó una sonrisa que le dijo una decena de cosas sin palabras, desde «gracias» a «yo estaré a tu lado para soportar esto»—. A ver, ¿qué necesitas saber?

—Seguridad. Sabemos que esa casa es una fortaleza: cámaras, las alarmas más

sofisticadas y sensores de movimiento, entre otras lindezas.

—Muchas otras lindezas —resopló ella—. Como perros adiestrados para matar.

—Pero nada de eso tiene importancia una vez que estemos dentro —dijo Julen haciendo un gesto con la mano para restarle importancia.

—Exacto. Las cámaras son fáciles de cegar una vez que estén pinchadas; a los perros no los dejan sueltos hasta la noche, al igual que las alarmas: solo se conectan en su totalidad cuando Márquez se retira. La zona más protegida durante todo el día es el sótano —explicó Víctor. Sofía lo miró con asombro.

—Madre mía, es verdad que eres de seguridad.

—Así es, lindura —confirmó con un guiño.

—Víctor consiguió toda la información con respecto a los sistemas de seguridad de la casa de Márquez. Se coló en la empresa que los instaló y me dio acceso a sus ordenadores. Pan comido —relató Rique con un encogimiento de hombros.

—Madre mía... —repitió Sofía antes de dar un silbido—. ¿Cómo vamos a luchar contra los ladrones si estos trabajan en seguridad?

—¡Ey, que yo en mi empresa soy muy serio! —se defendió Víctor.

—¡Yo misma le sugerí a mi tío que instalara toda esa mierda! Me siento tan inútil...

—Pero ¿qué dices? —se rio Julen—. Sabes que eres la mejor.

—Es cierto, pajarita —intervino Esther—. Si no fuera por todos esos juguetitos, habríamos podido entrar hace tiempo, pero no nos lo has puesto muy fácil.

—Vale, soy la leche, y eso nos deja en el principio: la casa de mi tío es una fortaleza.

—Por la noche, cuando él se acuesta —afirmó Víctor.

—¡Exacto! —exclamó Julen.

—¿Queréis entrar de día? ¡Pero es una locura!

—Y llegamos a la parte que importa. —Julen cogió un cuaderno y lo abrió; estaba lleno de anotaciones con una letra pulcra y pequeña—. En la puerta de la finca suele haber un hombre en una garita que examina a todo el que llega a través de una cámara antes de permitirle el paso, ¿me equivoco?

—Y otro en la puerta trasera, y otro en la de la casa, además del tipo que vigila las cámaras en la sala que hay en el *hall* —enumeró ella mientras Julen tomaba nota—. Pero el más peligroso es Fernández, el jefe de seguridad. Es la sombra de

mi tío.

—¿Y cuando él descansa?

—Pacheco, el segundo al mando, por así decirlo. Se turnan las guardias de noche, siempre en la puerta de mi tío, ellos son sus guardaespaldas. Por la mañana, Pacheco suele ser el que se ocupa de la puerta delantera.

—Los dos son auténticos mastodontes —notificó Esther.

—Todos lo son —aclaró Sofía.

—Bueno, también yo lo soy, y seguro que sé más trucos sucios que esas princesitas —dijo Sam con orgullo, y, para sorpresa del grupo, Esther se rio con humor.

—OK, entonces, los más peligrosos son Fernández y Pacheco, ¿no? —insistió Julen. Sofía asintió y él lo anotó en su cuaderno—. Bien, ¿y si ambos cayeran?

—¿Cómo que «si cayeran»? —se escandalizó ella.

—Es una forma de hablar —aclaró con voz cansina.

—¡Pues habla con propiedad, joder! —protestó—. En el improbable caso de que los dos fallaran, supongo que el mando lo asumiría Díaz, que es el más antiguo; pero mi tío no estaría muy contento de dejar todo en manos de ese idiota.

—¿Por qué?

—Porque es un idiota —respondió ella encogiéndose de hombros—. Lo contrató por tener a Pablo contento.

—Pablo Molinos, su secretario.

—Y mano derecha, sí —afirmó ella—. Díaz es sobrino de la mujer de Pablo, y este le pidió a mi tío que lo contratara. En realidad el chico es bastante leal, pero es que es...

—Es un idiota, entendido. —Julen se rio—. Vale, así que si Fernández y Pacheco se dieran de baja a la vez, Ricardo estaría más que encantado de tener al mando a alguien de confianza, para evitar dejarlo todo a cargo de Díaz, ¿me equivoco?

—Supongo que sí, pero hay pocas personas en las que mi tío confíe para ese trabajo.

Él la miró y sonrió. Sofía arrugó la frente y se volvió hacia los demás, que la observaban con expectación, y de repente lo comprendió.

—Espera... ¿Yo? —exclamó sin dar crédito—. ¿Crees que mi tío me pediría a mí que me hiciera cargo de su seguridad?

—Puede que no os llevéis bien, pero él siempre ha confiado en ti —dijo con

seriedad—. Fue a ti a quien buscó cuando le dejé mi nota.

—Así que lo hiciste por eso, ¿no? —musitó ella al tiempo que sacudía la cabeza—. Querías ver a quién le encargaba Ricardo la seguridad de la exposición al saberse amenazado, ¿no es cierto?

—Fue uno de los motivos, pero la verdad es que deseaba que se sintiera en peligro.

—Pero las cosas han cambiado ahora, por si no te has dado cuenta —resopló Sofía—. Me han obligado a tomar unas vacaciones obligatorias en BigPro, y mi tío me ha dejado bien claro que no quiere que me acerque ni a él ni a sus obras de arte después de lo del cuadro que, por si no lo recuerdas, ¡tú le robaste! —le gritó.

—Y a pesar de todo eso, sigues siendo su mejor opción —afirmó él.

—Yo no estaría tan segura...

—Pues le daremos un empujoncito para convencerlo, pajarita —intervino Esther.

—Exacto, pequeña; nosotros somos expertos en dar empujoncitos. —Sam soltó una risotada, mientras acariciaba su aparato explosivo.

—Ay, Dios, miedo me da —suspiró cerrando los ojos.

—Sofía, el cumpleaños de tu tío es dentro de tres días. Sé que la idea no te agrada con lo que sabes ahora de él, pero siempre acudes a sus fiestas, así que no se extrañará de verte allí esa noche. Será entonces cuando lo convenzas de que te contrate.

—Y tú, por supuesto, tienes un plan para lograr ese milagro.

—¡Por supuesto! Y tú serás el punto clave en él: sin ti, el resto del plan se iría al garete —le confesó Julen con excesiva seriedad. Ella lo miró y asintió impresionada, aunque en el fondo sabía que probablemente fuera un truco para halagarla. No creía que Aire dejara todas sus opciones en sus manos—. Bien, sabemos a qué empresa han encargado el *catering*, y sabemos a qué hora será el descanso para comer. Víctor, tú te encargarás de poner un regalo en los aperitivos.

—¿Diarrea aleatoria? —se rio el hombre.

—Es la mejor opción; queremos armar el caos y que se sepa que hemos sido nosotros.

—Cuídate de comer nada, Sofía —volvió a reírse Víctor.

—Descuida —musitó ella, impresionada.

—Dime una cosa, Sofía —continuó Julen—. ¿Hay algún momento en el que

Fernández y Pacheco estén juntos durante el día?

—Supongo que muchos, son buenos amigos.

—¿Para desayunar o almorzar?

—No, siempre hay uno de guardia —explicó ella sacudiendo la cabeza—. Ellos solían turnarse cuando yo trabajaba allí, y supongo que lo siguen haciendo. Cuando Fernández va a la cafetería le lleva el desayuno a Pacheco, y viceversa. Siempre salen a las nueve de la mañana, puntuales como un reloj.

—Qué interesante —musitó Julen con una sonrisa.

—¿Verdad que sí? —se rio ella—. Siempre he sospechado que son amantes.

—Bueno, eso nos facilita bastante las cosas. En definitiva, me estás diciendo que desayunan los dos la comida del mismo sitio.

—Así es —asintió.

—¿Algún lugar en concreto?

—Desde luego: hay una cafetería en la calle paralela a la casa de mi tío, La Pastelera; a esos dos les encanta el azúcar —informó, sonriente.

Julen miró a Víctor con complicidad.

—No sé, tío. ¿Gastroenteritis? —dijo este con un encogimiento de hombros.

—Muy *light* —rehusó él.

—Pues tú dirás.

—Tiene que ser lo bastante preocupante para que pasen unos días en el hospital.

—¿Hospital? —se escandalizó Sofía—. ¿De qué diablos habláis?

—De quitarnos a Fernández y a Pacheco de en medio unos días —aclaró Julen.

—Pero...

—¿Salmonelosis severa? —aventuró Víctor.

—¿Puedes conseguir salmonela? —le preguntó Julen como si estuviera pidiéndole que le comprara pipas.

—¡Claro, colega! —bufó el otro con un gesto despreocupado—. Me pasaré por la facultad de Biología esta noche si quieres.

—¡¿Vas a robar una bacteria?! —gritó Sofía. Víctor se limitó a guiñarle un ojo—. ¡No puedes hacer eso, es peligroso!

—Ya, como robar un museo —masculló él.

—Bien, pues que sea salmonela —decidió Julen.

—Chico, chicos... —intervino Luka—. Tal vez Sofía tenga razón con respecto a la bacteria, Julen. ¿No crees que es demasiado? Podrían morir si se les complica.

—¿Qué sugieres?

—Sofía, supongo que los trabajadores de Ricardo estarán asegurados en alguna mutua y que es relativamente fácil saber a qué médico acudirían en caso de encontrarse enfermos.

—Sí, claro, pero puede que hayan cambiado desde que no trabajo allí —respondió ella.

—Ese no es problema, yo puedo averiguar eso —afirmó Rique, que se levantó para ir a sentarse frente a uno de los ordenadores.

—Rique, ¿crees que podrás entrar en sus archivos y cambiar un diagnóstico?

—¡Claro, tío! ¿Por quién me tomas? —resopló el joven—. Esto lo hacía yo para faltar a clase cuando estaba en el colegio.

—Buena idea, Luka —reconoció Julen con una sonrisa.

—Te queda tanto por aprender... —repuso él, mientras se limpiaba unas motas de polvo inexistentes de su traje carísimo e impoluto.

—Bien, pues será laxante para todos entonces —continuó su sobrino—. Rique, trabaja en un diagnóstico creíble de salmonelosis severa y perfila la identidad del inspector Chinchilla. Lo haremos la misma mañana del cumpleaños. Esther, búscale algunas reuniones falsas a nuestro gran hombre para ese día, que esté lo bastante ocupado para que no pueda contratar a nadie más para esa noche.

—Dios mío —jadeó Sofía con nerviosismo—. Julen, júrame que nadie sufrirá ningún daño.

—Sofía —la llamó Rique con timidez—, en nuestro trabajo...

—... hacer ese juramento sería mentir descaradamente, pajarita —terminó Esther.

13

—Buenos días, ¿el responsable? —preguntó el hombre con aire exigente, al llegar junto a la barra de La Pastelera.

Eran las ocho cuarenta y cinco de la mañana.

—Pues... —El camarero miró con nerviosismo hacia la cocina—. El dueño no se encuentra en este momento, así que supongo que Candela es la responsable.

—¿Socia del negocio?

—No, cocinera —aclaró el chico—. ¿Qué desea?

El hombre metió la mano en el bolsillo interior de su traje oscuro y formal, sin molestarse en quitarse sus guantes de piel, y sacó una identificación que mostró al joven con aire pretencioso.

—Inspector Chinchilla, sanidad —dijo con rotundidad—. Un ciudadano ha interpuesto una denuncia contra este local y necesito echar un vistazo.

—¿Cómo? —exclamó el chico con los ojos fuera de sus órbitas—. ¿Quién?

—Esa información no puedo dársela: atentaría contra la intimidad de esa persona, pero pueden ustedes consultar el expediente en la oficina correspondiente.

—¿Qué oficina?

—¡Oiga, muchacho! No tengo todo el día, me he identificado y puede llamar para informarse, pero ahora necesito hacer mi trabajo.

—¿Llamar a dónde? —insistió el camarero con mirada desvalida.

—¿Podría hacer el favor de avisar al responsable? —pidió Chinchilla con ese tono que adquieren los hombres de escasa paciencia antes de enfadarse.

El chico asintió en silencio y entró en la cocina. Chinchilla miró con nerviosismo hacia la puerta del local y después el reloj de su muñeca.

—¿Inspector?

Se giró para encontrarse con una señora mayor de aspecto rudo que lo miraba de arriba abajo con desconfianza.

—Inspector Chinchilla —se presentó, y volvió a mostrar la placa.

—Yo soy Candela Torres, la cocinera y la responsable de esto mientras el dueño está fuera. ¿En qué puedo ayudarlo? Mi compañero me ha dicho algo de una denuncia.

—Necesito echar un vistazo a su cocina, sus alimentos, en fin, algo general —le informó con profesionalidad—. Dependiendo de mi informe podrán ser

sometidos a una inspección más minuciosa o la acusación podrá ser archivada como un acto de mala voluntad por parte del denunciante, cosa bastante beneficiosa en el juicio, sin duda.

—¡Juicio! —se horrorizó la mujer.

—Bueno, si mi informe es favorable, las cosas no tendrían que llegar tan lejos, ¿entiende?

—Sí, sí, claro...

—Pues bien...

—¿Qué necesita?

—¡Ya se lo he dicho! —gruñó Chinchilla, que comenzaba a perder la paciencia. Resopló y se recolocó las gruesas gafas de pasta—. Mire, me espera una mañana muy ajetreada y no puedo perder el tiempo; si tienen ustedes algún inconveniente sobre mi inspección, me iré y ya vendrán mis compañeros a analizar a fondo todo lo que...

—¡No, no, desde luego que no hay ningún inconveniente! —claudicó Candela, que se echó a un lado y le indicó el camino con la mano.

Chinchilla entró en la cocina y lo miró todo con la nariz arrugada. Tomó algunas notas en su cuaderno, examinó la nevera, las hornillas, la vajilla, todo ante la nerviosa mirada de Candela y el joven camarero. En ese momento escucharon la campanita que avisaba de que la puerta se había abierto y el chico salió para atender al cliente. El inspector se miró el reloj de nuevo. Eran las nueve menos cinco.

—Los pasteles que sirven ¿son de elaboración propia? —preguntó.

—Sí, aunque no los hacemos aquí.

—¿Puedo ver los que van a servir hoy?

—Sí, claro, están en la vitrina refrigerada que hay fuera, acompáñeme. —Salieron de la cocina, de nuevo a la cafetería, justo cuando las señales horarias de la radio indicaban que eran las nueve de la mañana—. Aquí están; nos los han traído esta misma mañana a las cinco y media, como cada día.

—Bien... —murmuró, mientras examinaba los pasteles. En ese momento la puerta de la cafetería se abrió de nuevo y entró un hombre muy alto y musculoso, vestido completamente de negro.

—¡Buenos días, Marcelo, Candela! —saludó con un vozarrón afable.

—¡Buenos días, Pacheco! ¿Qué hay? —le respondió el chico desde la barra.

—Pues ya ves. Ponme lo de siempre, y de la vitrina... —Se giró sin dar muestras de haber visto siquiera a Chinchilla y se puso a mirar los pasteles—.

Hoy cogeré ese de merengue; tiene una pinta tremenda.

—Sí que la tiene, hijo —le dijo Candela con una sonrisa—. ¿Te envuelvo otro para tu amigo?

—Claro, como siempre —se rio él, antes de dirigirse de nuevo a la barra, donde inició una conversación animada con el tal Marcelo por encima del ruido de la cafetera.

Candela abrió la vitrina y sirvió los dos pasteles en un plato.

—¿Me permite? —murmuró el inspector con voz sedosa, al tiempo que extendía la mano.

—¿Cómo dice?

—Me gustaría aprovechar que ha sacado esos pasteles para echarles un vistazo rápido —explicó—. Da la casualidad de que el denunciante dijo haber comido algo de merengue...

—¡Oh, claro! —exclamó ella, y le pasó el plato—. Pero le aseguro que estos pasteles están hechos según todas las normas higiénicas y de sanidad. Este negocio lleva en pie más de quince años y nunca hemos tenido una queja.

—Ya, no se preocupe: la mayoría de las veces esas denuncias son falacias. Para eso estoy yo aquí —terminó con una sonrisa tranquilizadora.

La mujer suspiró. Chinchilla observó los pasteles con el ceño fruncido, como si solo con la vista fuera capaz de captar cualquier componente tóxico o en mal estado. Candela se aclaró la garganta con nerviosismo. La máquina de café emitió un sonido un poco más agudo mientras expulsaba el último chorro y el inspector alzó la cabeza hacia la barra con expresión asombrada.

—¿Lleva mucho tiempo sonando así esa máquina? —preguntó de malas formas.

—¿Qué? —inquirió la mujer, que giró la cabeza sin comprender—. Pues juraría que desde que la compramos el año pasado.

Mientras miraba cómo Marcelo servía su café con leche a Pacheco, Candela no fue consciente de que el inspector Chinchilla metía la mano dentro de su pantalón, sacaba un botecito y lo vaciaba hasta la mitad en los dos pasteles.

—¿Le ha notado usted algo raro? —preguntó la mujer, sinceramente preocupada.

—Bueno, tal vez esté un poco atascada, pero veo que hace un buen café —la tranquilizó con otra sonrisa encantadora, antes de devolverle el plato con los pasteles—. Bien, Candela, ha sido usted de lo más simpática y colaboradora. Francamente, lo que es yo no podré poner en mi informe nada más que cosas

buenas de este local.

—¡Oh, gracias! —exclamó ella con alivio—. ¿Le apetece tomar algo? La casa invita.

—¡Ah, qué tentador! Lamentándolo mucho, tengo una mañana muy ajetreada, muchas gracias. —Le hizo un gesto de despedida y se dirigió hacia la puerta. Antes de salir, se volvió por última vez hacia el hombretón de la barra—. Buen provecho, señor.

—¡Muchas gracias, hombre! —dijo Pacheco, con los morros manchados de café.

Terminó de colocarse los pendientes y se echó un último vistazo en el espejo del dormitorio. Aspiró aire y lo expulsó despacio, con los ojos cerrados. Estaba nerviosa y se le notaba, ella lo notaba, ¡seguro que todos lo notaban!

—Estás preciosa.

Sofía se sobresaltó. Abrió los ojos y se encontró con la mirada de Julen a través del espejo. Ni siquiera se había dado cuenta de que había entrado y se había situado a su espalda. Le sonrió.

—¿No sabes llamar a la puerta?

—He llamado —musitó él, sin apartar la mirada de su rostro.

Sofía creyó ver algo intenso y apagado en esa mirada y se giró para cerciorarse. Julen parecía preocupado; si no lo conociera como creía conocerlo, habría dicho que estaba casi tan nervioso como ella. Se acercó más y le recolocó un rizo. Sus dedos aletearon en su frente unos instantes, antes de bajar hacia la mejilla.

—Sofía —suspiró—. Todavía puedes decir que no. Todavía puedes mandarme al infierno.

Ella estudió su rostro y se mordió el labio. ¿Podía? Y, lo que era más importante, ¿quería? De lo primero cada vez estaba menos segura, pero de lo segundo... No, no quería. Deseaba seguir adelante. Deseaba desenmascarar a su tío, conocer cómo ocurrieron las cosas de verdad aquella noche y, de ser cierto lo que Julen le había revelado, hacerlo pagar por su crimen.

—¿De veras? Entonces, ¿puedo quitarme este ridículo vestido, pedir unas pizzas y quedarme en casa? —preguntó con ironía.

—Lo de quitarte el vestido me tienta, aunque en absoluto me parezca ridículo. Estás realmente deslumbrante —le dijo, recuperada su sonrisa, y le lanzó una mirada ardiente de arriba abajo—. Por lo demás... Sí, Sofía. Desde el principio tú has tenido la última palabra en esto. Puedes elegir decir no, no importa lo

avanzado que esté el plan o lo implicada que te encuentres en él. Si en algún momento decides dejarlo...

—No es esa la impresión que me has dado desde el principio —repuso ella con una ceja alzada. Deseaba borrar el carácter formal y de mal agüero del momento; quería su sonrisa, sus bromas, y quería sentir esa seguridad que tanto le fascinaba de él—. Juraría que has puesto mucho empeño en lograr que me meta en tus asuntos.

Julen le sonrió, pero fue una sonrisa enigmática que no logró eliminar del todo la seriedad de sus ojos.

—Es que deseaba meterte en mis asuntos con fervor —respondió este, rodeándole la cintura; le acarició la espalda desnuda con roces que lograron erizar su piel—. Y yo deseaba meterme en los tuyos —le susurró cerca del cuello, antes de besarlo y mordisquearlo.

Sofía echó la cabeza hacia atrás, rendida a sus caricias; ese hombre poseía un don, desde luego: era poderoso con los labios en todos los sentidos. Se besaron y ella lo estrechó con fuerza, desahogando toda la tensión; pero las cosas se estaban calentando demasiado y ella tenía una misión que cumplir.

—Debo irme —musitó con voz ronca—. A mí tío no le gusta que la gente sea impuntual.

—Lo sé —respondió él, que apoyó la frente contra la suya—. Ten mucho cuidado, ¿vale? No hagas tonterías, límitate a llevar a cabo lo que hemos planeado y si algo sale mal no improvises: ya pensaremos en otra cosa.

—Que sí —bufó con voz cansina.

—Sam estará fuera —continuó—. No te va a pasar nada. ¡No permitiré que te pase nada!

—Estoy segura de eso —murmuró ella, sorprendida por su fervor.

—Date la vuelta —le pidió con una sonrisa.

Sofía frunció el ceño, extrañada, pero obedeció. Julen sacó algo del bolsillo de su chaqueta y se lo puso alrededor del cuello. Dio un respingo al notar el frío de las piedras sobre la clavícula.

—Es precioso, Julen —le dijo, emocionada, al tiempo que admiraba la gargantilla de circonitas rosas que destacaba contra el negro de su vestido. Tragó saliva y se dio la vuelta para besarlo.

—Lleva un micro incorporado —la avisó antes de que ella se apoderara de su boca. Sofía hizo una mueca de decepción que le provocó una carcajada—. ¡Pero sí que es un regalo! Yo mismo elegí ese collar y le acoplé el micro.

—¡Es tan romántico...! —resopló ella—. Dime al menos que no es robado.

—¡Siempre pensando lo peor de mí! —protestó él, antes de que ambos estallaran en carcajadas, en parte como remedio para aplacar los nervios.

—¿Qué hay, Díaz?

—Márquez... —la saludó escuetamente el hombretón antes de que entrara al salón.

—Oye, no he visto a Fernández ni a Pacheco por aquí —se extrañó—. ¿Va todo bien?

Díaz miró a su alrededor para asegurarse de que no hubiera nadie escuchando, y se inclinó confidencialmente hacia ella.

—No se lo digas a nadie, pero han caído los dos enfermos.

—¿Los dos? —exclamó Sofía.

—Sí, comieron unos pasteles en mal estado o algo. Los han ingresado por lo que parece ser una salmonelosis severa.

—¡Madre, qué horror! —se lamentó, sacudiendo la cabeza—. Así que mi tío te ha puesto al mando, ¿no? Bueno, no hay mal que por bien no venga: mereces demostrar tu valía.

—Bueno... —El hombre hizo una mueca—. A mí francamente me gustaba más mi puesto tranquilo en la puerta trasera, ¿sabes? Y más hoy, con el follón de la fiesta. No veo el momento en que vuelvan Fernández y Pacheco.

—Tranquilo, compañero, seguro que lo haces muy bien —lo animó ella, mientras le daba un apretón en el brazo. Él le sonrió con agradecimiento.

Sofía entró en el salón con la cabeza alta y derrochando seguridad; al menos en apariencia, porque cuando llegó junto a su tío se dio cuenta de que sus dedos estrujaban su cartera de nácar con más fuerza de la necesaria.

—¡Sofía, qué alegría verte, querida sobrina! —la saludó Ricardo con una sonrisa falsa.

Miró a la pareja que había a su lado y se preguntó quiénes serían para que él se esforzara tanto en fingir ser alguien que no era.

—¡Hola, tío, feliz cumpleaños! —lo felicitó ella, y le dio un beso en cada mejilla—. Te he traído un regalo.

Abrió la cartera con cuidado de no dejar ver mucho de su interior y sacó un paquete envuelto con papel verde. Ricardo lo abrió sin demasiado entusiasmo. Sabía bien que Sofía no podía permitirse la clase de regalos que a él le gustaban.

—¿Calcetines? —preguntó alzando las cejas, con verdadera sorpresa.

La mujer que había a su lado bebió un sorbo de su copa de vino para disimular una risita. Sofía se encogió de hombros.

—Todo hombre, por rico que sea, necesita calcetines, tío —le dijo con naturalidad.

—Ah... Desde luego... ¿Conocen a mi sobrina, la hija de mi difunto hermano? —preguntó dirigiéndose a la pareja—. Ellos son el señor y la señora Menéndez, dueños de los almacenes Menéndez.

—¡Oh! —exclamó la mujer con cara compungida—. Cuánto te pareces a Alejandro, querida —le dijo antes de besarla en las mejillas sin apenas rozarla.

—Un destino desafortunado el de tu padre, sin duda —masculló el hombre tras chascar la lengua—. Es difícil soportar la presión de los negocios. Se veía un hombre fuerte, una lástima. Y una suerte para mí: estuvo a punto de convencerme de invertir en una de sus tiendas. Luego se descubrió que estaba arruinado; me libré por los pelos.

Sofía deseaba pegarle una patada en la espinilla y salir corriendo, pero se obligó a sonreír y a estrecharle la mano.

—Bueno, lo cierto es que yo apenas me acuerdo de mis padres: era demasiado pequeña cuando murieron —dijo con educación—. Y como mi tío siempre se hizo cargo de mí, nunca sufrí esa ruina de la que habla.

—Tan generoso, Ricardo... —La mujer sonrió.

Su tío la miró con cara de sospecha. Solo entonces se dio cuenta de que había sobreactuado. ¿En qué momento se había comportado tan comprensiva y agradecida con él? Inspiró hondo y se obligó a calmarse.

—Sí, muy generoso —bufó. Hizo una inclinación de cabeza para despedirse, pero al pasar por el lado de Ricardo le susurró—: Considera el teatro que voy a representar esta noche tu regalo auténtico, tío. Me cuesta soportar las náuseas.

—¿Y para qué has venido? —se rio él, más tranquilo al ver surgir a la verdadera Sofía.

—¿Por qué vengo siempre? Prefiero aguantar una noche de hipocresía a que te pases dos meses echándomelo en cara —resopló—. Además, estoy en paro, ¿recuerdas? ¿Cómo decir que no a una cena por todo lo alto? Pronto no tendré ni para chóped.

—Siempre tan exagerada, Sofía —gruñó él—. Sabes que puedes contar conmigo para lo que necesites. Somos familia.

Ella soltó una risa sardónica y sacudió la cabeza.

—Voy al servicio, me has provocado retortijones.

Ricardo puso los ojos en blanco. Antes de salir del salón le arrebató un plato con canapés a uno de los camareros y una copa a otro. En el pasillo se encontró con una de las doncellas, encargada de indicar a los invitados dónde estaba el servicio.

—Hola, Ana, ¿qué tal? —le dijo con una sonrisa.

—¡Hola, señorita, qué alegría que se deje caer por aquí! —la saludó la joven con cariño—. Pues ya ve, un evento más —dijo con resignación. Sofía se rio con complicidad.

—Toma un canapé, los he birlado de la fiesta. —La chica se aseguró de que nadie la vigilaba antes de meterse dos seguidos en la boca. Sofía le guiñó un ojo—. Voy a la terraza, necesito tomar el fresco.

Cuando llegó al pasillo en el que se ubicaba el despacho de Ricardo, comprobó que, como se había imaginado, había un guardia sentado frente a la puerta, leyendo una revista. Sofía se lamió los labios y miró hacia atrás. La solícita doncella estaba atendiendo a una señora en ese momento y se alejaba hacia el baño. ¡Perfecto!

Sin esperar un segundo más, fue hasta la esquina del pasillo donde estaba situada la cámara que enfocaba en dirección al despacho. Con mucho cuidado de no alertar al guardia, dejó el plato y la copa sobre una mesita, sacó un pequeño artilugio de su cartera y acercó una de las sillas que adornaban el pasillo. A pesar de ser una de las antigüedades de su tío, la verdad es que la silla se portó como una campeona cuando Sofía se encaramó a ella para colocar el aparatito que Rique le había dado.

Cuando se aseguró de que lo había puesto correctamente, y sin dejar de vigilar al hombre, que ni siquiera había levantado la cabeza de su revista, se bajó y devolvió la silla a su sitio, tras lo cual se aseguró de limpiar bien la huella de su zapato de la madera. Recuperó el plato y la copa y caminó contoneando las caderas en dirección al despacho. No había dado ni dos pasos cuando el guardia dio un respingo y se puso en pie de un salto.

—¿Márquez? —exclamó al reconocerla—. ¡Caray, estás tremenda con ese vestido!

—¡Gracias, Pérez! ¿Cómo llevas la noche?

—Pues ahí voy, chica. Ya sabes cómo es esto.

—Ya, aburrido al máximo —dijo, antes de chascar la lengua—. Toma, compañero: como sé lo capullo que es mi tío, imagino que no se habrá preocupado de traerte nada de comer.

Pérez echó una mirada nerviosa hacia la cámara, pero aun así cogió un canapé.

—Es un hombre ocupado —dijo con la boca llena al tiempo que cogía otro.

—Ya, pero esa no es excusa —protestó ella, que dio un sorbito a su copa—. Anda, quédate con el plato, te hace más falta que a mí.

—Gracias, Márquez, pero no le digas nada a tu tío.

—En eso estaba yo pensando —bufó—. Voy a salir un rato a la terraza, ¿vale?

—Bueno —respondió, y se metió otro canapé en la boca.

Sofía dio media vuelta y se marchó por donde había venido, en dirección contraria al despacho.

—Pobre chico —suspiró cuando salió al aire libre. Se terminó su copa y se asomó a la baranda. Hacía frío, pero ni siquiera lo sintió: los nervios la consumían.

Cámara cegada, canapés a medio devorar... Miró su reloj y esperó diez minutos antes de volver a entrar en la casa. La doncella, Ana, no estaba en su puesto, y algunos invitados caminaban nerviosos y con caras algo descompuestas por los pasillos.

—Vale, comienza la fiesta —murmuró.

Aprovechando el caos de gente que iba y venía a los cuartos de baño, que esperaban en los pasillos con las manos en el estómago o incluso que corrían hacia el patio delantero, Sofía se escurrió de regreso hacia el pasillo del despacho. Pérez había desaparecido, pero probablemente había avisado para que lo sustituyeran, así que solo disponía de un minuto como mucho. Se alzó la falda y apresuró el paso, mientras esquivaba a varias personas.

—¡Señora, esto es zona restringida! —le advirtió a una mujer que la miró con cara de auténtica desesperación.

—Pero me han dicho que había un servicio por aquí —lloriqueó ella.

—Siga el pasillo hacia el vestíbulo.

—¡Están todos ocupados! —gritó.

—¡No puede estar aquí! —respondió ella más fuerte. El tiempo pasaba. Era raro que no hubiera aparecido el reemplazo de Pérez ya—. ¡Márchese, ahora!

La mujer masculló un claro «hija de puta», pero se dio la vuelta y se marchó. Sofía sacó el juego de llaves que le había logrado quitar a Ana del bolsillo y, en lugar de dirigirse a la puerta que vigilaba Pérez hacía un rato, abrió la contigua, y se escabulló en el baño privado de Ricardo, anexo a su oficina. Solo a la doncella se le permitía limpiar ese aseo, pero ni ella ni nadie podían entrar a la oficina sin vigilancia.

El aseo contaba con dos puertas, una para la limpieza, que era justo la que acababa de usar, y otra que se abría al despacho y que se mantenía cerrada con llave desde el interior. Solo Ricardo poseía esa llave y solo él podía usar ese baño.

Sofía cerró de nuevo con la llave y abrió su cartera para sacar el pequeño artefacto explosivo que con tanto mimo había creado Sam. Lo escondió con cuidado en la parte de atrás del wc, tal como él le había indicado, y volvió a abrir la puerta, al tiempo que se aseguraba de que nadie venía.

Por desgracia, era ya mucha la suerte que estaba teniendo. Su tío giró la esquina del pasillo a toda prisa y con cara de estar en apuros. Sofía cerró la puerta y lanzó un juramento. Se volvió hacia la otra puerta, la que comunicaba con el despacho. Su tío no guardaba la llave de servicio, así que necesitaría usar la suya a la fuerza. Ella aprovecharía para salir mientras él entraba y...

—¿Dónde coño te habías metido, Pérez? —lo escuchó gritar en el pasillo.

—Lo siento, señor, es que... yo... me puse enfermo y...

—¡Quita de en medio, luego hablaremos tú y yo! —gruñó mientras sacaba las llaves de su despacho y lo abría con urgencia.

¡Mierda! Pérez había regresado y no había forma de que ella saliera del cuarto de baño sin que la viera, pero, si no lo hacía, su tío la pescaría dentro. Entrando en pánico, se metió dentro de la ducha y cerró la mampara; se agazapó todo lo que pudo para que no viera su silueta desde el retrete. Bien, atrapada dentro de la ducha, en un baño diminuto, mientras el gordo de su tío destrozaba el retrete después de haber ingerido cantidades ingentes de laxante.

«Esto no te lo perdonaré en la vida, Julen», pensó mientras esperaba a que Ricardo terminara de aliviarse entre sonoras ventosidades.

—¡Tío! —exclamó cuando se reunió con él en el salón, después de su tercera visita al baño. Por fortuna, ella solo se había visto obligada a presenciar la primera, escena que no conseguiría borrar de su mente en lo que le restaba de vida—. ¡Esto es una clara intoxicación alimenticia, debes hacer algo!

—¿Y qué coño quieres que haga? ¡Yo mismo me cago como los mirlos! —bramó.

Sofía contuvo una carcajada, aunque sintió pena por sus compañeros de seguridad; el caos en la casa era incluso superior al que se había organizado en Artquez, y eso que aún faltaba lo más importante. El que saldría peor parado sería Pérez por haber abandonado su puesto, pero Sofía le confesaría a su tío que ella le había llevado comida. ¿Cómo iba a saber que los canapés estaban

intoxicados? ¡Si ella misma los había probado! Menos mal que estaba tan disgustada por haber ido a esa fiesta que había perdido el apetito y solo había comido uno.

—Hay que llamar a un médico y ayudar a los de seguridad a evacuar; esto es un caos, tío, puede pasar cualquier cosa.

—¿Más? —bufó él con ironía.

Y fue entonces cuando ella jugó su carta. Sacó un papel de su escote y se lo entregó a Ricardo con una mueca.

—He encontrado esto en la mesita de la entrada —le dijo con un gruñido—. ¿Qué coño ha pasado con tu seguridad? ¿Por qué no hay nadie sustituyendo a Fernández y Pacheco?

—No he podido, joder, todo ha sido... —Ricardo abrió la nota y su tez se puso aún más enfermiza al reconocer la letra de Aire—. ¡Qué hijo de puta! —susurró.

«Querido Ricardo:

Lamento no haberme podido quedar más tiempo en tu fiesta, pero no quería irme sin felicitarte. Espero que te gusten los fuegos artificiales.

Con afecto.

Aire».

—¿Cuándo has descubierto esto?

—La he visto hace un par de minutos —respondió ella con gravedad—. Tío, tienes que subir a tu dormitorio y ponerte a salvo. No me gusta nada esto. Yo me encargaré de la evacuación y ayudaré a los de seguridad, los veo perdidos.

—Es ese imbécil de Díaz, que no vale para nada —rugió.

—Yo tomaré las riendas de la situación, pero llévate a uno de los hombres y no salgas de tu cuarto hasta que no haya logrado controlarlo todo, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —musitó él con voz sumisa—. Muchas gracias, hija, no sé qué haría sin ti...

—Venga, tío, puede que no me gustes, pero no voy a permitir que te hieran delante de mis narices —escupió ella.

Ricardo torció los labios en una mueca y se dio la vuelta para marcharse, estrujando la nota de Aire en la mano. De repente pareció recordar algo y se giró.

—¡Oye, Sofía! ¿Qué habrá querido decir con eso de «los fuegos artificiales»?

Y, justo cuando terminó de formular la pregunta, una gran explosión que llegó desde el pasillo del despacho provocó que el caos se multiplicara por mil.

14

—Madre mía, qué petardazo ha dado eso, Sam. ¿De verdad sabías que era inofensiva? A mí me ha acojonado, en serio. ¿Y si llega a haber alguien dentro?

—He prestado atención a lo que escuchaba en el micro, Sofía —repitió Sam con voz cansina.

—Ya, ya, pero ¿cómo controlar la intensidad de un explosivo? ¿Y qué hay de Pérez? Estaba justo al otro lado de la puerta...

—Por eso mismo dediqué tanto tiempo a trabajar en él, para que fuera inofensivo. Mucho ruido y pocas nueces.

—¿Pocas nueces? ¡Ha volado el retrete por los aires!

—Y ese era el plan, ¿no? Es lo mismo que Aire con la dosis de laxante: sabía lo que se hacía. Lo habíamos calculado todo para que nadie sufriera ningún daño —explicó él mientras detenía el coche.

—¿Y la cámara del pasillo? —continuó ella con sus dudas—. Ya la han arreglado. ¿No necesitaremos tocarla para la segunda parte del plan?

—Bueno, dentro del despacho no hay cámaras, así que en teoría no. Luego se ocupará Víctor, una vez esté dentro.

—De acuerdo, pero...

—Sofía, hemos llegado —suspiró Sam con alivio, ante la idea de dejar de escuchar su parloteo interminable.

—¿Llegado? —Había ido tan sobrecitada todo el camino que ni siquiera se había fijado hacia dónde se dirigían—. ¿Por qué me traes a casa de Julen? ¿Y los demás?

—Es la una y media de la madrugada —respondió él con una sonrisa—. Comprendo que este ha sido tu primer trabajo y estás como una moto, pequeña, pero los demás se han ido a sus casas. Y yo me muero por irme a dormir también.

—Pero ¿por qué a casa de Julen? —insistió al bajar del coche.

—Pues porque él me lo pidió.

—Ah —murmuró, y miró hacia el portal un poco decepcionada.

Había sido su primer trabajo como delincuente y lo había hecho muy bien, ¡quería comentarlo con el equipo, quemar la adrenalina que todavía sentía a mil en sus venas! Sam tocó al timbre, y soltó una carcajada al fijarse en su cara.

—Lo has hecho de escándalo —le dijo, antes de estamparle un besazo en la

mejilla—. ¡Con todo!

—Gracias. —Sofía le sonrió con orgullo—. ¿Y qué tal te va con Esther, por cierto?

—Gracias a tus consejos, por fin conversamos de manera civilizada, y resulta que tenemos más cosas en común de lo que yo pensaba.

—¡Te lo dije! —exclamó—. Tú valórala por lo que ella es y la tendrás en el bote.

—¿Crees que debería invitarla a salir ya? —preguntó él con la mirada iluminada.

—¡Nah! Espera un tiempo, que no te crea tan seguro. Hazla sufrir un poco.

—No creo que ella sufra por mí —masculló.

—Todavía; espera un tiempo —le repitió con un guiño, justo cuando la puerta del portal se abría automáticamente.

—Buenas noches, Sofía.

—Buenas noches, Sam, gracias por traerme —se despidió con una sonrisa de afecto.

Le sorprendió encontrar la puerta del piso abierta, así que la empujó con algo de desconfianza y dio un par de pasos hacia el interior.

—¿Julen?

Ahogó un grito al verse atrapada por unos brazos desde atrás, y estuvo a punto de lanzar una patada en plan coz antes de sentir sus labios contra el cuello y su voz susurrante junto al oído.

—Esta ha sido sin duda una de las noches más largas y horribles de mi vida.

Sofía se relajó contra su cuerpo y sonrió con placer mientras él se dedicaba a dejar un reguero de besos en su nuca.

—Ha faltado poco para que te propinara una patada en tus partes. No deberías darme estos sustos.

La giró y la abrazó, ansioso, para besarla en los labios, casi devorándola.

—Y me la habría merecido —le dijo cuando se separaron y apoyó la frente contra la suya.

Sofía pudo fijarse con detenimiento en sus ojos, que brillaban con demasiada intensidad mientras la contemplaban con un matiz de desesperación.

—Ey, ¿qué ocurre? —le susurró, mientras le rozaba el mentón con los dedos.

—Creo que he cometido un gran error —respondió él después de unos segundos de silencio—. No debí permitir que te metieras en esto.

Ella alzó las cejas, sorprendida; sus palabras habían mordido su orgullo.

—Pero ¿qué dices? Ha salido todo perfecto. Bueno, salvo por la parte del retrete que... ¡Durante esos minutos ideé diez millones de formas diferentes de tortura para ti, Julen!

Él se rio, aunque fue una risa extraña, en nada similar a las que la tenía acostumbrada: parecía apagado, algo triste.

—Intentaré compensarte de alguna manera, aunque creo que será imposible —murmuró antes de volver a besarla.

¿En verdad había estado tan preocupado? ¿Por qué? Según Sam, las cosas habían ido bien. Tenía su micro, había mucha gente en la fiesta... Además, ella sabía defenderse, había permanecido relativamente a salvo. ¿Sus nervios eran por el plan o se trataba de ella?

Pensarlo le producía un calor agradable en el pecho, pero esa sensación la inquietaba. No debía ansiar tanto que Julen sintiera algo especial por ella; no debía, porque desear algo así significaba que ella tal vez sentía algo especial por él.

Sofía cerró los ojos, pues intuía que su cabeza volvería a dar vueltas y vueltas sobre eso, siempre complicando las cosas, siempre buscando explicaciones a lo que sentía o previniendo futuras decepciones... ¡Basta! Cuando estaba con Julen era mejor dejarse llevar, no pensar demasiado. Pensar podía hacerle daño... Pensar la llevaba a temer de nuevo que él no fuera sincero, que la estuviera utilizando, que solo le importara su plan para destruir a Ricardo. Por bien que se sintiera a su lado, nunca podría apartar la realidad: Julen era Aire, y Aire se ganaba la vida embaucando a la gente según sus intereses.

Lo abrazó y enterró la cara en su pecho con un suspiro, decidida a poner su razonamiento en pausa. Julen le acarició la espalda con ternura y le besó la coronilla.

—¿Por qué está todo tan oscuro? —preguntó al caer en la cuenta.

—Quería darte una sorpresa. Ven. —La cogió de la mano y la llevó hasta el salón, donde había dispuesto varias velas por toda la habitación que daban un tono dulce e íntimo. Sobre la mesita del centro había varios platos con sándwiches y otros aperitivos—. No es una cena de autor precisamente, pero a estas horas no es recomendable darse un atracón.

—¿Me has preparado una cena romántica? —preguntó Sofía, que lo contempló todo con asombro. Nadie había hecho algo así por ella nunca, ni bocadillos ni ostras, nada de nada.

—Hombre, si el pan de molde se considera romántico... No lo he cortado con forma de corazón ni nada por el estilo.

—Las velas —musitó ella señalándolas—. La música...

—Son relajantes...

—¿Las rosas? —exclamó con voz aguda al ver el ramo en la mesita junto al sofá. Julen se aclaró la garganta y ella lo miró. Tuvo ganas de soltar una carcajada cuando vio su cara: en ese momento parecía un adolescente avergonzado—. ¡Me encanta tu cena no romántica, Julen! —Le rodeó el cuello con los brazos y lo besó de nuevo.

—A pesar de la hora que es, pensé que tendrías hambre y que te vendría bien relajarte un poco; por eso le dije a Sam que te trajera a mi casa —le explicó con una sonrisa—. Bueno, por eso y porque me moría por verte.

Así, de sopetón y con esa franqueza que tanto le fascinaba de él. ¡Si pudiera confiar en que sus palabras fueran ciertas...! En cualquier caso, ¿qué había de malo en bajar la guardia un poco?

—Pensaste bien: me muero de hambre. ¿Cómo iba a comer nada en la fiesta? —se rio, y tomó asiento en el sofá, a la vez que tiraba de su mano para que se sentara a su lado.

Julen le sirvió una cerveza en una copa alta y él se sirvió otra. Otro detallazo: ella siempre había preferido la cerveza al vino.

—No comas tan deprisa, te vas a atragantar —le dijo él con una risita.

Entonces se arrodilló en el suelo, lo que provocó que Sofía casi se ahogara con el sándwich que estaba engullendo, y le quitó los zapatos. ¡Ay, Dios! Hasta ese momento no se había dado cuenta de cuánto le molestaban. Julen volvió a sentarse a su lado, colocó los pies de Sofía en su regazo y comenzó a masajearlos, mientras ella se reclinaba como una reina.

Lo de las velas, la música, las rosas y el masaje era genial, pero en verdad a Sofía no le hubiera hecho falta nada de aquello para sentirse en casa. Se trataba de él, de cómo la hacía sentir de cómoda, de hermosa y deseada a pesar de estar zampando como una cerda y hablando, con la boca llena, de todo lo que había pasado en casa de su tío. Julen la dejaba hablar y quemar su adrenalina, mientras reía y se sorprendía en los momentos justos, como si fuera la primera vez que escuchaba la historia y no hubiera obligado a Sam a que le retransmitiera segundo a segundo lo que captaba a través del micrófono.

Poco a poco fue apagándose, como el conejo de la competencia en el anuncio de Duracell. En un principio había tenido otros planes para el culmen de esa

noche perfecta, pero eran casi las tres de la mañana, y, después de tantas emociones, su cuerpo se rindió. Sin siquiera darse cuenta, se quedó dormida a mitad de una frase.

Entre sueños notó cómo Julen la cogía en brazos y caminaba hacia el dormitorio; allí la tumbó en la cama y le quitó el vestido con delicadeza. Sofía apenas tuvo fuerzas para alzar los brazos.

—Te juro que mañana te recompensaré por esto —murmuró cuando la arropó con las mantas.

Después sintió su cuerpo fuerte y cálido a su espalda rodeándola con los brazos, un beso en la nuca y su susurro ronco:

—No necesito más recompensa que esta.

El soniquete de un teléfono lo sacó de la calidez del sueño. Julen gruñó y trató de ignorarlo, pero acabó abriendo los ojos. Sofía yacía en ropa interior a su lado, de espaldas. Sonrió; en ocasiones la realidad era mil veces mejor que los sueños. El teléfono había dejado de sonar, así que se incorporó sobre un codo para mirarla. Era la viva imagen de la paz, con las mejillas algo sonrojadas y los labios entreabiertos. Le apartó un mechón de la frente y la besó con ternura.

En ese momento, el teléfono volvió a repiquetear desde el salón. Era el móvil de Sofía, la cual se removió mientras emitía un quejido perezoso. Julen se rio y le dio un beso rápido en la mejilla.

—Ya te lo traigo yo —le susurró.

Salió de la cama y se dirigió al salón, donde encontró su cartera encima de una silla. Sacó el teléfono y leyó las letras verdes con una sonrisa satisfecha: «Tío Ricardo». Regresó al dormitorio y se sentó en la cama para zarandearla ligeramente.

—¡Arriba, Bella Durmiente! El deber te llama —le dijo de buen humor, a pesar de que el teléfono había vuelto a dejar de sonar. Sabía que volvería a llamar, y hacerlo esperar les favorecería.

—Déjame, anoche me porté como una campeona; me merezco dormir tranquila —protestó ella, lo que le provocó una carcajada.

—Eres una campeona, por eso vas a coger el teléfono y rematar la faena. Es tu tío —anunció, a la par que la destapaba hasta la cintura. No fue una buena idea: sus ojos quedaron atrapados en sus pechos desnudos, y de repente recordó que llevaba toda la noche deseándola con desesperación.

Sofía se rio y él retiró la mirada de su cuerpo para centrarla en su rostro.

Estaba preciosa, con los ojos hinchados por el sueño, el cabello desordenado y su sonrisa pícaro.

—¿Eso es el efecto del despertar o soy yo la que provoqué todo ese... despliegue de masculinidad? —preguntó señalando su más que evidente excitación.

—Un poco de lo primero y muchísimo de lo segundo —ronroneó mientras se inclinaba hacia ella.

Sofía le rodeó el cuello con los brazos para besarlo lento y abrasadoramente, mientras Julen se recreaba acariciando sus pechos, amasándolos y venerando sus pezones. En cuestión de segundos la ropa interior había desaparecido y... el teléfono volvió a sonar, lo que provocó que ambos gimieran al unísono.

—¡Ah, creo que nunca lo he odiado tanto como en este momento! —masculló Julen—. Cógese, con suerte se callará rápido.

—¿Ricardo Márquez? —bufó ella con escepticismo. Tomó el aparato y descolgó—. Buenos días, tío.

—¿Dónde diablos andas? —bramó al otro lado de la línea. Sofía puso los ojos en blanco—. ¿Por qué no me cogías el teléfono?

—Si no recuerdo mal, anoche tuve un poco de movida, y da la casualidad de que necesitaba dormir —respondió ella con acritud. Julen la empujó un poco para girarla sobre su costado y se acurrucó tras ella para poder rodearle la cintura desde atrás—. ¿Qué quieres, tío?

—Necesito hablar contigo enseguida. —En ese momento, Sofía tragó aire sonoramente al sentir la erección de Julen frotándose contra su trasero. Archeó la espalda y él volvió a mover las caderas, lo que le provocó un gemido—. ¿Qué significa ese ruido?

—¿Qué? —jadeó ella—. Nada, solo... he bostezado—. Le lanzó una mirada asesina a Julen por encima de su hombro, pero él le respondió frotándose de nuevo, esta vez entre su sexo, para impregnarse de su humedad. Su gemido quedó amortiguado cuando besó su nuca, pero ella lo tenía más difícil para ocultar su respiración acelerada—. Solo... Estoy... —Tragó saliva y lo volvió a intentar—. ¿Qué quieres, tío?

—Bien, iré al grano. Sabes lo difícil que es para mí pedirte esto, pero he de reconocer que... —Gruñó antes de seguir—. ¡A la mierda, Sofía! Necesito tu ayuda y lo sabes, así que no vengas a regodearte ni a chulear, no lo soporto.

Sofía escuchaba a medias, pues su atención permanecía atrapada por la fricción entre sus piernas, la boca de Julen en su cuello y su mano delante de ella,

haciendo prodigios sobre el punto justo. Se mordió los labios y trató de detener sus caricias para poder responder con coherencia. ¡Diablos, era tremendamente erótico! Como transgredir las normas, como si estuvieran haciéndolo en público. Pocas veces se había sentido tan excitada y mojada como en ese momento, y la dureza que se presionaba contra su trasero le indicaba que a Julen le ocurría lo mismo que ella.

—¿Qué quieres de mí? Créeme si te digo que en este momento lo que menos me apetece es regodearme. —La risa ronca de Julen vibró sobre su cuello y le arrancó un escalofrío.

—Ya sabes que Fernández y Pacheco están enfermos, y les han dado por lo menos dos semanas de baja.

—¿Dos semanas? —se sorprendió—. ¿Qué les ha pasado?

—¡No lo sé! Es todo una mierda. Tienen un cúmulo de virus y cosas, qué más da —explicó atropelladamente, con impaciencia—. Lo realmente importante es que mi seguridad y la de mi casa se han quedado cojas sin ellos, ya lo viste anoche.

—Tú siempre tan considerado con tus trabajadores —bufó—. ¿Y qué querías? Pusiste a ese inútil de Díaz al mando y te faltaban dos hombres.

—¡No hubo tiempo de buscar a nadie de confianza! —protestó él.

—Bueno, no te daría la vida para eso, tío: tú no confías en nadie.

—Eso no es cierto; confío en ti, eres mi familia —repuso con su falsa voz melosa.

—No fue eso lo que me dijiste la última vez. —Su gruñido se transformó en gemido cuando Julen la penetró lentamente con su dedo índice, sin dejar de frotarse contra su humedad desde atrás—. ¡Oh, Señor!

—¿Vas a guardarme rencor por eso? —siguió Ricardo con su letanía, ajeno al volcán que era su sobrina—. ¡Estaba cabreado, joder, y con toda la razón!

—Por favor, tío, dime qué quieres, me has cogido en un... mal momento —exigió ella con voz estrangulada.

—Necesito que te hagas cargo de la seguridad de mi casa y de mí mismo, al menos hasta que regresen mis hombres. —Sofía jadeó de placer, pero Ricardo lo interpretó como un resoplido desdeñoso—. ¡Te pagaré lo que me pidas y lograré que te readmitan en BigPro! ¿No es suficiente?

—No sé si merece la pena el pago, francamente —masculló, porque aceptar sin discutir no habría sido propio de ella—. Pero no puedo evitar sentir un compromiso contigo, maldita sea mi estampa —dijo de mala gana.

—¡Es que lo tienes! Soy tu tío, me ocupé de ti cuando...

—¡No sigas por ese camino o te quedas solo, te lo advierto! —lo amenazó.

—¡Está bien! Solo dime que vendrás a verme enseguida.

—Iré a verte en cuanto termine... un asunto. —Julen la penetró con un segundo dedo y ella apretó las piernas contra su mano, mordiéndose los labios para no gemir—. Pero tengo una condición.

Ricardo soltó una palabrota, pero acabó suspirando con resignación.

—¡Dispara!

—Díaz es un idiota, así que llevaré a mi propio hombre de confianza; me pondrá las cosas más fáciles.

—¿Alguien extraño en mi casa? —inquirió él con recelo.

—No es extraño para mí: es un profesional y trabajamos bien juntos —aclaró—. Además, que sin él no hay trato, punto.

—¡Está bien, joder, tú ganas!

Sofía hizo un gesto triunfal con la mano y Julen le mordió el cuello mientras sacaba los dedos. Situó su miembro en su entrada y presionó suavemente, introduciéndose unos centímetros. Ella arqueó la espalda, pero él la sujetó por las caderas para torturarla un poco; volvió a salir de su interior, jugueteó sobre su sexo y entró de nuevo en ella un poco más profundo que antes, pero aún sin llegar a llenarla. Sofía gimió con frustración y se esforzó en continuar su conversación.

—OK, tío, recogeré a mi compañero y nos presentaremos en tu casa lo antes posible.

—No tardéis: hay una inundación en mi despacho y no me atrevo a hacer nada hasta no haber ampliado mi seguridad. Ese criminal puede colármela en cualquier momento.

—Bien, descuida —le dijo apresuradamente; colgó el teléfono y lo lanzó sobre el colchón—. Estoy dentro —jadeó, mientras Julen la penetraba de una fuerte embestida.

—Yo también —le susurró por encima de su gemido de placer—. Creo que eres la criatura más excitante que existe. —Salió casi por completo de su interior y volvió a enterrarse en ella de golpe, girando las caderas para conseguir ganar unos centímetros más. Siempre necesitaba más de Sofía, lo llevaba al límite como nadie había logrado jamás. Se mordió los labios para no dejarse ir tan pronto y la besó en el cuello—. No puedo mantener las manos lejos de ti. —Acompañó sus palabras de un suave pellizco en el pezón—. Necesito pegar mi cuerpo al tuyo...

Sentir tu piel caliente contra la mía es como emborracharse... No existe el sentido común cuando estás pegada a mí... Cuando siento tu calor...

Cada frase iba acompañada de una nueva embestida. Sofía gemía y se arqueaba, para reclamar más, todo, y él deseaba dárselo, entregarse por completo como jamás había pensado que haría con nadie. ¿Cómo había podido pasar algo así? ¿Cómo la había dejado llegar tan dentro de él? Al pensar en ello, algo se contrajo en su estómago, el placer se incrementó y le pareció más intenso que nunca. Aumentó el ritmo, la tomó con desesperación, porque encajaban tan bien como si hubieran sido creados el uno para el otro. ¡Dios, porque deseaba que hubieran sido creados el uno para el otro y nunca hubiera nadie más!

—Sofía, esto debería estar prohibido —gimió agónicamente al sentir las contracciones de su orgasmo oprimir su miembro. Ella gritó en su liberación—. Tú deberías estar prohibida por todo lo que me haces sentir —susurró finalmente, mientras daba las últimas embestidas, rápidas y ansiosas, en medio de un mar de éxtasis.

15

—¿Sí?

—Soy Márquez, he venido a hablar con mi tío.

Acto seguido, el portón automático se abrió y ella pasó al patio, con Víctor a su lado. Solo le dedicó un escueto saludo al guardia de la garita antes de dirigirse con decisión hacia la entrada principal de la casa.

—El trabajo de este es básico: controlar las cámaras exteriores y ocuparse de la puerta y de cualquier imprevisto —le dijo en un murmullo a su compañero. Él asintió—. El guardia que ves frente a la entrada se va paseando por el recinto; se supone que nadie puede entrar sin pasar el control del muro, así que su trabajo es relativamente relajado.

—¿Algún horario que tener en cuenta?

—Diez minutos patio delantero, diez minutos patio trasero.

—Es más que suficiente —dijo Víctor, satisfecho.

—No creas —lo contradijo Sofía—; como puedes ver, siempre está en su puesto cuando alguien llega.

—Pues si yo me quedo en la garita, tú habrás de conseguir este puesto.

—No, eso no va a ser posible —masculló ella—. Mi tío me querrá cerca de él.

—Bueno, tranquila, ya se nos ocurrirá algo. —Víctor arrugó la nariz antes de añadir—: Por cierto, ¿por qué huele a mierda aquí?

—¿Tú qué crees? —bufó ella—. Esta casa cuenta con cinco cuartos de baño, algo completamente insuficiente para la que se lió anoche —respondió. El hombre se rio entre dientes—. Hola, Pérez, vengo a ver a mi tío —saludó al llegar al final del camino de gravilla.

Sintió un pellizco de remordimiento al ver al chico de nuevo; tenía un aspecto horrible después de la diarrea de la noche anterior.

—Está en la biblioteca; no puede ir al despacho por la inundación, ya sabes —explicó haciendo una mueca.

—Perfecto, gracias —respondió. Pobre Pérez. Seguro que le había caído una bronca de campeonato por abandonar su puesto. Se lo compensaría de algún modo cuando todo aquello terminara.

Caminaron sin hablar entre ellos: en la casa era más fácil ser escuchado por algún sirviente o captado por las cámaras. En cualquier caso, Víctor no necesitaba las palabras; iba registrando en su mente con precisión todo cuanto

veía, fijándose en cada detalle. Sofía tocó a la puerta de la biblioteca y entró, sin más.

—¿Para qué coño llamas si no vas a esperar respuesta?! —gritó Ricardo desde el escritorio.

—Eras tú el que tenía prisa por verme —respondió ella con chulería—. Este es el compañero del que te hablé, Víctor Núñez.

—Encantado de conocerlo, señor —saludó el aludido con un breve cabeceo formal.

—¿No nos hemos visto antes? —murmuró Márquez mientras se ponía en pie.

—Desde luego, señor: su sobrina me incluyó en el operativo para su galería de arte.

—¡Ah, ya te recuerdo! —exclamó y lo señaló con el dedo—. Tú eres el que me informó cuando quedé atrapado en la sala.

—Exacto —confirmó Víctor. «Y el que te jodió el cuadro delante de tus narices», pensó con orgullo—. Me gustaría disculparme con usted por haber sido tan rudo, pero la situación requería mi atención y mis nervios no estaban muy...

—Sí, sí, lo comprendo. Al menos te acercaste a informarme de lo que pasaba —replicó Ricardo, que echó una mirada recriminatoria a su sobrina—. Y supongo que no me queda más remedio que confiar en ti ahora, a pesar de que la seguridad aquella noche fue una auténtica chapuza.

—Nos cogieron por sorpresa y...

—... y esto es lo que hay, tío —cortó Sofía—. Si trabajo para ti, será bajo mis normas.

—¡No te cueles, señorita, en esta casa mando yo!

—¡No en cuestión de seguridad, ¿estamos?! —lo avisó ella con el dedo alzado. Ricardo bufó como un toro, pero acabó asintiendo, enfurruñado—. Bien, ¿has llamado a alguien para arreglar ese retrete?

—¿Cómo iba a hacerlo?! —volvió a gritar Ricardo—. Me dijiste anoche que no dejara entrar a nadie extraño. Hemos cortado el agua en esa zona para evitar que siga saliendo, pero todo mi despacho está jodido. ¡Mi parque se ha ido a la mierda!

—¿Y el ordenador? —preguntó ella con preocupación.

—¡No, por Dios! —exclamó él con los ojos muy abiertos por el horror—. Si llega a estropearse mi ordenador, me habría dado un síncope. ¿Sabes todo lo que guardo en ese chisme?

—Pero conservará copias de seguridad de sus archivos, ¿verdad? —inquirió

Víctor.

—¡Desde luego que sí! —No había terminado de decirlo cuando su boca se contrajo en una mueca que Sofía conocía bien: no decía del todo la verdad.

Ella sabía que Pablo guardaba una copia de la mayoría de los archivos que contenía ese aparato, pero había cosas que su tío no quería que supiera ni siquiera su hombre de confianza. Tal vez cuentas secretas u obras de arte adquiridas de manera demasiado sucia, cuya existencia solo conocía él. En resumen, todos los datos que Julen necesitaba para destruir a Ricardo Márquez estaban guardados en su ordenador.

—¿Y aún está en el despacho?

—Ya sabes que sí, Sofía: tú misma me dijiste anoche que, a pesar de todo, esa habitación seguía siendo la más segura —le dijo de mala gana.

—Y es cierto; los daños allí solo se limitan al suelo, nada que tu seguro no pueda cubrir. ¿Volvió a entrar alguien después de irme yo?

—Solo yo, para cerciorarme de que todo seguía igual.

—Bien hecho —murmuró ella—. Vale, lo primero que hay que hacer es arreglar ese maldito retrete para poder poner orden en esa zona de una buena vez. ¿Tú no tenías un primo fontanero, Víctor?

—Mi primo Samuel, así es —afirmó él.

—¿Podemos confiar en él?

—¡Tanto como en mí mismo! —exclamó Víctor con aire digno. A Sofía le costó no sonreír al oírlo—. ¿Quieres que lo llame?

—¿Podrá venir enseguida?

—Desde luego, me debe algunos favores.

—¡Gracias a Dios! —suspiró Ricardo—. ¿Puede encargarse de conseguir un retrete igual? Es para no romper la armonía de los sanitarios y...

—Claro, ¿conoce usted el modelo?

—Y esto es básicamente todo lo que has de saber —terminó de explicarle Sofía a su nuevo compañero, después de haber concluido el recorrido por toda la casa. Lo miró significativamente antes de añadir—: ¿Lo tienes todo?

—Grabado a fuego, compañera —respondió con un guiño.

Se despidió con un cabeceo del guardia encargado de la puerta del sótano que acababan de dejar atrás, y se alejaron hacia el *hall*.

—¿Y?

—Bueno... —Víctor torció la boca con una mueca—. Me ha sorprendido la

seguridad en ese sótano. La cámara acorazada es la leche, mejor que la de muchos bancos y museos en los que he trabajado.

—Ya te dije que esta casa es una fortaleza.

—Me gustan los retos —le susurró casi sin mover los labios—. Nada es inexpugnable del todo. De hecho, he tomado fotos de todo el sótano a escondidas, ¿no?

—¡Márquez! —Sofía dio un respingo y se giró con rapidez.

—¿Qué hay, Díaz?

—Los fontaneros están aquí.

Se acercó a la sala de seguridad para mirar las pantallas que reflejaban las grabaciones de toda la casa. En la puerta aguardaban Sam y Rique vestidos con monos azules. Su corazón se aceleró por los nervios. Llevaban pelucas y suponía que lentillas, pero para ella era tan obvio que se trataba de los mismos tipos que habían montado el numerito en Artquez... Claro, que tal vez se debiera a que ella ya los conocía.

—Es mi primo —dijo Víctor a su lado.

—Dile al de la garita que los dejen pasar —ordenó Sofía al encargado de las cámaras.

Minutos después, Víctor presentaba a su «primo» Samuel a Ricardo, que miró a los dos hombres con ese aire prepotente de chulo integral que guardaba para todos los que se ganaban la vida manchándose las manos.

—¿Y tú eres fontanero? —resopló con desdén al referirse a Rique—. Pareces un ratón de biblioteca más bien.

El chico se lo quedó mirando durante un largo rato, con ojos medio bizcos, la boca abierta y cara de estúpido.

—¿Un ratón dice? —preguntó con voz gangosa. Sofía se giró para disimular la sonrisa.

—Es el sobrino de mi mujer, señor —aclaró Sam a Ricardo—. Puede que no sea una lumbrera, pero Víctor me pidió que viniera solo con alguien de confianza, ¿y quién mejor que la familia?

—Claro —murmuró él distraídamente—. Sofía, encárgate tú de esto. Yo tengo que irme, y no me fío de que Díaz esté al cargo; prefiero que él venga conmigo.

—¿Te marchas? —se sorprendió ella de veras. No podían gozar de tanta suerte.

—Sí, a una comida de negocios que Pablo no ha conseguido posponer —explicó de mala gana—. Espero que, cuando regrese, todo este lío se haya arreglado.

—Haremos lo que podamos; hemos dejado el retrete nuevo en el jardín —dijo el gigantón.

Ricardo ni siquiera lo escuchó; caminó hacia la puerta mientras se alisaba su carísimo traje, pero en su postura Sofía pudo ver claramente que estaba tenso.

—¡Ten cuidado, tío! —le advirtió antes de que saliera—. Vigila tu espalda.

Él le hizo un gesto impaciente con la mano antes de marcharse. Bien, sin Díaz, Pablo ni su tío merodeando, las cosas serían mucho más fáciles.

—Vale, venid por aquí —les dijo Sofía a sus compañeros, y los condujo al cuarto de baño privado de Ricardo. Frente a la puerta de la oficina estaba apostado uno de los guardias, pero ya contaban con ello—. No se os permite el acceso a la oficina de mi tío —informó a los «fontaneros» con su tono más profesional—, pero no necesitáis entrar: el problema está aquí. —Sacó la llave y les abrió el paso hacia el aseo.

—¡Madre del amor hermoso! —Sam emitió un silbido al ver el desastre—. ¿Cómo ha podido volar de esa manera este retrete?

—Eso no es asunto tuyo, primo, límitate a arreglarlo —respondió Víctor con acritud.

—¡Vale, vale, tío! —resopló el hombretón, mientras se ponía manos a la obra.

—¿Cómo era tu nombre? —le preguntó Sofía al guardia, que los observaba con curiosidad, pero sin abandonar su puesto frente a la puerta del despacho.

—Me llamo Braulio, señora, aunque aquí me llaman Ruiz —contestó, cuadrándose como un soldado. Se notaba a leguas que era novato, lo cual, al contrario de lo que podía parecer, lo hacía todo más difícil.

—Bien, Ruiz, no es necesario que sigas en este puesto: el jefe nos ha pedido a Núñez y a mí que supervisemos la obra.

—Ya, pero es que este es mi puesto, señora; hasta que no acabe mi turno, no puedo abandonarlo —dijo Braulio con cabezonería.

Y ahí estaba la complicación: el novato quería sumar méritos con el jefe...

—¡Ruiz! —gritó ella con tono autoritario—. ¿Sabes quién soy?

—Pues...

—¡Soy Sofía Márquez! Yo estoy al mando, y te digo que te vayas al patio; mi tío se ha llevado a Díaz y su puesto se ha quedado cojo.

—Pero ¿y qué pasa con el despacho? —insistió él con desconfianza. Sofía gruñó, con ganas de sacarle los ojos.

—¿Es que no ves que Núñez y yo misma estamos supervisando aquí por orden del jefe, pedazo de...?

—¡Márquez! —La voz del encargado de las pantallas de seguridad salió a través del *walkie* que llevaba colgado del cinturón, y la hizo dar un respingo.

—¿Sí? —respondió con un gruñido—. ¿Qué pasa ahora?

—Será mejor que vayas a la puerta principal. Parece que hay problemas.

—Joder, ¿y ahora qué? —masculló. Lanzó una mirada de fastidio a Víctor, y le sorprendió encontrarlo sonriendo; este le guiñó un ojo y señaló a Braulio con un gesto sutil. Sofía cogió la indirecta al vuelo—. ¡Ruiz, acompáñame! —ordenó secamente.

El chico la miró con gesto indeciso y ella se puso las manos en la cintura de manera amenazante.

—Pero mi puesto...

—¡Este no es tu puesto! ¡¿Es que no me has escuchado?! —bramó—. ¡Mi tío me ha dado el mando y yo no confío más que en Núñez para vigilar la dichosa obra, así que mueve tu culo o ya puedes estar buscando otro empleo! ¿Te ha quedado claro?

—S... sí, señora —musitó el joven con aire desdichado.

Sofía suspiró aliviada cuando lo vio enfilar hacia la salida, y se giró por última vez hacia sus amigos. Los tres alzaron el dedo pulgar a la vez. Ella puso los ojos en blanco y siguió a Braulio, sin tener ni idea de con qué se iba a encontrar.

—Venga, chicos, no contamos con mucho tiempo —los apuró Víctor cuando Sofía y el guardia desaparecieron—. Sam, vigila el pasillo y ten cuidado con la cámara.

—Ya lo sé, tío, relájate —respondió él, mientras ocupaba su puesto.

—Toma esto —Le entregó la microcámara fotográfica que había conseguido colar en el sótano—. Dile a Aire que está todo fotografiado, de palmo a palmo.

Sam asintió y se guardó el aparato en el bolsillo interior de su peto de fontanero. Víctor entró en el baño y se acercó a la puerta que comunicaba con el despacho. Se agachó y comenzó a examinar la cerradura; al cabo de unos segundos se separó con un bufido despectivo y sacó un juego de ganzúas similar al que solía llevar Aire. Tras algún movimiento se escuchó un clic y él sonrió satisfecho. Giró la manivela y le cedió el paso a Rique con una reverencia.

—Vía libre, chico —le dijo—. Tienes menos de diez minutos, ¿podrás?

—Espero que sí —respondió el joven, que entró corriendo en el despacho y se sentó en la mesa, frente al ordenador de Ricardo. Mientras el aparato se iniciaba, puso su maletín de fontanero sobre el escritorio y abrió el doble fondo para sacar

la máquina que él mismo había diseñado para descifrar contraseñas.

Víctor regresó al pasillo y Sam entró a ocuparse realmente del retrete. De repente, algo emitió un ruido que sonó sospechosamente a una alarma. El hombretón se giró con expresión preocupada.

—¡Oh, oh! —musitó.

Víctor sonrió y se metió la mano en el bolsillo. De él sacó el móvil que le había robado a Ricardo durante su conversación anterior. El aparato vibraba y pitaba, avisando a su dueño de que alguien había iniciado sesión en su ordenador.

—¡Muy astuto, Rique! —exclamó desde la puerta, con cuidado de que la cámara del pasillo no grabara sus gestos—. ¿Por esto existe que robara el teléfono?

—No estaba seguro, pero era lo más probable que hubiera colocado algún tipo de aviso —respondió el aludido desde el despacho—. De todas formas, voy a necesitar realizar una buena limpieza para que no quede registro de mi «visita».

—Márquez dice que en el ordenador de su secretario hay copias de todo lo suyo —aventuró Víctor.

—Ya lo tenía previsto. Deberás entrar en su despacho y dejarle el regalito que he creado para él.

—Espero que no se trate de otro retrete explosivo —bufó Sam—. Es la primera vez que arreglo uno, y, francamente, no estoy seguro de que vaya a funcionar.

—¡Ey, yo te he recomendado, así que no me dejes mal! —protestó Víctor.

—Nah, es un gusano —le dijo Rique sin dar más explicaciones—. ¡Estoy dentro! —exclamó, triunfal, mientras se inclinaba sobre el teclado—. ¡La leche, esto es Disneyland!

—Pues date prisa, si no quieres que Mikey Márquez regrese y nos pesque —gruñó Víctor.

—¡Eh! ¿Te meto prisa yo a ti cuando trabajas?

Los gritos llegaban hasta el jardín, unas voces destartaladas que denotaban un gran enfado. Sofía frunció el ceño: la voz le resultaba familiar. Miró a los dos guardias que se habían juntado en la puerta de entrada y que parecían desconcertados.

—A ver, ¿qué está pasando aquí? —preguntó con un suspiro de resignación.

—¡Márquez! —exclamó el responsable de la garita con alivio—. Hay un tipo ahí fuera que dice que alguien llamó de este número pidiendo veinte pizzas.

—¿Veinte qué? —jadeó.

—Le he intentado explicar a través del interfono que hay un error, pero creo que no está muy bien de la cabeza.

En ese momento sonaron unos fuertes porrazos en la puerta metálica acompañados de nuevos gritos.

—¡Como no me abráis voy a echar esta puerta abajo! ¿Me oís, hijos de puta? No voy a pagar estas pizzas yo, ya he tenido bastantes problemas en el curro. ¡Que me abráis la puta puerta, o la tumbo con el furgón!

—¿Quieres que salga? —se ofreció Pérez sacando pecho, tal vez pretendía hacer méritos para compensar la metedura de pata de la noche anterior.

—No, se ve que el tipo está zumbado, no es buena idea alterarlo más —respondió ella—. Quédate cerca de la verja por si acaso. Ven conmigo, Ruiz.

El guardia de la garita presionó el botón de apertura automática y Sofía salió a la calle. Había un furgón de reparto de pizzas aparcado enfrente y un hombre daba vueltas arriba y abajo, sin dejar de gritar improperios. Cuando lo vio, se mordió los labios y trató de mantener la compostura.

—¡Hombre, por fin me abren! —gritó el tipo acercándose con andares tambaleantes. Sorbió por la nariz y se apartó el grasiento pelo de los ojos, antes de encararse con ella—. Buenas, señora, traigo un pedido de veinte pizzas para esta casa y no pienso largarme hasta que no me las hayan pagado.

—Tranquilícese, ¿quiere? —le dijo Sofía.

—Oiga, ¿no le han dicho nunca que no es buena idea decirle eso a alguien que está visiblemente nervioso? —protestó el repartidor, antes de subirse sus gafas.

—Lleva razón —resopló ella, poniendo los ojos en blanco—. Es un buen consejo que más de uno se debería aplicar.

—Claro que sí —contestó el tipo, que le lanzó una mirada de arriba abajo mientras mascaba un chicle con la boca abierta—. ¿Son para usted las pizzas? Se nota que le gusta jalar, con ese culo...

Sofía tragó aire para contenerse y no partirle la cara. Él sonrió con un destello de ironía en los ojos azules que ocultaban las horribles gafas.

—Puede que mi culo sea gordo, pero sé cómo moverlo —espetó ella al tiempo que levantaba la barbilla con orgullo.

—Ya, eso me lo creo... —ronroneó el repartidor, demasiado sugerente.

Ruiz miraba a uno y otro con cara de estar más perdido que una gallina en un baile. Sofía se adelantó unos pasos para encararse con el tipo, que no se amilanó ni un ápice.

—¿Sí? Pues como escuche una nueva referencia a mi culo o a su tamaño, creo que alguien lo va a pagar muy, pero que muy caro —siseó.

—¿Guerra de almohadas? —la provocó él.

—Noooo —contestó Sofía con fingida suavidad—. Nada de almohadas, en absoluto. Ni colchones, ni mantas... No sé si lo coges.

—Bueno, mientras existan cocinas... —respondió el repartidor con un encogimiento de hombros y una sonrisa provocadora.

—¿Márquez? —musitó Ruiz, rozándole el brazo—. ¿Llamamos a la poli?

Ella dio un respingo; había estado tan absorta en su discusión de besugos con Julen que se había olvidado de que tenían público. Lanzó un gruñido y dijo que no con la cabeza.

—A ver, tú —le espetó al zumbado; chascó los dedos delante de él con chulería—. ¿Quién se supone que te ha encargado esas pizzas que dices que traes?

El tipo dio una vuelta a su chicle con la lengua mientras comprobaba la factura.

—Un tal... Molinos. Pablo Molinos, eso es.

—¿El señor Molinos? —se extrañó el joven guardia.

—Debe de haber un error —dijo ella.

—Vamos a ver, guapa: me importa un par de cojones lo que tú...

—¡Oye, tú, más respeto con la señora! —le reprendió Ruiz, que lo cogió de la camiseta.

—¿Quieres que te parta la cara, Chuck Norris? —bramó el otro mientras se sacudía.

—¡Basta, basta, basta! —gritó Sofía, y los cogió a los dos por el brazo para separarlos—. ¿Podemos, por favor, intentar aclarar este embrollo como personas civilizadas? A ver, cuéntemelo todo de nuevo, despacio, para que nos enteremos. ¿De acuerdo?

—Vale, ¿hablamos aquí o en mi furgoneta, cariño? —Julen sonrió y le hizo un guiño.

—No pongas a prueba mi paciencia, se me da muy bien el yudo.

—Uhm... ¡Cómo me pone esta tía! —exclamó mirando al guardia. Sofía tuvo que sujetarlo de nuevo para que no se abalanzara sobre Julen—. ¡Está bien, ya hablo! Pero si se enfrían las pizzas no es mi problema; no me vayas a venir ahora con la mierda de...

—¡Habla! —gritaron Sofía y Ruiz a la vez.

16

DOS DÍAS DESPUÉS...

—¡Buenas tardes, familia!

—¡Hombre, Víctor, por fin te dignas a aparecer! —resopló Luka, sin apartar los ojos de la pantalla del ordenador de Rique.

—¿Sabes una cosa, Víctor? —masculló Julen—. Cuando cito al grupo a las seis de la tarde, es para que esté a las seis de la tarde, no a la seis y veinte.

—Ya lo sé, tío, lo siento —se disculpó y tomó asiento junto a su amigo—. Es que mi hija me ha llamado por teléfono justo cuando salía de casa de Márquez.

—¿En serio? —exclamaron Julen y Luka a la vez.

—Sí: ha aprovechado un despiste de su niñera para telefonar —explicó riendo—. Me ha contado que su madre tiene una cita esta noche y que estaba en la peluquería.

—¿Sale con alguien? —preguntó Julen, que se sacudió el polvo imaginario de su camiseta.

Víctor lo observó con curiosidad y después desvió la mirada hacia Luka, al cual sorprendió estudiando sus uñas con fingida atención.

—Eso parece, sí —respondió; entornó los ojos con sospecha—. Lena dice que conoció a alguien hace una semana y que salen todos los días: a comer, cenar... En fin, según me ha explicado, su madre anda en las nubes.

—Caray, qué fuerte les da a algunos. —Luka chascó la lengua, aunque no pudo ocultar la sonrisa de galán orgulloso.

Julen resopló, y a Víctor no le pasó desapercibida la mirada cómplice que intercambiaron.

—Vosotros no sabréis nada de ese amor misterioso y repentino, ¿verdad? —les preguntó.

—¿Nosotros? —exclamó Luka.

—¿Estás preocupado? —se interesó Julen.

—¿Bromeas? Ojalá encuentre a alguien que le ablande el corazón de una buena vez —gruñó Víctor.

—Bueno, no seas exigente, hombre. Confórmate con que tanta actividad le haga darse cuenta de que es bueno compartir la custodia de Lena contigo —apuntó Luka—. Aunque sea para disponer de tiempo para ella...

—¡Ey, tenéis que contarme qué os traéis entre manos! —exclamó Víctor, ofuscado.

—¿Nosotros? —repitieron los dos a la vez con una sonrisa.

—Oye, Julen —los interrumpió Esther—. ¿No se retrasa demasiado tu chica?

Él la miró y frunció el ceño. «Su chica». Le daba un vuelco el corazón cada vez que lo escuchaba; parecía un adolescente con las hormonas revolucionadas. Sacudió la cabeza y miró el reloj. Su ceño se acentuó.

—Sí que está tardando demasiado... —Su voz denotó toda la preocupación que sentía, y sus compañeros lo notaron, a juzgar por cómo lo miraron.

Julen maldijo mentalmente y se puso en pie. Llevaba sin verla desde que había entrado a trabajar en casa de Márquez, sin contar los escasos minutos que pasaron discutiendo por el tema de las pizzas. ¡Odiaba no verla! Aunque Sofía lo llamaba cuando podía y Víctor también informaba a menudo, no conseguía dominar los nervios. Detestaba no hablar con ella, no poder tocarla, besarla o, simplemente, mirarla.

Sin embargo, lo que peor llevaba era lidiar con la idea de que estuviera en esa maldita casa, tan cerca de ese asesino. Cada minuto que Sofía permanecía allí era una tortura para él. ¡Le aterraba que pudieran descubrirla y que algo le ocurriera! Por su culpa... ¿Cómo podía haberla metido en eso? Eran sus propios monstruos, ¿qué derecho tenía a arrastrarla en sus mierdas? Todos en aquella habitación eran estafadores y ladrones experimentados, sabían en lo que se metían, ¿pero ella?

«¿Qué derecho tengo a jugar con su vida?», se decía una y otra vez, con un nudo de amargura en el pecho.

Justo cuando llegó frente a la puerta, esta se abrió y la sobresaltó.

—¡Julen, qué susto! —le dijo con un suspiro, antes de agacharse para coger al pequeño Code, que se había acercado a ella y daba saltitos para reclamar su atención.

El hombre le puso las manos en las mejillas y se acercó un poco. La estudió con detenimiento, con un destello de angustia en sus profundos ojos azules. A Sofía le sorprendió su reacción; siempre le sorprendía la intensidad de cada uno de sus gestos.

—¿Estás bien? —le susurró sin disimular su preocupación.

Ella lanzó una mirada a su espalda, donde el resto del equipo los observaba.

—Esto... Sí, claro —murmuró, turbada—. ¿Y tú?

—Me tenías preocupado —respondió mientras se pasaba la mano por el pelo—. ¿Por qué has tardado tanto?

A pesar de que no le gustaba ser el centro de atención, no pudo evitar sentirse conmovida. Julen no parecía tener problemas en expresar lo que sentía en cada momento, aunque hubiera público. «A menos que finja porque sabe cómo te gusta eso, cómo bajas la guardia cuando demuestra debilidad por ti», pensó, y chascó la lengua con disgusto: era desquiciante no poder deshacerse de esa maldita desconfianza.

—Bueno, me ha costado escaparme, pero al final he exigido la tarde y la noche libres —respondió, sonriente—. No ha sido fácil: mi tío anda como loco con lo del virus en el ordenador de Pablo, ya sabes.

—¿Todavía no han conseguido arreglarlo? —preguntó Rique con una sonrisa satisfecha. Ella sacudió la cabeza—. ¡Guay! ¿Soy o no soy el mejor?

—Están copiando todos los documentos al nuevo ordenador que han adquirido, pero esta vez lo tendrás más difícil, Rique: han dispuesto unos medios que...

—Ese aparato ya está infectado, tranquila —respondió quitándole importancia.

—¿Qué? No es posible: lo trajeron ayer y solo lo ha tocado Pablo.

—Pero dejé un regalo en reposo en el de Ricardo. Cuando copien los archivos, irán con premio.

—Madre mía... —murmuró ella—. Me da dolor de cabeza solo de pensarlo.

—Es fácil; yo controlo los dos ordenadores, a no ser que de repente se vuelvan inteligentes y les dé por contratar a un buen informático, lo cual dudo bastante...

—No, no tienen tiempo de hacerlo —aclaró Luka—: nos han citado para mañana para redactar el documento con los bienes que hay que asegurar.

—Así es —confirmó Esther desde el fondo de la habitación.

Sofía alzó la mirada hacia ella y sonrió al ver que apenas le dedicaba su atención; se la veía demasiado ocupada con Sam, que le estaba enseñando cómo dejar *KO* a un tío mucho más alto que ella en menos de medio minuto.

Esos dos se sentían tan a gusto juntos que era como si no hubiera nadie más en la habitación. La cara de bobalicón que él solía poner antes había sido sustituida por una de seguridad que le daba el aspecto atractivo y varonil que realmente poseía. Le constaba que seguían discutiendo, pero sus rifirrafes parecían incrementar la atracción que crepitaba entre ambos.

—¿Te ha llamado ya mi tío para confirmar la hora? —preguntó Sofía, que se volvió a centrar en el tema que importaba.

—Hace media hora —confirmó Esther—. Hemos quedado a las siete de la tarde. Buen trabajo —la felicitó con una sonrisa.

—No fue difícil convencerlo de que pospusiera la cita a la tarde —explicó ella—. Le metí en la cabeza un millón de miedos, y no se arriesgará a tocar nada hasta que no crea que los ordenadores estén listos.

—Así que será mañana —murmuró Julen con seriedad.

Sofía lo observó, y encontró un destello feroz en su mirada, ese destello feroz que le daba escalofríos. Tanta frialdad... Tragó saliva. ¿Cómo podía una persona tener dos caras tan distintas?

—Sigue habiendo un problema —apuntó con gravedad, lanzando una mirada a Víctor.

—No es solo que la cámara acorazada sea dura, chicos, es que ni siquiera puedo acercarme a ella para echarle un vistazo —confirmó él.

—¡El otro día lograsteis colaros! —exclamó Julen con énfasis.

—Sí, Aire, porque Sofía pudo convencer a Ricardo de que me la enseñara, pero no podemos pasar al sótano sin su huella dactilar ni...

—¡Rique ya tiene un molde de ella!

—Ni su retina —terminó Sofía con rotundidad.

—¿Qué? —exclamaron los demás a la vez. Sofía suspiró.

—Mi tío ha instalado esta misma mañana un sistema de lectura de retina; una de las consecuencias del asalto de la noche de su cumpleaños.

—¡Mierda! —escupió Julen, y dio un puñetazo en la mesa.

—Además —continuó Víctor—, desde esa noche Márquez cambia la combinación dos veces cada día: una siempre al azar y sin avisar, la otra a las doce en punto. No solo nos enfrentamos a la puerta, sino a la combinación, y, como te he dicho, ese juguete es de los más sofisticados que he visto en mi vida. Yo mismo necesitaría horas y calma para abrirla; no creo que tú consigas siquiera tocarla.

—No me subestimes —gruñó Julen.

—No, no te sobrestimes tú, sobrino —le advirtió Luka con seriedad—. ¿Existe algún modo de vencer lo de la retina? —le preguntó a Rique.

El joven torció los labios con una mueca.

—No sé, tíos, nunca he currado con eso —confesó—. Habría que hacerse con la base de datos de la empresa con la que se contrató el escáner, conseguir sus códigos de iris y después crear una imagen artificial con las mismas características.

—¿Puedes conseguirlo? —lo presionó Julen.

—¿Para mañana? —Rique alzó la voz con un tono agudo—. ¡No, joder, no soy Dios!

—La cosa se complica a partir de las doce. Cuando mi tío se retira después de haber cambiado la combinación, la totalidad de los infrarrojos del sótano se conecta.

Julen frunció el ceño y una sombra viajó por su semblante. Por un momento a Sofía le pareció enfurruñado, como un niño al que le negaran un capricho largamente deseado.

—¡Maldita sea! —estalló finalmente. Empezó a tirarse del pelo con aire nervioso—. Bien, dejadme pensar, encontraré la solución. Por lo demás, el plan sigue en pie, sin cambios.

—OK, jefe —exclamó Rique con su habitual jovialidad, mientras se dejaba morder un dedo por Code—. Yo lo tengo todo listo. Estaré toda la noche perfeccionando y buscando posibles errores para solucionarlos.

—Esther y yo hemos estado trabajando en nuestro papel —añadió Luka.

—Yo he conseguido cambiar las guardias y meter a Víctor en la garita para toda la tarde y toda la noche de mañana —anunció Sofía.

—¿Y la puerta principal?

—No, es imposible que Ricardo me coloque allí estando Luka y Esther dentro. Habrá que jugar con los tiempos del guardia. Víctor podrá echarte una mano con eso; sin embargo... ¡Maldita sea, Julen! ¿De verdad quieres seguir adelante con esta locura de entrar? —Él la miró con la cabeza ladeada y expresión anonadada. Sofía resopló y puso los brazos en jarras—. ¿Quieres reconsiderarlo, por favor? ¡No podrás entrar ahí abajo! Estás poniendo todo el plan en peligro por un capricho.

De repente se hizo el silencio. La cara de Julen se convirtió en mármol mientras clavaba en ella una mirada de decepción que le rompió el corazón. Nadie parecía atreverse a moverse, aunque estaba casi segura de que todos pensaban como ella. ¿Qué necesidad había de arriesgarse a entrar en la cámara acorazada del sótano si iban a desplumar a Ricardo con la estafa del seguro por la tarde?

—Julen... —insistió con un suspiro—. ¿Por qué no te olvidas de la cámara acorazada? Será lo mejor. Tenemos todo muy bien atado, pero eso podría echarlo a perder.

El rostro de Julen se tensó, y la contempló con furia. Ella tragó saliva: no recordaba haberlo visto nunca tan enfadado.

—¿Que me olvide de la cámara? —ronroneó él con falsa suavidad.

—Nada que haya allí puede ser tan importante como para que pongas en riesgo el golpe —se atrevió a decir. El silencio a su alrededor pesaba demasiado, y las miradas de sus compañeros comenzaban a quemarle—. Reconócelo, Julen: si nos saltáramos esa parte del plan, acabaríamos pronto. Obtendrías tu dinero sin complicaciones y todo sería menos peligroso, especialmente para ti.

Él la observó con expresión herida, como si acabara de traicionarlo. Sus labios curvados en una mueca despectiva, sus facciones volviéndose cada vez más duras.

—¿A estas alturas todavía no te ha quedado claro que su dinero me importa una mierda, Sofía, que lo que quiero es destruirlo? —siseó, mientras daba un paso hacia ella.

—Dejándolo sin nada también lo destruyes.

—¿Y la muerte de tus padres? —ladró él—. ¿Eres tan simple que te conformas con dejarlo estar? ¿El dinero puede comprar sus vidas masacradas?

—Eres imbécil... —susurró Sofía, antes de gritar con rabia—: ¡Tú no tienes ni puta idea de lo que es vivir con eso!

Julen curvó los labios en una sonrisa sardónica y desagradable.

—Que no tengo ni idea... —bufó—. Y sin embargo, sugieres que me olvide de la cámara acorazada, de la parte que más importa del plan —rezongó—. ¡Que olvide mi venganza personal, la tuya, porque ha surgido una pequeña complicación! Sugieres... ¡Tú, que has llegado la última y que ni siquiera formas parte del equipo!

—Julen... —le advirtió Luka.

—¡«Julen» un cuerno! —bramó mientras se volvía hacia su tío con un dedo alzado, antes de girarse de nuevo para mirar a Sofía—. ¿Qué pasa, Sofía? No estarás buscando la forma de proteger a tu querido tío de lo que se le viene encima, ¿verdad?

—Sabes que no se trata de eso —espetó ella con sequedad—. Te vuelves un cretino cuando las cosas no salen como tú las planeas. ¡Eres Aire! ¡Nada puede salirle mal a Aire! —exclamó, a la par que movía las manos con exageración—. Pero Aire también es humano. ¡Un millón de cosas pueden salirle mal! ¡Lo de la cámara no es una buena idea, por más que te empeñes en ello!

—Sofía, déjalo, tú no sabes... —lo intentó de nuevo Luka, conciliador.

—¡Exacto, no sabe nada! Así que ignoraré la estupidez que acaba de decir —masculló Julen, que se volvió hacia Víctor—. Sigue pensando cómo abrir esa puta cámara: yo buscaré la forma de entrar.

—¡Eres un cabezota! —gritó Sofía—. ¡No te das cuenta de que todos están de acuerdo conmigo pero nadie se atreve a llevarte la contraria?! ¡Es una locura, Julen! ¡Una locura peligrosa e innecesaria!

—¿Quién te ha preguntado al respecto? —respondió él también gritando—. ¿Pretendes decirme lo que he de hacer? ¿Tú? ¿Quién coño te crees que eres para contradecirme delante de mi equipo? ¡Este es mi plan, está calculado al milímetro!

—¿Ah, sí? ¿Entonces por qué tiene tantas lagunas? —le respondió ella—. ¡Estás poniendo en riesgo tu vida por un capricho!

—¿Qué cojones te importa a ti mi vida? —le increpó con los puños apretados por la ira—. ¿Te crees con derecho a modelarla porque nos hemos acostado alguna vez? —Sofía dio un paso atrás como si la hubiera golpeado, pero él no pareció percatarse de nada—. Métete esto en la cabeza, cariño: yo soy libre, hago y deshago a mi antojo, y no voy a consentir que nadie se interponga en mis planes. ¿Me oyes? Ya te lo dije el primer día: si quieres abandonarnos, da media vuelta y lárgate, pero no nos hagas perder más el tiempo. ¡Abriremos la maldita cámara como estaba previsto! Lo siento por tu querido tío.

Julen se volvió y se dirigió a la mesa. Los demás desviaron las miradas hacia distintos lugares. Sofía tragó saliva y con ella las lágrimas de rabia que amenazaban con humillarla más. Respiró hondo para calmarse, con la mirada clavada en su nuca, mientras él comenzaba a dar órdenes, para alivio de los compañeros, que por fin contaban con otra cosa en la que centrar su atención. Los únicos que seguían observándola eran Esther y Luka. Esther lo hacía con un destello suspicaz en sus bonitos ojos verdes, aunque también creyó ver una compasión que le revolvió las tripas. Luka era el único que permanecía a su lado y la estudiaba, serio, con los labios apretados como si le costara mantener la boca cerrada. Bien, mejor: lo que menos necesitaba era recibir otra bronca por su parte.

—Está bien —murmuró Sofía—. Si ya está todo decidido, me voy a casa. Ya he cumplido por hoy.

—¿Significa eso que sigues con nosotros? —preguntó el hombre con gravedad. Ella lo miró y vio tristeza en sus facciones.

—Significa que Ricardo mató a mis padres y tiró a la basura su recuerdo, que robó mi vida y la destrozó. Significa que deseo vengarme de él tanto o quizás más que vosotros; así que sí, sigo dentro —respondió, con la barbilla elevada, orgullosa, antes de dirigirse hacia la puerta.

Luka la cogió del brazo.

—No lo juzgues, Sofía. Tú no conoces su historia ni sus motivaciones...

—¡Oh, qué gracioso! —espetó mientras se soltaba—. ¿Crees que es buena idea en este momento recordarme que no poseo toda la información? ¿Que soy la única imbécil del equipo que estuvo dispuesta a tirarse a la piscina con los ojos vendados?

—Te equivocas; solo yo conozco la historia de Julen. Los demás decidieron seguirlo sin preguntar.

—Pues lo siento, yo no soy como los demás. ¡Ojalá me parta un rayo por ser tan rematadamente estúpida, pero ese idiota me importa lo suficiente como para preocuparme por su suerte!

—Tú también le importas a él, más de lo que crees —afirmó Luka.

—¡Ya! —masculló ella, antes de salir de la casa.

Luka suspiró y se giró hacia sus compañeros. Podía notar la tensión en los hombros de su sobrino, su malestar y el peso de las palabras injustas que le había dicho a Sofía haciendo mella por fin en su conciencia. Lo conocía casi tan bien como se conocía a sí mismo.

—Julen —murmuró Esther con suavidad, lo que lo puso en guardia de nuevo.

—Si no vas a hablar del plan, mejor cierra la boca, Esther —escupió él.

—¡Claro que es sobre el plan! Solo a ti se te ocurre hacer un enemigo a unas horas del golpe —contestó ella con acritud.

—Sofía no es el enemigo. Ella no me traicionaría por algo tan tonto como una discusión.

—¡Ah, qué sabios os creéis los hombres cuando se trata de mujeres!

—Si no tienes nada inteligente que aportar, tal vez deberías largarte tú también —le sugirió Julen, mientras la miraba con frialdad.

—Tal vez eres tú el que debería darse una vuelta para despejarse —replicó Sam de malos modos, cruzando los brazos sobre el pecho.

Luka le puso la mano en el hombro a su sobrino, antes de que este replicara, y lo arrastró a un rincón apartado.

—Ella no es el enemigo, tú mismo lo has dicho —le dijo acusadoramente—. Has sido injusto con Sofía desde el primer momento y aun así te ha seguido.

—¡Ya! Porque a ella le ha interesado seguirme.

—¡Deja de decir estupideces, tú eres más inteligente que esto! —lo riñó. Julen se mordió el labio para evitar dar una réplica—. Esa muchacha solo se preocupa por ti. Deberías ser capaz de ver más allá de tus propias narices y darte cuenta de

lo injusto que has sido.

—No te montes películas románticas, tío —rió sin humor—. Para Sofía solo soy un estafador, alguien con el que está viviendo una experiencia nueva y emocionante por una vez en la vida. Pero ella no pertenece a este mundo: cuando todo esto pase, negará hasta que me ha conocido.

—Supongo que diciendo eso tranquilizas tu conciencia, ¿no? —arguyó Luka con sorna.

—Déjame, tú no tienes ni idea —suspiró él, a la par que se pasaba la mano por el pelo.

—¡Claro que no! Solo tú posees la verdad absoluta —exclamó airado.

—¿Tú también?

—Julen... —Luka lo cogió por la nuca y acercó su cara a la de él—. Ve a buscarla. Habla con ella. Cuéntaselo todo.

—No, nadie debe saber que...

—¡Julen! —lo cortó—. Merece conocer toda la historia, necesita saber lo que hay en esa cámara. Si no eres capaz de ver lo mucho que le importas a esa muchacha, allá tú, pero deja de jugar con ella, no es justo. —Julen lo miró, y Luka fue capaz de ver un millón de cosas en sus ojos, cosas que nunca había visto antes en su sobrino y que no sabía si, en esas circunstancias, le alegraban o le preocupaban—. Ve a pedirle perdón y valora si decirle lo que sientes en verdad por ella. Eso sí es solo decisión tuya.

Julen no se molestó en contradecirlo. Suponía que a esas alturas era tan obvio para todo el mundo que estaba enamorado de Sofía como para él mismo. Sonrió a su tío, el cual sí que era cierto que siempre parecía tener la verdad absoluta bajo su aspecto frívolo, y se dio la vuelta para marcharse de la casa.

17

Alzó la vista hacia la ventana de Sofía. Había una luz encendida, con lo cual estaba en casa. Tal vez debería haber comprado la cena para compensarla... ¡Al infierno, no tenía apetito! Lo único que necesitaba era arreglar las cosas con ella para calmar ese malestar que se había alojado en su pecho, en su estómago, en la cabeza...

—La has jodido bien, Aire —masculló, antes de pulsar el timbre del portero automático. Ya se disponía a sacar sus ganzúas cuando escuchó que descolgaban.

—¿Sí? —respondió ella con desgana.

—Sofía...

—¡Joder! —soltó antes de colgar.

Julen soltó una palabrota y volvió a llamar insistentemente.

—¡Que me dejes en paz, quiero ver una película! —le gritó cuando descolgó otra vez el portero.

—¡Qué vas a querer eso! Ábreme, anda.

—Ya está el *macho man* adivinando lo que deseo. ¡Sé muy bien lo que quiero hacer!

Él se rio, aunque procuró que la chica no lo escuchara.

—He venido a disculparme, pero es muy difícil si no te veo —le explicó con paciencia.

—Pues yo no quiero hablar contigo ahora. Estoy muy cabreada, Julen, así que lárgate.

—Sofía, sabes tan bien como yo que voy a entrar aunque no me abras.

—Y tú sabes tan bien como yo que como se te ocurra cruzar mi puerta sin mi consentimiento te voy a dar una patada en los huevos —le advirtió ella antes de colgar de nuevo.

—Pues habrá que arriesgarse —masculló, y sacó su juego de ganzúas mientras lanzaba miradas a ambos lados de la calle.

Estaba preparado al llegar al piso de Sofía; aun así se llevó una sorpresa cuando introdujo el juguetito en la cerradura y la puerta se abrió de golpe, tan deprisa que casi lo desestabilizó. Su primer impulso fue taparse sus partes nobles con las manos, lo que le dejó vía libre a Sofía para encajarle una bofetada.

—Ya lo decía mi abuela: mejor la cara que los órganos vitales —dijo él, a la par que se acariciaba la mejilla con una sonrisa provocadora.

Sofía profirió un grito rabioso y se lanzó hacia él como una fiera. Julen reaccionó con rapidez, sujetándola por los codos y enredando el pie con los de ella para hacerla tropezar. Sofía no llegó a perder el equilibrio, pero se tambaleó un poco, y eso le dio a Julen la oportunidad de empujarla hacia la casa para cerrar la puerta. Si iban a pelear de verdad, prefería que fuera en privado y no en medio del portal.

—Sofía, déjame explicarte...

—¡No hay nada que explicar, maldito bastardo, te dije que no entraras sin permiso! —le gritó, sin dejar de revolverse. Se dio la vuelta y se afianzó en el suelo, sujetando el brazo de Julen con firmeza.

—¡Ni se te ocurra! —Pero lo hizo, y antes de que tuviera tiempo de terminar la réplica, ya estaba tumbado en el suelo con el cuerpo dolorido—. Joder, Sofía, me has roto la espalda —jadeó con el aliento cortado.

—Te advertí de que no estaba de humor —le espetó. Se alzó con chulería ante él, mientras ponía los brazos en jarras. Julen intentó levantarse, pero acabó desplomándose de nuevo con un gemido. Sofía se mordió el labio y lo contempló con una pizca de preocupación—. Venga ya, no creo que sea para tanto.

—No... —susurró con los ojos apretados. Había comenzado a respirar de manera agitada—. Solo... creo... No sé, creo que he caído mal y... Me cuesta respirar.

—¿Estás fingiendo? —preguntó la joven con desconfianza.

—¡Joder! —masculló, y se giró a un lado, boqueando en busca de aire.

—¡Maldita sea! —exclamó ella, al tiempo que se arrodillaba a su lado. Lo tumbó de nuevo y le levantó la barbilla para que pudiera respirar mejor—. ¿Lo consigues?

Los ojos de Julen se pusieron en blanco y de repente comenzó a temblar convulsivamente.

—¡No, Julen! —gritó Sofía, que se inclinó y pegó la boca a la suya para insuflarle aire. Entonces él la sujetó por la nuca y la aplastó contra sus labios. De repente ya no temblaba, y su respiración se había normalizado—. ¡Te voy a sacar los ojos, malnacido! —gruñó ella.

Julen sonrió y profundizó el beso; hizo que separara los labios para introducir su lengua despacio, sin descartar la posibilidad de que Sofía le diera un bocado. No lo hizo, afortunadamente, pero le respondió el beso con una rabia feroz, como si pretendiera castigarlo de ese modo, aunque lo que logró fue que su sangre se encendiera en cuestión de segundos. La cogió por la cintura y la forzó a

tumbarse sobre él. Sofía se subió a horcajadas, su pecho aplastado contra el suyo. Julen le acarició la espalda mientras la besaba cada vez con más fervor, y acabó aferrándole el trasero por encima del camisón. La empujó un poco para que bajara por su cuerpo hasta situarla sobre su erección, que palpitaba ansiosa a causa de los días que había pasado deseándola con desesperación sin tenerla, de los remordimientos por lo que le había dicho en el cuartel general, por la adrenalina de la pequeña pelea, por ella... Porque tenerla pegada a su cuerpo siempre lo volvía loco de excitación.

Se movió debajo de ella, y empujó sus caderas para provocar la fricción que necesitaba. Empezó a subirle el camisón despacio; Sofía le mordía los labios y lo penetraba con la lengua, lo que le demostró que sentía la misma desesperación que lo consumía a él. Solo se separó para permitir que le sacara la prenda por la cabeza, y entonces siguió devorando su boca. Julen se alzó un poco para hacer fuerza y se giró para tumbarla a ella en el suelo y situarse entre sus piernas.

—No tienes derecho a tratarme así —jadeó la joven, y le mordió el labio otra vez.

—Lo sé, lo siento —respondió él con la respiración entrecortada. Su boca viajó por la clavícula de Sofía y se perdió entre sus pechos, para pasar a adorarlos con la lengua, su cuerpo balanceándose en un ritmo enloquecedor, las manos de ella enterradas en su cabello—. Soy un gilipollas, los nervios me están comiendo. Lo siento —le repitió junto al oído, introduciendo la mano entre los dos para subir por su muslo hasta rozar la ropa interior con los dedos. Sofía estaba húmeda, y su necesidad creció al sentirla temblar cuando la tocó por encima del algodón.

—No vuelvas a hablarme así, ¿me oyes? —susurró ella, jadeante—. Este truco no te servirá la próxima vez.

—¿Qué truco? —inquirió Julen con picardía, al tiempo que apartaba la tela para acariciar sus pliegues suaves. Sofía gimió e inclinó la cabeza hacia atrás—. Dios, cómo te he echado de menos —confesó mientras desabrochaba su pantalón para liberar su erección y situarla en su entrada—. No te haces una idea de cuánto te he necesitado estos días.

—Tú y tus necesidades... —Julen la penetró de una fuerte embestida—. Dios mío, te creo —susurró. Se mordió los labios y le rodeó las caderas con las piernas para que entrara más profundamente—. Yo también te he echado de menos.

Julen la besó de nuevo, y acompasó el ritmo de su lengua con el de sus caderas, que cada vez la empujaban con más fuerza. Estaba demasiado al límite como

para pretender realizar una actuación épica, aunque Sofía tampoco parecía desear algo parecido. Los dos se necesitaban con ansia; hacerlo rápida y desenfrenadamente sobre el suelo era perfecto en ese instante.

—¿Cómo puedo desearte tanto? —gimió él cuando sintió que el clímax lo alcanzaba—. Nunca consigo saciarme de ti.

Sofía gritó al llegar al orgasmo y Julen se dejó ir al sentir su miembro apretado por sus contracciones, gruñendo como un animal herido mientras daba sus últimas embestidas. Después se echó a un lado para no aplastarla más sobre el duro suelo. Tratando de recuperar el aliento, le pasó el brazo bajo la cabeza y la giró hacia él.

—Sofía... —«¡Te quiero!», gritó su corazón con júbilo; sin embargo, su cabeza fue más sensata, y le recordó que aquella relación no podría sobrevivir una vez que acabaran lo de Ricardo Márquez. Tragó saliva y le acarició el cabello con ternura. Sintió un dolor punzante en el pecho al pensar en ello. No podría sobrevivir... Tal vez solo les quedara un día más, dos a los sumo—. ¿Puedes perdonarme?

—Luka me dijo que podría si conociera tu historia —murmuró ella. Su aliento le hizo cosquillas en el cuello.

Julen inspiró hondo y se pasó la lengua por los labios. Cerró los ojos y buscó la forma de evadir esa conversación. Traer los recuerdos de regreso siempre era doloroso; compartirlos con alguien más podría provocar que se derrumbara.

—Es una larga historia —respondió con voz ronca.

—Me he pedido la noche libre, ¿recuerdas? —Julen se rio y la besó en la coronilla. Sofía elevó la cabeza y lo miró con seriedad—. Por favor, Julen, ayúdame a entender por qué.

Él se levantó de pronto y Sofía resopló al creerse derrotada, pero entonces él le tendió la mano.

—Es una larga historia —repitió con una sonrisa—. Será mejor que nos tumbemos en un sitio más cómodo.

—¡Oh! —exclamó ella mientras se ponía en pie—. Tengo una cama comodísima.

Julen soltó una carcajada y la atrajo hacia él para besarla de nuevo. Entonces la alzó en brazos y la llevó hasta el dormitorio, donde la tumbó sobre la cama. Cuando la miró detenidamente, con el pelo revuelto, los ojos cargados, los labios hinchados y las mejillas sonrojadas, desnuda salvo por esas diminutas braguitas que no eran una frontera en absoluto para su deseo..., sintió que su pasión se

encendía de nuevo y viajaba directa a su entrepierna con toda la intención de mejorar la rápida actuación de antes. Sofía le lanzó una mirada sensual de arriba abajo, al adivinar sus pensamientos, y le hizo un gesto con el dedo para que se acercara.

—Bueno, como te he dicho, tengo la noche libre —ronroneó.

Julen se quitó la ropa con rapidez, para tumbarse de nuevo sobre ella, piel contra piel. Bastaba con sentir ese roce para hacerle perder la razón mil veces más.

—¿Por dónde empezar? —murmuró Julen mientras le acariciaba el cabello.

Seguían entrelazados en la cama de Sofía, ambos desnudos y saciados, con esa sensación de paz y relajación que solo se sentía después de haber practicado el sexo con calma, disfrutando de cada segundo.

—¿Cómo te llamas? —preguntó ella en un susurro, mientras recorría su pecho con la yema de los dedos.

—Soy Julen —respondió con voz ronca—. Lo soy legalmente: Luka se encargó de todo para que así fuera. Julen Air es mi nombre.

—Luka... Pero ¿con qué nombre te bautizaron tus padres?

—Brice —musitó—. Brice Neveu.

—Brice... —Sofía saboreó el nombre con suavidad—. ¿Eres francés?

—La familia de mi padre. A mí me llamaron Brice en honor a mi bisabuelo —explicó con una sonrisa—. En 1940, mi abuelo consiguió salir de Francia, antes de la ocupación alemana, y vino a España. Debió de ser muy duro para él, ya que era muy joven y había dejado allí a sus padres, que habían perdido a sus dos hijos mayores en la batalla de Francia. Ellos murieron antes de que acabara la guerra, así que nunca volvió a verlos. Lo único que logró traer consigo, aparte de sus pertenencias más necesarias, fue un cuadro. Su padre le pidió encarecidamente que lo llevara con él; le dijo que podía venderlo y conseguir dinero para sobrevivir.

»Al llegar a España se instaló en Deba, un pueblo de Guipúzcoa. Las cosas no estaban muy bien en este país tampoco, desde luego, pero conoció a un hombre humilde que le ofreció un trabajo en el campo. Cuando mi abuelo vio a su hija, se enamoró de ella. Se casaron y, aunque pasaban necesidades, como todo el mundo en esos años, pudieron arreglárselas.

»El cuadro que su padre le había dado era demasiado importante para mi abuelo, así que su esposa y él acordaron que jamás se desharían de él; y eso

mismo le obligaron a prometer a su hijo, André Neveu, mi padre.

»Yo nací en 1986. Mi madre murió cuando yo tenía un año, así que mi abuela paterna, la única que quedaba con vida, fue como una madre para mí. Mi padre se partía el lomo por sacarnos adelante, pero éramos felices.

Dejó de hablar para reordenar sus pensamientos, mientras daba vueltas al viejo anillo que lucía en el dedo meñique. Sofía le cogió la mano y se la acarició con ternura.

—Me fijé en este anillo el día que te conocí —le dijo, y se rio suavemente—. Cuando tú eras el odioso Allard y te hice volar por los aires en aquel infierno de habitación.

Julen también se rio al recordar. Aquella había sido la primera vez que la había tocado, después de tanto tiempo de admirarla de lejos; el inicio de una descarga de sentimientos a cual más intenso y difícil de asimilar. En ese momento, pensar en lo que sentía por Sofía lo entristecía: no podía alejar de su mente que el final se acercaba.

—Era de ella —murmuró—. Lo único que me quedó de mi familia. Mi abuela era una mujer admirable.

—¿Qué fue de ella?

—Ricardo Márquez la destruyó —respondió él con los dientes apretados—. Nos destruyó a todos.

—Dios mío, Julen... ¿La mató?

—No —gruñó—. No con sus propias manos, al menos. El cuadro de mi abuelo... En casa estábamos tan acostumbrados a verlo colgado en el salón que nadie le prestaba la más mínima atención; no parecía tener valor alguno, salvo por el sentimental. Pero ese cuadro contaba con una historia peculiar, ¿sabes?

»Un joven se lo había regalado a mi bisabuelo como pago por salvarle la vida en una refriega en el año 1900. Mi bisabuelo siempre había defendido que estaba seguro de que ese joven llegaría lejos, que vio el éxito en sus ojos vivaces y saltones. Así que, a pesar de no gustarle el cuadro en absoluto, decidió guardarlo como oro en paño. No sabía demasiado del chico; mi bisabuelo era un hombre sencillo, sin cultura, y lo único que conoció de aquel joven fue que era español, que vivía en Barcelona y que se llamaba Pablo.

—¡Santa madre de Dios! —exclamó Sofía, que se incorporó sobre un codo—. ¿En serio?

Julen sonrió y le apartó un mechón de la frente.

—Mi bisabuelo nunca averiguó nada más de ese cuadro —continuó—.

Trabajaba muy duro en una fábrica, así que no disponía de demasiado tiempo libre. Después estalló la Gran Guerra y fue al frente. Mi bisabuela consiguió salvar el dichoso cuadro, porque para ellos, aunque no conocían su valor, era como un destello de esperanza. Y así siguió siendo hasta que se lo entregaron a mi abuelo.

—¡No puedo creerlo!

—Pues es cierto, ya lo creo que sí —murmuró Julen con seriedad—. Pero, como en otros casos que conozco, el hambre y las guerras hicieron que una obra de arte pasara desapercibida entre las pertenencias de una familia pobre durante tres generaciones. Tampoco mi abuelo supo jamás del valor del cuadro.

»Con el tiempo, la historia del bisabuelo se convirtió en una leyenda. Mi padre me la contó de pequeño como una anécdota. Seguía conservando el cuadro como un tesoro, pero solo por sentimentalismo. ¿Cómo iba a ser cierto? ¿Cómo iban ellos a tener un Picasso colgado en el salón de casa? Mi padre no era un hombre instruido; carecía de tiempo para leer, ni siquiera veía mucho la tele; solo conocía de pasada las obras cubistas del pintor. Lo que había heredado de mi abuelo era más parecido a un cartel de los que solían colgarse en la puerta de los cabarets parisinos a principios de siglo y estaba firmado como «Pablo R. Picasso». No podía ser auténtico. ¿Cómo íbamos a saber que en verdad el genio malagueño firmaba así sus obras al principio de su carrera? Además, la firma apenas se veía ya.

—Es increíble —susurró Sofía; volvió a tumbarse a su lado y lo abrazó—. ¿Qué ocurrió?

—Nosotros no teníamos ni idea de lo que poseíamos, pero al parecer alguno de los vecinos del pueblo sí —respondió él con un suspiro—. Mi abuela y yo jamás supimos a ciencia cierta quién fue, aunque yo siempre sospeché del jefe de mi padre, el dueño de las tierras en las que trabajaba. Era el único entre nuestros conocidos con los medios y la ambición suficientes para haber reconocido su autenticidad.

»La cuestión es que la información llegó a una persona capaz de pagar una buena suma por ella. Un gran empresario, famoso por su pasión por las piezas de arte.

—Mi tío —adivinó Sofía con voz lúgubre; Julen suspiró.

—Un día vino un hombre muy elegante a casa a hablar con mi padre —relató—. Mi abuela me mandó a la cocina, pero lo escuché todo a hurtadillas. El hombre le ofreció dinero por el cuadro, mucho dinero, aunque ni por asomo su

verdadero valor. Éramos pobres, Sofía, pero André Neveu era un hombre muy orgulloso y terco. Le había prometido a su padre que nunca vendería el cuadro, y no pensaba hacerlo.

—Ese orgullo me suena —sonrió ella, que lo besó con ternura en el cuello. Él se rio entre dientes y la estrechó contra su pecho un poco más—. Así que no lo vendió. Deduzco que eso no debió de sentarle demasiado bien a mi tío.

—Aquel tipo se puso hecho un basilisco —continuó—. Recuerdo que mi padre acabó sacándolo de casa a rastras. Yo solo tenía cinco años, pero se me quedó grabada la mirada de odio de aquel desgraciado. Sueño cada noche con ella...

»Pocos días después, la Ertzaintza irrumpió en nuestra casa por la fuerza. Tiraron a mi padre al suelo y lo esposaron como a un vulgar delincuente, y después lo arrastraron hacia la calle y lo metieron en un coche. Nunca olvidaré su cara: estaba pálido pero sereno, hablándome pausadamente para tranquilizarme, diciéndome que era un error, que volvería pronto a casa, que creyera en él... —Julen inspiró hondo antes de continuar—: Recuerdo los gritos de mi abuela, cómo aquellos hombres la trataron como si fuera basura mientras registraban la casa, cómo se rieron de mí cuando intenté defenderla. Me echaron a la calle y allí pude ver cómo uno de los agentes sacaba el cuadro de mi bisabuelo y se lo entregaba a aquel tipo despreciable que había estado en casa, y cómo este lo metió en su coche y desapareció de allí.

»Curiosamente, en el registro encontraron pruebas de que mi padre pertenecía a la banda terrorista ETA, ¡qué oportuno!

—¡Dios mío! —musitó Sofía con horror.

—No volví a ver a mi padre —continuó él con dureza—. Murió en la cárcel en circunstancias desconocidas tres años después de aquello. Fue ese día cuando mi abuela me sentó en una silla y me contó todo; así por fin pude entretejer los numerosos cabos sueltos que había en mi cabeza.

»Ella no había podido hacer nada para demostrar la inocencia de su hijo, por más que había luchado. Y me consta que luchó con todas sus fuerzas... Todos en el pueblo nos daban de lado por aquella falsa acusación contra mi padre. Mi abuela se las veía y se las deseaba para conseguir dinero para ambos. Fue una época horrible.

»Ese día, ella dejó al fin fluir su odio, su impotencia, en cada palabra que pronunció. Fueron esas palabras las que crearon a Aire. Fue su odio el que se inoculó en mis venas y dio lugar a lo que soy ahora. Le juré que recuperaría el

cuadro, y le repetí mi juramento cuando murió, cinco años después, cuando yo tenía trece años.

Guardaron silencio unos instantes. Julen sentía un nudo en el pecho y no quería derrumbarse, no delante de Sofía. Fue ella la que lo salvó de decir algo en ese momento.

—¿Fue entonces cuando Luka te encontró? —le preguntó. Julen sonrió con nostalgia.

—Así es. En el devenir de mi vida había llegado hasta el paseo de La Concha y robaba todo lo que caía en mis manos, alejándome cuanto podía de líos y drogas; toda una odisea a los quince años, no creas.

—Julen... —Sofía se incorporó un poco para mirarlo a la cara—. De eso hace muchísimos años. ¿Cómo sabes que fue mi tío? Quiero decir, no creo que Ricardo Márquez fuera en persona a tu casa. ¿Cómo supiste que se trataba de él? Y, sobre todo, ¿cómo puedes estar seguro de que aún conserva el cuadro?

Julen la miró con un destello triste en los ojos; a pesar de todo lo que sabía, a Sofía todavía le costaba aceptar cuán podrido estaba su tío en realidad. Algo feo se removió en su pecho al pensar que, en cambio, no tenía ningún problema en pensar siempre lo peor de él.

—Lo conserva —espetó con sequedad—. ¿Me crees tan insensato, piensas que habría montado todo esto si no estuviera seguro de que es así?

—No empieces otra vez, por favor —le pidió ella, que dio un suspiro con exasperación—. ¿He de recordarte de nuevo que yo no soy el enemigo? Debes entender que todo esto es nuevo para mí. Tú has contado con años para aprender las cosas, a mí me las estás dando todas en sobredosis. ¡No puedes pretender que no tenga dudas!

—Dudas... —masculló haciendo una mueca con los labios. ¿Y cómo podía lograr despejar todas las que albergaba sobre él? En fin, tampoco podía decirse que fuera el hombre que Sofía necesitaba para su estabilidad, ¿quién podía culparla?—. Aquel día, mi abuela me entregó una tarjeta de visita; la guardaba desde que ese tipo fue a visitar a mi padre para hablar sobre el cuadro. Al parecer, se la dio antes de que lo echara de casa. Todavía la conservo.

—¿Quién era? —susurró ella, sobrecogida.

—Ernesto Lima —escupió con desagrado. Sofía tragó aire y su rostro se contrajo en una mueca de rabia—. El logotipo de Marqtext viene impreso bien claro bajo su nombre y su título de agente y representante personal.

—¿Lo envió directamente a él, os mandó a un sicario?

—Ya ves que sus intenciones eran bien claras —afirmó Julen—. Ahora que sé todo lo que sé, me pregunto por qué no nos mató a todos en aquel mismo momento, por qué organizó todo el tinglado de ETA y demás.

—Tú lo has dicho —gruñó Sofía con desprecio—: te robó la vida, la destruyó. Muertos, habríais dejado de sufrir. Hizo algo parecido con mi padre, lo mató porque le sobraba, pero eligió destruirlo por completo, eliminando también a mi madre y manchando su imagen. Luego se ocupó de mí como una manera de reivindicar su triunfo. —Una sonrisa triste se curvó en sus labios—. Me pregunto qué pensaría si supiera que el destino nos ha unido a nosotros, tan diferentes como somos, para descubrir la verdad.

—Sofía, no sé si el que tú y yo estemos aquí, en este preciso momento, es cosa del destino. —Ella lo miró, extrañada—. No, no el destino... La clave está en Picasso.

»Cuando Luka me recogió, cuando al fin me recuperé de la vida en la calle, cuando no tenía que preocuparme por comer o sobrevivir, el odio y los deseos de venganza regresaron. La promesa que le hice a mi abuela vibraba en mi corazón con fuerza.

»Yo era un niño cuando pasó todo aquello, no sabía quién era tu tío, pero aquella tarjeta que le dejó a mi padre era como un mapa con una x en el centro. Luka sí que conocía Marqtext y a Ricardo Márquez. De hecho, también sabía quién era Ernesto Lima. Los delincuentes solemos estar informados acerca de otros delincuentes —rio sardónico—. Por fortuna, por aquel entonces Lima llevaba más de cinco años en prisión. Lo habían condenado por varios homicidios a la pena máxima.

»Con mucha paciencia, Luka me enseñó toda su magia. Y mientras yo me convertía en uno de los mayores estafadores del mundo, él iba recabando información para mí. Le seguimos la pista a Ricardo Márquez, intentamos saber todo acerca de él y de sus tejemanejes. No voy a darte detalles, sería larguísimo de contar. Comenzamos a preparar nuestro plan definitivo hace cosa de dos años, echando el anzuelo aquí, recogiendo el sedal allá...

—Tanto tiempo... —susurró Sofía, impresionada—. No sé si yo habría podido aguantarlo.

—Luka supo contener mi fuego. Me instruyó, me enseñó, me modeló incluso por dentro para que aprendiera a controlar mis sentimientos, mis estados de ánimo —explicó él—. Estuvimos a punto de atacar muchas veces, pero no teníamos la pieza clave.

—Yo —comprendió ella de repente.

—Sí y no —confesó—. No negaré que cuando reunimos toda la información, entendimos que necesitábamos a alguien de dentro, alguien en el que Ricardo confiara lo suficiente y cuya traición le supusiera un golpe extra, además. Pero he de confesarte que, en mi arrogancia, creí que sería más fácil convencerte, ¡pobre de mí!

Julen se rio, pero Sofía solo hizo un mueca. No preguntó al respecto, pero no le gustó lo que adivinó en su rostro. Por más que se sincerara, ella jamás terminaría de confiar en él plenamente.

—Se trataba del cuadro —continuó con resignación—. Yo quiero vengarme de Ricardo con toda mi alma, pero también quiero recuperar ese cuadro. Quiero que cuando le dé la estocada final, esa rata tenga bien claro quién soy y por qué lo hago —dijo con rabia—. Pero, aunque teníamos la certeza de que había sido él el que había llevado a mi familia a la ruina, no podíamos estar seguros de que, como me decías antes, aún conservara el Picasso en su poder. Aunque sabíamos quién podía informarnos de ello. Alguien que por aquella época conocía todos sus chanchullos, aunque no pudiera probarlos.

—Ernesto Lima —comprendió Sofía—. Pero habían pasado muchos años de aquello...

—Sí, pero tu tío lo había traicionado, y Lima había acabado en prisión. Nos constaba que ese tipo quería destruir a tu tío y que poseía más información que nadie que conociéramos; sin embargo, en la cárcel, su brazo era muy corto. Tu tío se encargó de eliminar todas sus influencias. Uno de nuestros movimientos fue conseguir buenos contactos en la misma prisión donde Lima cumplía sentencia. No fue fácil, pero Luka es capaz de realizar magia.

»Nosotros habíamos investigado todos los crímenes que se le imputaban; todos ellos relacionados de alguna manera con los movimientos de tráfico de obras de arte robadas en los que estaba implicado tu tío. Pero el hijo de puta sigue limpio, no hay nada que pueda condenarlo; todo lo lleva a cabo con tantísimo cuidado... Todo, salvo una cosa. El peor de sus crímenes, el más atroz.

Aquí Julen guardó silencio, mientras acariciaba el cuello de Sofía con ternura. Fue consciente del momento en que la comprensión se abrió paso en su mente. La muchacha se tensó y aspiró aire sonoramente.

—Mis padres —jadeó al cabo de unos instantes.

—Así es —afirmó él con pesar—. Lo de tus padres fue una chapuza auténtica. La historia hacía aguas por todas partes, pero nadie pudo demostrar que Ricardo

estuviera involucrado; nadie se atrevió.

—Doris siempre lo supo, pero tuvo miedo —musitó Sofía.

—Y también Matías Castillo, un muchacho que había entrado recientemente en el equipo de trabajo de tu padre.

—Matías Castillo... El supuesto amante de mi madre —escupió ella con rabia—. Doris me habló de él. Me dijo que desapareció poco tiempo después de la muerte de mis padres.

—Así es, porque Lima lo mató por orden de tu tío —informó Julen con seriedad—. Lo mató porque lo sabía todo. Y cuando la madre de Matías investigó y descubrió más de la cuenta, la mataron también. Cero obstáculos en los planes de Ricardo Márquez —rio sin humor—. Sospecho que habría acabado también con su hermano, Raúl Castillo, si este hubiera sido un poco mayor. Otro de los grandes errores de Márquez: no considerar que los niños, tarde o temprano, crecemos —terminó, sombrío.

Sofía guardó silencio un instante, mientras daba vueltas en el dedo al anillo de su madre.

—Pero ¿qué sabían? —preguntó al cabo de un rato, con voz ahogada—. ¿Por qué los mató?

—Por mi Picasso —anunció él con gravedad—. Lima nos contó que, ese mismo día, Alejandro Márquez acudió furioso a la casa de tu tío para hablar con él. Por aquel entonces Lima era su hombre de confianza, así que pudo escuchar toda la conversación sin problemas. Tu padre le preguntó acerca de un cuadro de Picasso robado a una familia de campesinos en Guipúzcoa.

—Pero... ¿cómo podía mi padre saber eso?

—Alejandro llevaba un tiempo investigando a su hermano porque sospechaba de sus negocios sucios. En realidad, había contratado al joven Matías justo por eso: era sangre nueva en la empresa, alguien a quien tu tío no había podido corromper. —Julen se removió inquieto sobre el colchón—. No me preguntes cómo, Sofía, no tengo ni idea de esta parte de la historia, y te juro que si hubiera estado en mi mano... —Paró de hablar y suspiró—. Pero ¿cómo iba a estar en mi mano? Yo solo tenía siete años cuando mataron a tus padres; ellos estaban en Madrid, yo en Deba. Sabía que mi abuela había luchado por sacar a mi padre de la cárcel, pero nunca supe cómo, solo era un niño...

—Dios santo... ¿Quieres decir que ella...?

—De algún modo llegó hasta tu padre y le contó lo que nos había hecho tu tío —explicó Julen en voz baja—. Logró llamar a su despacho y ponerse en contacto

con él.

—Pero... ¿mi padre fue a increparle a Ricardo por un cuadro que nunca había visto? ¿Por la llamada de una mujer a la que ni siquiera conocía?

—Él ya sospechaba, así que supongo que aquello solo fue el empujón que necesitaba para enfrentarse a Ricardo. O, ¿quién sabe?, tal vez mi abuela le mostró pruebas; lo ignoro, Sofía. Como te he dicho, ni siquiera sabía que ella se había estado moviendo a ese nivel. Yo me enteré de todo esto hace poco más de un año, cuando Lima al fin confesó todo.

»Ese día, Ricardo le dijo a tu padre que estaba arrepentido, y le prometió que lo solucionaría. Él se marchó a casa y confió en su palabra; era su hermano, al fin y al cabo. El resto de la historia la puedes completar tú misma —le dijo con suavidad, al tiempo que le acariciaba la mejilla con delicadeza. Ella endureció el rostro.

—Sí, mi padre planeaba una velada romántica con mi madre. —Le mostró el anillo—. Me enviaron a un campamento para poder estar solos y, sin saberlo, me salvó la vida con ello.

—Fue Lima...

—¡Fue Ricardo! —gritó ella—. Ricardo le dijo a ese sicario que se colara en mi casa, que golpeará a mi madre para que pareciera un caso de violencia de género, y que después le disparara. ¿Y todo para qué? ¡Para crear una excusa para que el supuesto suicidio de mi padre fuera creíble!

—Y poco tiempo después eliminó a Matías Castillo, porque se enteró de que él también conocía la existencia del Picasso.

—¡Pero no puedes saber si aún está en su poder, Julen! —exclamó ella al borde de las lágrimas.

—Lo está, Sofía, conozco lo suficiente a Ricardo —afirmó—. Después de todo lo que hizo por tenerlo, por conservarlo, para él ese cuadro es un talismán. El mismo Lima lo confirmó. Está regado con la sangre de su propio hermano. Jamás se deshará de él.

Sofía se levantó de la cama y se puso a dar vueltas por la habitación. Ni siquiera parecía ser consciente de que estaba desnuda y de que hacía frío a esas horas; su mente rotaba a toda máquina, prendiendo la ira en sus venas.

—¿Te das cuenta, Julen? ¡Tantas víctimas inocentes...! ¡Tantas muertes por culpa de un simple cuadro...!

—Me doy cuenta, Sofía —musitó—. Mi padre fue una de esas víctimas; murió misteriosamente en la cárcel algunos meses después de tus padres. No sé cómo se

las arregló mi abuela para salvarse, pero deduzco que la estuvieron amenazando hasta el día de su muerte, tal vez con mi vida, que era lo único que a ella le importaba. Una anciana que jamás le había hecho daño a nadie...

—¡Oh, Señor! —gimió Sofía, que se sentó en la cama. Se llevó las manos a la cara y comenzó a llorar—. Tanto dolor, tanta muerte... ¿Todo por un cuadro?

—No, por un cuadro no —murmuró él; le dio la vuelta y la estrechó en sus brazos—. Por un hombre, por Ricardo Márquez y su ambición. ¿Comprendes ahora mi empeño en abrir esa cámara? ¿Puedes entender por qué deseo tanto hundirlo?

Sofía no respondió; se limitó a rodearlo con los brazos y se besaron. En ese beso derramaron todo el miedo y la rabia que sentían.

—¡Caray! —exclamó ella cuando se separaron—. ¿Así que nuestro destino está firmado por el mismísimo Picasso?

18

Cuando entró en casa de Ricardo a la mañana siguiente, lo hizo con una nueva resolución: lograría darle acceso a Julen a esa maldita cámara acorazada costara lo que costara. Después de interpretar su papel con los compañeros de seguridad, interesándose por las novedades o posibles problemas durante su ausencia, fue directa al despacho de su tío para encontrarse con Víctor, que montaba guardia en la puerta.

—Buenos días, ¿alguna novedad?

—Mi ex salió anoche de juerga —respondió él con indignación—. Me acaba de llamar mi hija para decirme que todavía no ha llegado a casa y que solo mandó un mensaje de texto para decir que estaba bien. ¿Te lo puedes creer? ¡Ni siquiera le importa que su hija esté preocupada por ella!

—Eh... Víctor, me refería a la cámara —murmuró Sofía.

—¡Ah, claro! No —resopló—. Lo de siempre: Márquez cambió la clave a las doce, después de pasar un buen rato dentro con sus tesoros igual que un dragón, como cada noche.

—¿Y las cámaras de seguridad?

—Eso no fue problema, lo hice anoche. Ahora mismo Rique puede ver todo lo que están grabando, pero no sé de qué nos puede servir —gruñó—. Aunque sepamos en qué momento cambia la combinación durante el día, ¿qué más da? Aire no podrá entrar ahí, y mucho menos podrá abrir la cámara acorazada.

—Debemos conseguirlo, Víctor —apremió ella—. Cuando Luka y Esther hagan su número esta tarde, ya no podrán acercarse de nuevo a la casa.

—¿Crees que no lo sé? —resopló, mirándola con reproche—. Yo que creía que conseguirías convencer a Aire para que se olvidara de esa parte del plan y resulta que ha sido él el que te ha camelado a ti, joder.

Sofía torció los labios con una mueca. Era cierto, aunque le pesara reconocerlo; al final Julen se había salido con la suya, de nuevo. No quería pensarlo demasiado, pero era inevitable darse cuenta de lo hábil que era para manipularla y llevarla por el camino que deseaba. Ojalá pudiera decir con certeza que todo se debía a su obsesión por recobrar el Picasso, que cuando todo pasara las cosas podrían ser normales entre ellos. Sin embargo, no podía engañarse. ¿Cómo iba a ser normal? Él era un ladrón buscado en varios países, ella era agente de seguridad. Ella necesitaba una vida estable, él era libre como el aire cuyo nombre

había adoptado. ¿Quién podía cometer la gran estupidez de enamorarse de un hombre así?

Sofía se pellizcó el puente de la nariz y suspiró. ¿Cómo lograría seguir con su vida y su rutina cuando Julen consiguiera su cuadro y su venganza y se marchara? Porque se iría, eso jamás lo había puesto en duda. Aire amaba los tesoros tanto o más que el avaro de su tío...

—¡Ey, un momento! —exclamó de repente, al regresar a lo que importaba. Miró a Víctor con los ojos muy abiertos.

—Caray, ¿cuánto tiempo llevas con Aire? —le preguntó él con una sonrisa torcida.

—¿Qué? ¿Por qué?

—En este momento tienes la misma mirada que suele poner él, ¿sabes a qué me refiero? Esa luz en los ojos, como si una bombilla se hubiera encendido en tu cabeza como en los dibujos animados. —Sofía soltó una carcajada—. Me pregunto si te estás mimetizando con él o algo así.

—¡Déjate de tonterías y escucha! —le dijo, y lo cogió del brazo—. ¿Qué has dicho antes?

—Pues...

—Has dicho que mi tío pasó un rato con sus tesoros antes de irse a dormir.

—Claro, como cada noche —afirmó Víctor, que frunció el ceño sin comprender—. No me digas que no conocías esa costumbre suya.

—Sí, claro que la conocía, solo que no había caído en eso... —murmuró Sofía, pensativa.

—Mierda, pues yo no dejo de imaginarlo desnudo, frotándose con cada cuadro como los osos en los árboles; o peor aún, como Pimporreta, la perra de mi amigo Luis, que, cada vez que la acaricias, te agarra la pierna, aplasta todo el asunto en ella y empieza a mover el culo a la velocidad de la luz. —Víctor acompañó su perorata con unos movimientos muy gráficos que solo detuvo cuando Sofía le dio un empujón.

—¡Cállate, qué asco! Se me acaba de cortar el café solo de visualizar a mi tío así.

—Pues así llevo yo estos días, cariño —rio él.

—¿Lo pasamos bien en horas de trabajo? —se escuchó una voz irritante a sus espaldas.

Sofía se giró, y al ver a Ricardo acercarse a ellos, con sus andares de morsa y las piernas medio abiertas, no pudo evitar volver a evocar la dichosa visión y soltar

una carcajada. Víctor también estaba teniendo problemas para guardar la compostura.

—¡Buenos días, tío! ¿Has dormido bien? —lo saludó cuando llegó frente a ella.

—No tan bien como tú, parece ser —gruñó él—. Supongo que estás de buen humor porque has pasado una buena noche, ¿no?

—Pues sí, no te lo voy a negar, ha sido una gran noche —respondió ella con una sonrisa y sus pensamientos volando de nuevo hacia Julen.

—¿Te diste un atracón de pizza o algo así? Porque soy incapaz de imaginarte con otro divertimento más carnal —escupió Ricardo con voz desagradable.

Sofía lo miró con desprecio sin borrar su sonrisa.

—¡Ay, tío, si yo te contara...!

—¡Olvídalo, no quiero vomitar el desayuno!

La frase provocó que de nuevo Sofía sintiera ganas de reír al recordar la estúpida ocurrencia de Víctor, pero se contuvo.

—Dejemos mi vida sexual para otro momento. ¿Tienes tu agenda de hoy organizada?

—Más o menos, sí —masculló él. Abrió con llave su despacho y entró sin dedicarle ni una mirada a Víctor—. Pablo está anulando una comida; no me apetece salir a ningún lado, estoy demasiado ansioso por la cita de esta tarde. —Esto último lo dijo en un susurro bajo y sibilante, casi como si babeara de gusto.

Su tono y su sonrisa ladina le provocaron a Sofía un mal presentimiento. Lo observó con los ojos entornados, tratando de descifrar algo en su rostro.

—Necesito un listado de tus visitas de hoy para informar a los chicos de fuera —continuó ella en tono formal—. Y cualquier movimiento o cambio de planes.

—Sí, sí, ya lo sé —bufó el hombre mientras encendía su ordenador.

—Y necesito ausentarme una hora —añadió Sofía con chulería.

Ricardo alzó al fin la vista hacia ella, con un destello furioso en los ojos.

—¿Qué?! —gritó—. Ni lo sueñes.

—Tengo que resolver un asunto personal, pero no me llevará demasiado tiempo.

—¡Hoy vienen los de Seguros Vierna! ¡Te di la tarde y noche libres ayer, ni por asomo te vas a tomar una hora más!

—Me la voy a tomar, tío —suspiró Sofía con voz cansina—. Ya sabes cuáles son mis condiciones si me quieres a tu servicio, así que no te pongas pesado. Me iré enseguida y estaré de regreso en una hora.

—¿Y se puede saber qué es eso tan importante que tienes que hacer? —

masculló, al tiempo que la fulminaba con la mirada. ¡Oh, cómo odiaba no poder controlarla! En ese momento Sofía estaba segura de que le estaba jurando venganza por contradecirlo.

—Pues si tanto necesitas esa información... Tengo una citología, tío. ¿Sabes lo que es? —lo picó—. Te ponen en pelotas, te tumban en una camilla, te abren las piernas y hurgan en tus partes íntimas con una especie de pinzas que...

—¡Vale, vale! —bramó—. ¡Lárgate de una vez! ¡Al final vas a hacer que vomite las tostadas, joder!

Sofía se inclinó con una reverencia burlona y salió del despacho. Víctor la miró con curiosidad cuando pasó por su lado.

—¿Qué te traes entre manos? —le susurró.

—Víctor, ¿crees que podrías adivinar la nueva combinación de esta noche si escucharas los «bips» del teclado al introducirla?

—¡Pues claro! Eso sería casi como verla escrita en un papel —afirmó—. El problema es llegar lo bastante cerca para escucharla.

—¿A la habitación contigua?

—Sí, con un buen estetoscopio, claro que sí.

—¡Perfecto! —Sofía sonrió, triunfal—. Creo que he encontrado la solución, después te doy los detalles. He de hablar con Julen enseguida.

Julen se quedó mirando por la ventana con la vista perdida. Podía oír las palabras de Esther, pero llevaba un buen rato sin escucharla. ¿Para qué? No necesitaba prestar atención a su parloteo para saber que aquello que pretendía para esa noche era una locura, pero ¿qué se suponía que debía hacer? ¿Abandonar? ¿Olvidarse del cuadro?

—Encontraremos la manera de darle el golpe de gracia, Julen, pero lo haremos en otra ocasión —le decía ella con paciencia.

—No habrá otra ocasión, es esta noche o nunca; lo sabes tan bien como yo —refutó él.

Su mal humor iba en aumento por segundos, y el motivo era que sabía que llevaba razón, como también Sofía la había llevado cuando discutieron la pasada noche. Y sabía que todos pensaban lo mismo aunque no se atrevieran a decírselo. Incluso Luka, a pesar de ser el único que en verdad entendía lo importante que era para él completar el plan como lo había previsto. ¡Tan cerca, maldita sea! ¿Cómo había sido tan arrogante de creer que sería más listo que Ricardo? Vencido por una puta cámara acorazada y un lector de retina en las últimas

horas... ¡Él, que había robado en las casas y hoteles mejor guardados de Europa!

—¡Es que no logro entenderlo, lo siento! Lo vamos a conseguir todo esta tarde, ¿para qué necesitas entrar en ese sótano y abrir la cámara? —insistió Esther con exasperación—. Tenemos a Márquez cogido por las pelotas. Rique ha logrado un listado de todos sus bienes y nos los va a brindar en...

—No están todos —la cortó de malas formas, y se giró hacia ella—. En ese listado no están todos sus bienes robados, y dudo mucho que los vaya a incluir en la lista que os entregue esta tarde. Hay piezas que nunca pondrá al descubierto porque para él son algo más que posesiones, son parte de su... alma.

—¿Qué piezas? —preguntó la joven con suspicacia.

—Obras de arte —respondió mientras se sentaba en su silla—. Robadas.

—Hay bastante de eso en el listado...

—Pero no está lo que yo busco —le confesó mirándola a los ojos—. Rique me ha entregado esta mañana la lista definitiva y hay algo que falta. «*El algo*», de hecho.

Esther lo miró y sacudió la cabeza al ver que no le aclaraba nada más.

—¿Y qué es ese «algo»? ¿Te has parado a pensar que si no aparece en la lista es porque tal vez no lo tenga ya en su poder?

Julen desvió la mirada. Sí, sí que lo había pensado, pero no podía aceptarlo: tenía que seguir creyendo que el cuadro se encontraba en esa maldita cámara porque, si no, se desmoronaría. Había sido su razón de existir durante tantos años... Cerró los ojos y por su mente cruzó la imagen de Sofía. Una voz en su cabeza le preguntó: «¿Y ahora aún es el cuadro tu razón de existir?».

Era cierto que sus perspectivas habían cambiado mucho en las últimas semanas, que desde que ella entró en su mundo se había replanteado un buen montón de cosas; ¿pero abandonar la idea de recuperar el Picasso? Solo con considerarlo se sentía un traidor hacia su familia. Y, sin embargo, podía ser tan sencillo todo si lo hiciera... Sofía y él obtendrían su venganza, llevaría a Ricardo a la ruina... La cárcel... Una vez que lo despojaran de su dinero, a Márquez no le sería tan fácil pagar su libertad, conseguirían que lo encerraran por sus crímenes. Nunca lograrían recobrar las vidas que ese cabrón les había robado, pero podrían construir una nueva. Juntos. Juntos... La sola idea le producía calor en el pecho... Tan hermosa... ¡Tan imposible...!

¿Realmente pensaba que Sofía lo abandonaría todo por él, que estaría dispuesta a compartir su vida delictiva? Al límite, siempre con la incertidumbre y el temor constantes a ser detenido... ¿Y si lo pescaban algún día? Podría pasar el resto de

sus días en una cárcel. ¿Era eso lo que quería para ella? ¿Llevarla de un lugar a otro del mundo, sin hogar fijo, sin planes de futuro, sin seguridad?

¿Y él? ¿Podría él dejarlo todo por ella? Llevar una vida respetable, con una casa, un trabajo, un perro, hasta con hijos... ¡Qué horror! La única cosa atractiva de eso era estar con Sofía. Y el perro, lo del perro también le gustaba.

Sin embargo, en ese momento, con todas las cartas sobre la mesa, a pocas horas de interpretar el último acto de esa función, consideraba que en verdad sus ansias por conseguir el Picasso se habían aplacado. Seguía deseando recuperarlo con toda su alma, pero si se paraba a pensarlo, la idea de jugarse el cuello sin haber elaborado un plan claro para acceder a la cámara no le atraía de la misma manera que el día anterior. Siempre había actuado sin meditar lo que pudiera pasarle, si acabaría en la cárcel o muerto, pero nunca había tenido nada que perder como ahora.

—Julen, por favor, reconsidéralo —le pidió Esther, que se sentó a su lado, le cogió la mano y le habló con énfasis—. Si no lo quieres hacer por ti, hazlo por Sofía.

—Eso es un golpe bajo —rio él—. No puedes entrar dentro de mis pensamientos.

—Pero es que no es necesario entrar para leerte la mente, amigo —le dijo la joven con una sonrisa, mientras le acariciaba la mejilla—. Estás enamorado de ella, Julen, y ella de ti. ¿No puedes olvidarte de lo que quiera que haya en esa cámara por ese amor? Ya no se trata de poner tu vida en juego, sino de la que podríais construir juntos.

—Juntos —bufó—. No, Esther, no hay ningún «juntos». Sofía y yo no estamos destinados a compartir nuestra existencia.

—¡No digas estupideces! —le riñó—. Estáis hechos el uno para el otro.

—Ni siquiera tú te crees eso —rio sardónico—. Yo nunca le daría esta vida a Sofía; ella es demasiado importante...

—¡Ah, ya nos salió la vena abnegada de Aire! —se burló ella.

—No soy abnegado, soy un jodido egoísta, por eso sé que ella estará mejor sin mí.

—¡Claro, porque tú lo sabes todo! ¿Verdad? —exclamó Esther, airada—. Esa actitud es muy cobarde.

—¡Te equivocas! —gritó él—. No se trata de ser valiente o no, se trata justo de eso, Esther, de que no lo sé todo. ¡No sé una mierda! Todo en mí es un gran interrogante. Permanecer a mi lado es condenarse, cuando menos, a la

incertidumbre y al temor.

—¡Pues dedícate a otra cosa, cambia, maldita sea! —gritó ella más fuerte.

—Bromeas, ¿no? —resopló.

—En absoluto. Hay cosas por las que merece la pena dejarlo todo.

—No te lo discuto, pero hay otras que no se pueden cambiar, por más que lo deseemos —respondió con frialdad—. ¿Puedes tú borrar el pasado? ¿Qué más da si de repente me convierto en la Madre Teresa de Calcuta? Jamás podré borrar mi historia.

—Ella lo entenderá y...

—Esther —la cortó con brusquedad—. Francamente, no estoy seguro de poder dejar esta vida. No creo que pueda ser feliz así con ella.

La mujer lo miró con un gesto despectivo, y sacudió la cabeza. Ambos se encontraban tan ensimismados en su discusión que ni siquiera se percataron de que ya no estaban solos. Mala idea esa de proporcionar llaves del cuartel general a todo el equipo...

—Entonces, ¿qué piensas hacer? —le preguntó Esther secamente—. Cuando todo esto pase, ¿la vas a abandonar?

—Ese es el plan, sí.

—Muy maduro por tu parte —lo acusó.

—No se trata de madurez, sino de sensatez. Esto es lo que soy: soy Aire, soy libre, nada me detiene. No podría cambiar lo que soy jamás, son demasiados años ya...

—¿No puedes o no quieres?

—Sinceramente, ambas cosas —confesó.

—Ok, ¿y Sofía? —inquirió Esther, molesta—. ¿Crees que se lo merece?

—No hay lugar para ella en mi mundo —espetó Julen con voz grave, aunque sintió que algo moría dentro de él al decirlo—. Tú misma lo has dicho: cuando todo esto acabe, nuestros caminos se separarán, cada uno irá por su lado, y seguiremos con nuestras vidas.

—¿Así, sin más? —se indignó la mujer—. Eres un gusano. ¡La has utilizado!

Julen inspiró hondo y compuso una mueca de dolor antes de volver a hablar.

—Sofía es una mujer fuerte, lo superará. Sabrá que es lo mejor que...

—¡Oh, desde luego que lo superará! —La voz de Sofía restalló como un rayo en la habitación, y les provocó un respingo—. La estúpida Márquez de culo gordo superará su encandilamiento con el todopoderoso Aire como ha superado todo en su vida, no os preocupéis por ella.

Julen se tensó en su asiento, pero fue incapaz de reaccionar cuando la vio. Si Sofía no hubiera estado tan indignada, tal vez habría percibido su palidez y la angustia en su rostro. ¿Desde cuándo llevaba escuchando? El suficiente... Solo había que mirar la luz apagada de sus ojos para darse cuenta de ello, la tristeza de su semblante, la decepción, el rubor avergonzado de sus mejillas.

—Sofía... —La voz le falló, y lo intentó de nuevo—. Sofía, no es lo que crees...

Ella se rio con amargura.

—Sofía, escúchalo —le pidió Esther.

—Olvídalo, tengo algo de prisa: he de volver al trabajo.

—¡No lo vamos a olvidar, pajarita! —protestó la mujer.

—Solo he venido a contaros que ya sé cómo lograrlo —informó con tono impersonal.

Y, maldito fuera, Julen pensó que en verdad debía de ser un auténtico monstruo, porque en ese momento su estómago dio un vuelco y se olvidó de cualquier cosa que no fuera entrar en la cámara.

—¿Lo sabes? —exclamó al tiempo que se ponía en pie con el rostro iluminado.

Esther lo miró sin dar crédito a sus palabras. Sofía torció los labios con una mueca de desdén.

—Seh —escupió, mientras iba hacia la mesa y dejaba una llave sobre ella con un golpe sonoro—. Una copia de la llave de la puerta principal. Nada de entrar a hurtadillas: lo harás a lo grande, como a ti te gusta.

—¿Y el sótano? —preguntó Julen con ansiedad; parecía completamente insensible.

La cara de Sofía se ensombreció.

—Tú solo acude como estaba previsto. No encontrarás problemas para entrar en el sótano.

—¿Cómo? ¿Habéis logrado dar con la combinación? ¿Y la retina? ¿Cómo...?

—No tendrás que hacer nada, tranquilo; será el propio Ricardo el que despeje el camino para ti, ¡oh, todopoderoso Aire! Yo me encargaré de todo. —Y, dicho esto, se dio la vuelta y se encaminó hacia la salida.

—¡Sofía, espera! —la llamó Esther.

—He de regresar al trabajo. Le daré a Víctor todos los detalles del plan.

—Permíteme que te explique —insistió la mujer, pero ella no se detuvo—. ¡Sofía!

—Deja que se vaya —ordenó Julen con la voz apagada.

—¿Qué? —Lo miró con un destello iracundo en los ojos—. ¿Cómo vas a dejar que se vaya? ¿Sabes lo que estará pensando en este momento?

—Es mejor así, Esther —dijo él con un suspiro, y se sentó de nuevo, con aspecto abatido—. Mi plan era largarme esta noche sin despedirme; así, al menos le doy una explicación de por qué me he ido.

—¿Es que eres imbécil o qué?! —le gritó.

—¡Mira, no voy a seguir discutiendo contigo sobre esto! ¿Me oyes? —le soltó con rabia—. ¿Crees que no estoy hecho una mierda ahora mismo? Sé lo que es mejor para ella, y también para mí.

—¿Y para el equipo? —inquirió ella, furiosa—. ¿Desde cuándo no piensas en lo que es mejor para el equipo y para el plan?

—¿Cómo te atreves a decir que no me preocupo por eso? —musitó con rencor.

—¿Pensabas en ello cuando convertías a nuestro contacto directo con Ricardo en tu enemigo?! —bramó, mientras golpeaba la mesa con el puño.

Julen desvió la mirada hacia la puerta por la que Sofía se había marchado, valorando esa posibilidad por primera vez. ¿Estaría lo bastante enfadada como para traicionarlo a última hora? Inspiró hondo y sintió que dolía demasiado... Dolía recordar su mirada herida, su boca tensa, su tono despectivo, el odio con el que su mirada lo había atravesado. Dolía imaginar lo que en esos momentos pensaría de él, la imagen que guardaría para siempre. Dolía comparar el frío de ese encuentro con el calor que habían compartido la noche pasada... Pero no le dolía pensar en una posible traición: eso ni siquiera entraba en su mente.

—No, no temas por eso —murmuró con seguridad, aunque sin lograr ocultar la desolación en su voz—. Sofía no es el enemigo, no nos traicionará. No por lealtad a mí, eso desde luego, sino por ella misma. Odia a Ricardo tanto o más que yo.

—¿Sí? —escupió Esther, que lo miró de arriba abajo con frialdad—. Ojalá pudiera tener la misma fe que tú en el mundo, querido.

19

—Buenas tardes. Tenemos una cita con el señor Márquez. —Elisabetta Da Bariano compuso una sonrisa sensual hacia el objetivo de la cámara ubicada en la puerta de entrada de la finca.

La puerta se abrió con un sonido mecánico y la mujer la empujó con gracia. El guardia de la garita se asomó a la ventanilla para recibirlos y brindarles el parte de visitas, tras pedirles amablemente que se identificaran.

—Esto parece un edificio del Gobierno —exclamó el hombre que la acompañaba, mientras firmaba con una delicada estilográfica que sacó del bolsillo de su impecable chaqueta de corte italiano.

—Sí, nos enorgullecemos de nuestro sistema de seguridad —respondió el guardia con una sonrisa satisfecha.

—Sin duda tienen motivos para estar orgullosos, señor... —ronroneó Elisabetta, que echó un vistazo a la tarjeta de identificación del guardia.

—Núñez, señora —respondió Víctor, que se cuadró y le regaló una sonrisa juguetona—. Agente Núñez, a su servicio y al de la madre que la parió.

—¡Víctor! —lo riñó Luka sin mover los labios.

—¡Oh, señor Vierna, ya están aquí! —los saludó, solícito, un hombrecillo que se acercaba hacia ellos por el camino del jardín—. Llegan temprano.

—¿En serio? —El supuesto David Vierna lanzó una mirada displicente a su Lotus de oro—. Bueno, debo confesarle que estaba impaciente por conocerlo, señor Márquez.

—¡Oh, no, querido! Él es el señor Pablo Molinos —rio Esther/Elisabetta, a la par que se adelantaba para estrechar la mano del hombre—. El secretario personal del señor Márquez.

—Así es, señor Vierna —respondió el aludido con una sonrisa forzada—. Es un placer volver a verla, señorita Da Bariano —añadió mientras se llevaba su mano a los labios.

—Mis disculpas, caballero —habló Vierna, consternado—. Estoy tan metido en mi trabajo que no saco ni un minuto para admirar rostros famosos en los medios, lo siento.

—No se preocupe. Si me acompañan... El señor Márquez está en su despacho.

—¿No le incomodará que nos hayamos adelantado?

—Descuide, también él se encuentra impaciente por hacer negocios con

ustedes. —Pablo soltó una risa aguda de hiena.

Luka lo observó y frunció el ceño al percibir algo inquietante en su voz. Trató de captar la mirada de Esther, pero ella ya encabezaba la marcha, meneando las caderas como una diosa. Se paró un segundo y volvió la vista atrás para llamar la atención de Víctor; él lo miró, y por su expresión supo que había captado el mensaje: había algo raro en la actitud del secretario. Luka tenía un sexto sentido para esas cosas; sin embargo, de momento poco podían hacer al respecto, solo continuar con el plan y estar atentos.

Sofía montaba guardia frente a la puerta del despacho de Márquez, tal como habían previsto. Tampoco le gustó el deje triste en su semblante, la manera en la que desvió los ojos cuando trató de captar su mirada. En esta ocasión, supo que Esther se había sumado a su preocupación por la manera en que contempló a la chica. Luka tragó saliva y torció los labios antes de entrar en el despacho. En fin, la suerte estaba echada: había que seguir adelante con la función, al menos con su parte.

—¡Señor Vierna, que alegría conocerlo al fin! —Márquez se levantó del sillón tras su escritorio para estrechar su mano y la de Elisabetta—. Su compañera me había hablado tanto de usted y en tales términos que casi esperaba verlo entrar por esa puerta ataviado con una capa y un antifaz, como todo un superhéroe.

Vierna soltó una carcajada y sacudió la cabeza.

—¡Ah, señor Márquez! Puede que usted bromea, pero le aseguro que muchos de mis clientes sí que me ven como un superhéroe cuando recurren a mis servicios.

—Eso he oído —afirmó Ricardo, que los invitó a tomar asiento frente a su escritorio con un gesto de la mano—. Y en gran medida, según tengo entendido. Por lo que he sabido, hay un alto índice de amenazas entre sus clientes, ¿no es cierto, señor Vierna? Supongo que realmente usted se convierte en un héroe cuando la gente ve peligrar sus bienes.

Luka entrecerró los ojos al comprender que Márquez se sabía de alguna manera con la batuta en la mano en aquella reunión. Bien: sentía curiosidad por descubrir qué creía tener. Sonrió.

—Cuento con unos clientes selectos. Mi producto es selecto. No acudirían a mí si no se creyeran de alguna manera en riesgo —dijo con una sonrisa—. ¿Es ese su caso, señor Márquez? ¿Hay alguna amenaza que le ronda?

—¿Eso le contrariaría?

—Desde luego —respondió—. No me gusta trabajar bajo presión, y esas cosas

suelen presionar demasiado, ¿no está de acuerdo? De convertirse en mi cliente, sería mi empresa la que habría de responder en caso de robo.

Ricardo hizo un gesto a su secretario para que cerrara la puerta del despacho. Luka se volvió sobre su hombro, y tuvo la última visión de Sofía antes de quedar aislados en el interior. La joven se veía nerviosa. No le gustó. Miró de nuevo a Ricardo, y su sonrisa de cerdo satisfecho le gustó aún menos. Se reclinó en su sillón y suspiró.

—¿Ha sufrido usted algún tipo de amenaza o extorsión, señor Márquez? — insistió, olvidando los rodeos.

—Dígame usted, señor Vierna —susurró él, que se inclinó hacia adelante en su asiento.

—¿Por qué debería yo...?

—¡Ah, es usted aún más divertido de lo que esperaba! ¡Y bueno, joder! Es usted muy bueno.

—Perdone, pero no le comprendo.

—¡Bah! Había pensado en alargar esto más tiempo para recrearme, ¿saben? Pero lo cierto es que estoy tan ansioso por el triunfo que prefiero ir directo al grano.

—¿Qué triunfo, Ricardo? ¿De qué estás hablando? —Esther sacudió la cabeza, y miró a Luka sin comprender.

—Señor Márquez, le advierto de que soy un hombre ocupado —masculló este—. Confío en que no me habrá hecho venir para perder el tiempo.

—¿Su tiempo? —Ricardo soltó una carcajada mientras su secretario depositaba un sobre en la mesa—. Me temo, señor mío, que su tiempo me pertenece a partir de hoy.

—¿De qué habla?

—Abra ese sobre, señor Vierna —lo animó—. En él encontrará unas fotos que me han dado unas cuantas respuestas a muchas preguntas que me planteaba de un tiempo a esta parte.

Luka se tensó; le lanzó una vaga mirada al sobre antes de volver a clavar sus ojos en Ricardo.

—¿Preguntas? —inquirió con desconfianza.

—Sí, algunas preguntas. —Volvió a reír—. Como qué sabe usted acerca de un Caravaggio y de una negociación, supuestamente secreta, en un hotel de Berlín.

—Sé mucho sobre Caravaggio y hoteles en Berlín, pero...

—¿Qué sabe usted sobre Aire? —lo cortó Ricardo con sequedad. Cogió el

sobre él mismo, lo abrió y sacó su contenido, antes de lanzarlo delante de Luka con desprecio—. Aire, señor Vierna, el delincuente internacionalmente perseguido. No se haga el tonto conmigo a estas alturas: en verdad no deseo perder el tiempo.

—Pero ¿qué te pasa, Ricardo? —intervino Esther—. Creí que nos habías citado para negociar lo de tu seguro.

—Cállate, putita —escupió sin dignarse a mirarla—. Deja a los hombres ocuparse de las cosas importantes; tú límitate a mover el culo para recrearme la vista.

Esther hizo ademán de levantarse para cruzarle la cara, pero Luka la sujetó por el brazo y se lo impidió.

—¿Qué diablos significa esto, señor Márquez? —inquirió fríamente. Ricardo sonrió y señaló las fotografías que había desperdigadas sobre la mesa.

—Le explicaré lo que significa. Nunca he tenido buena memoria para las caras, ¿sabe? Por fortuna, mi sobrina sí —dijo antes de chascar la lengua—. ¿Conocen a mi sobrina? Estoy seguro de que sí: era la encargada de la seguridad de la exposición que fue atacada en mi galería hace poco más de un mes.

—Elisabetta me habló de ello —asintió Luka con calma, sin abandonar su porte elegante y de seguridad—. Una de sus obras de arte fue dañada y posteriormente...

—... sustraída, sí —terminó Ricardo con brusquedad—. Fueron dos las que me robaron, para ser más exactos. Y fíjese que, curiosamente, había recibido una amenaza de ese Aire algunos días antes.

—Y, ¿qué tiene eso que ver conmigo, señor Márquez?

—¿Sigue sin querer mirar esas fotografías? —masculló—. Como le decía, nunca he tenido buena memoria, pero hoy en día hay cámaras de seguridad por todas partes, señor Vierna. Incluso en los garajes de los hoteles.

—Desde luego que las hay —murmuró Luka, impasible.

—Ah, de acuerdo; le seguiré el juego y le contaré la historia como si no la conociera —resopló con impaciencia—. Poco tiempo antes de aquel atentado contra mi galería, sufrí otro robo importante.

—Una estafa —apuntó Pablo, que se ganó una mirada de reproche de su jefe.

—Está bien; por poco que me guste reconocerlo, fue justo como dice mi secretario —admitió a regañadientes—. Me estafaron, señor Vierna.

—Lo lamento mucho. En mi empresa estamos acostumbrados a lidiar con ese tipo de situaciones. ¿Es por eso por lo que contactó conmigo?

Ricardo soltó una carcajada y dio un golpe sobre la mesa.

—No va a quitarse la máscara hasta el final, ¿no es cierto? En fin... —suspiró—. Como le iba diciendo, me estafaron. Es de todos conocida mi pasión por las obras de arte; supongo que tampoco es un secreto que no me importa la procedencia anterior de esas obras de arte. Si están a la venta, es potencialmente posible que yo pueda adquirirlas.

—Comprendo...

—Sí, lo sé. Y Aire también lo sabía, por eso me puso la zanahoria delante, para tentarme y guiarme a donde él deseaba. Contactó conmigo y me citó en aquel hotel del Berlín para negociar sobre un presunto Caravaggio que decía poseer. Y lo tenía, ya lo creo. —Ricardo rebuscó entre las fotos y le tendió una para que pudiera verla—. ¿Lo reconoce?

—No, ¿debería? —inquirió Luka con desagrado.

—Debería, sí. Es el tipo que quería venderme el cuadro.

—¿No se lo vendió?

—No. —Ricardo sonrió con una mueca cruel—. La transferencia de dinero jamás llegó a su cuenta.

—Ah, comprendo. ¿Y usted cree que fue Aire el que logró interceptar esa transferencia?

—Fue Aire, estoy seguro. Y no es que la interceptara, es que la desvió directamente a otra cuenta, a una con el mismo titular pero que estaba fuera de mi vista y mi control.

—¿Cómo?

—Lo que quiero decirle, señor Vierna, es que el que robó aquel cuadro a su antiguo dueño, el que me llamó y el que lo trajo hasta el hotel y fingió toda una negociación conmigo eran la misma persona. Aire montó todo un número para captar mi atención. Consiguió el cuadro sabiendo que yo no podría mirar a otro lado, y cuando fui a pagárselo, el dinero voló. —Gesticuló con las manos, como si fueran un pájaro rechoncho y rosado.

—Así que Aire se quedó con el dinero y el Caravaggio —respondió Esther con una mueca.

—Así es —concedió Ricardo con un cabeceo.

—¿Qué tiene eso que ver conmigo? —preguntó Luka.

—Bueno, todo, supongo, ya que usted es cómplice de ese criminal.

—Y ¿de dónde ha sacado esa idea?

—De las cámaras de seguridad, claro. —Ricardo cogió la fotografía en la que

se veía a Luka junto a Aire en el garaje del hotel—. ¿No le suena? Es usted. Y este que hay aquí, ayudándolo a cargar mi Caravaggio en el coche, es Aire. — Luka alzó la cabeza y lo miró con un destello de desafío—. Ah, sí, ahí está la mirada asesina de todo estafador que se precie. Y usted es uno de los buenos, ¿eh?

—Soy bueno en todo lo que hago —respondió él, mientras desplegaba una sonrisa seductora.

—Pues en este caso la ha cagado usted bien, señor Vierna. —Se rio—. Parece ser que poseo la prueba evidente que lo relaciona con Aire. Y no solo eso, sino que además demuestra que ambos trabajan juntos, pillados *in fraganti* en un golpe. Tendiendo el anzuelo para que yo picara en algo mayor, ¿me equivoco? ¿Es eso lo que ha estado haciendo todos estos años? ¿Por eso su empresa ha subido tanto? Se alía con ladrones para que amenacen y roben algunas obras a gente importante y después ustedes se presentan como ángeles salvadores. Ofrecen unos seguros milagrosos que cubren posesiones robadas e ilícitas sin formular preguntas, y les sacan un buen pico a sus clientes. ¿Pero cómo no aceptar cuando la sombra de una leyenda como Aire camina detrás de tu culo? Muy astuto, ya lo creo.

—¿Y quién le dice que ese de la fotografía es Aire? —preguntó Luka sin dejar de sonreír—. ¿Por qué no lo reconoció cuando trató de venderle el cuadro?

—Porque por entonces yo no lo conocía; al menos, nunca lo había visto en persona. Pero su arrogancia le llevó a cometer otro terrible error la noche de la inauguración de la exposición en Artquez —explicó con aire triunfal—. ¡Ah, ese interés por Picasso...! Eso fue lo que lo delató: Picasso. ¡Claro, no podía ser de otro modo siendo hijo de quien es!

—¿Hijo? —Luka lo miró con sorpresa—. ¿Quién es hijo de quién?

—Ese fantasma que se hace llamar Aire —bufó Ricardo—. ¡Qué nombre tan glamuroso! Su verdadero nombre era francés, nada que ver con este nuevo. Aunque poco importa, francamente; hacía tiempo que había olvidado al mequetrefe de su padre, ¿cómo iba a recordar al jodido niño?

—¿Pero de qué habla?

—Tal vez usted desconozca la verdadera identidad de su socio, pero yo sí sé quién se esconde tras esa máscara —reveló con una sonrisa de triunfo—. Puede decírselo, ¡me gustaría que se lo dijera! Que sé quién es y que sé por qué busca venganza. Puede decirle también que ha fracasado, por supuesto.

»Supongo que su odio hacia mí es tan grande que quiso restregarme su poder

aquella noche, un gran error por su parte. Se acercó a mí fingiendo ser otra persona y yo lo creí. Ni siquiera lo reconocí del episodio del Caravaggio, ya que iba bien disfrazado y, como les he dicho, yo no tengo buena memoria para las caras. —Luka y Esther escuchaban sin interrumpirlo, ambos mirándolo con expresiones heladas—. Aquella noche todo fue un caos; las cámaras apenas grabaron nada de lo acontecido, pero tras mucho intentarlo, mi secretario logró rescatar una imagen. ¡Una sola! Pero una decisiva.

Ricardo cogió la fotografía en la que se veía a Aire vestido como Andrés Rivero, hablando con él frente al Picasso expuesto en la galería.

—Como pueden ver, lleva peluca y unas gruesas gafas, pero si lo comparan con el otro...

—Las imágenes de las cámaras de seguridad son borrosas, ¿y encima con disfraz? —se burló Esther.

—Pero la memoria de mi sobrina no es borrosa, señorita Da Bariano —dijo, exultante.

—Su sobrina —murmuró ella con voz ronca.

—Así es, ya les he hablado de ella. Resulta que mi sobrina ya había tenido un encontronazo previo con ese tipo. Supongo que tampoco pudo prever eso —bufó—. La cuestión es que había alguien que podía reconocerlo a la perfección. Mi sobrina goza de muy buena memoria para los detalles, y da la casualidad de que tuvo ocasión de ver de cerca a ese Aire. Por tanto, cuando le enseñé las fotos, lo identificó sin problemas.

—¿Su sobrina le confirmó que el hombre de las fotografías es Aire? —preguntó Esther, con un destello de furia brillando en sus ojos verdes.

—Lo que Elisabetta quiere decir es si su sobrina le ha confirmado que Aire y yo estamos aliados —intervino Luka—. ¿Por qué no me ha denunciado? ¿Para qué me ha llamado?

—¿Denunciarlo? —Ricardo soltó una nueva carcajada—. No, la ley y yo no somos muy amigos. Prefiero actuar por mi cuenta.

—Claro, ya comprendo —murmuró tras resoplar—. Las tornas han cambiado, ¿no es así? Ahora es usted el que me extorsiona a mí.

—¡Qué palabra tan fea!

—Lo animo a encontrar otra mejor —se burló Luka.

—Vale, está bien, pretendo extorsionarlo —admitió Márquez—. Después de todo, es lo que llevan ustedes haciendo durante años, ¿no?

—No, nada más lejos. Yo solo le doy motivos a la gente para que contrate mis

seguros, pero siempre cumplo con el contrato.

—Bueno, usted puede decir lo que quiera, pero estoy seguro de que a algunos como Pepino Marinetti no les resultará gracioso descubrir lo que yo sé, ¿no le parece?

Luka sonrió ante la mención del mafioso, pero no dijo nada. Todo aquel circo comenzaba a ser esperpéntico. ¿Dónde terminaba la farsa y empezaba la realidad?

—Supongo que no —concedió—. ¿Y qué debería hacer para evitar que esta información llegara a terceros? Porque estoy seguro de que tiene usted algo planeado, ¿cierto?

—Por supuesto. —Ricardo se rio con ganas. Chascó los dedos en dirección a Pablo y este se acercó con una carpeta de papel en la mano—. Aquí hay un listado de todos los bienes que deseo asegurar con ustedes.

Luka cogió la carpeta y echó un vistazo rápido. Había un buen número de obras de arte, joyas y otros artículos de lujo, y de buen seguro más de la mitad ni siquiera existían. Le bastó esa primera lectura para cerciorarse de que el Picasso de Julen no estaba en la lista.

—¿Hay alguna pieza real en esta lista? —preguntó con desprecio.

—Desde luego que sí, la mitad más o menos. —Volvió a reír—. Eso no importa, ¿no le parece, señor Vierna? Esas son las que nunca robarán.

—Por supuesto, porque deduzco que a partir de que formalicemos el seguro, usted sufrirá robos importantes con asiduidad, ¿verdad?

—¡Lo ha cogido a la primera, sí, señor! —exclamó, y dio una palmada—. No se molesten por los documentos: mi secretario ya ha redactado un borrador completo con las características de los bienes que asegurar y su valor. No he de decirles que es absurdo que realicen ustedes comprobaciones o tasaciones, ¿no? Resumiendo, señor Vierna, usted va a firmar lo que a mí me dé la gana porque lo tengo cogido por los huevos.

Ricardo comenzó a reír a carcajadas como un auténtico villano de cómic de Marvel. Luka lo miró con seriedad, en silencio. Tampoco Esther dijo ni hizo nada. Se quedaron allí esperando a que Ricardo terminara de regodearse en su supuesto éxito. Pablo puso delante de sus narices un montón de folios impresos, a los que lanzó una mirada despectiva.

—Como puede ver, mi firma ya está en todo el documento.

—¿Y pretende que yo firme a ciegas?

—Pretendo que firme, me da igual si los lee o no, aunque eso solo será una pérdida de tiempo. Va a hacerlo de todas maneras, porque en caso contrario...

Mire esto —Ricardo giró la pantalla de su ordenador para que pudieran verla. Había un borrador de correo electrónico para Pepino Marinetti a medio redactar que incluía varios archivos de imágenes adjuntas. Luka tuvo ganas de reír. El correo le llegaría a Rique—. Lo ha comprendido, ¿verdad?

—Alto y claro, sí —respondió Luka con un gruñido. Sacó su estilográfica del bolsillo de su chaqueta y empezó a firmar. Cuando terminó, levantó la cabeza y frunció el ceño—. ¿Y la copia?

—¿Copia?

—Desde luego, supongo que, ya que ha sido usted tan astuto, no cometerá el error de no darme una copia —aclaró Luka—. Soy yo al fin y al cabo el que debe introducir los documentos en mi base de datos, y podría invalidar...

—Estoy completamente seguro de que la copia va dentro de esa carpeta —dijo Pablo, que cogió los papeles para pasar a revisarlos uno a uno—. ¿Dónde diablos está la condenada?

—Tal vez la olvidaste en la bandeja de la impresora —sugirió Ricardo con calma.

—No, te la di, maldita sea; la firmaste también —insistió el secretario.

Márquez le quitó los papeles de la mano y comenzó a revolverlos con impaciencia.

—No están aquí. Ve a buscarlos a tu despacho. ¡Y deja la puerta abierta! No quiero quedarme a solas con estos dos.

Pablo asintió, aunque no se lo veía muy convencido cuando salió. Luka alzó las cejas y Esther se encogió ligeramente de hombros.

—¿Qué ha ocurrido? —le preguntó Sofía a Pablo cuando pasó por su lado.

—Se han extraviado unos papeles —respondió de mala gana.

—¿Extraviado? ¿A ti?

—¡Exacto! —exclamó el hombre, que se giró hacia ella—. ¿A ti también te parece extraño? Estoy completamente seguro de que los papeles se encontraban en la carpeta esta mañana.

Sofía lo miró y entrecerró los ojos.

—Esto no me gusta —dijo—. Te ayudaré a buscarlos.

—No, tu tío quiere que te quedes a vigilar. No se fía de esos dos.

—¡Díaz! —llamó al hombretón a través del *walkie*—. Ven enseguida al despacho del jefe; necesito que me sustituyas un momento.

Cuando se hubo asegurado de que Ricardo estaba bien cubierto, siguió a Pablo hacia su despacho, frente al de su tío, donde el secretario buscó la copia, cada vez

más indignado.

—¿Ha podido entrar alguien en mi despacho?

—Imposible, yo misma he montado guardia en este pasillo toda la tarde, y por la mañana lo ha hecho Núñez —respondió ella con rotundidad.

—Pues no están —refunfuñó.

—Bien, que no cunda el pánico. Tienes esos papeles en tu ordenador, solo hay que imprimirlos de nuevo; después buscaremos las otras copias y las destruiremos cuando aparezcan. Así de sencillo, Pablo. No te pongas nervioso.

—Es que es irregular, yo siempre...

—Lo entiendo —lo calmó ella—. Todos hemos estado sometidos a una gran presión estos días. Imprímelos de nuevo: cuanto antes se vayan esos dos, mejor para todos.

—Llevas razón.

Pablo se coló detrás de su escritorio y encendió el aparato. En unos minutos la impresora escupía las nuevas copias.

—¡Eres un desgraciado! ¡Esto no va a quedar así, te lo juro, Márquez! —Los gritos de Vierna les llegaron desde el despacho de Ricardo. La mujer despampanante gritó y se escuchó un tropel de golpes y cosas cayendo al suelo.

—¡Mierda! —masculló Sofía—. ¿Qué pasa ahora?

Salió corriendo y entró en la oficina de su tío, para encontrar a este en el suelo con David Vierna sobre él, zarandeándolo, a la vez que Díaz trataba de separarlos. La mujer gritaba, y en su ir y venir no paraba de volcar cosas.

—¡Basta! —gritó Sofía. Se agachó para asistir a Díaz y lanzaron a Luka hacia atrás. El guardia lo inmovilizó contra la pared, mientras ella ayudaba a Ricardo a levantarse. Tenía algunas magulladuras en la cara, pero nada comparado con cómo iba a quedar Luka cuando Díaz acabara con él: ya le había encajado al menos tres puñetazos—. ¡Estate quieto, Díaz, lo vas a matar!

—¡Pues que se muera! —gruñó al tiempo que le propinaba otro puñetazo en el estómago.

—¡No! —bramó Ricardo—. Suéltalo, lo necesito fresco para que firme.

Díaz se retiró, y fue Sofía la que se encargó de custodiar a Luka. Le lanzó una mirada rápida y él le hizo un gesto para que no se preocupara. Había recibido palizas peores en su vida.

—¡Eres un hijo de puta! —le gritó Esther a Ricardo.

—Y tú una puta a secas —rio él sin ganas—. ¿Dónde está Pablo?

—Estoy aquí. —El secretario se había quedado plantado en la puerta, y miraba

el caos que se había formado en el despacho de su jefe sin atreverse a entrar. Sujetaba los papeles de manera desordenada, casi a punto de dejarlos caer—. ¿Qué ha pasado?

—¡Este loco que me ha golpeado! —acusó Ricardo.

—Y tú no lo has provocado, ¿verdad, tío? —murmuró Sofía.

Él la miró con reproche. Lo cierto era que no, no lo había provocado; el bastardo se había lanzado de repente hacia él, sin más.

—Como sea. ¿Traes esas copias? —exigió.

—Aquí están —dijo Pablo mientras se acercaba con los documentos.

—No te vas a salir con la tuya, Márquez —escupió Luka, aún en su papel de Vierna, estafado y cabreado.

—Que sí, que sí, pero firma de una vez.

—Firma tú primero, jefe —lo cortó Pablo—. Estos no llevan tu firma.

—¡Ah, mierda, es cierto! —Ricardo se sentó y comenzó a hojear los papeles; en ese momento Luka se soltó «milagrosamente» de Sofía y volvió a abalanzarse sobre Ricardo.

—Estate quieto, joder —ordenó Sofía, que pudo sujetarlo otra vez, aunque no antes de que lograra desparramar los papeles por la habitación. Tiró al hombre al suelo, boca abajo, y lo inmovilizó—. Díaz, vigílalo, ¡pero nada de golpes!, ¿me oyes?

La joven se agachó y comenzó a reunir los papeles. Se los entregó a Ricardo, el cual se apresuró a firmarlos antes de que Vierna se soltara de nuevo. Era una mala bestia para ser un cincuentón.

—Bien, ya está —anunció a los pocos minutos, al tiempo que se acuclillaba junto al retenido—. Suéltalo, Díaz, al menos una mano. Firme de una vez, no complique más las cosas, ¿quiere?

Luka se puso en pie con dignidad y se sacudió su traje; a pesar de lucir un ojo hinchado y sangre saliéndole de un labio, seguía elegante y atractivo. Sacó su estilográfica del bolsillo y estampó una firma rápida en cada papel.

—Muy bien, muchas gracias —dijo Pablo, todo profesional, como si no acabara de haber una batalla en ese despacho—. Esa es su copia, señor Vierna. Puede guardarla.

—Y para qué quiero yo eso —gruñó. Aun así, la cogió y se la pasó a Esther—. ¿Acaso puedo reclamar ante un juzgado?

—No, pero como bien ha dicho usted antes, así todo parece legal —explicó Ricardo con una risita irritante—. Bueno, ya hemos terminado, ¿no? —Pablo

asintió—. Bien. Sofía, ¿serías tan amable de acompañar a los señores a la calle?

—Díaz, encárgate tú: he de hablar contigo de algo importante, tío —musitó.

Luka la miró antes de salir y de nuevo pudo ver en sus ojos aquel brillo triste que no le gustaba ni un pelo. ¿Qué escondía esa chica? La pregunta siguió vibrando en su cabeza mientras él y Esther salían de la casa. La firma que había plasmado en los documentos se había borrado antes de que pisaran la calle; Esther siempre había sido buena en química... En lugar de un seguro de dudosa legalidad, Ricardo Márquez acababa de firmar unos documentos en los que entregaba todas sus posesiones y negocios a su «adorada» sobrina.

20

Cuando las voces indignadas de Esther y Luka se perdieron en su camino a la salida, Sofía soltó el aire que había estado conteniendo. Lo habían hecho bien, eran unos actores natos. ¿Y ella, habría estado a la altura? Lo suyo era mucho más difícil, sin lugar a dudas: ella debía interpretar dos papeles diferentes.

—Bien, ¿qué querías decirme? Sé breve, sobrina, hay mucho que celebrar — pidió Ricardo, que se hinchó como un pavo.

—Esos dos trabajan para Aire —soltó sin preámbulos.

—¡Menuda noticia! —se burló el hombre—. ¡Eso ya lo sabía!

—No, no lo entiendes —rio ella sin humor—. Trabajan para él, forman parte de su equipo. El equipo que Aire ha reunido para destruirte.

Ahora sí, Ricardo la miró con un gesto serio.

—Pretendían estafarme, pero...

—Pretenden algo más gordo; esto solo era el principio de su plan. El golpe final llegará esta noche.

—¿De qué diablos estás hablando? —susurró Ricardo, que se tensó en su asiento.

Sofía inspiró hondo para armarse de valor y se sentó frente a él. Su mente voló de nuevo hacia la conversación que había escuchado entre Julen y Esther y el corazón le dio un pinchazo.

«¿Y qué esperabas? Te lo advertí. ¡No se puede atrapar el aire!», se burló su pensamiento racional.

Miró a su tío y lo odió más que nunca. El dolor que sentía en ese momento también era culpa suya. ¡Él había guiado su destino siempre! Toda su vida había girado en torno a sus deseos y ambición; pero el juego estaba a punto de terminar y, por una vez, sería ella la que obtuviera beneficio.

Ni Julen ni Ricardo se merecían ni una sola de sus lágrimas; a partir de ese instante volvería a ser fiel a sus instintos, sin influencias, sin dejarse llevar por los sentimientos. Ahora, sus actos los dirigiría ella, solo ella, e irían enfocados a conseguir sus intereses según sus propias normas.

—Todo pertenece a un complejo plan, y sería muy largo de contar —comenzó—. Aire se puso en contacto conmigo; deseaba reclutarme para su equipo.

—¿Qué? —exclamó Ricardo con los ojos muy abiertos—. ¿Has tenido contacto con ese cabrón?

—Así es.

—¿Yo te metí en mi casa y tú hacías tratos con el enemigo?

—No, yo le hacía creer que así era, que es muy diferente —explicó ella—. Quería que confiara en mí, que creyera que era de los suyos. Y lo logré —concluyó con una sonrisa taimada.

—¡Quiero que me lo cuentes todo con pelos y señales en este preciso...!

—¡No! —bramó Sofía, dando un golpe en la mesa—. No me vas a dar más órdenes, ya estoy harta de todo esto. No voy a contarte nada. No tengo por qué darte explicaciones de mis actos. Lo que he hecho fue por un buen motivo, ¡mis motivos!

—No me lo puedo creer...

—Pues más te vale que creas lo que he venido a decirte, porque hay muchas cosas en juego —escupió—. Su verdadero nombre es...

—Brice Neveu, lo sé —la cortó Ricardo con impaciencia.

—Sí —se sorprendió ella—. ¿Y sabes quién es Brice?

—Sí, tal vez mejor que tú —masculló.

Sofía lo miró con frialdad. Dudaba bastante que supiera hasta qué extremo ella estaba enterada de todo aquel asunto del Picasso y del dolor que había arrastrado su encaprichamiento con él. En cualquier caso, no lo sacó de su error: necesitaba que siguiera confiando en ella.

—Bien, entonces, sabrás lo que Aire quiere de ti, ¿no?

—Venganza, sí. Trató de arruinarme con su estafa, aliándose con ese Vierna y obligándome a asegurar mis bienes. No comprendo muy bien cómo quería llevarlo a cabo, pero, fuera como fuera, yo se lo impedí. —Se rio—. El cazador fue cazado, sobrina.

Sofía torció los labios en una sonrisa. ¿Que pretendía arruinarlo? ¡Ya estaba arruinado! El muy imbécil todavía no lo había comprendido. Bien, ya lo descubriría todo cuando echara un vistazo a sus cuentas y a sus negocios. Aún creía que manejaba la batuta, pero la orquesta ahora la dirigía ella. Toda. La. Jodida. Orquesta.

—No es tu dinero lo que Aire más anhela en el mundo, tío —le dijo—. Creí que ya lo habías comprendido.

—El Picasso —adivinó Ricardo. Ella asintió—. ¡Maldito loco hijo de puta!

—Lo que tú digas, pero es un loco inteligente y peligroso. Dime, ¿lo sigues conservando en tu poder?

—¿Qué sabes tú de ese cuadro? —preguntó él con sospecha. Sofía se dio

cuenta de que pisaba terreno peligroso.

—No demasiado, solo que Brice cree que le pertenece y que está dispuesto a recuperarlo cueste lo que cueste.

Ricardo no parecía muy convencido con la vaga respuesta, pero debía de estar muy seguro de su superioridad, pues acabó contándole la verdad.

—Lo tengo —afirmó—. Y es la pieza que más valoro. No tanto por el valor real en sí, sino por su historia. Nunca me desharía de él: siempre me ha traído buena suerte.

¿Buena suerte? ¿A él le había traído buena suerte? ¿Y qué había de sus padres, de Matías Castillo y su madre, de la familia de Julen? Sofía se mordió la lengua para evitar increparle en voz alta.

—Pues déjame decirte que Aire lo sabe, y piensa venir a por él —le advirtió con voz lúgubre.

—¿Sabe que aún lo tengo? —se extrañó Ricardo.

—Desde luego que sí.

—No, eso es imposible. Ese Picasso no aparece en ningún listado, es un cuadro que en teoría nunca existió, y así lo he mantenido yo durante todo este tiempo: es un cuadro fantasma, una leyenda.

—Se lo quitaste a su familia, no es una leyenda para Aire, tío, no seas estúpido —se rio ella mientras sacudía la cabeza—. De hecho, está bastante obsesionado con él, te lo aseguro.

—Me pregunto cómo de íntima ha sido vuestra relación para que sepas esas cosas —siseó el hombre.

—Sigue preguntándotelo —resopló ella con chulería—. Solo te diré que logré que confiara en mí lo bastante como para que me dijera qué es lo que pretende.

—¿Y qué es lo que pretende?

—Entrará en tu casa esta noche, se colará en tu sótano, abrirá la cámara acorazada y se llevará el Picasso, tal cual.

Ricardo la miró durante un instante antes de estallar en una sonora carcajada.

—¡Venga ya! Me habías dicho que era inteligente.

—Lo es, y mucho; pero su obsesión por el Picasso lo ha cegado hasta la locura.

—Locura, tú lo has dicho. ¿Y cómo se supone que va a obrar ese milagro? No puede entrar en mi sótano. Nadie puede hacerlo, salvo yo.

—Exacto, tío —concedió ella—. Así que, probablemente, lo atraparás, ¿no?

—¡Pues claro que lo atraparé! —volvió a reír Ricardo.

—Ajá. ¿Y entonces, qué? —lo picó con tono misterioso. Él la miró sin

comprender—. Ese malnacido se burla de ti, te amenaza, te estafa, te roba... ¿y tú te conformarás con que acabe sus días en la cárcel? ¿Sabes lo bien que se está en las cárceles españolas?

—En ninguna cárcel se está bien, niña —murmuró Ricardo, sin poder ocultar el escalofrío que lo recorrió de arriba abajo.

Sofía tuvo ganas de reír; esa era la gran fobia del impasible Ricardo Márquez: la cárcel. Su tío siempre había padecido alergia ante la idea de ser institucionalizado. ¿Un hombre que siempre ha hecho y deshecho a su antojo, encerrado y manejado? El peor de los castigos, el que sin duda se merecía...

—De todas maneras, parece algo muy liviano para Aire —apuntó ella con rabia, lo que le hizo ganarse una mirada sorprendida de su tío.

—Caramba, sobrina, ¿qué coño te ha hecho ese imbécil para que lo odies tanto? —preguntó, antes de soltar otra carcajada—. Déjalo; creo que en verdad no quiero saberlo. ¡No sabes cuánto me alegro de que por fin haya salido a la luz tu sangre Márquez! Ya había perdido toda la esperanza.

—No sé si esto que siento es producto de la sangre. —Más bien era fruto del dolor, la rabia, la soledad, el despecho...

—¡Claro que sí! Eres un tiburón, solo que apenas has empezado a darte cuenta de ello. Como tu abuelo, como yo y también como tu padre. Él también era de los que ganan, pobre hermano mío.

—Los ganadores no se vuelan la cabeza, tío —dijo ella con voz mecánica y fría.

—Sí, bueno —resopló Ricardo—. Lo fue, hasta que esa zorra lo jodió.

—Está bien. No siento deseos de hablar de mis padres en este momento —lo cortó con sequedad.

—De acuerdo, de acuerdo —concedió él con las manos levantadas, antes de torcer los labios en una sonrisa cruel—. Volviendo a Aire..., ¿quién te ha dicho que me conformaría con mandarlo a la cárcel si lo atrapo?

Sofía alzó una ceja y ladeó ligeramente la cabeza.

—Uhm, eso pensaba —murmuró. Por supuesto, Ricardo Márquez no se la jugaría, no se molestaría en fumigar el jardín, sino que arrancaría la mala hierba de raíz—. Puede que odie a Aire, tío, pero no pienso ser cómplice de ningún crimen. No dejaré que lo mates.

—Ya estás otra vez sacando conclusiones precipitadas de mí —protestó sin convicción.

—Ya —escupió ella—. En cualquier caso, no creo que haya que llevar las cosas hasta esos extremos. Había pensado en algo para joderlo, para que destroces su

reputación para siempre y puedas divertirte un rato a su costa, antes de mandarlo a pudrirse en la cárcel.

23:30 DE LA NOCHE

Un silencio pesado había caído dentro del furgón. Esther había preferido quedarse en el cuartel general: estaba demasiado nerviosa y enfadada con Julen para presenciar aquello. Le había dejado bien claro que no estaba de acuerdo con sus últimas decisiones, y sabía que, si iba con ellos, sería testigo de su destrucción o incluso de su muerte.

Sam iba sentado en el asiento del conductor, y apretaba tanto el volante que sus nudillos se veían blancos. Rique vigilaba sin parpadear las cámaras de seguridad del interior de la casa desde su portátil, sin dejar de mover la pierna de manera convulsiva. Luka miraba fijamente a su sobrino mientras este se colocaba el micro y se abrochaba las correas del chaleco antibalas, tan precario e ineficaz para parar los deseos de venganza de un hombre como Márquez. Torció los labios en una mueca.

—Sabes que Esther tiene su punto de razón, ¿verdad? —le dijo, profanando el silencio con su voz grave. Julen alzó los ojos hacia él. Tenía el semblante pálido y más serio que de costumbre, pero había determinación en su mirada—. Sofía está muy molesta contigo, Julen.

—Ha seguido con el juego; les dio el cambiazco a los papeles sin levantar sospechas.

—Sí, y lo hizo muy bien —reconoció Luka—. Pero no es lo mismo que lo de esta noche. Al firmar esos papeles, Ricardo le ha entregado el poder absoluto sobre sus empresas y sus bienes. A Sofía le interesaba seguir con el teatro un poco más, seamos francos. Tú has logrado que se convierta en una mujer multimillonaria en cuestión de segundos, y que su tío, al cual desprecia, se quede en la ruina y a su merced. ¿No crees que cualquiera contendría un poco su enfado con tal de conseguir un premio así?

—Sofía no —respondió Julen con rotundidad—. Ella no es ambiciosa, solo deseaba vengarse de su tío.

—Quizás lo pensara en un principio, pero has de reconocer que para cualquiera es una tentación tanto dinero —insistió Luka—. Ahora que lo tiene, ¿qué le impide entregarte?

—No, ella no es así —repitió él a la vez que negaba sacudiendo la cabeza.

Su tío suspiró y se echó hacia atrás para mirarlo con preocupación.

—Julen, el que tú estés enamorado de ella no la convierte en la imagen de la virtud, precisamente.

—¡Sofía no me traicionará! —le dijo con los dientes apretados, furioso.

—Ojalá lles razón, pero conozco algo a las personas, bastante más que tú, sobrino. Déjame decirte que no hay nada más peligroso que una joven inteligente herida en su orgullo —le advirtió—. Sofía cree de que la has utilizado. Está dolida, eso lo he visto en sus ojos esta tarde. No puedes otorgarle tu confianza tan ciegamente.

—Puede que hayas conocido a muchas mujeres, Luka, pero a ninguna como a ella —suspiró él con una sonrisa triste—. Sofía no me traicionará. Y si lo hiciera...

—Si lo hiciera, estaremos preparados para sacarte de ahí. Solo da la señal y nosotros...

—¡Si lo hiciera, ya no tendría ningún sentido huir! —lo cortó con brusquedad.

—¿De qué hablas? —le increpó su tío—. ¡El mundo no se acaba por un desengaño amoroso, Julen! Te sacaremos de esa casa y...

—Por un desengaño no, tío, pero sí por un tiro en la cabeza —volvió a interrumpirlo. Sonrió y puso la mano en el brazo del hombre que había sido como un padre para él—. Luka, sabes tan bien como yo que si ella me traiciona esta noche, Ricardo no me dejará salir de allí con vida. Él no me quiere entre rejas, me quiere bajo tierra.

—Y aun así vas, sin más —susurró Luka con voz ronca—. Lanzándote de cabeza, poniendo tu vida en manos de una mujer que te odia.

—Sofía no me odia —respondió con pesar—. Y no me va a traicionar.

—Julen...

—Chicos, son las doce menos veinte —anunció Rique—. El protocolo de noche se está activando y Ricardo no tardará en abrir la puerta del sótano.

—Bien —susurró Julen—. Tío, si Sofía... Por favor, no emprendas nada en su contra, ¿me lo prometes? Dejadla en paz, ya ha sufrido bastante en esta vida. Después de todo, he sido yo el que ha hecho las cosas mal con ella desde el principio.

—¡Te dije que no te implicaras sentimentalmente, idiota!

—¿Me lo prometes?

—¡Claro, cómo no! —casi gritó—. Veré cómo te matan y me quedaré tranquilito en casa sin hacer nada al respecto.

—Luka...

—¡Que sí, maldita sea, lo prometo!

—Gracias. —Julen le regaló una sonrisa.

—Por favor —suplicó su tío al tiempo que lo cogía del brazo con los ojos demasiado brillantes—. Olvídate del cuadro, confórmate con...

—Gracias por todo, Luka —lo interrumpió, y le dio un abrazo rápido—. Rique, no pierdas de vista las cámaras: si las cosas se tuercen, os prohíbo que hagáis ninguna tontería. Sam, arrancas la furgoneta y salís de aquí cagando leches, ¿está claro?

—Como el agua, Aire —murmuró el hombretón sin convicción. Julen chascó la lengua.

—Si no me obedecéis, seré yo el que me pegue un tiro en la sien —exclamó frustrado.

—¡Qué dramático, joder!

—¡Lo juro!

—Doce menos diez, chicos —apremió Rique—. Ricardo va hacia la puerta del sótano.

—Deseadme suerte —murmuró Julen, mientras se colgaba un portaplanos en la espalda y saltaba del furgón antes de escuchar ninguna respuesta.

—Suerte, jodido loco testarudo —susurró Luka con un suspiro profundo.

21

Julen recorrió la calle amparándose en las sombras que Rique había provocado al apagar varias de las farolas que iluminaban la casa de Márquez. Antes de acercarse a la puerta, se escondió tras una de ellas y aguardó la señal del muchacho por el pinganillo.

—¡Ahora, Aire! —exclamó en su oído—. Las cámaras son mías, y el guardia de la puerta está en el patio trasero. Nadie te ve.

Julen corrió hacia la puerta y se puso delante.

—Estoy aquí —murmuró.

La puerta se abrió con un suave «clic», en nada parecido al ruido delator que emitía habitualmente al ser activada de manera automática desde la garita. Julen la empujó y entró en el jardín. Víctor lo esperaba detrás, con una mano en el picaporte.

—¿Nada de aparatitos ni trucos de los tuyos, Víctor? ¿Solo un cerrojo y una manivela? —preguntó en un susurro; su sonrisa destacaba en las sombras.

—Decepcionante, ¿verdad? —respondió el otro.

—¿Los perros?

—Echando la siesta. Díaz lleva tres minutos en el patio trasero, apresúrate.

—¿Has podido administrarles el somnífero?

—Sí, a él y al que controla las cámaras. No hay nadie más, Julen. No sé cómo lo ha logrado Sofía, pero solo ha quedado una doncella de todo el servicio.

—¿Solo una doncella y dos guardias? —se extrañó.

—Cuatro, si nos cuentas a nosotros.

—Que no lo hago; solo dos guardias... —murmuró pensativo. Aquello era muy raro.

—Bien, no te entretengas. Díaz es un tío grande: el somnífero puede tardar en hacerle efecto un poco más. Puede que le dé tiempo a completar la vuelta al patio.

—OK.

—¡Ten cuidado, por favor!

Víctor le dio una palmada en la espalda antes de que echara a andar, presuroso pero en silencio, hacia la puerta principal de la casa. Era el tramo más delatador, pues había un pequeño farol iluminando el camino. Mientras se acercaba, sacó de su bolsillo la llave que le había entregado Sofía. No pudo evitar recordar la

manera en que lo había mirado antes de marcharse, y algo se encogió en su estómago.

«¡Ahora no, Julen! Ya habrá tiempo para eso, o no habrá tiempo en absoluto. ¡Concéntrate!», se riñó mentalmente.

En ese momento escuchó unos pasos pesados contra los adoquines que bordeaban la casa. Se detuvo en seco y se tensó. Se hallaba a mitad de camino de su objetivo; tal vez podía probar a correr y abrir la puerta, pero estaba convencido de que eso le llevaría más tiempo del que el guardia tomaría en bordear la esquina, iluminada por la luz de la entrada, y toparse con su figura. Por otro lado, también necesitaría usar la llave y abrir, y no sabía el ruido que podría provocar al realizar todo eso: solo la carrera ya bastaría para delatarlo con facilidad. Se mordió el labio y miró a un lado y otro, buscando una salida.

—¡Núñez! —Era la voz de Díaz hablando a su *walkie*, y sonaba peligrosamente cerca.

«¡Maldición!», pensó Julen con alarma. Los pasos se escuchaban casi en la esquina.

A la desesperada, saltó hacia la izquierda para apartarse de la luz y aterrizó tras hacer una voltereta dentro de los parterres de flores. Se quedó inmóvil, seguro de que el guardia había escuchado su cuerpo al caer contra las hojas secas, pero, al parecer, Sofía no había mentido acerca de él: era idiota.

—¡Ey, Núñez, tío! No te quedará uno de esos pasteles, ¿no? —preguntó con voz lastimera.

—Eh... ¿Otro? —Julen pudo escuchar la tensa y vacilante voz de su amigo al otro lado del aparato—. ¿Qué has hecho con el que te di antes?

—Se me ha caído en un charco —respondió con un puchero patético.

«Idiota de remate, vamos...», bufó Julen para sí.

Conocía la respuesta de Víctor: tal vez tuviera otro pastel con somnífero, pero ni de coña le haría efecto a tiempo, así que habría de lidiar con un Díaz plantado frente a la puerta de entrada. ¡Perfecto!

Sin dejarse llevar por los nervios, echó un vistazo calculado a todo cuanto le rodeaba, y su examen se detuvo en un cerezo que se alzaba a un metro escaso de la fachada lateral de la casa. Sus ramas peladas se extendían como brazos abiertos y algunas de ellas acariciaban la pared e incluso rozaban uno de los balcones. Parecían bastante finas, y el árbol en sí estaba demasiado lejos de donde se encontraba y bastante cerca de Díaz. No obstante, tendría que confiar en sus habilidades, pues el grandullón ya no se movería de allí en un buen rato y él no

disponía de tiempo. Si no conseguía escuchar la nueva clave de la cámara acorazada, todo habría sido en vano.

Sin pensarlo más y aprovechando los murmullos de la conversación entre Díaz y Víctor a través de sus intercomunicadores, Julen comenzó a desplazarse a cuatro patas por la tierra de los jardines, con cuidado de evitar las hojas secas o las ramitas que pudieran delatarlo al pisar. Le supuso un gran esfuerzo, sobre todo por lo tenso que tenía el cuerpo, pero logró llegar hasta el cerezo en poco menos de un minuto. Lo miró y suspiró al descubrir un grueso nudo a un metro del suelo, gracias al cual no le costaría ningún trabajo trepar hasta la copa.

En efecto, no fue una escalada difícil; lo más complicado llegó al alcanzar las ramas, tan numerosas, finas y afiladas que le costaba horrores colarse a través de ellas y, especialmente, no romper ninguna. Ese sonido habría resultado estruendoso en el silencio de la noche hasta para Díaz. No fue sencillo, y le valió más de un araño, pero al final logró llegar hasta la rama que rozaba el balcón. Inspiró hondo y rezó a todos los dioses en los que nunca había creído por que aguantara su peso.

Al parecer, los dioses estaban de su parte, o tal vez todos estuvieran en contra de Márquez. Fuera como fuera, cuando saltó dentro del balcón respiró con alivio y se centró en la puerta de este. La probó y comprobó que se hallaba cerrada por dentro. Por fortuna, jamás salía de casa sin su juego de ganzúas.

Cuando al fin entró, se quedó parado un instante, casi a la espera de que las alarmas comenzaran a sonar por toda la finca, pero, por supuesto, Rique había realizado un buen trabajo con eso cuando Víctor le dio acceso al sistema central.

Estaba muy oscuro, pero vio que había llegado a una especie de sala de estar con estanterías de madera repletas de libros y decorada con cuadros que, aunque no se paró a analizarlos, probablemente fueran obras de arte.

—Retina escaneada. —La voz de Rique provocó que diera un respingo—. Sofía se encuentra en la puerta.

Cerró el balcón con cuidado y caminó hasta la puerta; pegó el oído a la madera, y solo se atrevió a abrir cuando estuvo seguro de que no había nadie al otro lado. Salió a un pasillo también a oscuras que recorrió con cautela hasta alcanzar las escaleras. Gracias a los planos de la casa que tanto había estudiado, sabía que había dos en esa planta: una que desembocaba directamente en la entrada principal y otra que lo hacía en el área del servicio. Decidió optar por aquella, creyéndola más discreta. A pesar de que confiaba en Sofía, aún no las tenía todas consigo con eso de que no hubiera más guardias.

Cuando llegó al pie de la escalera comprobó por las malas que se había equivocado en su decisión.

—*Puro, puro chantaje...* —El canturreo provino de una de las habitaciones a su derecha, cuya puerta estaba entornada.

La doncella. Eso era ser cenizo; además, odiaba esa canción. Julen se pegó a la pared todo lo que pudo, amparándose en las sombras y en su ropa negra. Si la chica decidía pasar por allí, estaba perdido. Por supuesto, era mucho pedir que las cosas fueran rodadas; cuando la doncella salió de la habitación, la vio girar en su dirección. ¡Maldita fuera su suerte! Se agachó y extrajo algo de su bolsillo a toda prisa.

Se trataba de una pequeña esfera de vidrio llena de una cantidad minúscula de explosivo sensible a los golpes fuertes. Un invento de Sam, bendito fuera. Julen entornó los ojos, apuntó y lanzó la bolita a través de la oscuridad; logró que aterrizara a varios metros detrás de la muchacha, la cual dio un salto y un grito de sorpresa cuando chocó contra el suelo con un ligero pero sonoro «clac».

No había sido muy discreto, pero pudo aprovechar la distracción para volver a subir las escaleras y correr por el pasillo en dirección opuesta, hacia al *hall*. Bajó los escalones con cuidado, aunque apresuró el paso: estaba perdiendo demasiado tiempo y la doncella podía avisar a Márquez. Debía darse prisa.

Solo alguna lamparita iluminaba la entrada y su luz se extendía a través del pasillo que conducía al sótano. Por fortuna, el encargado de las cámaras de seguridad sí parecía haberse comido su pastel con sorpresa, a juzgar por los ronquidos que salían de la pequeña habitación. No obstante, Julen frunció el ceño con un mal presentimiento presionando su pecho.

«Demasiado tranquilo», pensó.

Tragó saliva y se apresuró hacia su objetivo, con cuidado de permanecer oculto en las sombras y entre los muebles. No fue necesario esconderse demasiado; esa parte de la casa parecía desierta y la doncella no había dado la voz de alarma. Raro... Muy, muy raro.

Cuando torció la esquina al final del pasillo, vio a Sofía sujetando la puerta del sótano para él. Le sorprendió la estrategia. ¿Cómo diablos había logrado convencer a su tío para que cambiara al guardia habitual? ¿De verdad todo era tan fácil? Ella lo miró cuando llegó a su lado, y Julen fue incapaz de encontrar en su rostro ningún atisbo de maldad. Estaba seria, molesta y tensa, pero sus ojos seguían siendo límpidos y hermosos.

—Sofía... —susurró.

—¿Por qué diablos has tardado tanto? —le increpó ella con sequedad—. No te queda mucho tiempo.

Él asintió, aunque aún tardó unos segundos en apartar la mirada de su cara.

—¿Cómo...?

—¡Después! —gruñó, a la par que le hacía un gesto impaciente con la cabeza.

Julen atravesó la puerta con el terrible pensamiento de que caminaba a lo largo de la lengua del lobo, directo al gáznate por su propia voluntad. Y, de repente, sintió que ya no le importaba. ¡Toda una revelación, y a buenas horas! Estaba tan cansado de todo aquello... Del odio, de la desconfianza, de los deseos de venganza... Había tenido algo limpio y precioso al fin y lo había ensuciado por culpa de su obsesión por Márquez y el Picasso. A esas alturas, tan solo quería acabar con todo, con el resultado que fuera.

Al llegar al pie de la escalera y no encontrar ninguna traba, estuvo más seguro que nunca de que aquello era una trampa y, por lo tanto, por más dolor que le causara, debía comenzar a asumir que en verdad Sofía lo había traicionado.

El sótano estaba dividido en dos habitaciones comunicadas por una puerta sencilla. La cámara acorazada ocupaba casi la totalidad de la del fondo, pero una vez Ricardo se fuera, se activarían los infrarrojos y los sensores de movimiento en las dos. No importaba: cuando consiguiera la combinación, le daba igual que saltaran las alarmas. No era su idea salir sin ser descubierto. O ese había sido el plan en un principio...

Las cosas probablemente ya no salieran como estaban planeadas, pero, a pesar de sus reparos, siguió con el guión establecido. Se escabulló silencioso hacia la columna que había junto a la puerta de la otra habitación, la que contenía la cámara acorazada. Gracias a las fotos que Víctor había logrado tomar, se sabía la distribución del sótano al dedillo. Resopló al comprobar que la puerta estaba abierta de par en par. Se inclinó para mirar y vio a Ricardo de espaldas a él, frente a la entrada de la cámara, la cual, cómo no, también estaba abierta. Todo era tan cantoso que no le habría sorprendido que ese imbécil se pusiera a recitar la nueva combinación a gritos.

Bien, habían construido un camino llano para que él pudiera abrir la caja de Pandora una vez que Márquez se fuera del sótano, ¿no? ¿Acaso era Navidad? ¿Qué se traería entre manos? ¿Por qué deseaba que entrara sin problemas? Con toda probabilidad había una caterva de policías escondidos en la casa. Era eso o que Márquez estaba forzando la excusa para pegarle un tiro y poder justificarlo después.

Asumir de una vez todo aquello causó un efecto sedante en él. De repente todo dejó de importar, tal vez porque nada de lo que le pudiera pasar lograría compararse al desgarramiento que la traición de Sofía le había provocado en el pecho.

—Aire, dime algo —lo instó Víctor a través del pinganillo—. ¿Estás en el sótano?

—Sí —susurró, sombrío.

—Bien, necesito que coloques el estetoscopio o no podré escuchar cuando Márquez pulse las teclas de la nueva combinación. Ya no debe de tardar demasiado en...

—Olvídalo, Víctor. Es una trampa —dijo, sin molestarse en bajar la voz.

—¿Qué? —exclamaron los demás compañeros con alarma a través del pinganillo.

—Ve con los otros, Víctor, salid de aquí.

—¡Y un cuerno! —gritó Luka.

—Haced lo que os digo —gruñó—. Las cosas se van a poner muy feas.

Y, dicho esto, se arrancó el pinganillo y lo lanzó al suelo, para evitar de ese modo escuchar a su equipo. Esta vez se movería solo por sus instintos.

—Muy bien, Márquez, ¿para qué seguir con la farsa? ¡Acabemos con esto de una vez!

Salió de detrás de la columna y llegó hasta la habitación de la cámara acorazada sin molestarse en ser sigiloso. Ricardo tuvo el detalle de hacerse el sorprendido cuando se dio la vuelta y lo encontró a su espalda. O quizás sí que se sorprendió: después de todo, creía que Julen no entraría hasta que él fingiera marcharse.

—Buenas noches, Márquez —saludó con tono amistoso, mientras se acercaba hasta quedar a un metro de él—. Bonita noche para un robo, ¿no te parece?

Ricardo lo miró y entrecerró los ojos con una expresión de infinito odio. Dio dos pasos atrás, para apartarse todo lo que pudo de él sin llegar a adentrarse en la cámara.

—¡Tú, maldito seas! —escupió, con los puños apretados y tensos—. ¿Cómo te atreves a entrar en mi casa?

—Venga, Márquez, deja el teatro —resopló—. No soy estúpido: sé que todo este tinglado es solo una trampa, así que vayamos al grano, sin fingir, ¿quieres?

—¿Crees que finjo mi indignación al verte aquí? —espetó.

—No, llevas razón: eso debe de cabrearte aunque lo tuvieras planeado —se rio Julen.

Ricardo curvó los labios en una sonrisa cruel.

—Sofía estaba en lo cierto, después de todo. Eres un tipo listo, pero estás tan obsesionado conmigo que, aun sabiendo que ibas camino de una trampa, has decidido intentarlo.

—Ya ves —respondió él con un encogimiento de hombros, tratando de disimular el impacto de escuchar el nombre de la chica—. Me gusta lanzarme sin red.

—Sí, o eso o que mi sobrina ha resultado ser más inteligente que tú —se rio Ricardo—. ¿Quién puede resistirse a una mujer como ella? ¡Es una Márquez en toda regla!

—No de tu línea de sangre, por fortuna —resopló él—. Sofía es noble incluso cuando me traiciona. —Sonrió—. ¡Qué le vamos a hacer! Al fin y al cabo, yo siempre seré Aire y ella siempre será la ley.

—Aire —resopló el otro, despectivo—. Dime una cosa: ¿de dónde te sacaste ese nombre tan imponente, Brice?

Ricardo se llevó una gran desilusión al no conseguir el efecto que esperaba llamándolo por su verdadero nombre. Aire no parecía en absoluto sorprendido: solo sonreía, divertido. Era como si... ¡Joder, ahora lo entendía! ¡No había sido ningún error!

—¡Tú querías que yo te descubriera! —lo acusó con rabia—. Sabías que, con aquella conversación sobre Picasso, acabaría llegando a la conclusión de que eras el hijo de ese mequetrefe. ¿También te dejaste captar por la cámara adrede?

—Sí, ya ves... Siempre me ha gustado que se reconociera mi papel protagonista en cada obra —confesó Julen con un suspiro—. Y, respondiendo a tu pregunta, fuiste tú, Márquez. Tú creaste a Aire. Comenzó siendo una pequeña brisa inofensiva, pero fue creciendo con los años hasta convertirse en esto que ves.

—En un ladrón —masculló.

—En uno de una calaña distinta a la tuya —dijo con sequedad—. Dime, ¿les has dado la noche libre a todos tus hombres para recibirme?

—A todos menos a los que has visto —afirmó Ricardo con chulería—. ¿Sabes por qué, Brice?

—Porque quieres matarme sin testigos. —En ese momento, Márquez sacó un revólver del interior de su chaleco y le apuntó a la cabeza. Julen resopló—. ¡Eres tan predecible! Me pregunto si ella estaba al tanto de esta parte del plan.

—¿Sofía? —Soltó una carcajada—. Sí, apuesto a que esa pregunta te arde, ¿eh?

Fue ella la que me dijo que vendrías esta noche, la que me sugirió cómo atraerte directo hasta aquí, para quitarte de en medio sin buscarme problemas con la justicia. Imagínate: me encuentro en mi casa a un desconocido, del cual guardo amenazas escritas, y este me ataca sin piedad. Defensa propia. Es una chica lista, ¿no?

—No te creo. —Julen sacudió la cabeza con una sonrisa triste—. Sofía te dijo cómo atraparme, pero no sabe cuáles son tus verdaderas intenciones: a pesar de todo, aún le cuesta ver que eres un asesino.

—¡No será asesinato, ya te lo he dicho!

—Sí, sí, defensa propia, ya lo sé —afirmó con voz cansina, y dio un paso más hacia él, a pesar del arma con la que no había dejado de apuntarle—. Qué poco creativo eres, Márquez.

—Eso no importa. Lo importante es que funcione.

—Bueno, es fácil cuando eliminas a todos los testigos o posibles amenazas, ¿no?

—Sí, eso ayuda, para qué negarlo —se carcajeó de nuevo.

—¡Desde luego! Dime una cosa, Márquez, por curiosidad: ¿te tembló siquiera la voz cuando mandaste a Ernesto Lima a matar a tu propio hermano? ¿Sentiste algo, pena quizás? —inquirió con un ronroneo. Ricardo se tensó, pero volvió a sonreír.

—¡Vaya, sí que te has obsesionado conmigo! ¿Con quién has hablado? —Su rostro se iluminó al comprender—. Claro, fue él, ¿no? El propio Lima, jodido traidor. No estaba muy feliz cuando lo mandé a la cárcel.

—No, no lo estaba.

—Lima quiso chantajearme, ¿sabes? —bufó—. El muy mierda pretendía joderme a mí, a Ricardo Márquez.

—Sí, ya ves qué iluso —se burló Julen—. Oye, siempre me lo he preguntado: ¿por qué no lo mataste?

Ricardo sonrió lúgubrementemente.

—Hay peores castigos que la muerte para según qué personas, ¿no lo sabías?

—¡Ah, lo había imaginado! —Chascó la lengua y dio un paso más, lo que hizo que Ricardo retrocediera—. Sí, estoy de acuerdo; yo tampoco llevaría bien eso de vivir encerrado.

—Descuida, no lo estarás —volvió a reír Márquez—. No me arriesgaré contigo. ¿Con la fama que tienes? No.

—Haces bien —rio Julen también—. No se me da mal escaparme de los sitios

cerrados.

—¿Puedo preguntarte yo algo? —pidió Ricardo.

—¡Claro!

—¿Todo esto por un simple cuadro? —inquirió mientras sacudía la cabeza.

El rostro de Julen se ensombreció, y avanzó dos pasos más hacia él. Ricardo tragó saliva al ver prender la ira en sus ojos azules.

—No es por un cuadro —siseó—. Se trata de vidas robadas. La mía, la de Sofía.

—No metas a mi sobrina en esto. ¡Quisiste ponerla en mi contra!

—Quise que supiera la verdad. ¡Tú mataste a sus padres!

—Está bien, pero a ella no —se defendió absurdamente.

—Solo porque no estaba en casa esa noche —escupió Julen con desprecio.

—Vale, lo confieso. —Ricardo soltó otra carcajada—. El plan era que Lima se los cargara a los tres y que le echara la culpa a mi hermano, un ataque de enajenación mental. Pero, ya ves, la niña sobrevivió y yo me apiadé de ella.

—Fue una desgraciada. La hiciste dudar de todo, hasta de sus propios padres.

—¡Mi hermano Alejandro se estaba metiendo en mis asuntos! —gritó Márquez, furioso—. Estaba harto de tenerlo siempre pegado a mi culo. Para colmo, esa maldita vieja consiguió hablar con él y le contó lo del Picasso.

—Esa vieja era mi abuela —murmuró Julen con voz peligrosa.

—¡Exacto! Puedes echarle la culpa a ella de la muerte de Alejandro. Si no lo hubiera llamado para hablarle del cuadro, si no le hubiera enviado esos documentos...

—¡Oh, desde luego! —exclamó Julen—. Una gran solución matar a tu propio hermano.

—Él se lo buscó.

—¿Y su esposa? ¿También ella se lo buscó? —le increpó—. ¿Por qué, porque rechazó tus repugnantes insinuaciones?

Ricardo entrecerró los ojos, sorprendido por la cantidad de información que poseía.

—Lima, maldito traidor... —Compuso un gesto despectivo con la boca—. Voy a arrancarle su sucia lengua y a metérsela por el culo.

—Tranquilo, Lima murió hace dos días en prisión. —Se guardó de contarle que había dejado una confesión grabada con todos los detalles de sus crímenes.

—¿En serio? ¡Bien, uno menos! Ya solo quedas tú —amenazó, y alzó un poco el arma.

—¿Y Sofía? Ella sabe muchas cosas —preguntó Julen con sospecha.

—Sí, maldita sea, demasiadas —respondió con una mueca—. Además, de un tiempo a esta parte, ese muchacha ha escapado de mi control. ¡Se alió contigo, joder!

—No la vas a tocar —espetó, amenazante.

—¡Oh, vamos, tú mismo lo has dicho! Maté a mi propio hermano, incluso me cargué a la zorra de su mujer por el simple hecho de estar en casa.

—Desde luego, a ti nada te impide obtener lo que deseas, ¿verdad?

—¡Nada! ¿Todavía no lo has comprendido?

—Claro que sí. —Julen se encogió de hombros; su rostro era de mármol—. Lo comprendí perfectamente el día que mataste a mi padre.

Ricardo sonrió, pero algo debió de encontrar en la mirada de Julen que le llevó a dar otro paso hacia atrás. Julen irguió la espalda al prever el inminente disparo.

—¡Baja el arma, tío! —gritó Sofía en ese momento. Julen lanzó una mirada de reojo hacia la puerta, desde donde ella apuntaba con su propia pistola—. La policía viene de camino, ya no tiene sentido que...

Ricardo también desvió momentáneamente su atención hacia su sobrina, y Julen no desaprovechó el descuido.

—¡Julen, no! —vociferó la joven cuando él se lanzó hacia el arma de Márquez.

La escuchó acercarse corriendo, pero ya se había colgado del brazo de Ricardo y forcejeaba enérgicamente por el control del revólver. Por desgracia, el portaplanos que llevaba a la espada se escurrió y cayó al suelo, lo que provocó que en uno de sus movimientos tropezara con él y perdiera el equilibrio, momento que Ricardo aprovechó para empujarlo, hacerlo caer al suelo y encañonarle con su arma, directo a la cabeza. Julen solo tuvo tiempo de entornar los ojos antes de que Márquez apretara el gatillo...

Solo salió un débil «clic». Ricardo frunció el ceño y volvió a disparar, pero Julen demostró los reflejos suficientes para rodar hacia un lado; sin embargo, tampoco en esa ocasión se efectuó el disparo.

—¿Qué coño...? —gruñó Márquez, que miró su arma con incredulidad.

Una lluvia de repiqueteos metálicos llenó el silencio. Julen miró a Sofía con sorpresa y comenzó a reír. Ricardo solo atinaba a abrir y cerrar la boca mientras observaba cómo su sobrina dejaba caer al suelo las balas de su revólver una a una.

—¡Maldita zorra! —escupió con una rabia que transformó su semblante.

Sofía se acercó a Julen, a la par que apuntaba a su tío con su pistola. Le tendió

una mano y lo ayudó a levantarse.

—Joder, qué susto —suspiró él, que se rio de nuevo.

Ella sonrió, aunque no perdió de vista a Ricardo.

—¿Realmente creías que permitiría que te apuntara con un arma cargada? —preguntó con un bufido.

—¡Puta! —gritó Ricardo.

—Sabía que no me traicionarías —afirmó Julen, mirándola con adoración.

—Sí, seguro —se burló ella—. ¿Lo tienes todo?

—Hasta la última palabra —respondió él con una sonrisa triunfal; se desabrochó el chaleco y mostró la grabadora y el micrófono que llevaba ocultos.

—¿Lo has grabado todo?! ¿Me has tendido una trampa?! —bramó su tío con los ojos fuera de las órbitas—. ¡Soy tu tío! ¡Por mis venas corre tu misma sangre!

—Sí, qué curioso: eso mismo debió de pensar mi padre cuando le mandaste a tu sicario —le dijo con voz helada—. No la cagues más, «tito», ya estoy bastante cabreada. Julen, la policía no tardará en llegar: será mejor que te marches ya.

—Lo siento, cariño, pero sabes que no he terminado aquí —murmuró él en voz baja. Sofía arriesgó una mirada rápida para ver cómo entraba en la cámara acorazada con el portaplanos en la mano.

—¿Estás loco? —exclamó—. ¡Has de salir de aquí enseguida! Ya tenemos lo que queríamos.

—No todo, Sofía; no puedo dejarlo estar. Tal vez nunca pueda limpiar el nombre de mi padre, pero le debo esto.

Ella dio un fuerte pisotón en el suelo y su rostro se encendió de indignación.

—¿Por qué no puedes pensar con sensatez por una puta vez y olvidarte del cuadro? —estalló—. Todo me pertenece a mí, así que ya es tuyo, no hay necesidad de robarlo. Es absurdo que...

—¡Sofía, cuidado! —gritó Julen.

¡Mierda! Había estado tan molesta que por un momento había perdido la concentración. Ricardo había aprovechado la situación, como buena hiena que era, y había sacado un pequeño revólver de una pistolera oculta bajo su pantalón con la que ninguno de los dos había contado.

Sofía enderezó su arma al instante, al tiempo que Julen se abalanzaba sobre Ricardo con el portaplanos levantado a modo de bate. Logró asestarle un golpe en el brazo, pero era demasiado tarde: ya había apretado el gatillo. Sofía jadeó y se sacudió al recibir el impacto de la bala.

—¡No! —bramó Julen con desesperación. Golpeó a Ricardo en la cabeza con el

tubo con todas sus fuerzas; este cayó de bruces al suelo, y Julen volvió a golpearlo hasta que se quedó inconsciente—. ¡Rique, Sofía está herida, llama a una ambulancia! —pidió, rogando por que sus compañeros no le hubieran hecho caso y siguieran por allí cerca.

Corrió hacia Sofía, que se sujetaba el brazo con los dientes apretados. Por fortuna, su golpe había desviado el disparo; de lo contrario habría muerto.

—¡Sofía! —exclamó con voz ahogada, al tiempo que intentaba examinar su herida. Ella siseó de dolor—. ¡De acuerdo, de acuerdo! Siéntate —le dijo, y la obligó a sentarse en el suelo. Buscó con desesperación por la habitación algo con lo que practicarle un torniquete y corrió hacia Ricardo de nuevo para quitarle la corbata.

—Julen, maldita sea —dijo ella—, la policía llegará pronto, tienes que irte.

—Estás perdiendo mucha sangre, hay que cortar la hemorragia —le explicó mientras trabajaba en su brazo.

—Estoy bien, no es grave —trató de tranquilizarlo.

—¿Y tú qué sabes? Es la primera vez que te disparan.

—Julen. —Sofía apoyó la mano en su mejilla y lo forzó a mirarla—. Por favor.

Él dejó sus ojos clavados en los suyos un instante y asintió. Sofía suspiró aliviada, hasta que vio que se dirigía de nuevo hacia la cámara acorazada.

—¡No! ¿En serio? —exclamó, indignada—. ¡Eres el hombre más testarudo del mundo!

Julen la ignoró. Cuando cruzó la puerta de la cámara, una rabia sin igual lo inundó de la cabeza a los pies. Había tantos tesoros allí... No le costó ningún esfuerzo dar con su Picasso. Como había supuesto, Márquez lo exhibía en un lugar privilegiado, justo en el centro, con un marco de lujo. Se puso manos a la obra y en menos de dos minutos estaba de regreso junto a Sofía, con el portaplanos bien sujeto en su espalda. Ella lo miró con los ojos velados por el dolor cuando se agachó a su lado.

—Si te cogen, todo habrá sido en vano —le dijo.

—En absoluto: ahora eres la dueña de todo el imperio Márquez. Además, tienes su confesión sobre el asesinato de tus padres y pruebas de que es un ladrón y un estafador.

—¿Estafador?

—Ya lo verás —sonrió él.

—Aun así, nada de eso importará si te cogen; no para mí, al menos —le confesó Sofía en un susurro; él se quedó boquiabierto.

—¿A pesar de...? —Julen no pudo terminar la pregunta; un nudo de emoción le impidió seguir hablando.

—Supongo que jamás dejaré de ser la culona fácil de engañar que te noqueó en Lyon —se rio ella.

Julen le cogió la cara y la miró con intensidad.

—¡Jamás dejarás de ser la mujer perfecta! ¡Te quiero! —le reveló con énfasis. Sofía abrió los ojos con sorpresa—. ¿Me oyes? Te he querido siempre, te quiero tanto que duele. ¡Te quiero! —repitió antes de besarla en los labios con ternura—. Por eso debo alejarme de ti, ¿lo comprendes? ¡No soy bueno para ti, Sofía!

—¡Aire, la poli ha llegado, tío, es hora de largarse! —gritó Víctor desde la habitación contigua—. ¿Estáis bien los dos?

—¡Creí haber ordenado que os fuerais! —protestó él con una sonrisa pícaro.

—Sí, ya ves qué cosas...

—Márchate, Julen —insistió Sofía—. Estaré bien.

Él asintió y se puso en pie. Antes de salir de la habitación, la miró una última vez.

—Lo comprendes, ¿verdad? —le preguntó de nuevo con voz suplicante.

Sofía no tuvo tiempo de responder; Víctor lo aferró del brazo y tiró de él para llevárselo antes de que los cogieran a ambos.

22

A los pocos minutos de haberse quedado sola, Sofía escuchó unos pasos apresurados en la otra habitación. Era Víctor, que había regresado a su lado. Tenía la cara magullada y el ojo izquierdo comenzaba a hincharse.

—¿Qué demonios te ha pasado? —le preguntó—. ¿Y qué estás haciendo aquí? ¡Debes huir!

—¿Por qué? —exclamó él con una sonrisa—. Yo no he hecho nada malo; estaba en la garita cuando alguien me golpeó y perdí el conocimiento.

—Pero...

—¿Cómo tienes el brazo? —la cortó.

—Duele —masculló con los dientes apretados. La herida le ardía y, aunque sangraba con menos profusión gracias al torniquete, empezaba a sentirse mareada—. Víctor, ¿qué...?

De repente escucharon ruido arriba, puertas abriéndose, voces y pisadas de varias personas.

—Es la poli —susurró Víctor.

—Gracias a Dios, ¿por qué han tardado tanto?

—Sígueme la corriente.

—¿Qué?

—¡Aquí! —vociferó él sin responderle—. ¡Está herida!

Pronto vieron el cañón de una pistola aparecer a través de la puerta, antes de que un agente de policía se asomara. Al descubrirlos allí, el hombre corrió hacia ellos e hizo un gesto a alguien más. Sofía gimió de agradecimiento al ver que se trataba de un médico.

—Permítame que la mire —le dijo, mientras se arrodillaba a su lado.

—¿Qué ha pasado? —preguntó el agente—. ¿Quién le ha disparado?

Sofía lo miró con ojos desolados y señaló con la cabeza hacia el cuerpo de Ricardo, que yacía un poco más allá y que empezaba a moverse.

—¡Hay otro herido! —gritó el agente.

La habitación se llenó de uniformes de policía y sanitarios. Sofía se sentía muy mareada y no dejaba de pensar en Julen. ¿Habría salido a tiempo? Miró a Víctor, buscando la respuesta, pero un enfermero lo estaba examinando.

—Señorita, soy el inspector Raúl Castillo. ¿Se encuentra en condiciones de contarme lo que ha pasado aquí?

Sofía levantó la mirada hacia el hombre que se había parado junto a ella. Vestía un traje oscuro, y recordaba haberlo visto la noche del robo en Artquez. Raúl Castillo... ¡Claro! De algún modo, Julen se había encargado de llevar hasta allí a la persona idónea para dar el golpe de gracia a su tío.

—¿Dice que fue Ricardo Márquez el que disparó? ¿Ha sido un accidente?

—¡Oh, no, nada más lejos! —resopló ella con una risa sardónica—. Yo me estaba ocupando de mi guardia, asegurándome de que todo seguía en orden en la casa antes de activar el protocolo de seguridad nocturno —explicó—. Entonces salí al jardín para hablar con el guardia que vigilaba la puerta y lo descubrí inconsciente. —Era increíble lo bien que había aprendido a mentir desde que había conocido a Julen.

—Sí, hemos encontrado a otro hombre dormido en el jardín trasero. Creemos que lo han drogado —apuntó el policía.

—A mí me han dado un buen mamporro en la cabeza —añadió Víctor al tiempo que se señalaba la frente.

—¿Pudo ver a quien fue?

—¡Desde luego que sí! El gilipollas no golpeó lo bastante fuerte como para tumbarme a la primera.

—¿Y bien?

—Fue él, Ricardo Márquez —escupió; Sofía alzó las cejas con sorpresa.

—Inspector, hay que llevarla al hospital —informó el médico.

—Solo un minuto, por favor —pidió—. Dice que él lo golpeó...

—Sí, ese animal me pegó y me quedé atontado, pero pude ver cómo le abría la puerta de la finca a alguien.

—¿A quién?

—Ni idea —respondió Víctor sacudiendo la cabeza—. Era un tío alto, vestido de negro...

—Yo sí sé quién era —afirmó Sofía. El policía la miró con el ceño fruncido—. Oí ruido y corrí hacia aquí con mi arma. Me extrañó ver la puerta del sótano abierta, ya que solo mi tío puede abrirla. Fue entonces cuando los llamé a ustedes.

—¿Usted nos llamó? —se extrañó el hombre. Ella asintió con la cabeza—. No, a nosotros nos ha llamado el señor Núñez hace poco más de cinco minutos. No recibimos ninguna otra llamada antes que esa.

Sofía miró a Víctor con la boca abierta. Ahora comprendía por qué Julen no se había mostrado preocupado cuando ella le dijo que había llamado a la policía, así

como comprendía el motivo de su tardanza. Su llamada había sido interceptada por el equipo y había acabado con toda probabilidad en el teléfono de Rique. Nunca dejarían de sorprenderla.

—Por favor, continúe —pidió Castillo.

—Sí... En fin, creí que mi tío estaba en peligro, así que bajé sola. Lo escuché discutiendo con un hombre, me asomé y vi a Ricardo apuntando a ese tipo con su revólver.

—¿Pudo escuchar de lo que hablaban?

—Discutían acerca de unos objetos robados, sobre unos asesinatos y... —En ese momento Sofía hizo una pausa dramática y tragó saliva como si le costara trabajo seguir.

—Tranquila, señorita, ya está a salvo —la animó Castillo.

—Hablaban de mi padre, su hermano —susurró, a la par que miraba a Ricardo—. De cómo él lo mató hace veintitrés años.

—¿Es usted la hija de Alejandro Márquez? —preguntó el hombre con sorpresa y un destello de emoción en los ojos. Sofía asintió.

—Por favor, inspector, he de llevármela cuanto antes: ha perdido mucha sangre —insistió el médico.

—No, por favor, déjeme terminar, ya no queda mucho —le pidió ella—. Entré y les apunté a ambos con mi arma. Mi tío me pidió que le disparara al hombre, dijo que había venido a matarlo, ¡pero era él el que tenía un revólver! El otro me explicó que mi tío y él eran socios, pero que las cosas se habían torcido entre ellos.

—¿Socios?

—Sí, en el tráfico de obras de arte robadas —reveló—. Me contó además que Ricardo era un asesino, que... ¡Que fue él quien mató a mis padres! —exclamó, y el dolor real se cruzó con sus mentiras—. Entonces... Todo ocurrió muy deprisa. El hombre intentó quitarle el arma, mi tío disparó y me alcanzó en el brazo. Después el otro lo golpeó, lo dejó inconsciente y salió corriendo.

—¿Dice usted que sabe quién era ese hombre?

—Desde luego, era Aire —anunció con rotundidad.

—¿Aire? ¿El famoso Aire? —Ella asintió—. ¡Por todos los santos! ¿Está segura?

—Ya lo creo que sí, lo había visto antes. Era él, inspector.

Castillo no pudo seguir preguntando, ya que el médico obligó a Sofía a tumbarse en una camilla y se la llevaron a la ambulancia a toda prisa. Con un

gruñido, se giró para mirar a Ricardo Márquez, al cual habían incorporado y apoyado en la pared, mientras un enfermero le examinaba la herida que presentaba en la frente.

—Fue él —dijo Víctor con los dientes apretados—. Creo que quiso tenderle una trampa a ese Aire; le permitió entrar para poder matarlo con la excusa de que había asaltado su casa. Muy inteligente, ¿no? Se lo quita de en medio y encima él es la víctima.

—Bien, veamos lo que tiene que decir Márquez al respecto —murmuró Castillo—. Las cámaras de seguridad nos darán más respuestas.

«Que te lo has creído», pensó Víctor con una sonrisa, mientras se dejaba ayudar para salir del sótano de camino a la ambulancia.

El policía se acercó hacia Ricardo con una mueca, sin poder esconder del todo el desprecio que sentía hacia ese hombre. Todo aquel asunto apestaba. ¿Sería posible que hubiera llegado su gran momento, su venganza? Casi podía sentir el alma de su madre y su hermano regodeándose en su triunfo.

—¡Ay, tenga cuidado, joder, me duele como el infierno! —le gritó Ricardo al sanitario que lo atendía. El hombre puso los ojos en blanco con resignación y apretó con más fuerza los dedos sobre su frente.

—Señor Márquez, ¿cómo se encuentra? —le preguntó Castillo con cortesía.

—¡Ese cabrón me ha golpeado tres veces en la cabeza con un tubo para planos! —bramó—. ¿Cómo cree que me encuentro?

—¿Se refiere a Aire?

—¡Sí, ese criminal! Llevaba un tiempo acosándome y al fin consiguió colarse en mi casa. ¡Quería robarme y acabar conmigo, pero yo lo sorprendí! Sin embargo, logró golpearme y ha huido, maldita sea.

—Así que Aire se coló en su casa de alta seguridad y pudo llegar hasta esta sala... —El inspector echó una mirada significativa al sótano.

—¡Sí, se coló hasta aquí por medio de engaños y trampas!

—Es curioso, porque su sobrina dice que nadie salvo usted puede acceder a este sótano.

—¡Esa perra es su compinche! —escupió, poniéndose rojo de furia—. Lleva semanas trabajando para él, en mi contra, ¡en contra de su propia familia! ¡Fue ella la que lo ayudó todo el tiempo!

—Pues ella asegura que Aire y usted eran socios.

—¿Cómo? —Ricardo lo miró como si le hubiese salido un cuerno en la frente—. ¿Está hablando en serio?

—¿Me ve cara de bromear? Su sobrina acaba de declarar.

—¿Y va a creer a esa puta antes que a mí? —se indignó.

—¿Quién disparó a su sobrina, señor Márquez?

—¡Fue él! —gritó, y le dio un empujón al enfermero, el cual alzó las manos en señal de rendición y se fue.

—Ya, bueno, necesitaremos aclarar eso más despacio —dijo Castillo con calma.

—Oiga, ¿no ve que estoy herido? ¡Yo soy la víctima aquí!

—¡Inspector! —lo llamó un agente desde la puerta—. Tiene una llamada.

—¿Una llamada? —se extrañó—. Enseguida regreso con usted, señor Márquez.

—¡Necesito ir al hospital! —protestó Ricardo, mientras el otro se alejaba y le hacía señales a uno de sus hombres para que lo mantuviera vigilado.

—¿De quién se trata? —preguntó al llegar a la habitación contigua.

—Dice que es Aire, señor —respondió el joven con seriedad, al tiempo que le ofrecía un teléfono inalámbrico.

—¿Cómo?

—Ha pedido hablar con usted; dice que es importante.

Castillo cogió el teléfono tras pedirle al otro agente que buscara el modo de grabar la conversación.

—¿Sí? —respondió.

—Supongo que carece de medios para rastrear la llamada ahí donde está, ¿no? —dijo el hombre al otro lado—. En cualquier caso, no pierda su tiempo; no me encontrará.

—¿Quién es usted?

—No me pregunte tonterías, inspector; ya sabe quién soy —bufó el otro—. Tengo un regalo para usted, ¿lo quiere? Porque, si no lo quiere, puedo enviarlo a cualquier otro agente ávido de escalar puestos y...

—¿Qué quiere de mí? —lo cortó.

—Ya se lo he dicho, entregarle un regalo.

—¿Fue usted quien golpeó a Ricardo Márquez?

—Sí, fui yo —admitió Aire.

—Así que admite que entró en su casa para robarle y...

—No, solo he admitido que lo golpeé. —Se rio—. Márquez y yo éramos socios. Ya sabe: yo robaba las obras y él las colocaba. Pero llegó un momento en el que no nos pusimos de acuerdo y ese traidor quiso matarme.

—Así que le tendió una trampa aquí, en su casa —conjeturó el policía.

—Sí, esa era su intención, pero hay pocas personas capaces de engañarme, inspector —rio Aire.

—¿Disparó usted a la señorita Márquez? —preguntó Castillo con un gruñido.

—¡Ella no debía sufrir ni un rasguño! —siseó—. Fue el malnacido de su tío. No quería testigos.

Castillo hizo una mueca. Podía ser un truco, pero hasta ahora todas las declaraciones coincidían, excepto la de Ricardo Márquez.

—Bien, ¿cuál es ese regalo que quiere entregarme? —inquirió con sospecha.

—Pegue el oído al auricular y, si puede, ponga un altavoz.

—¿Qué?

—El manos libres, el altavoz: hágalo y no pierda de vista a Márquez. Créame, merecerá la pena. Y, tranquilo, mañana recibirá una copia de la grabación en su despacho. Me consta que las cosas en lo penal son complicadas con respecto a las grabaciones, pero estoy convencido de que sabrá sacarle la verdad a ese desgraciado. Es usted el hermano de Matías Castillo, ¿me equivoco?

—¿Me conoce?

—Su hermano fue asesinado por Márquez hace veintitrés años. —Castillo se tensó—. Si no le basta con la grabación que le voy a mostrar ahora, tengo otra del propio asesino que tal vez le interese escuchar también; logré que confesara dónde enterró su cadáver. Se las mandaré ambas, descuide. Sé que será duro, pero creo que se alegrará de cerrar ese capítulo al fin.

Dicho esto, se oyeron algunos clics al otro lado del auricular y comenzó a reproducirse una conversación entre el hombre que acababa de hablar con él y Ricardo Márquez.

—Maldita sea, no me lo puedo creer —murmuró Castillo cuando terminó, sin dar crédito aún. Sonrió y miró a su compañero, que lo contemplaba anonadado—. ¿Lo has grabado?

—Sí, aunque dice que te la enviará mañana...

—Quiero ponérsela a ese asqueroso asesino ahora mismo, a ver con qué me sale.

Y lo hizo, con el altavoz, tal como Aire le había recomendado. Los gritos indignados de Ricardo podían escucharse hasta en la calle.

—¡Eso es falso, lo han manipulado! Esos tipos cuentan con aparatos. ¿Acaso no sabe lo que puede lograr un pirata informático?

—Analizaremos la grabación, descuide —le aseguró Castillo—. Pero, de momento, usted tendrá que venirse con nosotros para ser interrogado.

—¡No pueden hacer eso! —bramó mientras lo ayudaban a levantarse—. ¡Yo soy la víctima aquí! ¿Acaso no está claro? ¡Me han robado!

—¿Robado?

—Sí, Aire es en verdad Brice... Brice no sé qué. Quería robarme mi Picasso, por eso montó toda esta trampa.

—¿Le falta algo de la cámara? —preguntó el inspector con calma.

—¿Cómo coño voy a saberlo? ¡No me han dejado entrar!

—Bien, adelante, entraré con usted antes de que nos marchemos, y si le falta algo podrá aprovechar su visita a la comisaría para poner la denuncia.

—Qué gilipollez tan enorme, están ustedes aquí, ¿no? Deberían tomar nota de todo —refunfuñó, aunque se puso en pie y caminó decidido hacia la cámara acorazada. Solo le bastó un vistazo para darse cuenta de que el Picasso no estaba donde debía. Cerró los ojos y suspiró para contener las ansias asesinas—. Se lo ha llevado. ¡El muy cerdo se lo ha llevado!

—¿Qué le falta exactamente?

—¡Mi Picasso! —gritó, y señaló el hueco del cuadro.

—Bueno, podrá denunciarlo. ¿Lo tenía usted asegurado? —La cara de Márquez fue un poema—. ¿Algún registro?

—¿Quiere dejar de tocarme los cojones y hacer algo por coger a ese ladrón?

—Inspector —llamó uno de los agentes, mientras miraba con curiosidad hacia el interior de la cámara—. ¿No es ese el cuadro que robaron hace unas semanas? El que el señor Márquez denunció que se habían llevado del taller de restauración. Me acuerdo bien, pues fui yo el que lo examinó aquella noche en la galería, señor.

—Caramba, qué cosa tan curiosa, señor Márquez —ronroneó Castillo.

—¿Qué coño...? —comenzó Ricardo, pero tuvo que cerrar la boca al ver que el policía llevaba razón: con la rabia por haber perdido el Picasso no se había dado cuenta de que habían dejado otro. ¡Su Gauguin robado!—. ¡Yo no he puesto eso ahí!

—¿Ah, no? —inquirió Castillo, que cogió algo de una de las repisas clasificatorias—. Así que supongo que tampoco sabrá nada de este Fabergé, ¿no?

—¿Cómo diablos...? —Ricardo jadeó al ver la pieza. Cerró los ojos al comprenderlo todo—. ¡Ese maldito diablo me ha tendido una trampa!

—¿Antes o después de llevarse su Picasso fantasma? —se burló Castillo. El otro se limitó a gruñir—. ¿Sabe a qué me huele esto, señor Márquez? A una vulgar estafa a su aseguradora.

—¡Yo no he estafado a nadie! ¡Todo ha sido obra de ese delincuente! ¡Ese Brice no sé qué, ha sido él todo el tiempo! Quería vengarse de mí por quitarle su puto cuadro, si investigan un poco sabrán que...

—¿«Quitarle», señor Márquez? —preguntó el inspector con fingida suavidad—. Quitárselo suena un poco como a robárselo, ¿se refiere a eso?

—Haga el favor de no liarme, le digo que todo es una trampa.

—¡Inspector! —llamó el agente desde el interior de la cámara acorazada—. ¿Ha visto eso?

Castillo siguió la dirección que le señalaba su compañero y alzó las cejas al ver un enorme diamante dentro de una urna de cristal.

—¡Guau, señor Márquez! ¿No es ese el famoso diamante Ross? Juraría que le fue sustraído a su propietario hace poco.

—¿Qué? Yo nunca... Yo no... ¡Fue Aire! Él robó el diamante, mi sobrina podrá confirmarlo.

—Sí, le preguntaremos a ella... ¡Le pediremos que nos confirme que lo escuchó confesar que usted había matado a Alejandro Márquez y a mi hermano, tal como aparece en esa grabación!

—¿Su qué? Joder, Castillo... —Ricardo se puso blanco al reconocer el nombre.

—Sí, señor, Matías Castillo, ¿lo recuerda? —El inspector se inclinó un poco para susurrarle al oído—. Voy a joderlo vivo, Márquez, se lo juro. Son veintitrés años de odio los que guardo. Voy a hacer todo lo que esté en mi mano para que lo encierren en la peor de las cárceles hasta su muerte. ¡Léanle los derechos al señor Márquez y llévenselo a comisaría!

—¡No! ¡No puede, ha sido una trampa, ha sido Aire! ¡Y mi sobrina! ¡Ella es su compinche! ¡No pueden!

Los gritos se escucharon durante todo el trayecto hacia la calle. Castillo se cruzó de brazos y sonrió satisfecho. Su hermano y su madre al fin podrían descansar tranquilos, porque si de algo estaba seguro era de que no consentiría que ese bastardo se le escapara. No, haría cualquier cosa, dentro o fuera de la ley, por lograr que pagara todos sus crímenes.

23

Metió la mano en el bolso para sacar la llave del cuartel general, pero recordó la conversación que había cazado la última vez que la usó, y decidió llamar a la puerta. No le apetecía pescar a sus amigos hablando de ella o de Julen.

Julen... No había vuelto a verlo desde que se marchó del sótano de su tío, pero la habían informado de que estaba bien: había conseguido salir del país y la policía no contaba con nada para poder identificarlo. Eso era bueno, pero Sofía habría dado lo que fuera por hablar con él.

Cuando Víctor fue a visitarla al hospital, este le explicó todos los puntos del plan que aún no lograba comprender, como por ejemplo: ¿qué había pasado con las fotos de las cámaras de seguridad que guardaba Ricardo, en las que se veía a Julen y a Luka? Le contó que sus amigos se habían dejado captar adrede, que Julen tenía especial interés en que Ricardo supiera que estaba siendo perseguido y que lo del seguro era una estafa. Era una manera eficaz de lograr que desviara su atención de sus negocios para dejar vía libre a la magia de Rique. Creyéndose con la sartén por el mango, Ricardo les había entregado un listado de todos sus bienes reales, y les había proporcionado la excusa perfecta para que Luka entrara en cólera en su despacho, lo que facilitó la tarea de cambiar los documentos, para que los firmara sin leerlos.

Las fotos en cuestión en realidad no los comprometían, pues nada había en ellas que indicara que estaban cometiendo un delito. Solo se veía a dos hombres cargando algo en el maletero de un coche. Tal vez si hubiera existido algún cliente más, como un Pepino Marinetti que se sintiera estafado, sí habrían tenido problemas, pero Ricardo Márquez había sido el único cliente en exclusiva de Seguros Vierna, así que... Con respecto a Andrés Rivero en Artquez, su foto y todas las copias habían desaparecido por arte de magia.

Existían muchos más detalles, infinitos detalles, que le confirmaron a Sofía que Julen no había dejado nada al azar en aquel plan; nada, excepto su fidelidad, y aun así había puesto su confianza ciega en ella.

Era arriesgado que Esther y Luka aparecieran cerca de ella tan pronto, por eso no pudieron visitarla mientras estuvo convaleciente, aunque le mandaron sus mejores deseos. Rique y Sam sí que fueron, y Sofía se sorprendió de lo mucho que le alegró tenerlos en su mundo. Hasta ese momento no se había percatado de cuánto se había encariñado con el equipo. Por primera vez en su vida se sentía

parte de una familia. Es increíble cómo la verdadera amistad y el cariño pueden encontrarse de la manera más inverosímil, y cómo muchas veces nos perdemos lo mejor que nos brinda el destino por culpa de nuestros prejuicios.

La herida del disparo no había sido demasiado grave. La bala había entrado limpiamente y no había habido ningún hueso roto o afectado; fue sencillo extraerla sin provocar daños, y a los pocos días le dieron el alta.

Ahora era rica, y era dueña de varias empresas y un montón de obras de arte que pensaba donar a varios museos, o devolver a sus legítimos dueños en el caso de las robadas. Ya se encargaría de contratar un buen equipo de abogados para que la ayudaran: a ella todo eso la superaba.

Sí, ahora era rica y poderosa, y, sin embargo, su casa le parecía pobre y vacía como nunca. Cuando regresó del hospital, echó más de menos que nunca tener a su perra allí, y estuvo tentada de recogerla de casa de su amiga Tere. No obstante, todavía le quedaba algo por hacer con lo que estaría alejada de la ciudad unos días.

Sofía dio un respingo cuando la puerta del cuartel general se abrió con cautela. Fue Rique el que asomó la nariz y una sonrisa enorme que se desplegó por su cara pecosa.

—¡Sofía, por fin! —exclamó, y se lanzó a sus brazos, sin tener en cuenta que aún llevaba uno de ellos en cabestrillo—. ¡Chicos, mirad quién ha venido! Teníamos tantas ganas de verte...

Casi pisa al pequeño Code cuando Rique la cogió del brazo sano y tiró de ella. El perrillo daba saltos de alegría acá y allá, sin dejar de mover el rabo.

—¡Sofía!

Sam y Víctor se sumaron a su entusiasmo con sendos abrazos. Esther se acercó cautelosa y ella le regaló una sonrisa genuina.

—Es bueno que estés de regreso —le dijo la mujer, dándole un beso en la mejilla.

—¡Sí que lo es! —Sam dio una fuerte palmada de alegría—. Por fin podemos decir que ha caído el telón y la función ha sido un éxito. Trabajo terminado y cobrado.

—¿Cobrado? —se extrañó Sofía—. Pensaba recompensaros yo. ¿Julen os ha pagado?

—A mí sí: por lo menos, renuncié a mi parte del golpe a cambio de que me ayudara a rescatar a los perros —respondió Rique con un encogimiento de hombros y una sonrisa.

—Yo también renuncié a cambio de algo —exclamó Sam con alegría.

Y, sin previo aviso, alzó a Esther en sus brazos y le estampó un beso en la boca. El resto del equipo se quedó en silencio por un instante, temiendo que la temperamental mujer le cruzara la cara de un tortazo. Para sorpresa de todos, ella se rio y le devolvió el beso, y algo en su postura le dijo a Sofía que no era el primero que se daban; de hecho, en sus miradas cómplices se intuía una relación mucho más íntima.

Rique empezó a reírse y Víctor sacudió la cabeza. Cuando la dejó en el suelo, Sam se acercó hasta Sofía y le dio un abrazo cariñoso, mientras le susurraba al oído:

—Bueno, el trato lo hice con Aire, pero creo que fuiste tú la que logró el milagro; en cualquier caso, me siento más que pagado. Gracias, Sofía, eres la mujer más inteligente que he conocido nunca.

—Que Esther no se entere de lo que acabas de decir —se rio ella—. ¿Dónde está Luka? —preguntó con curiosidad. Quería preguntar también por Julen, pero aún no se sentía preparada para escuchar que todo se había terminado entre ellos.

—Luka ha tenido que salir del país cagando leches —anunció Víctor con una risita.

—¿Y eso? ¿Qué ha pasado? —exclamó ella, alarmada.

—Bueno, Julen y Luka elaboraron un plan para librarme de mi ex. Ese era mi pago a cambio del golpe, ¿recuerdas?

—Sí, aunque no sé en qué consistía ese plan.

—Pues igual que yo, aunque a estas alturas ya puedo atar los cabos —bufó él—. Luka se ligó a mi ex, como el buen donjuán que es. Si no me equivoco, le hizo creer que era un empresario multimillonario, dueño de una aseguradora.

—¿David Vierna? —se sorprendió Sofía.

—Ajá. La cuestión es que, él sabrá cómo, logró que mi ex le confiara todas sus posesiones más valiosas. Y eso no es todo: además logró que metiera todos sus ahorros en una inversión a la cual, al parecer, no pudo decir que no.

—¿Qué inversión?

—No lo sé muy bien, ha sido Lena la que me lo ha explicado desde su visión de niña.

—Joder, ¿no es demasiado fuerte? —musitó ella con una pizca de compasión.

—¿Fuerte? —se extrañó Víctor—. En absoluto, teniendo en cuenta que todo lo invertido me lo había sacado a mí y a otras conquistas a las que había estado engañando para conseguir dinero y joyas, mientras mi hija pasaba la mayor parte

del tiempo con niñeras. Nunca le importó la niña, solo la utilizó para hacerme daño. Además, no sientas pena: la supuesta inversión era otra estafa en la que ella estaba más que dispuesta a participar. Falsificación de ropa de marca o algo así.

—¿En serio? ¿Por qué se mete la gente en esos líos por avaricia?

—Pues tú misma has respondido tu pregunta: por avaricia —resopló el hombre—. Pero ¿sabes lo bueno de todo esto? Ahora que se ha quedado sin blanca, no puede irse del país, y ha comenzado a trabajar. Un horario de ocho horas completito. Y como está sin un céntimo, no puede permitirse una niñera, así que... ¿adivinas?

—Vais a compartir la custodia de tu hija —sonrió Sofía con alegría.

—¡Exacto! Y no creas que somos tan crueles. Luka la desplumó, pero se aseguró de que la contrataran en una oficina como secretaria. Ya quisieran muchas mujeres honradas un trabajo como el suyo.

—Pues sí... Oye, pero, aunque le hayáis quitado su dinero, tú todavía debes pagarle la pensión, ¿no?

Víctor soltó una carcajada, y fue Sam el que contestó.

—Parece mentira que no conozcas a Luka. Cuando ese tío hace algo, lo hace sin cabos sueltos.

—¿Qué quieres decir?

—¡No tengo que pagar nada, porque ese loco la convenció para que se casara con él!

—¿Qué? —gritó, mientras abría unos ojos como platos—. ¿Me estás diciendo que Luka se ha casado legalmente con tu ex?

—No, el que se ha casado es David Vierna —aclaró Rique con una risita—. Luka sigue soltero y sin compromiso.

—Pero... No comprendo...

—Ya te lo dije, Sofía, mis personajes son reales; lo único que les falta es un cuerpo —aclaró el chico.

—Dios mío... ¿Y ahora?

—Ahora está casada y ha perdido el derecho a mi pensión —explicó Víctor con un encogimiento de hombros.

—Pero eso se descubrirá tarde o temprano.

—Tal vez, pero Luka me ha asegurado que no tengo de qué preocuparme, lo tiene todo arreglado. ¡Oh, además, piensa divorciarse en un mes! Así le deja vía libre a mi ex para que engatuse a otro incauto como yo; cosa del todo innecesaria, pues a partir de ahora tendrá un sueldo muy digno y honrado.

Sofía sonrió y, al escuchar la risotada de Sam, no pudo evitar echarse a reír también.

—Señor, sois la escoria del mundo —susurró, sin parar de sonreír.

—Sí, pajarita, y a ti te ha encantado formar parte de nuestro grupo, reconócelo —la picó Esther, dándole un empujoncito.

—¿Y tú, Esther? —le preguntó—. ¿También has cobrado?

—No, soy la única que aún no lo ha hecho, pero confío en Julen. Me prometió que recibiría mi recompensa en unos días —explicó. De repente se puso seria y se mordió el labio—. ¿Puedo hablar contigo un momento, Sofía?

Ella hizo una mueca con la boca, pero permitió que la arrastrara hasta la habitación contigua.

—Mira, Esther —comenzó con un suspiro—, no has de aclararme nada. Tú no tienes nada que ver con las decisiones de Julen, él es como es.

—¿Y cómo crees que es, Sofía? —le preguntó la mujer con suavidad—. Creo que en verdad no lo sabes muy bien.

—Tal vez, y ese es el problema, ¿no? A pesar de tantas cosas, ha dejado la mitad de su vida en sombras para mí.

—Te equivocas —la cortó—. La ha dejado en sombras para todo el mundo siempre y solo ha encendido la luz contigo, cariño.

—Mira, no dudo que sienta algo por mí. Por muy buen actor que sea, no creo que mintiera en eso; sin embargo, sus puntos están claros. Siempre preferirá una vida de aventuras, riesgo y lujos a una aburrida y formal junto a la misma persona, día tras día.

—¡No, no lo entiendes! —se desesperó Esther—. ¡No se trata de eso, Sofía!

Sofía bajó la vista al suelo y suspiró. Dolía su ausencia... ¡Maldita sea, cómo dolía su ausencia!

—Entonces, ¿por qué se ha marchado? —preguntó con un hilo de voz—. ¿Puedes explicarme por qué se ha ido, por qué no ha vuelto a llamarme, ni siquiera para preguntar cómo estoy?

—Ha llamado...

—No a mí —dijo con voz ronca—. Mira, Esther, sé que pretendes animarme para que no me sienta engañada, y de verdad que te lo agradezco; pero la cuestión es que Julen quería seguir con su libertad, y se ha marchado para obtenerla. Puede que sienta algo por mí, pero yo le estorbo en su plan.

—No tienes ni idea, pajarita —le susurró con una sonrisa tierna—. Siente mucho por ti, y justo se ha marchado por eso. Porque Julen cree que no te

merece.

—¿Qué? —preguntó Sofía con el ceño arrugado.

—Él piensa que, si permanece a tu lado, te estará condenando a una vida desgraciada. Mira, no puedes borrar lo que ha sido, ni tampoco lo que es. Julen está seguro de que tú no podrás vivir con eso y de que, tarde o temprano, te hará daño. Por eso ha huido, porque te quiere lo bastante como para renunciar a ti, para que seas feliz honradamente.

—¡Pero yo era feliz con él y soy jodidamente desgraciada ahora! —protestó.

—Sí, algo así trataba de hacerle entender yo el día que nos sorprendiste hablando. —Esther se rio—. Lo que debes saber, Sofía, es que Julen siempre será Aire. ¿Podrías lidiar con eso? Él ha tenido muy claro desde el principio que tú siempre serás tú, y le encanta.

Sofía se quedó pensativa un instante, meditando acerca de sus palabras. ¿Podría? En ese momento se sentía tan dolida por su marcha que no era capaz de decirlo. Se lamió los labios y suspiró.

—En cualquier caso, poca importa ahora, ¿no? Julen ha desaparecido, y no creo que sea fácil encontrarlo.

—Bueno... —ronroneó Esther—. Tal vez necesites un buen equipo de estafadores para dar con él y echarle el lazo.

Sofía soltó una carcajada.

—Creo que sé dónde encontrar uno —afirmó.

—Siempre que pagues bien... —Ambas se echaron a reír de nuevo.

—OK, lo pensaré en estos días, ¿vale? Debo salir de viaje mañana —informó Sofía.

—¿Te vas? ¿A dónde?

—¿Recuerdas eso que dijo Julen de recuperar mi prestigio profesional? —exclamó mientras hacía una mueca—. Pues lo ha logrado: me han llamado de BigPro para pedirme que sea yo la que le devuelva el Ross a *monsieur* Vipond.

—¡Caray, qué buen final para esta historia!

—Sí, empezó en Lyon y en Lyon acabará —suspiró al sentir un pinchazo de añoranza.

Sin Aire para entorpecer su trabajo, el viaje a Lyon y el traslado del diamante se sucedieron sin ningún problema. A la hora establecida, Sofía se encontraba frente al lujoso apartamento de *monsieur* Vipond, con un coche de seguridad y rodeada de un buen equipo. Con el brazo en cabestrillo, su presencia era más simbólica

que otra cosa, pero agradecía el gesto que había tenido su jefe: en verdad era importante para ella.

Echó un vistazo a su alrededor y resopló; estaba en uno de los barrios más pijos de la ciudad. Pensó que el tal Vipond era como todos los tipos ricos que había conocido, tan forrado de dinero que no sabía en qué derrocharlo. Sintió un pellizco en el estómago al recordar que ahora ella también era asquerosamente rica y, desde luego, tenía poca idea de lo que hacer con el dinero. El pellizco se convirtió en nudo cuando recordó que toda aquella riqueza no había cambiado el hecho de que aún estuviera sola... Sola.

Inspiró hondo y se reprendió por el pensamiento; no era el momento adecuado para ponerse melancólica, había una misión que cumplir.

El portero del edificio les abrió paso y ella dirigió a los hombres hacia el ascensor. Bélanger había pedido ser él el que portara la caja de seguridad, quizás en un intento de demostrar su valía después del robo. Sofía no había dudado en contratarlo de nuevo, pues imaginó que el pobre hombre no habría corrido mejor suerte que ella en su empresa, después de que le hubieran quitado el diamante delante de sus narices.

Cuando llegaron a la última planta, había otro guardia junto a uno de los áticos; este empujó la puerta y les cedió el paso.

—*Monsieur Vipond* está en su despacho —anunció, al tiempo que le hacía un gesto con la mano hacia una de las puertas.

Era un ático impresionante, espacioso, luminoso, con una terraza enorme al otro lado de unas cristaleras gigantes cubiertas por estores ocres. La decoración era exquisita, aunque nada ostentosa. Era un hogar acogedor y bastante funcional; al parecer, se había equivocado en sus deducciones: no todos los ricachones gozaban del pésimo gusto de Ricardo Márquez. Sacudió la cabeza al darse cuenta de los absurdos derroteros por los que circulaba su mente en un momento tan importante. «Después de esto, tomarás unas largas vacaciones», pensó.

En ese momento, la puerta del despacho se abrió y todo pensamiento quedó nublado cuando vio al misterioso *monsieur Vipond* apoyado contra el quicio. Estuvo a punto de gritar, pero tuvo la prudencia de morderse los labios y limitarse a fulminarlo con la mirada.

Entonces él le dedicó una sonrisa enorme y preciosa que logró aplacar un poco su rabia, aunque solo un poco... ¡Todavía quería estrangularlo! Supuso que su expresión debía de ser como un libro abierto, pues él le hizo un gesto de

advertencia con las cejas para que guardara silencio. ¡Oh, lo iba a matar lenta y dolorosamente!

—Gracias por traerlo de nuevo a casa —dijo en ese instante con su voz de barítono.

—¿A casa? —preguntó Sofía con acidez, entrecerrando los ojos.

El desgraciado tuvo el descaro de ensanchar esa sonrisa que la desarmaba.

—Ajá —respondió escuetamente, y se hizo a un lado para permitir que Bélanger pasara, sin apartar esos fascinantes ojos azules de ella—. Deposítela en la caja fuerte, si es tan amable.

El hombre lo hizo, y el jodido Vipond se acercó, como un rey en su castillo, y la cerró. Fue entonces cuando Sofía se fijó en el cuadro que había colgado sobre la caja fuerte, y sacudió la cabeza. El Picasso. ¿Se podía ser más descarado? Vipond se volvió de nuevo hacia ellos y dejó que Bélanger lo asaltara con un millón de disculpas y un gran discurso sobre su honor y su ferviente deseo de servir a la ley. Cuando hubo acabado, Vipond le estrechó la mano al buen hombre, y le dio las gracias, diciendo que no dudó en ningún momento de que su pequeño Ross regresaría a casa. ¡Pues claro que no lo dudó, si siempre lo había tenido él! Maldito gusano rastrero, con todo lo que había pasado Sofía por culpa de ese diamante...

—¡Márquez! —La voz de Bélanger le provocó un respingo—. ¿Vienes?

—¡Debería! —escupió con acritud—. Debería darme la vuelta y regresar a Madrid en este preciso instante, sin más.

Vipond fingió un pequeño puchero a espaldas del hombre, el cual miraba a Sofía como si le hubiera crecido un tercer ojo. Ella sacudió la cabeza, con una advertencia clara: «¡No me vengas con caritas, que te mato!».

—Eh... Entonces, ¿vienes? —insistió Bélanger.

—Señora Márquez, ¿le importaría quedarse un momento? Tal vez tenga otro trabajo para usted y su equipo —pidió Vipond con voz melosa.

—¡Estoy de vacaciones! —masculló ella al tiempo que se daba la vuelta, dispuesta a irse de allí antes de cometer un asesinato.

—Por favor —susurró él, que la sujetó del brazo y se pegó a ella más de lo estrictamente necesario—. Permítame insistir.

Sofía lanzó un gruñido, más molesta por el efecto que le producía su cercanía que por otra cosa. ¡No era justo que tuviera ese poder sobre ella!

—Está bien —claudicó con un suspiro.

Bélanger se retiró, y en menos de un minuto Sofía se quedó con él a solas en el

lujoso ático. Todavía la sujetaba por el brazo, y su contacto la abrasaba. Se sacudió y puso algo de distancia entre ellos.

—Sofía...

—Eres una rata embustera —le dijo con los dientes apretados, sin atreverse a darse la vuelta para mirarlo. Mirarlo era dañino para su cordura después de haberlo añorado tanto.

—Menuda novedad —bufó él—. ¿Qué es lo que tanto te molesta, que yo sea Vipond, que el diamante siempre estuviera en mi poder o... o volver a verme?

Aquella última pregunta fue como un rayo que activó su orgullo herido. Sofía se giró con rapidez, dispuesta a cruzarle la cara de una bofetada. Por desgracia, era mucho pedir que volviera a cogerlo con la guardia baja, especialmente cuando ella no estaba del todo en forma con el brazo herido. Julen le sujetó la muñeca y dio un tirón fuerte para acercarla hasta él. Sofía trató de mantenerse firme, e introdujo el pie entre sus piernas para desestabilizarlo, pero de nuevo él fue más rápido, y fue ella la que acabó estampándose contra su pecho de morros. Dejó escapar un gemido, y Julen se tensó, la apartó con cuidado y estudió su rostro con preocupación.

—¿Te he hecho daño? —le preguntó con ansiedad.

Sofía aprovechó la ocasión para volver a meter la pierna entre las suyas, pero, una vez más, Julen fue más rápido. Con un movimiento ágil, la cogió en brazos y la sujetó con fuerza, mientras ella se sacudía y bramaba ingeniosos insultos. La llevó hasta el salón y la soltó en el sofá.

—¿Por qué no te quedas quieta un momento y hablamos? —le pidió con frustración, cuando se sentó a su lado.

Sofía lo miró y se desinfló. Parecía triste y bastante cansado. Su voz denotaba preocupación y algo más profundo que le recordó a su propio sentimiento de vacío. Se apartó el pelo de los ojos y se enderezó en el sofá con orgullo. Llevaba razón, se estaba comportando como una idiota.

—Que todo fuera un teatro —musitó.

—¿Qué? —inquirió Julen con el ceño fruncido.

—¡Estoy respondiendo a tu pregunta! —exclamó ella airada—. Lo que más me ha molestado es que todo lo que pasé..., toda la humillación, la rabia, ¡todo fue por nada! ¡Nunca robaron el diamante!

—Sí que lo robamos. Fue un trabajo brillante, de hecho. —Julen torció los labios con su sonrisa pícaro, y Sofía apartó la mirada.

—¿Robaste tu propio diamante?

—Así es, y, por si te lo estás preguntando, solo Luka sabía que era mío — aclaró.

—Seguro que los chicos estarán encantados cuando se enteren —lo amenazó ella.

—¿Quién es más cruel de los dos? ¿Sabes lo que me hará Esther si se entera?

Sofía sacudió la cabeza, aunque no pudo evitar sonreír un poco. Lo miró de nuevo, y la ansiedad que encontró en sus ojos logró que su enfado se aplacara un poco.

—¿Vipond es una de tus identidades?

—La más certera, en realidad —asintió—. Soy Brice Vipond.

—Pero dijiste que eras Julen Air.

—Y lo soy, pero hasta Aire necesita un oasis donde descansar y sentirse protegido.

—Entiendo.

—No, qué vas a entender —se rio Julen de mala gana—. Sofía...

—¡Lo entiendo, Julen! —lo cortó—. Entiendo que te largaste porque no quieres renunciar a Aire. Entiendo que sientes algo por mí, pero que no es suficiente para cambiar toda una vida y que...

—Sofía, no siento algo por ti —la cortó con voz ronca.

El estómago le dio un vuelco y se le formó un nudo en la garganta. ¿En serio? Ella se había hecho mil preguntas desde el principio ¿y la cosa era tan simple?

—¿No? —susurró con una voz débil que odió.

Julen le cogió las mejillas y la acercó a él para dar más énfasis a sus palabras.

—No —afirmó con rotundidad—. Cariño, «algo» es una menudencia. «Algo» es... es ínfimo, escaso; «algo» es cuando aún se tienen dudas. Yo no siento algo por ti, Sofía: yo te quiero. Te quiero tanto que me quema.

—¿Qué? —jadeó ella.

—Te lo he dicho mil veces y tú nunca me has querido escuchar —protestó—. Me obsesioné contigo desde el principio, mucho antes de que tú siquiera supieras que estaba detrás de ti. Y el día que por fin te toqué en el aeropuerto...

—Te pateé el culo ese día —afirmó; temía ponerse a llorar de un momento a otro. Julen se rio y su risa le hizo cosquillas en los labios.

—Me encantó que me patearas el culo —confesó—. Eso me demostró lo que yo ya intuía, que eres una mujer de armas tomar, fuerte y decidida.

—Pues, si quieres, te lo pateo más a menudo.

—Y estaría encantado, ya sabes cómo me gusta pelear contigo —ronroneó con

voz sugerente antes de ponerse serio de nuevo—. Sofía, no deseo que albergues dudas al respecto. Te quiero, mucho, pero, a día de hoy, esa es la única certeza en mi vida. Puedo dejar de robar, de estafar, pero nunca podré borrar el pasado. Me buscan en medio mundo, y, además, si te soy franco...

—Eso te encanta —concluyó ella con una sonrisa. Él chascó la lengua.

—No sé si podría adaptarme a una vida normal, pero te juro que estaría dispuesto a intentarlo con todas mis fuerzas si tú estuvieras allí para mí —le aseguró—. Pero ¿y si alguien me descubre? ¿Y si en algún momento la vida que construyamos juntos se desmorona por el peso de mi pasado? No podría soportar el que te vieras arrastrada por mi culpa. ¿Lo entiendes ahora?

Lo entendía, claro que lo entendía, pero el comprender y aceptar las cosas que los separaban no lo hacía menos doloroso. Sofía asintió brevemente y una lágrima resbaló por su mejilla.

—No sé si podré volver a mi vida normal —admitió.

—¡Claro que sí, eres una guerrera! —la animó él, sin poder disimular su voz ronca.

—¿Por qué me pediste que trajera el diamante? ¿No habría sido mejor que yo no supiera dónde encontrarte?

Julen torció la boca con una mueca y se apartó un poco.

—Supongo que pensar en eso me dolía demasiado —confesó—. Quería verte una vez más, decirte lo que no pude explicarte en aquel sótano. Además, no quiero que Esther y tú os aliéis para buscarme, ¡qué horror!

Sofía se rio, al pensar que justamente eso era lo que tenían en mente hacer.

—Por cierto, Esther dice que le debes su pago.

—Lo sé. Se llevará una sorpresa cuando le lleves de regreso el Ross.

—¿Qué? —exclamó Sofía abriendo los ojos como platos—. ¿He escuchado bien? ¿Le vas a regalar el Ross?

—Se lo merece, y seguro que ella lo luce mejor que yo.

—O sea, que he viajado a Lyon para nada —bufó.

—¿Para nada? —se indignó él, que la miró con una ceja alzada. Sofía se echó a reír—. Maldita sea, te abro mi corazón y dices que no es nada...

Al final, también Julen se echó a reír, y así estuvieron durante un absurdo momento, liberando la tensión, las dudas y el dolor de la separación.

—¿Quieres comer conmigo? —le pidió al cabo de un rato, casi con timidez.

Sofía lo miró en silencio, valorando la tentadora idea, sabiendo que, si aceptaba la invitación, ninguno de los dos podría conformarse con una simple comida,

cosa que solo serviría para hacer más dura la despedida. Tragó saliva al sentir que algo se rompía en su interior. Julen podía decir misa, pero ella estaba segura de que su vida no volvería a ser la misma después de haberlo conocido.

—No, creo que será mejor que me vaya ahora —susurró, mientras se levantaba del sofá.

Él la miró con aspecto desolado un instante, antes de asentir y ponerse en pie también.

—Sí, creo que será lo mejor para ambos —afirmó, al tiempo que la acompañaba hasta la puerta.

La abrió y la sujetó para que pasara. Sofía se volvió y le dio un beso suave en los labios.

—Sabía que acabarías devastando mi mundo —le susurró.

—Y yo sabía que acabarías logrando que la venganza no fuera mi razón de existir —le respondió él.

—Ojalá querernos fuera suficiente.

—Ojalá fuera capaz de reconstruir el pasado para ti —musitó Julen, que la besó una vez más antes de que ella se alejara y entrara en el ascensor para desaparecer de su vida.

Fue todo un milagro que consiguiera un vuelo de regreso a Madrid esa misma tarde. Sofía solo llevaba una bolsa de mano, con lo que ni siquiera necesitó facturar equipaje. Así pues, con tres horas por delante, lo único que podía hacer era dar vueltas por el aeropuerto, visitar las tiendas y almorzar algo.

Se sentó en un banco a comerse su sándwich y, cuando lo acabó, se dio cuenta de que la sensación de vacío seguía ahí. El estómago le pesaba demasiado y el pecho le dolía. No podía quedarse allí sentada o acabaría desmoronándose. Se puso en pie de nuevo y fue a la tienda de prensa a buscar algo para leer.

Cogió una novela romántica, que siempre eran una buena opción para distraerse, y, cuando se disponía a pagar, se fijó en un periódico español. Le llamó la atención la foto, una manifestación bajo el titular:

«Los afectados por la estafa de la constructora fantasma salen a la calle».

Algo se removió en su pecho al ver otra foto de una anciana sentada en un escalón, llorando. Pagó el periódico junto a la novela y salió, mientras leía la noticia de unos supuestos constructores que habían engañado a decenas de personas, a las que habían dejado en la ruina y sin las casas prometidas.

—La constructora fantasma... —musitó con la vista clavada en el periódico mientras caminaba, con el gusanillo de la acción prendiendo en su pecho, tal y como lo había sentido mientras trabajaba para hundir a su tío.

De repente, chocó con alguien y rebotó un poco hacia atrás, lo que provocó que se le cayera el bolso. Fue como un *déjà vu*; ya había tenido una experiencia parecida en ese mismo aeropuerto con un niño... Instintivamente, se agachó para recogerlo con aire posesivo, con la dificultad añadida de contar con un solo brazo útil.

—Lo siento, iba distraída —murmuró, y alzó la mirada. Su corazón se saltó un latido cuando lo vio.

—Para que luego digan que no existe el destino —susurró Julen, impresionado. Estaba sudando y jadeaba, como si hubiera estado corriendo sin parar durante un buen rato.

—¡Julen! Quiero decir... ¿Brice?

Él le regaló una sonrisa iluminada.

—Esto me recuerda a una escena de *Charada* —fue lo único que se le ocurrió.

Sofía chascó la lengua y sonrió; el corazón le latía tan fuerte que lo escuchaba más alto que sus palabras.

—No creo que yo tenga la ingenuidad de Audrey Hepburn.

—Pero yo sí tengo el atractivo seductor de Cary Grant —ronroneó él, con una ceja arqueada.

Sofía soltó una carcajada y sacudió la cabeza.

—Cary Grant era un aprendiz. Tú eres y siempre serás el maestro de la seducción.

Julen tragó saliva y se puso serio, con dificultad para encontrar las palabras. Eso la hizo feliz de una manera absurda e inexplicable; era bueno saber que ella también tenía poder sobre él.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó con suavidad.

—He pensado... —Su voz se rompió, y comenzó de nuevo—. Cuando te has ido he sentido... —Se apretó el pecho y su rostro se contrajo como si algo le doliera—. Creo que, para ser un seductor nato, he sido bastante cafre con la mujer que amo —dijo al fin, con una sonrisa nerviosa.

Sofía lo miró con la esperanza brillando en los ojos.

—Julen... No vayas a decirme algo de lo que después te arrepientas —le pidió en voz baja—. No lo soportaría.

Él la cogió de los hombros y la acercó hacia sí un poco más.

—He pensado... He pensado que, para quererte como te quiero, he luchado poco —insistió con énfasis—. Que debería haber hecho algo por convencerte, por venderte un futuro idílico juntos.

—Creí que habías dicho que ese futuro no era posible por culpa de tu pasado.

—¡Pero quiero intentarlo, Sofía! —exclamó—. Quiero intentarlo, quiero luchar, quiero borrarlo y construir una vida nueva contigo. Podría prometerte un millón de cosas para convencerte. Mi vena de embaucador me dice que sería más sencillo así, a pesar de que me conoces mejor que nadie, pero en cambio... —Se removió inquieto, y se pasó la mano por el pelo—. En cambio solo quiero decirte que deseo que sea suficiente, Sofía, ¡que estoy dispuesto a hacer todo lo que esté en mi mano para que sea suficiente!

—¿El qué? —susurró ella al borde de las lágrimas.

Julen le cogió la barbilla y le alzó la cara.

—Querernos —musitó muy cerca de sus labios—. Quiero creer que sí es suficiente para construir una nueva vida, Sofía. Tiene que valer, porque te quiero tanto...

—Señor... —gimió ella, dejando que las lágrimas cayeran por sus mejillas—. Eres el mayor embaucador con el que me he cruzado. Sabía que pondrías mi mundo patas arriba, ¡lo sabía!

—Por favor, Sofía, dime que puedes conseguirlo también, dime que estás dispuesta a intentarlo —le suplicó—. Dímelo o te juro que serás el siguiente objetivo de Aire.

Sofía se rio y entrelazó los brazos en su cuello.

—Casi estoy tentada de ponértelo difícil para ver qué serías capaz de hacer —ronroneó.

—Buscaría la manera de resucitar a Picasso por ti.

—¡Madre mía, qué gran respuesta!

Él atrapó sus labios en un beso suave, casi tímido, como si aún tuviera miedo de que pudiera arrepentirse. Pero ella era fuego y él aire, y juntos podían crear un incendio en segundos. Toda la tensión contenida se derramó en un beso que se fue tornando cada vez más apasionado y que se vieron forzados a detener antes de sentir la necesidad de encerrarse en el primer baño que encontraran.

—¿Has almorzado? —le preguntó él cuando se separaron. Echó a andar hacia la salida del aeropuerto de manera resuelta, aferrándola de la mano como si temiera que se fuera a arrepentir.

—Solo un sándwich —respondió Sofía distraídamente. Había una idea que no

paraba de cosquillear en su cabeza—. Oye, Julen... ¿Qué pensarías si te dijera que en verdad no deseo que dejes de ser Aire?

—Pensaría que he creado un monstruo —se rio él.

—¿Por qué desperdiciar esos dones que tienes? ¿Por qué tratar de luchar contra el deseo de quemar adrenalina en vez de quemarla realizando algo útil?

—¿Qué estás maquinando? —le preguntó, mirándola con sospecha.

Sofía le pasó el periódico y le señaló el artículo de la estafa inmobiliaria.

—¿Has pensado alguna vez en utilizar tu talento para hacer el bien?

—¿Como Robin Hood? —inquirió él con una sonrisa infantil.

—O como el Zorro, un defensor de la justicia —dijo ella, risueña.

—¡O como Superman!

—¿Y qué te parece Linterna Verde?

—Nah, el verde nunca me ha sentado demasiado bien. Pero podemos dejarle ese papel a Luka, ¿qué te parece?

—Que daría lo que fuera por verlo con mallas verdes. —Sofía soltó una carcajada que Julen no tardó en corear, mientras se encaminaban cogidos de la mano hacia la calle, hacia una nueva vida llena de posibilidades, reales o provocadas, pero, de seguro, emocionantes.

AGRADECIMIENTOS

Creo que esta ha sido la novela con la que más me he divertido en todo el proceso de escritura. He llegado al punto de sentirme parte del equipo e irme a dormir pensando nuevos golpes. Ojalá que a vosotros os haya ocurrido algo parecido: eso sería señal de que estos chicos están vivos de alguna manera especial.

Por supuesto, no podría haber llegado hasta aquí sola; yo también tengo mi pequeño equipo de incondicionales que me ayuda a crear el golpe perfecto, o lo más perfecto posible.

Nunca encontraría palabras suficientes para agradecer a mi marido, Luis, todo lo que hace por mí. Supongo que podría seguir escribiendo sin él a mi lado, pero no sé si merecería la pena.

A mi lectora cero y *groupie* incondicional, Tere, que me dio alas para volar desde el principio.

A Lorena Pacheco, una gran escritora y amiga, que siempre está ahí para aguantar mis berrinches.

A mi hija Rebeca, que con su *hype* me ayuda a crear «musos», a darles vida y a sentirlos cercanos. No hay como una joven enamoradiza para inspirar una historia de amor.

A Agustín Alonso, que soportó con paciencia todas mis preguntas acerca de sistemas y protocolos de seguridad, me ayudó a estructurar ejemplos de robos y procedimientos de evacuación y aclaró todas mis dudas sobre el funcionamiento de la seguridad privada, transporte de armas, camiones blindados, traslado de joyas y obras de arte... ¡Gracias, Piticlín!

A mi madre y a mis hermanos, que me dan fuerza con su entusiasmo y orgullo; y a toda mi familia y amigos en general, que son el mejor club de fans que un autor puede desear.

Mi agradecimiento especial a ediciones Pàmies y al maravilloso equipo de Phoebe por tanta profesionalidad y mimo, por convertir mi trabajo en nuestro trabajo y lograr algo tan maravilloso juntos. ¡Un millón de gracias, chicos!

Y para finalizar, gracias a ti, lector, por acompañarme en esta nueva aventura. Espero que Aire y sus chicos te hayan animado a seguir mi camino en el futuro.

BIOGRAFÍA DE LA AUTORA



ESTEFANÍA JIMÉNEZ nació en Torredelcampo (Jaén), y obtuvo la diplomatura de Trabajo Social en Granada, donde reside desde entonces junto a su marido y su hija.

Ávida lectora desde que era niña, no tardó en necesitar crear sus propias historias para saciar su hambre por las letras.

Ha escrito y publicado varias novelas de temáticas y estilos diferentes, pero con un punto fuerte en común entre todas ellas: una apasionante historia de amor, pues para ella el amor es el fuego que aviva nuestra existencia.

Cómplices, finalista del Premio Phoebe de Novela Romántica 2018, es la primera obra que publica con ediciones Pàmies.

Blog: [Ecos de la distancia](#)



FB: [/estefaniajimenezalcantara](#)



TW: [@estefaniamirsa](#)

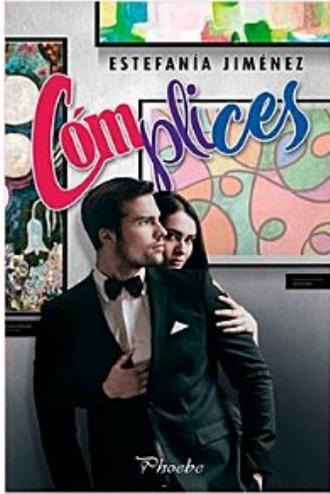


IG: [@estefaniamirsa](#)



CÓMPLICES

ESTEFANÍA JIMÉNEZ



Un valiosísimo diamante.

Un misterioso cuadro de Picasso con una historia oculta.

Aire, el ladrón más embaucador y atractivo del mundo...

... y Sofía, que puede caer en sus redes.

A Sofía, joven directora de seguridad, la contrata su tío, el poderoso magnate del mundo del arte Ricardo Márquez, para que proteja su colección privada. Lo que ella no sabe es que Aire, el atractivo y seductor ladrón de guante blanco al que persigue la policía de medio planeta, tiene en su punto de mira la colección de Márquez... y a su directora de seguridad.

¿Podrá Sofía proteger la valiosa colección de Márquez de la amenaza de Aire? ¿Podrá protegerse ella misma de lo que Aire le provoca? Porque cada vez que está cerca de él, que la mira, que la toca, la temperatura sube y la pasión incontrolada parece querer adueñarse de todo, amenazando con derribar sus escudos y arrasarlo su mundo.

Más info:

